

LECTIO DIVINA OCTUBRE de 2025

Salterio Semana	Do	Lu.	Ma.	Mie.	Jue.	Vie.	Sa.
II (Cont.) Sem. 26				<u>01</u>	<u>02</u>	<u>03</u>	<u>04</u>
III Sem. 27	<u>05</u>	<u>06</u>	<u>07</u>	<u>08</u>	<u>09</u>	<u>10</u>	<u>11</u>
IV Sem. 28	<u>12</u>	<u>13</u>	<u>14</u>	<u>15</u>	<u>16</u>	<u>17</u>	<u>18</u>
I Sem. 29	<u>19</u>	<u>20</u>	<u>21</u>	<u>22</u>	<u>23</u>	<u>24</u>	<u>25</u>
II Sem. 30	<u>26</u>	<u>27</u>	<u>28</u>	<u>29</u>	<u>30</u>	<u>31</u>	

Intenciones de oración:

Del santo Padre: Por la colaboración entre las distintas tradiciones religiosas.

Oremos para que creyentes de distintas tradiciones religiosas trabajemos juntos para defender y promover la paz, la justicia y la fraternidad humana.

Conferencia Episcopal Española:

Por la Iglesia en España, para que siga viviendo la inquietud misionera y alentando a quienes entregan su vida a la difusión del Evangelio.

El primer viernes de mes es el día **3** en el que puedes especialmente desagraviar y honrar al Sagrado Corazón de Jesús. El primer sábado es el día **4** para, mayormente honrar y desagraviar al Inmaculado Corazón de María.

iConságrate al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, haz los 5 primeros sábados y 9 viernes de mes!

- **Fiestas, memorias obligatorias y memorias libres según el día del calendario. Día:**

1: santa Teresa del Niño Jesús. Virgen y doctora de la Iglesia. **Memoria obligatoria.**

2: los santos Ángeles Custodios. **Memoria obligatoria.**

3: para España: san Francisco de Borja. Presbítero. **Memoria libre.**

4: san Francisco de Asís. **Memoria obligatoria.**

5: santa Faustina Kowalska. Virgen. **Memoria libre.**

En España. Se celebran las Téporas de Acción de Gracias y Petición. **Memoria obligatoria.** Se trasladan al día siguiente por lo general si es Domingo.

6: san Bruno. Presbítero. **Memoria libre.**

7: ntra. Sra. del Rosario. **Memoria obligatoria.**

8: para España trasladada: santa Faustina Kowalska. Virgen. **Memoria libre.**

9: san Dionisio y compañeros. Mártires. **Memoria libre.**

San Juan Leonardi. Presbítero. **Memoria libre.**

Para Argentina: san Hector Valdivieso Saez. **Memoria libre.**

10: para España: santo Tomás de Villanueva. Obispo. **Memoria libre.**

11: san Juan XXIII. Papa. **Memoria libre.**

Para España: santa Soledad Torres Acosta. Virgen. **Memoria libre.**

12: para España: ntra. Señora del Pilar, patrona de la Hispanidad. **Fiesta.** Para Argentina: **memoria libre.**

14: san Calixto I. Papa y mártir. **Memoria libre.**

15: santa Teresa de Jesús. Virgen y doctora de la Iglesia. **Memoria obligatoria.**

Para España: **fiesta**

16: santa Eduvigis. Religiosa. **Memoria libre.**

Santa Margarita María Alacoque. Virgen. **Memoria libre.**

17: san Ignacio de Antioquía. Obispo y mártir. **Memoria obligatoria.**

18: san Lucas evangelista. **Fiesta.**

19: san Juan de Brébeuf y san Isaac Jogues. Presbíteros. y compañeros mártires. **Memoria libre.**

Para España y Argentina: san Pablo de la Cruz. Presbítero. **Memoria libre.**

Para España: san Pedro de Alcántara.

Presbítero. *Memoria libre.*
 22: san JUAN PABLO II. Papa. *Memoria libre.*
 23: san Juan de Capistrano. Presbítero. *Memoria libre.*
 24: san Antonio María Claret. Obispo. *Memoria libre.*
 Para México: san Rafael Guizar y Valencia, obispo. **Fiesta.**
 28: santos Simón y Judas apóstoles. **Fiesta.**

LECTIO DIVINA OCTUBRE de 2025..... 1

Intenciones de oración: 1

Del santo Padre: Por la colaboración entre las distintas tradiciones religiosas. 1

Día 1 4

Miércoles de la 26ª semana del tiempo ordinario impar 4

Santa Teresa del Niño Jesús. Virgen y doctora de la Iglesia - Memoria obligatoria. 4

MEDITATIO para santa Teresa de Liseux 9

Día 2 11

Jueves de la de la 26ª semana del tiempo ordinario año impar 11

Santos Ángeles Custodios. Memoria obligatoria. 11

MEDITATIO santos Ángeles Custodios 13

Día 3 15

Viernes de la 26ª semana del tiempo ordinario año impar 15

SAN FRANCISCO DE BORJA, presbítero, memoria libre 15

Día 4 19

Sábado de la 26ª semana del tiempo ordinario año impar 19

San Francisco de Asís. Memoria obligatoria 19

MEDITATIO para san Francisco de Asís 23

Día 5 25

XXVII Domingo del tiempo ordinario ciclo "C" .. 25

Memoria libre: SANTA FAUSTINA KOWALSKA, virgen. (Día 8 en España) 30

Día 6 30

Témporas de acción de gracias y de petición . 30

Feria Mayor en España 30

O bien, en los lugares donde las Témporas se celebran en otro momento: Lunes de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar 34

SAN BRUNO, presbítero. Memoria libre 34

Día 7 39

Martes de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar 39

Nuestra Señora la Virgen del Rosario. Memoria obligatoria 39

MEDITATIO para nuestra Señora del Rosario 43

Día 8 45

Miércoles de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar 45

Memoria libre para España trasladada del 5: SANTA FAUSTINA KOWALSKA, virgen 45

Día 9 49

Jueves de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar 49

San Juan Leonardi, presbítero, santos Dionisio, obispo, y compañeros, mártires 49

Para Argentina: san Héctor Valdivielso Sáez, religioso, y compañeros mártires. (Santos mártires de Turón). Memoria libre 50

Día 10 54

Viernes de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar 54

Santo Tomás de Villanueva. Obispo. Memoria libre 54

MEDITATIO para santo Tomás de Villanueva. 59

Día 11 61

Sábado de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar 61

Memorias libres: SANTA MARÍA SOLEDAD TORRES ACOSTA, virgen, o SAN JUAN XXIII, papa. 61

MEDITATIO para la memoria de santa Soledad Torres Acosta 65

Día 12 67

Nuestra Señora del Pilar, patrona de la Hispanidad. Fiesta en España 67

O bien: XXVIII Domingo del tiempo ordinario ciclo "C" 72

Día 13 77

<i>Lunes de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	77	Día 22	124
Día 14	81	<i>Miércoles de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	124
<i>Martes de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	81	<i>SAN JUAN PABLO II, Papa. Memoria libre...</i>	124
<i>San Calixto I. Papa y mártir. Memoria libre.....</i>	81	Día 23	130
Día 15	85	<i>Jueves de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	130
<i>SANTA TERESA DE JESÚS. Virgen y doctora de la Iglesia. Fiesta</i>	85	<i>San Juan de Capistrano. Presbítero. Memoria libre.....</i>	130
<i>Para los lugares en que el 15 "no es festivo": Miércoles de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	90	Día 24	135
Día 16	93	<i>Viernes de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	135
<i>Jueves de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	94	<i>San Antonio María Claret. Obispo. Memoria libre.....</i>	135
<i>Santa Eduvigis. Religiosa. Memoria libre</i>	94	<i>Para México: Rafael Guízar y Valencia. Obispo. Fiesta.....</i>	135
<i>Santa Margarita María Alacoque. Virgen. Memoria libre.....</i>	94	• <i>En la conmemoración de la memoria libre de san Antonio María Claret</i>	140
Día 17	98	Día 25	141
<i>Viernes de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	98	<i>Sábado de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	141
<i>San Ignacio de Antioquía. Obispo y mártir. Memoria obligatoria.....</i>	98	Día 26	146
<i>MEDITATIO para san Ignacio de Antioquía...</i>	102	XXX Domingo del tiempo ordinario ciclo "C" ...	146
Día 18	104	Día 27	150
<i>San Lucas evangelista. Fiesta</i>	104	<i>Lunes de la 30ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	150
Día 19	108	Día 28	154
XXIX Domingo del tiempo ordinario ciclo "C" ..	108	<i>San Simón y san Judas, apóstoles. Fiesta ..</i>	155
<i>San Juan de Brébeuf y san Isaac Jogues. Presbíteros, y compañeros mártires. Memoria libre.....</i>	112	Día 29	158
<i>San Pablo de la Cruz. Presbítero. Memoria libre</i>	113	<i>Miércoles de la 30ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	158
<i>San Pedro de Alcántara. Presbítero. Memoria libre en España.....</i>	113	Día 30	162
<i>MEDITATIO para san Pedro de Alcántara.....</i>	113	<i>Jueves de la 30ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	162
Día 20	115	Día 31	167
<i>Lunes de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	115	<i>Viernes de la 30ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	167
Día 21	119	Los textos que siguen proceden de la web https://www.santaclaradeestella.es/ORACIONES/LECTIO_DIVINA_(2025-10-Octubre).html	
<i>Martes de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar.....</i>	119	Adaptados como documento maestro al Word, si bien, se han utilizado por lo general textos de años anteriores, cotejados con los que se	

indican para este año, realizando algún cambio considerado pertinente. Se ha seguido el desarrollo habitual del tiempo ordinario, incluyendo textos para los lugares donde festividades en España como la de santa Teresa de Jesús o Ntra. Sra. del Pilar no se celebran. Se han incluido lecturas espirituales para algunas memorias recogidas de otros años.

Para la síntesis de las lecturas, los salmos y los aleluyas he acudido a la web <https://lecturasmisa.wordpress.com>

Las semblanzas: de varias páginas de internet predominando la de curas argentinos:

<http://www.curas.com.ar>

El Martirologio Romano de un archivo en pdf bajado de internet.

El santoral, el indicado en los CLP de España.

Las Témporas para España se han incluido siguiendo lo establecido por los CLP: "En España, las Témporas de petición y acción de gracias se celebran, al menos, el día 5 de octubre (o el 6, cuando el día 5 sea domingo), y se extenderán laudablemente a otros dos días de la misma semana, siempre que sea posible".

Aunque para el CLP-2024-2025 distribuido en internet no se recogen para ese día 6, se han puesto junto con la Lectio del ordinario.

Todo para mayor gloria de Dios.

Dios se lo pague.

El cántico de alabanza que resuena eternamente en las moradas celestiales y que Jesucristo, sumo Sacerdote, introdujo en este destierro ha sido continuado fiel y constantemente por la Iglesia situando a Dios como centro de nuestra vida durante todas las horas del día -Liturgia de las horas- y todos los días del año -Lectio Divina-

Día 1

Miércoles de la 26ª semana del tiempo ordinario impar

Santa Teresa del Niño Jesús. Virgen y doctora de la Iglesia - Memoria obligatoria.

Santa Teresa del Niño Jesús, Teresa Martin, hija de Luis Martin y de Celia Guerin -ambos en proceso de beatificación-, nació en Alecon (Normandía), el 2 de enero de 1873. Entró a los 15 años en el Carmelo de Lisieux e hizo su profesión el 8 de septiembre de 1890. Murió el 30 de septiembre de 1897.

Teresa, que llevó una intensa vida espiritual, centrada toda ella en el descubrimiento de la sencillez y totalidad del Evangelio y en la ofrenda al Amor misericordioso, brilló en la Iglesia de su tiempo, y sigue brillando en la del nuestro, como una contemplativa, apóstol de los apóstoles, a través de una experiencia de vida evangélica en la que no faltaron ni las tinieblas de la noche oscura de la fe ni la luminosa comunión con todos y con todo, por ser el Amor en el corazón de la Iglesia.

Nos ha dejado, entre sus escritos, los Manuscritos autobiográficos, muchas Cartas, Poesías, Oraciones y Recreaciones piadosas llenas de sabiduría, que pregonan un mensaje nuevo y universal.

Fue canonizada por Pío XI el 17 de mayo de 1925 y proclamada patrono de las misiones el 14 de diciembre de 1927.

En virtud de la autoridad de su doctrina, llena de sabiduría evangélica, acogida de una manera unánime en la Iglesia, actual por sus mensajes, Juan Pablo II la declaró doctora de la Iglesia el 19 de octubre de 1997.

Del Martirologio romano:

Memoria de santa Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora de la Iglesia, que entró aún muy joven en el monasterio de

las Carmelitas Descalzas de Lisieux, llegando a ser maestra de santidad en Cristo por su inocencia y simplicidad. Enseñó el camino de la perfección cristiana por medio de la infancia espiritual, demostrando una mística solicitud en bien de las almas y del incremento de la Iglesia, y terminó su vida a los veinticinco años de edad, el día treinta de septiembre. (1897).

LECTIO

Primera lectura: Nehemías 2,1-8: *Si le parece bien al rey, permítame ir a la ciudad de mis padres para reconstruirla.*

¹ En el mes de Nisán del año vigésimo del reinado de Artajerjes, tomé el vino y se lo serví al rey en mi calidad de copero. Como nunca anteriormente había estado triste en su presencia,

² el rey me preguntó: -¿Por qué ese semblante tan triste? Puesto que no estás enfermo, tiene que ser una aflicción del corazón. Sumamente azorado,

³ dije al rey: -Viva eternamente el rey. ¿Cómo no ha de estar triste mi semblante cuando la ciudad que guarda las tumbas de mis antepasados está destruida y sus puertas quemadas?

⁴ Me preguntó el rey: -¿Qué es lo que quieres? Entonces yo, encomendándome al Dios del cielo,

⁵ le dije: -Si le parece bien al rey y está contento de su siervo, le ruego que me permita ir a Judá para reconstruir la ciudad de las tumbas de mis antepasados.

⁶ El rey, que tenía a la reina sentada a su lado, me preguntó: -¿Cuánto durará tu viaje y para cuándo piensas volver. Yo le indiqué una fecha que le pareció bien, y me autorizó a realizar el viaje.

⁷ Me atreví a decirle todavía: -Si le parece bien al rey, podría darme cartas para los gobernadores del territorio del otro lado del Éufrates, a fin de que me faciliten el

viaje hasta Judá.

⁸ También, una carta para Asaf, el encargado de los bosques reales, para que me proporcione madera de construcción para las puertas de la ciudadela del templo, para la muralla de la ciudad y la casa que voy a ocupar. El rey accedió a ello, porque mi Dios me protegía con toda su bondad.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El personaje de Nehemías subintra en el de Esdras y plantea numerosos problemas a la cronología de ambos personajes y a las relaciones entre ellos. De todos modos, aparece aquí una comparación implícita entre ambos a través de una serie de paralelismos y contrastes.

Los dos tienen que hacer frente a las dificultades y a la oposición de los vecinos: a la obra de la reconstrucción del templo, en el primer caso, y a la reconstrucción de la ciudad, en el segundo. El autor, más que degradar a Nehemías y la política que él representa, quiere acentuar su complementariedad con el proyecto de Esdras y la necesidad de dos modos de estar presente en la comunidad: Esdras estaba más preocupado por la reconstrucción religiosa del pueblo, y Nehemías, por su reconstrucción civil.

La memoria de Nehemías, narrada en primera persona, es atribuida al final a la presencia protectora y providente de Dios, a la mano benéfica con la que YHWH guía a los protagonistas de la reconstrucción del pueblo (v. 8). También está implícito el motivo de la necesidad de superar las vacilaciones personales, de vencer el temor por la propia vida y por la propia fortuna, de estar dispuesto a sacrificarlo todo, incluso todas las comunidades, por la causa del pueblo de Dios. De este modo, Nehemías arriesga la vida, mostrándose triste ante el

rey, pero, al final, el atrevimiento del que hace gala en su discurso le permite obtener las credenciales que le permitirán reconstruir la ciudad. El motivo es semejante al de Ageo: la necesidad de anteponer la causa del pueblo de Dios a nuestro propio bien particular.

Salmo responsorial

Sa/136, 1-2. 3. 4-5. 6. (R.: 6ab)

R. Que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti.

V. Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar
con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras. **R.**

V. Allí los que nos deportaron
nos invitaban a cantar;
nuestros opresores, a divertirlos:
«Cantadnos un cantar de Sión». **R.**

V. ¡Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha. **R.**

V. Que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías. **R.**

Aleluya

Flp 3, 8-9

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Por él lo perdí todo, y todo lo considero
basura
con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él.
R.

Evangelio: Lucas 9,57-62: Te seguiré

adondequiera que vayas.



En aquel tiempo,

⁵⁷ mientras iban de camino, uno le dijo: -Te seguiré adondequiera que vayas.

⁵⁸ Jesús le contestó: -Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.

⁵⁹ A otro le dijo: -Sígueme. Él replicó: -Señor, déjame ir antes a enterrar a mi padre.

⁶⁰ Jesús le respondió: -Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios.

⁶¹ Otro le dijo: -Te seguiré, Señor, pero déjame despedirme primero de mi familia.

⁶² Jesús le contestó: -El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás no es apto para el Reino de Dios.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Lucas presenta a Jesús, por el camino hacia Jerusalén, acompañado por sus discípulos (v. 57), a los cuales se les asocian otros. El evangelista menciona ahora el caso de tres aspirantes al discipulado. A los tres les pone la condición de estar dispuestos a partir, de no demorarse. La exigencia de la vocación se propone con fórmulas lapidarias: dejarlo todo para seguir a Jesús y no posponer el seguimiento de Jesús a ninguna otra cosa.

El primer caso es el de un aspirante a discípulo que toma la iniciativa de pedirle a Jesús que le deje seguirle: «Uno le dijo: Te seguiré adondequiera que vayas» (v. 57). Esta conmovedora declaración de fidelidad recuerda lo que prometió Rut a su suegra Noemí (Rut 1,16). Del mismo modo que hizo la anciana Noemí con su nuera, Jesús parece frenar -planteando exigencias inderogables- tanto el impulso generoso de este anónimo

discípulo como, a continuación, la disponibilidad de otros dos seguidores a los que tampoco se nombra: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (v. 58).

He aquí ahora el segundo caso (w. 59ss), en el que es el mismo Jesús quien pide a alguien que le siga, mostrando así con claridad que el discipulado tiene siempre su origen en la libre elección por parte del Maestro. El llamado, sin embargo, no debe mostrar un asentimiento condicionado, ni aunque se trate de pedir permiso para enterrar a su propio padre. Jesús no quiere negar el deber de dar sepultura a los muertos ni la observancia del cuarto mandamiento, sino que pretende recordar que hasta los vínculos más queridos han de estar subordinados a los valores del Reino.

El último caso (w. 61ss) hace referencia a la llamada de Eliseo por parte del profeta Elías (1 Re 19,19-21). Se establece así una relación de continuidad y de contraste. El discípulo, como en el caso de Eliseo, recibe el carisma del Maestro, pero no se le permite ninguna vacilación o dilación. La llamada al discipulado es incondicionada y no tolera los titubeos que nos impiden estar dispuestos a reconocer el Reino de Dios.

MEDITATIO

La primera lectura nos pone de nuevo frente a la urgente tarea que supone para cada creyente colaborar en la edificación del pueblo de Dios y robustecer su camino en la fe. En cuanto discípulos de Jesús, estamos llamados, por habernos adherido a su seguimiento, a descubrir también que la pasión por la comunidad del Señor no puede ser algo secundario para quien ha experimentado el inmenso amor que Dios tiene por su pueblo.

La dureza de las condiciones que Jesús

pone a los aspirantes a discípulos no tiende a formar un discípulo que persiga un elevado ideal ascético, cosa que podría engendrar en el ánimo una especie de sentimiento altanero de seguridad o indiferencia hacia los otros; Jesús recuerda aquí más bien que el discipulado es "gracia cara" y que las renunciaciones propuestas deben ser entendidas sólo como manifestaciones de un radicalismo en el amor.

Se trata de la disponibilidad para hacerse ofrenda, a imitación de aquel que *"siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza"* (2 Cor 8,9). El arado en el que nos dice que pongamos la mano es el servicio generoso, perseverante, humilde, al Reino. Eso significa que debemos roturar los duros terrones de nuestro corazón, renunciando a expectativas y proyectos sólo nuestros, para buscar, en cambio, por encima de todo, el bien del pueblo de Dios, tal como hicieron Nehemías y los justos de Israel y tal como hicieron los innumerables santos de la Iglesia.

ORATIO

Señor Jesús, infunde en mí una sincera pasión por ti, un profundo deseo de seguirte y de servirte en tus hermanos y hermanas. Sin embargo, tú conoces lo débil que soy frente a los obstáculos que encuentro en mi camino, unos obstáculos que engendran en mi corazón dudas, vacilaciones, contradicciones. Revísteme, pues, de tu fuerza para que no ponga la mano en el arado y, después, por cansancio u otro motivo, acabe por volverme atrás.

Concédeme un corazón indiviso que sepa reconocerte en todo instante como el Señor de mi vida y no se deje arrastrar por distracciones, afanes o embriagueces.

Concédeme no escandalizarme de ti cuando te descubro pobre, débil, sin una

piedra donde reposar la cabeza. Suscita en mí eso que echo de menos: el compartir, el amor por ti, una fidelidad capaz de perseverar en la contemplación de tu santa pasión y muerte. Amén.

CONTEMPLATIO

¿Has oído contar la antigua historia de Lot y sus hijas (cf. Gn 14,15ss), cómo Lot se salvó con sus hijas ganando el monte, mientras que su mujer acabó transformada en una estatua de sal? Fue inmovilizada así para que se hiciera perenne el recuerdo de su perversa elección de volver la mirada hacia atrás. Has de llevar, por tanto, buen cuidado en no volver la mirada atrás después de haber puesto la mano en el arado (cf. Le 9,62), en no volver con semejante comportamiento a la amarga salinidad de la vida precedente (cf. Dt 4,23; Tob 4,13), y has de refugiarte en el monte (Gn 19,17) junto a Jesús, la Piedra no cortada por mano de hombres que ha llenado el universo (cf. Dn 2,34-35.45) (Cirilo de Jerusalén, *Le Catechesi*, Roma 21997, pp. 440ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *"Mi Dios me protegía con toda su bondad"* (Neh 2,8).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La llamada de Jesús al seguimiento convierte al discípulo en un individuo aislado. Quiéralo o no, debe decidirse, y debe decidirse solo. No se trata de una elección personal, por la que pretende convertirse en un individuo aislado; es Cristo quien transforma al que llama en individuo. Cada uno es llamado individualmente. Debe seguir individualmente. Temeroso de encontrarse solo, el hombre busca protección entre las personas y cosas que le rodean. De un solo golpe descubre todas sus responsabilidades

y se aferra a ellas. Quiere tomar sus decisiones al abrigo de estas responsabilidades, no desea encontrarse solo, frente a frente con Jesús, ni quiere tener que decidirse mirándole solo a él. Pero ni el padre ni la madre, ni la mujer ni los hijos, ni el pueblo ni la historia pueden proteger en este momento al que ha sido llamado. Cristo quiere aislar al hombre, que no debe ver más que al que le ha llamado.

En la llamada de Jesús se ha consumado la ruptura con los datos naturales entre los que vive el hombre. No es el seguidor quien consume esta ruptura, sino Jesús mismo en el momento en que llama. Cristo ha liberado al hombre de las relaciones inmediatas con el mundo, para situarlo en relación inmediata consigo mismo. Nadie puede seguir a Cristo sin reconocer y aprobar esta ruptura ya consumada. No es el capricho de una vida llevada según la propia voluntad, sino Cristo mismo quien conduce al discípulo a la ruptura. [...]

Todos se lanzan aislados al seguimiento, pero nadie queda solo en el seguimiento. A quien osa convertirse en individuo, basándose en la Palabra de Jesús, se le concede la comunión de la Iglesia. Se halla en una fraternidad visible que le devuelve centuplicadamente lo que perdió. ¿Centuplicadamente? Sí, porque ahora lo tiene sólo por Jesús, todo lo tiene por el mediador, lo que significa, por otra parte, "con persecuciones". "Centuplicadamente", "con persecuciones", es la gracia de la comunidad que sigue a su maestro bajo la cruz. Esta es, pues, la promesa hecha a los seguidores de convertirse en miembros de la comunidad de la cruz, de ser pueblo del mediador, pueblo bajo la cruz (D. Bonhoeffer, *El precio de la gracia. El seguimiento*, Sígueme, Salamanca 1999, pp. 57.63).

MEDITATIO para santa Teresa de Lisieux

Teresa de Lisieux se ha vuelto para la Iglesia de nuestro tiempo la imagen de una testigo de la pureza del Evangelio y del mensaje sencillo y gozoso de la nueva evangelización. Si, apenas entrada en la gloria, la difusión de sus escritos autobiográficos conocidos como *Historia de un alma* suscitó admiración y consenso por todas partes, nuestro tiempo ha redescubierto en ella la fuerza del testimonio del Evangelio y la misión incisiva de presentar el rostro de Dios de una manera renovada a los hombres y a las mujeres de hoy.

Como creció, tras la muerte prematura de su madre, a la sombra de un padre que manifestaba la fuerza de la naturaleza paterna y también la naturaleza de una madre, no le resultó difícil a Teresa descubrir al mismo tiempo el seno genuino del Dios cercano y misericordioso, con rasgos paternos y maternos. Probada en lo más vivo de su aguda sensibilidad por la enfermedad de su padre y por la suya propia, supo captar en la *kenosis* de la fe el sentido más genuino de la pobreza evangélica, del compartir la mesa de la amargura junto con los hermanos pecadores, alejados de Dios, aunque amados siempre por un Dios de misericordia y de ternura, el cual, del mismo modo que se inclinó sobre el rostro doliente de su Hijo amado, se inclina amoroso sobre todas sus criaturas, sin excluir a ninguna.

Ya en su nombre religioso, Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, resume Teresa la *kenosis* de la encarnación y la *kenosis* de la pasión, la pequeñez del niño de Belén y el vaciamiento del Cristo de la cruz. Mas en el amor a Cristo y a los hermanos, Teresa descubre el secreto de su vida, lo

descubre en un amor probado en el crisol, pero que el Espíritu Santo pone incandescente de ansias apostólicas, hasta convertirse en una vocación: ser en la Iglesia el amor. El amor infinito del Dios del Antiguo Testamento, que Teresa acoge con alegría, como una niña del Reino, y el amor de Jesús por los pequeños son dos palabras de vida de su existencia, que han forjado su imagen de santidad. Una imagen que atrae a todos, incluso fuera de la Iglesia católica, porque revela el verdadero rostro de nuestro Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que ama infinitamente a todas sus criaturas.

ORATIO

Tus palabras son mías y yo puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas que están unidas a mí las gracias del Padre celestial. Pero, Señor, cuando digo que deseo que los que tú me diste estén también donde yo esté, no pretendo que ellos no puedan llegar a una gloria mucho más alta de la que quieras darme a mí. Quiero simplemente pedir que un día nos veamos todos reunidos en tu hermoso cielo. Tú sabes, Dios mío, que yo nunca he deseado otra cosa que amarte. No ambiciono otra gloria. Tu amor me ha acompañado desde la infancia, ha ido creciendo conmigo, y ahora es un abismo cuyas profundidades no puedo sondear.

El amor llama al amor. Por eso, Jesús mío, mi amor se lanza hacia ti y quisiera colmar el abismo que lo atrae. Pero, ¡ay!, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano... Para amarme como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor. Sólo entonces encontraré reposo.

Jesús mío, tal vez sea una ilusión, pero creo que no podrás colmar a un alma de más amor del que has colmado la mía. Por eso me atrevo a pedirte que ames a los que me has

dado como me has amado a mí. Si un día en el cielo descubro que los amas más que a mí, me alegraré, pues desde ahora mismo reconozco que esas almas merecen mucho más amor que la mía. Pero aquí abajo no puedo concebir una mayor inmensidad de amor del que te has dignado prodigarme a mí gratuitamente y sin mérito alguno de mi parte (Teresa del Niño Jesús, *Manuscrito C*, versión electrónica).

CONTEMPLATIO

Jesús ha querido darme luz acerca de este misterio. Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores que él ha creado son hermosas, y que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan a la humilde violeta su perfume ni a la margarita su encantadora sencillez... Comprendí que si todas las flores quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su gala primaveral y los campos ya no se verían esmaltados de florecillas...

Eso mismo sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús. Él ha querido crear grandes santos, que pueden compararse a los lirios y a las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, y éstos han de conformarse con ser margaritas o violetas destinadas a recrear los ojos de Dios cuando mira a sus pies. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos...

Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla, que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime.

Y es que, siendo propio del amor el abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que

sólo deja oír débiles gemidos, y ha creado al pobre salvaje, que sólo tiene para guiarse la ley natural. ¡Y también a sus corazones quiere él descender!

Éstas son sus flores de los campos, cuya sencillez le fascina... Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza. Así como el sol ilumina a la vez a los cedros y a cada florecilla, como si sólo ella existiese en la tierra, del mismo modo se ocupa también Nuestro Señor de cada alma personalmente, como si no hubiera más que ella. Y así como en la naturaleza todas las estaciones están ordenadas de tal modo que en el momento preciso se abra hasta la más humilde margarita, de la misma manera todo está ordenado al bien de cada alma (Teresa del Niño Jesús, *Manuscrito A*, versión electrónica).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día estas palabras de la santa de Lisieux: *«Mi vida es un instante, una hora de paso. ¡Oh Dios mío, sabes que para amarte en la tierra no dispongo más que de hoy»* (Teresa del Niño Jesús, *Poesía n. 5*)

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Teresa del Niño Jesús es una figura que me es muy entrañable, que siento cercana y compañera de camino porque, cuanto más profundizamos en su «pequeña vía», tanto más nos damos cuenta de que se trata en realidad de la única vía. Fe pura y amor puro, con la aceptación consciente de no ver nada, de ser débil e imperfecta; como otros santos, Teresa empieza allí donde la mayoría de los cristianos se detiene. Pero hay un aspecto de su experiencia que quisiera subrayar, la experiencia de la laceración interior, indicada por ella con estas palabras: «Nieblas que me rodean, penetran en el alma», «tormento que se redobla», «no quiero continuar escribiendo

de ello; temería blasfemar», «tinieblas cada vez más densas», «lucha y tormento no durante algunos días, no durante algunas semanas».

Es el sufrimiento de quien se siente unido con Dios y no puede poner en tela de juicio este vínculo, pero al mismo tiempo se siente solidario con el hombre, con sus propios hermanos, con las personas cuya suerte, esperanzas y angustias comparte hasta el final. Teresa vive atraída irresistiblemente hacia la patria luminosa y al mismo tiempo envuelta completamente por las tinieblas de una tierra opaca y afligida por nieblas impenetrables. Más aún, la imagen que usa es la de sentirse sentada a la mesa llena de amargura en la que comen los pecadores, los incrédulos [...].

Teresa es santa porque aceptó esta laceración interior y la vivió con la seguridad de que, en Cristo muerto en la cruz, esta laceración se recompondría en unidad. Escribe: «Atráenos, Jesús, con el fuego de tu amor, únenos a ti tan estrechamente que seas tú mismo quien viva y goce en nosotros...» (C. M. Martini, «Presentazione», en Teresa de Lisieux, dottoredella Chiesa, / *miei pensieri*, Milán 1997, 7-9).

Principio del documento*

Día 2

**Jueves de la de la 26ª semana del
tiempo ordinario año impar
Santos Ángeles Custodios. Memoria
obligatoria.**

Los ángeles -criaturas puramente espirituales y dotadas de inteligencia y voluntad- son servidores y mensajeros de Dios. «Contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial» (Mt 18,10). Son «poderosos ejecutores de sus órdenes, prontos a la voz

de su palabra» (Sal 103,20). Dios les confía el encargo de proteger a la humanidad.

El pueblo de Dios ha sentido siempre espontáneamente la exigencia de corresponder a su silenciosa y benévola compañía honrándoles de una manera especial. Esta celebración dedicada a ellos entró en el calendario romano en el año 1615.

Del Martirologio romano:

Memoria de los santos Ángeles Custodios, que llamados ante todo a contemplar en la gloria el rostro del Señor, han recibido también una función en favor de los hombres, de modo que, con su presencia invisible pero solícita, los asistan y aconsejen.

LECTIO

Primera lectura: Nehemías 8,1-4a.5-6.7b-12: *Abrió el libro de la ley, bendijo al Señor, y todo el pueblo respondió: «Amén, amén».*

¹ Todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza de la Puerta de las Aguas y pidió a Esdras, el escriba, que trajera el libro de la ley de Moisés que el Señor había entregado a Israel.

² Así lo hizo el sacerdote Esdras. El día primero del séptimo mes trajo el libro de la ley y ante la asamblea compuesta por hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón,

³ lo estuvo leyendo en la plaza de la Puerta de las Aguas desde la mañana hasta el mediodía. Todo el pueblo, hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón, escuchaban con atención la lectura del libro de la ley.

⁴ Esdras, el escriba, estaba de pie sobre un estrado de madera levantado al efecto.

⁵ Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo, pues estaba más alto que todos, y, al abrirlo, todo el pueblo se puso en pie.

⁶ Esdras bendijo al Señor, el gran Dios; y

todo el pueblo, alzando las manos, respondió: -Amén, amén. Después se postraron y, rostro en tierra, adoraron al Señor.

⁷ Los levitas explicaban la ley al pueblo que estaba de pie.

⁸ Leían el libro de la ley de Dios clara y distintamente, explicando el sentido, para que pudieran entender lo que se leía.

⁹ El gobernador Nehemías; Esdras, el sacerdote escriba, y los levitas que instruían al pueblo dijeron a todos: -Este día está consagrado al Señor, nuestro Dios: no estéis tristes ni lloréis. Porque todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la ley.

¹⁰ Nehemías añadió: -Id a casa y comed manjares apetitosos, bebed licores dulces y mandad su porción a los que no han preparado nada, pues este día ha sido consagrado a nuestro Señor. ¡No os aflijáis, que el Señor se alegra al veros fuertes!

¹¹ Y los levitas tranquilizaban a todo el pueblo diciendo: -No os lamentéis ni os aflijáis, que éste es un día santo.

¹² Y todo el pueblo se fue a comer y a beber. Repartieron porciones y celebraron una gran fiesta, pues habían comprendido las palabras que les habían enseñado.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El relato de Nehemías presenta al pueblo de Dios reunido por su Palabra. Ésta inspira también el servicio y el gobierno en la comunidad del Señor. Tras la vuelta del exilio de Babilonia, el pueblo no reconstruye su propia vida religiosa sólo sobre el templo y los sacrificios, sino que empieza a elaborar una nueva institución: una comunidad que se reúne para leer y orar la Palabra. Esa institución es la Sinagoga. Israel se convierte así en religión del Libro. Según el relato bíblico, como conclusión de la reforma civil y religiosa, Nehemías y

Esdras convocan a todo el pueblo para que escuche la lectura de la ley de Moisés. Puede observarse cómo el encuentro de la comunidad con la Palabra de Dios está modelado sobre el ritual y la modalidad de la lectura sinagoga de la Torá, que volvemos a encontrar en la época de Jesús y que también servirá de referencia para el culto de la Palabra en la comunidad cristiana.

«*El día primero del séptimo mes*» es fiesta del nuevo año civil (cf. Lv 23,24ss; Nm 29,1-6). La comunidad que se reúne declara así su voluntad de fundamentar la vida cotidiana, en el nuevo año que comienza, con las decisiones que implica la vida civil, basadas precisamente en la Palabra que va a oír dentro de poco. El libro de la Ley está rodeado de gran honor: el pueblo se pone en pie, se postra en acto de adoración, levanta las manos al cielo en señal de oración cuando Esdras trae el libro a la presencia de todos. Ese acto de adoración expresa la conciencia de que esas Escrituras no son fruto exclusivo del trabajo humano, sino que son revelación de Dios, su presencia iluminadora en medio del pueblo que escucha.

Después de la lectura de distintos fragmentos, los levitas explicaban el sentido del texto, traduciéndolo al arameo, es decir, a la lengua de la época, y comentándolo (actualizándolo). Se trata del equivalente de la «homilía» y es un momento que todavía está presente en los ritos de la Sinagoga. El relato presenta asimismo los efectos de la Palabra, escuchada de modo religioso y adorador.

Salmo responsorial

Sa/18, 8. 9. 10. 11. (R.: 9ab)

R. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón.

V. La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye a los ignorantes. R.

V. Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. R.

V. El temor del Señor es puro
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. R.

V. Más preciosos que el oro,
más que el oro fino;
más dulces que la miel
de un panal que destila. R.

Aleluya

Mc 1, 15

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Está cerca el reino de Dios;
convertíos y creed en el Evangelio. R.

Nota: el Evangelio es el de la memoria

Mt 18, 1-5. 10. *Sus ángeles están
viendo siempre en los cielos el rostro de mi
Padre celestial.*

¹ En aquel momento se acercaron los
discípulos a Jesús y le dijeron: -Quién es el
más importante en el Reino de los Cielos?

² Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos

³ y dijo: -Os aseguro que si no cambiáis y os
hacéis como los niños no entraréis en el
Reino de los Cielos.

⁴ El que se haga pequeño como este niño, ése
es el mayor en el Reino de los Cielos.

⁵ El que acoge a un niño como éste en mi
nombre, a mí me acoge.

¹⁰ Cuidado con despreciar a uno de estos
pequeños, porque os digo que sus ángeles en

el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi
Padre celestial.

*• En este fragmento, Jesús nos invita y
nos enseña a contemplar la realidad de un
modo más penetrante y más conforme con el
suyo. La lógica humana tiene sed de
grandezas y de prestigio, se liga a las
apariencias y pisotea lo que no se muestra
con bella apariencia. La lógica del Reino de
los Cielos va en una dirección opuesta y para
acogerla es preciso cambiar de mentalidad,
o sea, convertirse. Es verdaderamente
grande quien es sencillo, inocente y carece
de pretensiones; quien se confía con
gratitud al cuidado y al amor de Otro. Estos
"pequeños" son los predilectos del Señor:
sus ángeles custodios -de apariencia
invisible- ven siempre el rostro de Dios y
están muy próximos a él. Dado que el Padre
rodea a los niños dándoles los ángeles más
espléndidos, los discípulos de Jesús
deberán abstenerse de despreciar a los
pequeños e intentar más bien llegar a ser
como ellos.

MEDITATIO santos Ángeles Custodios

A comienzos del mes de octubre, la
Iglesia nos hace celebrar en la liturgia la
memoria de los ángeles custodios, como
para recordar al hombre perdido y
desanimado que no está solo en su camino.
Existe, en efecto, una creación visible que
podemos ver, al menos en parte, con los ojos
de la cara; existe, a continuación, una
creación invisible -y, sin embargo, realísima-
que sólo podemos percibir con los sentidos
espirituales, mediante la fe, la oración y la
iluminación interior que nos viene del
Espíritu Santo.

¿Qué son, pues, los ángeles? Son, en
primer lugar, un signo luminoso de la divina
Providencia para nosotros, un signo de la
bondad paternal de Dios, que no deja que

falte a sus hijos nada de cuanto es necesario. Como intermediarios entre la tierra y el cielo, son criaturas invisibles puestas a nuestra disposición para guiarnos en el camino de retorno a la casa del Padre. Vienen del Cielo para volver a llevarnos al Cielo y para hacernos pregustar, ya desde ahora, algo de las realidades celestiales.

En ocasiones es posible experimentar de manera concreta y sensible la custodia de los ángeles, con tal que sepamos reconocerla. Se trata de encuentros «casuales» (que se vuelven, no obstante, fundamentales y determinantes en la vida de una persona) o de una ayuda imprevista e inesperada que recibimos en una situación de peligro; o de una intuición fulminante que nos permite darnos cuenta de un error, de un olvido...: ¿cómo no sentirnos guiados, protegidos y amablemente socorridos?

Los ángeles nos protegen de muchos peligros de los que ni siquiera nos damos cuenta. Sobre todo, del peligro de volvernos impíos, de no escuchar al Señor y de no obedecer a su Palabra; nos sugieren siempre pensamientos rectos y humildes, buenos sentimientos.

También nosotros estamos llamados a prestarnos los unos a los otros un servicio semejante al de los ángeles y a hacernos buena compañía a lo largo del camino de la vida, para llegar juntos a contemplar el rostro de Dios.

ORATIO

Santos ángeles, custodios nuestros, quitad el velo de los ojos de nuestro corazón, para hacernos capaces de recibir vuestra silenciosa presencia en nuestra vida. Sed para nosotros guías seguros y amables compañeros a lo largo del cotidiano peregrinar por la tierra. Encended en nosotros un vivo deseo de contemplar el rostro de Aquel que brilla en su

bienaventuranza infinita. Que vuestra protección nos libere del mal, que vuestro consejo nos sugiera cuanto ayuda a la verdadera vida, que vuestro consuelo nos sostenga para que, con el corazón colmado de dulzura, nada pueda separarnos de tender incesantemente a la eterna morada; y enseñadnos a ser también nosotros unos para otros amables compañeros de viaje. Amén.

CONTEMPLATIO

Los ángeles velan no sólo sobre toda la Iglesia tomada en su conjunto, sino también sobre cada uno de nosotros. De ellos habla el Salvador cuando dice: «Sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial» (Mt 18,10). Hay dos Iglesias: la de los hombres y la de los ángeles. Si lo que decimos es conforme al pensamiento divino y a la intención de las Escrituras, los ángeles gozan con ello y ruegan por nosotros... Se trata de ángeles que asisten a los santos y se alegran en la Iglesia, ángeles que nosotros no vemos, porque el fango del pecado nos cubre los ojos, pero que ven los apóstoles de Jesús, a los que dice el Señor: «Os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre» (Jn 1,51) (Orígenes, Comentario a Lucas XXIII, 8, Roma 1969).

ACTIO

Repite a menudo hoy esta oración de la tradición cristiana: «Ángel de Dios, bajo cuya custodia me puso el Señor con amorosa piedad, a mí que soy vuestro encomendado, alumbradme hoy, guardadme, regidme y gobernadme. Amén».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Pocas verdades de la religión producen tanto alivio como ésta, humanísima, del ángel custodio, una alegre invención de Dios. Y el saber que lo tiene muy cerca el rey

cuando escribe la ley, sentado en el trono de oro, y que lo tiene el pelagatos sentado en la piedra del cementerio para comer el pan de la caridad, es cosa que ennoblece la vida y la exalta. La poesía pagana apenas lo ha entrevisto. La literatura hebrea está llena de mensajeros alados, y sus páginas se estremecen de escalofríos luminosos.

La teología cristiana, que es la profundización de aquélla, es toda ella un fresco estremecido. Nadie sabe los aspectos que puede tomar su ángel custodio según los tiempos y las necesidades de su vida. Entrás en un camino solitario y un tipo te acompaña y hace el camino contigo, intercambiando palabras con aire familiar. Tal vez sea él tu ángel, que, tomando forma humana, quiere hacerte compañía...

No todos los aleteos que oyes a lo largo de las filas o bajo el alero de casa son pajarillos y palomas; y el murmullo que te agita en ciertos momentos imprevistos no es siempre el viento que tienes delante. En la divina economía del bien en que está establecido el mundo, hemos de esperarnos siempre que sea ésa la revelación sensible del alado asistente. Como la experimenté yo mismo una vez, al caer la noche, en el umbral de una vieja abadía, al oír cantar por aquellos monjes graves el oficio de completas; y oí al padre prior recitando la oración final, que es un himno a los ángeles: «Visita, Señor, esta habitación y ahuyenta de ella todas las asechanzas del enemigo. Estén aquí tus santos ángeles, que nos guarden en paz». En ese momento, bajo el toque de la última campana, me pareció ver muchos ángeles que, saliendo de lo alto, se recogían en todas las familias como la última bendición de la iornada. Y vuelto a mi habitación desnuda como una celda, al cerrar la puerta y entornar los postigos, me estremecí por la alegría que me

proporcionaba saber, casi ver, que había un ángel encerrado todo para mí (C. Angelini, «Discorso con l'angelo custode», en *Ritorno degli angeli?*, Vicenza 1988, pp. 43-46, passim).

[Principio del documento*](#)

Día 3

Viernes de la 26ª semana del tiempo ordinario año impar

SAN FRANCISCO DE BORJA, presbítero,
memoria libre

Francisco de Borja nació en Gandía (Valencia), en 1510. Gran privado del emperador Carlos V y caballero de la emperatriz Isabel, vivió ejemplarmente en palacio. La vista del cadáver de la emperatriz lo impulsó a despreciar las vanidades de la corte. Fue virrey de Cataluña y duque de Gandía. Después de la muerte de su esposa, en 1546, que acabó de desligarlo del mundo, entró en la Compañía de Jesús, de la que llegó a ser superior general. Se distinguió, sobre todo, por su profunda humildad. Dio gran impulso a las misiones. Murió en Roma el 1 de octubre de 1572. Fue canonizado en 1671.

Del Martirologio romano:

En Roma, san Francisco de Borja, presbítero, que, muerta su mujer, con quien había tenido ocho hijos, ingresó en la Compañía de Jesús y, pese a que abdicó de las dignidades del mundo y recusó las de la Iglesia, fue elegido preposito general, siendo memorable por su austeridad de vida y oración (1572).

LECTIO

Primera lectura: Baruc 1,15-22: *Hemos pecado contra el Señor desoyendo sus palabras.*

¹⁵ Diréis: Reconocemos que el Señor es inocente; nosotros, en cambio, estamos hoy abrumados de vergüenza, junto con los habitantes de Judá y de Jerusalén,

¹⁶ con nuestros reyes y gobernantes, con nuestros sacerdotes, profetas y

antepasados.

¹⁷ Porque hemos pecado ante el Señor, le hemos desobedecido, no hemos escuchado la voz del Señor, Dios nuestro, y no hemos cumplido los mandamientos que él nos había dado.

¹⁹ Desde que el Señor sacó a nuestros antepasados de Egipto hasta hoy, hemos sido rebeldes al Señor, Dios nuestro, e, insensatos de nosotros, no hemos escuchado su voz.

²⁰ Por eso ahora han caído sobre nosotros la desgracia y la maldición con que el Señor amenazó a su siervo Moisés cuando sacó a nuestros antepasados de Egipto para darnos una tierra que mana leche y miel.

²¹ Nosotros no hemos escuchado la voz del Señor, nuestro Dios, que nos habló por medio de sus enviados, los profetas.

²² Cada uno de nosotros ha seguido los proyectos de su obstinado corazón, dando culto a otros dioses y ofendiendo al Señor, nuestro Dios, con su conducta.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Tras la liturgia de la lectura del Libro, el texto de Baruc introduce una amplia oración penitencial, cuyos primeros versículos hemos leído. Es la súplica de los exiliados, en la que pueden reconocerse todos los judíos sometidos al dominio extranjero, en cualquier parte del mundo en que se encuentren. Es, por consiguiente, la oración del pueblo de Dios en la diáspora, que no quiere perder su propia identidad espiritual.

En primer lugar, se siente solidario en la culpa que ha marcado la historia pasada, una historia compuesta de promesas divinas y pecados del pueblo. La historia es considerada como una historia solidaria en el bien y en el mal. Los dones de Dios a su pueblo han sido generosos y grandiosos,

mientras que el pueblo ha reaccionado con la desobediencia y con la rebelión. Por eso se hace necesaria una confesión de las culpas que reconozca la justicia de Dios y su inocencia. En esta justicia, en esta falta de culpabilidad de Dios reside la posibilidad que tiene el pueblo de volver a comenzar, de esperar de nuevo, de aguardar el perdón del Señor.

Debemos señalar que, en esta confesión, el pueblo que está presente, que está dirigiendo su súplica a Dios, se siente de todos modos corresponsable asimismo de las culpas del pasado. Ahora bien, esa corresponsabilidad le hará precisamente solidario en las promesas indefectibles que Dios ha hecho a su pueblo.

Salmo responsorial

Sa/78, 1-2. 3-5. 8. 9. (R.: 9)

R. Por el honor de tu nombre, Señor, libranos.

V. Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad,

han profanado tu santo templo,
han reducido Jerusalén a ruinas.
Echaron los cadáveres de tus siervos
en pasto a las aves del cielo,
y la carne de tus fieles
a las fieras de la tierra. **R.**

V. Derramaron su sangre como agua
en torno a Jerusalén,
y nadie la enterraba.
Fuimos el escarnio de nuestros vecinos,
la irrisión y la burla de los que nos rodean.
¿Hasta cuándo, Señor?
¿Vas a estar siempre enojado?
¿Arderá como fuego tu cólera? **R.**

V. No recuerdes contra nosotros
las culpas de nuestros padres;

que tu compasión nos alcance pronto,
pues estamos agotados. **R.**

V. Socórrenos, Dios, salvador nuestro,
por el honor de tu nombre;
líbranos y perdona nuestros pecados
a causa de tu nombre. **R.**

Aleluya

Cf. Sal/94, 8a. 7d

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. No endurezcáis hoy vuestro corazón;
escuchad la voz del Señor. **R.**

Evangelio: Lucas 10,13-16: *Quien me rechaza a mí rechaza al que me ha enviado.*

En aquel tiempo, dijo Jesús:

¹³ ¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida!
Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran
hecho los milagros realizados en vosotras,
hace tiempo que, vestidas de saco y
sentadas sobre ceniza, se habrían
convertido.

¹⁴ Por eso, será más tolerable el día del
juicio para Tiro y Sidón que para vosotras.

¹⁵ Y tú, Cafarnaún, ¿te elevarás hasta el
cielo? ¡Hasta el abismo te hundirás!

¹⁶ Quien os escucha a vosotros a mí me
escucha; quien os rechaza a vosotros a mí
me rechaza, y el que me rechaza a mí
rechaza al que me ha enviado.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Lucas sitúa el juicio sobre las
ciudades del lago tras el envío de los 72
discípulos en misión (Lc 10,1-12), dejando
entender así un desenlace negativo de su
anuncio Jesús había ofrecido a los enviados
una especie de vademécum para su misión;
aquí, en cambio, indica las condiciones
requeridas para una efectiva acogida del
Evangelio del Reino.

Las ciudades del lago son sometidas a un

juicio severo (w. 13-15) por no haber
respondido con una fe verdadera y una
sincera conversión al anuncio de los
discípulos de Jesús. Corozáin, Betsaida y
Cafarnaún fueron las ciudades en las que
más actuó Jesús, anunciando la Buena Nueva
y realizando en ellas muchos milagros; sin
embargo, no creyeron en el Evangelio ni
cambiaron de conducta. Por eso se les
profetiza una suerte peor que la de Sodoma
y Gomorra, que representan en la tradición
bíblica la oposición más obstinada a Dios (cf.
Gn 19). Jesús establece otra comparación
con Tiro y Sidón: estas ciudades, enemigas
de Israel y extrañas a la promesa, se han
mostrado más abiertas a la escucha de la
Palabra de Dios y disponibles a la penitencia
que las ciudades judías situadas junto al
lago de Genesaret.

En la conclusión del discurso, Jesús se
refiere al principio de la Shalia, en virtud
del cual el enviado goza de la misma
autoridad que quien le ha enviado y, por
consiguiente, puede exigir la misma
obediencia que se debe a quien le envía.
Dado que los discípulos han sido enviados
por Jesús, que a su vez ha sido enviado por
su Padre, recibirles o rechazarles significa
recibir o rechazar a Dios mismo.

En consecuencia, la decisión se convierte
en una cuestión de salvación o perdición:
«Quien os escucha a vosotros a mí me
escucha; quien os rechaza a vosotros a mí
me rechaza, y el que me rechaza a mí
rechaza al que me ha enviado» (v. 16).

MEDITATIO

Las dos lecturas litúrgicas tienen en
común un evidente rasgo penitencial. La
constante conversión requerida por el
discipulado exige que la dimensión
penitencial esté siempre presente en
nuestra vida cristiana. El durísimo juicio
emitido por Jesús sobre las ciudades del

lago constituye también una severa advertencia para quienes leemos la palabra del Evangelio, a fin de que no nos endurezcamos ni cerremos nuestro corazón a una verdadera escucha de la Palabra. Seremos más imperdonables que Sodoma y Gomorra, y más incrédulos que Tiro y Sidón si, habiendo encontrado la alegre noticia, permaneciéramos extraños, alejados, cerrados en nosotros mismos.

Por el contrario, tanto el profeta Baruc como la enseñanza de Jesús nos invitan a que seamos capaces de confesar nuestro pecado, reconociendo al mismo tiempo la fidelidad y la misericordia de nuestro Dios. Por eso debemos acoger de buen grado a quien nos exhorta a la conversión, haciéndonos constatar nuestros pecados e incitándonos a cambiar de vida. En los profetas, que a menudo nos resultan incómodos, la Palabra bíblica nos hace reconocer la voz de Dios, que nos habla y no quiere humillarnos de manera gratuita o deprimirnos, sino indicarnos el único camino de salvación. Éste es el de una incesante búsqueda de conversión y una lucha tenaz contra las fuerzas destructoras del pecado: «Cada uno de nosotros ha seguido los proyectos de su obstinado corazón dando culto a otros dioses y ofendiendo al Señor, nuestro Dios, con su conducta».

ORATIO

Oh Dios, Padre nuestro celestial, te damos gracias por haber reconciliado contigo el mundo a través de Jesucristo y por habernos regenerado con el poder del Espíritu Santo.

Jesucristo, te damos gracias por habernos llamado a la reconciliación, al servicio de tu Palabra y del prójimo, por amor a la creación de Dios. Te damos gracias porque haces posible la reconciliación con nosotros mismos, para

que, con un sentido de responsabilidad y de coraje, podamos poner aparte el pasado y mirar hacia el futuro que tú nos das.

Oh Dios, te damos gracias porque vas tejiendo con paciencia la trama de tela para la paz, la concordia, la unidad entre las personas y en la vida de nuestras comunidades cristianas. Te damos gracias también por el día en que, por obra del Espíritu Santo, todos seremos acogidos, reconciliados contigo, en tu morada. Amén.

CONTEMPLATIO

Y ciertamente, Señor, como ante tus ojos está siempre desnudo el abismo de la conciencia humana, ¿qué podría haber oculto en mí, aunque yo no te lo quisiera confesar? Lo que haría sería esconderte a ti de mí, no a mí de ti. Pero ahora que mi gemido es testigo de que no me desagrado a mí, tú brillas y me places y eres amado y deseado hasta avergonzarme de mí y desecharme y elegirme a ti, y así no me plazca a ti ni a mí si no es por ti.

Quienquiera, pues, que yo sea, manifiesto soy para ti, Señor. También he dicho yo el fruto con el que te confieso; porque no hago esto con palabras y voces de carne, sino con palabras del alma y clamor de la mente, que son las que tus oídos conocen. Porque, cuando soy malo, confesarte a ti no es otra cosa que displacerme a mí; y cuando soy piadoso, confesarte a ti no es otra cosa que no atribuírmelo a mí. Porque tú, Señor, eres el que bendices al justo (Sal 5,1) pero antes le haces justo de impío (Rom 4,5).

Así pues, mi confesión en tu presencia, Dios mío, se hace callada y no calladamente; calla en cuanto al ruido de las palabras, clama en cuanto al afecto. Porque ni siquiera una palabra de bien puedo decir a los hombres si antes no la oyeras tú de mí, ni tú podrías oír algo tal de mí antes de que no

me lo hubieses dicho tú a mí» (Agustín de Hipona, Las confesiones, X, II, 2).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «Perdona nuestro corazón obstinado» (cf. Bar 1,19).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Una de las provocaciones más grandes de la vida espiritual es recibir el perdón de Dios. Hay algo en nosotros, seres humanos, que nos mantiene tenazmente aferrados a nuestros pecados y no nos permite dejar que Dios cancele nuestro pasado y nos ofrezca un comienzo completamente nuevo. Algunas veces parece incluso que deseara yo demostrar a Dios que mis tinieblas son demasiado espesas para ser disueltas. Mientras que Dios quiere restituirme la plena condición de hijo, continúo insistiendo en que me instalaré como criado. Ahora bien, ¿quiero ser restituido de verdad a la plena responsabilidad de hijo? ¿Quiero verdaderamente ser perdonado del todo, de modo que me sea posible una vida completamente nueva? ¿Tengo confianza en mí mismo y en una redención tan radical? ¿Deseo romper con esa rebelión mía contra Dios profundamente arraigada y rendirme de un modo tan absoluto a su amor que haga brotar una persona nueva? Recibir el perdón exige una voluntad total de dejar que Dios sea Dios y lleve a cabo todo el saneamiento, la reintegración y la renovación. En cuanto quiero hacer, aunque sólo sea una parte de todo esto, me contento con soluciones parciales (H. J. M. Nouwen, *L'abbraccio benediciente*, Brescia 1970, p. 78).

[Principio del documento*](#)

Día 4

Sábado de la 26ª semana del tiempo ordinario año impar

San Francisco de Asís. Memoria obligatoria

Francisco, hijo de un rico comerciante de Asís, nació en 1181 (o 1182). Disuadido de sus ideales de gloria caballeresca a raíz de las experiencias decisivas de su encuentro con los leprosos y de la oración ante el crucifijo en la iglesia de San Damián, Francisco abandonó su familia y comenzó una vida evangélica de penitencia. Con los numerosos compañeros que muy pronto se unieron a él, comprendió que estaba llamado a vivir el Evangelio sine glossa, como fraternidad de menores a ejemplo de Jesús y de sus discípulos. Al año siguiente a la aprobación de la Regla y vida de los hermanos menores en 1223 por el papa Honorio III, Francisco recibió los estigmas del Crucificado, sello de la conformidad con su único Señor y Maestro. Cuando murió, en 1226, Francisco era un hombre extenuado por la fatiga y por las enfermedades y, al mismo tiempo, un hombre reconciliado con el sufrimiento, consigo mismo y con toda criatura. Fue canonizado en 1228 y es patrono de Italia y de los ecologistas.

Del Martirologio romano:

Memoria de san Francisco, el cual, después de una juventud despreocupada, se convirtió a la vida evangélica en Asís, localidad de la Umbría, encontrando a Cristo sobre todo en los pobres y necesitados, haciéndose pobre él mismo e instituyendo a los Hermanos Menores. Viajando predicó el amor de Dios a todos y llegó incluso a Tierra Santa, mostrando con sus palabras y actitudes su deseo de seguir a Cristo, escogiendo morir recostado sobre la nuda tierra (1226).

LECTIO

Primera lectura: Baruc 4,5-12.27-29: *El mismo que os mandó las desgracias os mandará el gozo.*

⁵ ¡Ánimo, pueblo mío, tú mantienes vivo el

recuerdo de Israel!

⁶ Habéis sido vendidos a las naciones, mas no para ser aniquilados; porque provocasteis la ira de Dios, fuisteis entregados a los enemigos.

⁷ Irritasteis, en efecto, a vuestro creador, pues ofrecisteis sacrificios a los demonios y no a Dios.

⁸ Olvidasteis al Dios eterno, que os alimentó, y afligisteis a Jerusalén, que os crió.

⁹ Ella fue la que dijo cuando vio que el castigo de Dios se cernía sobre vosotros: «Escuchad, vecinas de Sión, Dios me ha enviado una gran pena;

¹⁰ he visto el destierro que el Dios eterno ha traído sobre mis hijos e hijas.

¹¹ Yo, que los había alimentado con gozo, los he visto partir llorosa y apenada.

¹² Que nadie se alegre a mi costa, viéndome viuda y abandonada de tantos.

Estoy desolada por los pecados de mis hijos, porque se apartaron de la ley de Dios.

²⁷ Valor, hijos míos, clamad a Dios, pues el mismo que os mandó esto se acordará de vosotros.

²⁸ Como apartasteis vuestro pensamiento de Dios, convertíos ahora y buscadlo con redoblado ardor.

²⁹ Pues el que os acarreó los males os traerá la alegría imperecedera, junto con vuestra salvación.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. Comienza aquí la tercera parte del libro de Baruc, y lo hace con un oráculo profético de consolación. Sin embargo, antes de introducir el mensaje de salvación -en términos muy similares a los del Segundo y Tercer Isaías-, el autor presenta a un pueblo, personificado en la ciudad de Jerusalén, como una viuda, como una mujer desolada, que reconoce el fundamento del

castigo recibido por parte de Dios, un castigo debido a los pecados del pueblo, a su olvido del Dios eterno, que es Padre, ignorando, por tanto, el poder y la paternidad de Dios.

Tras haber reconocido que la ira de Dios se ha abatido justamente sobre el pueblo, se reconoce asimismo su carácter pedagógico. Dios no castiga para condenar, sino para salvar. De ahí que la última parte del oráculo se abra a la esperanza del perdón: el pueblo, que ha experimentado el castigo, podrá volver a Dios multiplicando su celo en la búsqueda de YHVH. Entonces experimentará una salvación que trasciende los límites de las expectativas humanas.

Jerusalén habla a sus hijos, en este oráculo, como una madre habla a sus propios hijos que se han mostrado malos y desobedientes, pero que podrán corregirse, enmendarse, y reemprender un camino de madurez, un camino positivo. El mensaje es, por consiguiente, una exhortación a convertirse al Señor y decuplicar el celo en la búsqueda. Se trata de dar una respuesta total a aquel que dio las diez palabras a su pueblo, que ahora «decuplica las fuerzas» en la búsqueda de la conversión a su Dios.

Salmo responsorial

Sal 68, 33-35. 36-37. (R.: 34)

R. El Señor escucha a sus pobres.

V. Miradlo, los humildes, y alegraos, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. Alábenlo el cielo y la tierra, las aguas y cuanto bulle en ellas. **R.**

V. Dios salvará a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá, y las habitarán en posesión.

La estirpe de sus siervos la heredará,
los que aman su nombre vivirán en ella. **R.**

Aleluya

Cf. Mt 11, 25

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Bendito seas, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
porque has revelado los misterios del reino a los pequeños. **R.**

Evangelio: Lucas 10,17-24: *Estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo.*

†

En aquel tiempo,

¹⁷ los setenta [y dos] volvieron llenos de alegría, diciendo: -Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.

¹⁸ Jesús les dijo: -He visto a Satanás cayendo del cielo como un rayo.

¹⁹ Os he dado poder para pisotear serpientes y escorpiones y para dominar toda potencia enemiga, y nada os podrá dañar.

²⁰ Sin embargo, no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo.

²¹ En aquel momento, el Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús, que dijo: -Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien.

²² Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

²³ Volviéndose después a los discípulos, les dijo en privado: -Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis.

²⁴ Porque os digo que muchos profetas y

reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Los vv. 17-20 presentan el regreso de los setenta y dos después de la misión. Se dirigen al Kyrios, título de la confesión pascual de la Iglesia, porque ven la difusión de la Palabra y retirarse ante ella el poder del mal, expulsado por el poder del Nombre de Jesús.

El v. 18 es intrigante: en él afirma Jesús que, mientras sus enviados estaban en misión, él había visto caer a Satanás cayendo como un rayo del cielo. La comunidad, sabiendo que el poder de Satanás ha sido derrotado precisamente por la palabra de la predicación, no deberá dejarse desanimar por los obstáculos y las dificultades (v. 19). Sin embargo, deberá vigilarse a sí misma, a fin de no complacerse demasiado en sus propios éxitos y exaltarse por el poder que le ha sido dado; el verdadero entusiasmo brotará más bien de la conciencia de la gratuidad de la salvación {«alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo»: v. 20). Viene, a continuación, el himno de júbilo (vv. 21ss) en el que Jesús reconoce la verdad de su propia vocación de Hijo incluso a través de la fe de los pequeños, o sea, de aquellos que -aun siendo los marginados, según la opinión de los hombres de religión- han acogido con gratitud y humildad la predicación de los setenta y dos discípulos.

Jesús reconoce y celebra todo esto en la fuerza del Espíritu Santo. Exulta por el «conocimiento», o sea, por el amor que le profesa el Padre, y, a continuación, le alaba por el conocimiento que le ha sido dado del rostro y del corazón del Padre, en cuyos inefables secretos introduce a sus propios amigos, esto es, a los que aceptan el

Evangelio (v. 22). En este conocimiento de Dios y en esta participación en su vida íntima consiste la verdadera bienaventuranza de los discípulos: éstos viven ahora en el tiempo de la plenitud, marcado por la presencia de la salvación que Israel había esperado durante siglos en la persona de los profetas y de los reyes justos (vv. 23ss).

MEDITATIO

El himno de júbilo nos introduce en el misterio inefable de la vida divina de la que Jesús nos ha hecho partícipes. No es imposible reconocernos en los discípulos que regresan de una misión cuyos resultados son de difícil evaluación: por una parte, deben poner su fracaso en personas de las que hubieran podido esperar mucho; por otra, en cambio, pueden señalar la sorprendente acogida que brindan al Evangelio aquellos que parecían irremediabilmente alejados. De ahí que sea necesario volver a escuchar a Jesús mientras da gracias al Padre y muestra su júbilo en el Espíritu por sus inescrutables designios, que revelan el misterio del Reino a los últimos, a los humildes, *"a los sencillos"*, y lo cierran, sin embargo, *"a los sabios"*, a los soberbios, a los que cuentan con su propia pretensión de justicia.

El Padre se manifiesta precisamente a través de la fe de estos pequeños, de esos que, aun pareciendo desfavorecidos desde el punto de vista humano, acogen con gratitud y humildad la predicación de la Iglesia. Sólo éstos son introducidos por Jesús en su conocimiento del verdadero rostro de Dios, que brota de la íntima familiaridad que le une al Padre: *"Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar"*. No se trata de una

familiaridad impuesta, sino de una familiaridad a la que invita a sus amigos, de modo persuasivo, con la promesa de una bienaventuranza incomparable. La comunidad cristiana asume también, a través de esta experiencia de la participación en la vida divina, un rostro familiar: el de una madre que colma de ternura a sus hijos e hijas y los educa con amorosa paciencia. *"Valor, hijos míos, clamad a Dios, pues el mismo que os mandó esto se acordará de vosotros"*.

ORATIO

Señor Jesús, me uno en el Espíritu a tu grito de júbilo, porque me llena de conmoción saber que tú me consideras amigo y confidente y me has hecho partícipe de tu diálogo de amor con el Padre. Tú me has hecho saber cuán precioso soy a los ojos del Padre y cómo ha pensado en mí desde la eternidad y me ha querido como hijo suyo, a imagen tuya, de ti, que eres el Hijo unigénito engendrado desde los siglos eternos.

Reconozco, oh Señor, que sólo a través de la humildad y sencillez de corazón puedo entrar en este inmenso plan de amor. Te pido, por tanto, que me ayudes a vencer toda soberbia y presunción, que ofuscan la gratitud con la que estoy llamado a acoger tu Evangelio en mi vida, y a corregirme cuando me olvido de que sólo tu gracia me hace vivir. Amén.

CONTEMPLATIO

La fe de los cristianos comprende lo que nos ha conferido la humildad de un modo tan sublime, pero está lejos de los corazones de los impíos, puesto que *"Dios ha escondido estas cosas a los sabios y a los prudentes y se las ha revelado a los sencillos"* (Mt 11,25). Que los humildes, por tanto, comprendan la humildad de Dios, a fin de que con tal instrumento, como un jumento

en ayuda de su debilidad, lleguen a la altura de Dios.

Los sabios y prudentes, mientras buscan las cosas elevadas de Dios y no creen las humildes, descuidando precisamente éstas no llegan tampoco a aquéllas; vacíos e inestables, hinchados y elevados, quedarán suspendidos en la zona del viento, entre el cielo y la tierra. Son, en efecto, sabios y prudentes, pero según este mundo, no según aquel por quien el mundo fue hecho (Agustín de tripona, *Scnnoiii per i tempi liturgici*, Milán 1994, p. 106).

ACTIO

Repíete con frecuencia y vive hoy la Palabra: "*Valor, hijos míos, clamad a Dios*" (Bar 4,27).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Basta con la preocupación por el presente: no es preciso emplear fantasía y ansiedad en la construcción del futuro. El vicario de Cristo sabe lo que Cristo quiere de él; no es necesario que se ponga por delante o le imponga proyectos. La regla fundamental de la conducta del papa es ésta: contentarse siempre con su estado presente y no embarazarse con el futuro, esperándolo, en cambio, del Señor, sin hacer cuentas o disposiciones humanas sobre él, y absteniéndose incluso de hablar de él con seguridad y con facilidad a cualquiera.

La experiencia de estos tres años de mi servicio pontificio, que, "*tremens et timens*" (1 Cor 2,3), acepté por pura obediencia a la voluntad del Señor que me fue expresada por la voz del sacro colegio cardenalicio en cónclave, es testimonio y motivo conmovedor y perenne de la fidelidad de mi espíritu a esta máxima: absoluto abandono en Dios, en cuanto al presente, y perfecta tranquilidad, sobre el futuro. De las distintas iniciativas de carácter pastoral que bordan este primer ensayo de pontificio

compromiso de apostolado, todo ha venido por absoluta, quieta y amable -y diría incluso silenciosa- inspiración del Señor a este pobre siervo suyo, que sin mérito alguno por su parte, que no fuera el simplicísimo no discutir, sino limitarse a secundar y obedecer, ha podido conseguir no ser un inútil instrumento de amor a Jesús y de edificación para muchas almas.

Los primeros contactos con los grandes y con los humildes; algunas visitas caritativas aquí y allá; mansedumbre y humildad de acercamientos, claridad de ideas y fervor de ánimo; las visitas cuaresmales a las nuevas parroquias; la celebración del sínodo diocesano, con éxito inesperado; el acercamiento al Padre de toda la cristiandad, en multiplicada creación de cardenales y de obispos de toda nación, de toda raza y color; y ahora el vastísimo movimiento de proporciones imprevistas y más que imponentes del concilio ecuménico: todo confirma la bondad del principio de esperar y de expresar con fe, con modestia, con fervor confiado, las buenas inspiraciones de la gracia de Jesús, que preside el gobierno del mundo y lo conduce a las más altas finalidades de la creación, de la redención, de la glorificación final y eterna de las almas y de los pueblos (Juan XXIII, *Il giornale del anima e altri scritti di piefá*, Cinisello B. 1989, pp. 579ss [edición española: *Diario del alma*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1964]).

MEDITATIO para san Francisco de Asís

Los «pequeños» que acogen la invitación de Jesús a seguir su ejemplo de sencillez y humildad experimentan el amor divino. Se descubren amados por Jesús, que no ha dudado en dar su propia vida a fin de que todos los hombres pudieran vivir eternamente la amistad con él y con el

Padre. El Espíritu Santo nos ha hecho en el bautismo criaturas nuevas y nos ha introducido en la familiaridad con Dios. Somos del Señor, estamos llamados a dejarnos animar por el mismo palpito de amor por el que él se entregó totalmente a nosotros hasta el fin.

Francisco de Asís respondió a esta llamada: se hizo «pequeño», menor, humilde y pobre, satisfecho sólo con Dios. Descubrió que el Evangelio, vivido sin rebajas, nos hace criaturas nuevas, personas resucitadas, partícipes de la verdadera humanidad del Hijo de Dios y, por consiguiente, auténticos servidores de los hermanos, de todos los hermanos. En Francisco, esta humanidad redimida, forjada por las exigencias y por la ternura del amor a Dios y a los demás, se volvió visible en los signos de la crucifixión. Y el mismo Francisco se convirtió en la bendición viva del Padre, puesto que no se apropió de nada, sino que -como menor- todo se lo restituyó, reconociéndole como el Dador de todo bien.

ORATIO

¡Santísimo Padre nuestro: creador, redentor, consolador y salvador nuestro! Hágase tu voluntad, como en el cielo, también en la tierra: para que te amemos con todo el corazón (cf. Lc 10,27), pensando siempre en ti; con toda el alma, deseándote siempre a ti; con toda la mente, dirigiendo todas nuestras intenciones a ti, buscando en todo tu honor; y con todas nuestras fuerzas, empleando todas nuestras energías y los sentidos del alma y del cuerpo en servicio, no de otra cosa, sino del amor a ti; y para que amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, atrayendo a todos, según podamos, a tu amor, alegrándonos de los bienes ajenos como de los nuestros y compadeciéndolos en los males y no ofendiendo a nadie (Francisco de Asís,

«Paráfrasis del Padre nuestro», en Fuentes franciscanas, versión electrónica).

CONTEMPLATIO

Donde hay caridad y sabiduría, no hay temor ni ignorancia.

Donde hay paciencia y humildad, no hay ira ni desasosiego. Donde hay pobreza con alegría, no hay codicia ni avaricia. Donde hay quietud y meditación, no hay preocupación ni disipación. Donde hay temor de Dios que guarda la entrada (cf. Lc 11,21), no hay enemigo que tenga modo de entrar en la casa. Donde hay misericordia y discreción, no hay superfluidad ni endurecimiento (Francisco de Asís, «Admoniciones», en Fuentes franciscanas, versión electrónica).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día la invocación de san Francisco: «¿Qué eres tú, oh dulcísimo Dios mío? ¿Qué soy yo, vilísimo gusano e inútil siervo tuyo?»

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Su vida estuvo enteramente caracterizada -hasta el momento de la conversión- por la búsqueda de un modelo que pudiera educar y plasmar su natural propensión al canto.

Lo encontró de repente en el Señor Jesús, en la belleza de su vida narrada por el Evangelio y, en particular, en el luminoso canto nuevo de su muerte en la cruz.

Dejó que la pasión marcara cada uno de sus pasos y afinara de manera progresiva todas las fibras de su persona con la humanidad del Hijo de Dios, que se entregó por completo a sí mismo por nosotros.

Francisco oró así: «Te ruego, oh Señor, que la ardiente y dulce fuerza de tu amor arrebate mi mente de todas las cosas que hay bajo el cielo, para que muera yo de amor por tu amor, como tú te dignaste morir por amor a mi amor» (oración Absorbeat).

Su camino estuvo siempre acompañado

por confirmaciones y consuelos. Su predicación y su ministerio tocaron el corazón de las personas y suscitaron decisiones de conversión y de reconciliación.

Su manera de seguir radicalmente al Señor se volvió, cada vez más, casa hospitalaria para otros muchos hermanos y hermanas, que encontraron en su itinerario personal una modalidad radical y actual de interpretar y vivir el Evangelio de la nueva estación histórica que avanzaba. Sin embargo, en el tiempo del monte Alverna, parece apagarse el canto fluente.

En esta estación encuentra Francisco la prueba más terrible: las fatigas originadas por un movimiento que se institucionaliza - que pierde en intensidad evangélica y llega incluso a dudar sobre la posibilidad de que sea integralmente practicable su estilo de vida- repercuten en su misma fe.

La pregunta sobre la verdad de sus intuiciones más profundas y la duda sobre el origen divino de su proyecto de vida resuenan en un silencio opresor en el que Dios no parece hablarle ya, a pesar de haberlo buscado con tanta tenacidad.

Francisco experimenta el abandono de Dios y se retira de los hermanos para no mostrar su semblante, que ha perdido la serenidad habitual. El canto nuevo, por consiguiente, no le fue dado en un momento de paz y consolación, sino en un momento en el que -como dice el salmista- «fallan los cimientos» (Sal 11,3) y todas las seguridades parecen hundidas (C. M. Martini - R. Cantalamessa, La cruz como raíz de la perfecta alegría, Verbo Divino, Estella 2002, pp. 15-16).

[Principio del documento*](#)

Día 5

XXVII Domingo del tiempo

ordinario ciclo "C"

LECTIO

Primera lectura: Habacuc 1,2ss; 2,2-4:

El justo por su fe vivirá.

^{1,2} ¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que tú escuches? ¿Hasta cuándo te gritaré: «¡No hay más que violencia!» sin que tú me salves?

² ¿Por qué me haces sentir la maldad mientras tú contemplas impasible la opresión? Ante mí no hay más que rapiña, violencia, pleitos y contiendas.

^{2,2} Y el Señor me respondió: «Escribe la visión, grábala en tablillas, con caracteres bien legibles,

³ porque la visión tardará en cumplirse: tiende a su fin y no fallará; aunque parezca tardar, espérala, pues se cumplirá en su momento.

⁴ El malvado sucumbirá, pero el justo vivirá por su fidelidad».

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. «¿Hasta cuándo, Señor?», «¿por qué...?» (1,2ss). Estas preguntas, que atormentan desde siempre el corazón del hombre, resuenan fuertes y claras en labios de un profeta que vivió, probablemente, hacia finales del siglo VII a. de C. ¿Por qué el desencadenamiento del mal en el mundo, por qué la violencia? ¿Por qué nuestra oración parece caer en un vacío temeroso sin que vuelva ningún eco como respuesta? Poco importa que en este caso se trate de los caldeos que invaden la tierra o de cuanto hoy vemos cada día en nuestras pantallas. La palabra del profeta se dirige segura al Dios «de los ojos tan puros» (1,13), a «su» Dios, a «su» Santo (cf. 1,12), gritándole el escándalo de esa paradójica indiferencia.

Más he aquí que el Señor sale de su silencio e invita al profeta a escribir la visión que le ofrece, a grabar claramente la

respuesta en tablillas para que todos puedan conocerla. Es preciso esperar a que la Palabra de Dios (la visión), aquí personificada, se cumpla. Se cumplirá, ciertamente. Si se hace esperar, es preciso seguir aguardando, porque, a buen seguro, se cumplirá.

«*El malvado sucumbirá*» (2,4a). Ese malvado es el que, aun aceptando las prescripciones divinas, no las pone en práctica, y está abocado a la ruina; en cambio, «*el justo vivirá por su fidelidad*» (2,4a). Esta sentencia divina, clara, lapidaria, eficacísima, resume la teología de la alianza. En concreto, significa que los impíos opresores caldeos perecerán, como también los judíos *inicuos*, mientras que los judíos fieles sobrevivirán. Sin embargo, el significado de la afirmación va mucho más allá del momento histórico que la hizo surgir. No por nada ha pasado esta frase a Heb 10,36.39 y a san Pablo (Rom 1,17 y Gal 3,11), quien le confiere un sentido no ya sólo comunitario -es decir, referido a todo el pueblo-, sino que la aplica a la fe/fidelidad en Cristo Jesús, muerto y resucitado para dar plenitud de vida a todos los hombres que creen en él como salvador del mundo.

Salmo responsorial

Sa/94, 1-2. 6-7c. 7d-9 (R.: cf. 7d-8a)

R. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor:
«No endurezcáis vuestro corazón».

V. Venid, aclamemos al Señor,
demostrémosle a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos. **R.**

V. Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,

el rebaño que él guía. **R.**

V. Ojalá escuchéis hoy su voz:

«No endurezcáis el corazón como en
Meribá,
como el día de Masa en el desierto;
cuando vuestros padres
me pusieron a prueba y me tentaron,
aunque habían visto mis obras». **R.**

Segunda lectura: 2 Timoteo 1,6-8.13ss:
El santificador y los santificados proceden todos del mismo.

Querido hermano:

¹ Te aconsejo que reavives el don de Dios que te fue conferido cuando te impuse las manos.

⁷ Porque Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de ponderación.

⁸ No te avergüences, pues, de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero; antes bien, con la confianza puesta en el poder de Dios, sufre conmigo por el Evangelio.

¹³ Ten como norma, en la fe y el amor de Jesucristo, las palabras saludables que has recibido de mí.

¹⁴ Guarda esa hermosa tradición con la fuerza del Espíritu Santo, que habita en nosotros.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Pablo, «apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios», prisionero en Roma, dirige a su «amado hijo Timoteo» una segunda carta en la que le anima y exhorta a luchar con valor por el Evangelio. Quiere que también él sea capaz de sufrir como el apóstol en el ejercicio del ministerio al que ha sido llamado por gracia, a fin de custodiar y transmitir con fidelidad las enseñanzas recibidas -«esa hermosa

tradición» (v. 14)- mediante la ayuda del Espíritu Santo, sin avergonzarse de las cadenas con que está atado Pablo. Eso podrá suceder si Timoteo «*reaviva*» (esto es, hace activo y eficaz) el don que le fue conferido mediante la imposición de las manos de Pablo, gesto con el que el apóstol le hizo -en el Espíritu idóneo para continuar su misión de anunciar a todos la salvación obrada en Cristo Jesús. Esto sólo tendrá lugar pagando el precio *de*/sufrimiento, porque no es posible vivir auténticamente y transmitir la fe en Cristo Jesús, muerto y resucitado, si no se está dispuesto a morir como él, a sufrir por él, a dar testimonio de él hasta la sangre. Como también hoy se nos recuerda con mucha frecuencia, no hay mayor vida de fe digna de crédito que la que está dispuesta a pagar incluso con la entrega total de sí mismo, porque el justo, si vive de la fe, también debe ser capaz de morir por esta fe.

Aleluya

1 Pe 1, 25

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. La palabra del Señor permanece para siempre;

ésta es la palabra del Evangelio que os ha sido anunciada. **R.**

Evangelio: Lucas 17,5-10: ¡Si tuvierais fe... !

†

En aquel tiempo,

⁵ los apóstoles dijeron al Señor: - Aumentanos la fe.

⁶ Y el Señor dijo: -Si tuvierais fe, aunque sólo fuera como un grano de mostaza, diríais a esta morera: «Arráncate y trasplántate al mar», y os obedecería.

⁷ ¿Quién de vosotros, que tenga un criado arando o pastoreando, le dice cuando llega

del campo: «Ven, siéntate a la mesa»?

⁸ ¿No le dirá más bien: «Prepárame la cena y sírve me mientras como y bebo, y luego comerás y beberás tú»?

⁹ ¿Tendrá quizás que agradecer al siervo que haya hecho lo que se le había mandado?

¹⁰ Así también vosotros, cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: «Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer».

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Lucas recoge en el capítulo 17, del que forma parte el fragmento que nos propone hoy la liturgia, una serie de dichos de Jesús. El primero tiene que ver con la fe. Los discípulos, a lo largo de su vida con Jesús, habían oído muchas veces al Maestro exaltar la fe de los que le pedían curaciones (*cf.*, por ejemplo, Lc 7,9; Mt 15,22). Ahora que ellos han recibido la tarea de ir a anunciar el Evangelio, caen en la cuenta de la dolorosa desproporción que existe entre la misión recibida y la pequeñez de su fe. En consecuencia, les brota del corazón esta invocación:

La respuesta de Jesús produce desconcierto. No es una respuesta ajustada o consoladora, y hasta usa una hipérbole que parece cavar un nuevo y más profundo abismo ante los discípulos. Bastaría con un granito de fe, minúsculo como una semilla casi invisible, para hacer posible una acción difícilísima como la de arrancar -con una sola palabra- una morera, cuyas raíces, profundamente ramificadas, la arraigan firmemente al terreno. El segundo fragmento propuesto proyecta luz sobre esto, aunque a una primera lectura resulta igualmente desconcertante. El dueño no tiene obligaciones con el siervo que ha ejecutado sus órdenes con fidelidad. En este momento, efectivamente, Jesús no

está haciendo un discurso de tipo social sobre la dialéctica amo-esclavo; se limita simplemente a usar una imagen tomada de la vida diaria. Lo que Jesús pide es precisamente una actitud de profunda humildad, de desprendimiento de uno mismo, de no tener pretensiones; sólo así podrá hacer espacio el discípulo a la omnipotencia del Señor.

Es preciso que el discípulo se acepte como pequeño, pobre, siempre insuficiente ante la gran tarea que Dios le confía. El Señor Jesús quiere que no nos creamos importantes o indispensables en el Reino. No cuentan las obras que nosotros podamos hacer, que acaban por volvernó, poco o mucho, orgullosos. No es ésta la lógica para la que el Señor nos quiere educar. Sólo él es, y nada le es imposible (Lc 1,37). Cuando hayamos hecho todo lo que estaba en nuestro poder, será una gracia que crezca en nosotros la conciencia de que *«si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles»* (Sal 126,1), y seremos bienaventurados porque confiaremos en el Señor.

MEDITATIO

En la primera lectura y en el evangelio subyace un mismo movimiento de búsqueda por parte del hombre y de respuesta por parte de Dios. En ambos casos, nos deja perplejos lo que Dios responde. Podemos constatar una vez más la verdad de las palabras pronunciadas por Isaías en su nombre: *«Vuestros pensamientos no son mis pensamientos, vuestros caminos no son mis caminos»* (Is 55,8). De todos modos, al hombre se le pide una sola actitud: la fe, una fe plena, total, incondicionada, una fe que se fía de Dios porque Él ha salido de su silencio pronunciando la Palabra que se ha hecho carne, que ha venido a habitar en la región de nuestra pobreza, de nuestro

sufrir.

El Verbo del Padre sigue colgado para siempre en el leño de la cruz, convertido en «espectáculo» para los ángeles y para los hombres; él es el Cordero inmolado puesto ante los ojos de nuestro corazón. No proclama resoluciones para los problemas planteados por nuestros rechazos al amor del Padre; se limita simplemente a mostrarnos con su vida, y todavía más con su muerte, cuál es el camino para encontrar el acceso al corazón del Padre, lejos del cual todo tiene sabor de exilio. Ese camino es el amor humilde, el servicio callado a los hermanos, el hacer todo lo posible por los otros sin sentirnos por ello benefactores de la humanidad, revestidos de esa humildad que enseña -como dicen los padres- a «estar como si no estuviéramos». Sólo así seremos capaces de transmitir a los que vengan detrás de nosotros, como pide Pablo a Timoteo, *«esa hermosa tradición»* de la fe. Seremos eslabones robustos de esa *traditio* que hace pasar de generación en generación la posibilidad de vivir una vida plenamente humana, rica, buena, porque habita en ella la fe en Cristo Jesús, que con su muerte y resurrección ha llenado de sentido nuestro vivir y nuestro morir.

ORATIO

Señor, eres un amigo difícil. Nos pides una fe plena, total, absoluta, en ti, en el misterio de tu persona, y después te escondes o nos llevas por caminos en los que parece imposible reconocer las huellas de tus pasos. El mal del mundo nos atormenta y nos inquieta; ese silencio tuyo tan frecuente nos resulta aún más pesado, pues no es fácil creer que un Dios bueno vela por nosotros.

Abre los ojos de nuestro corazón, para que te veamos presente en nuestra vida y en la historia de cada hombre. Concédenos, sobre todo, la capacidad de abandonarnos a

ti como niños confiados que no te plantean preguntas, sino que se están quietos en su sitio, seguros de que tú sabes el porqué de nuestro dolor y no te diviertes sometiéndonos a pruebas, sino que, si nos induces a socorrernos, es a fin de prepararnos para una alegría mayor.

CONTEMPLATIO

El Señor nos invita a ir a la fiesta, cuyo tiempo -nos dice- está siempre dispuesto. ¿Cuál es esa fiesta? La fiesta más elevada, la más verdadera; es la fiesta de la vida eterna, es decir, la eterna bienaventuranza, donde se da de verdad la presencia de Dios. Ésta no puede tener lugar aquí abajo, aunque la fiesta que podemos celebrar ya aquí es un anticipo de aquélla. Éste es el tiempo de buscar a Dios y tener su presencia como punto de mira en todas nuestras obras. Muchas personas quieren degustar semejante gran fiesta y se lamentan de que no se les conceda. Y si no encuentran ninguna fiesta en su corazón cuando oran, ni sienten la presencia de Dios, eso les aflige, y lo hacen cada vez menos y de mala gana.

El hombre no debe proceder nunca así; no debemos descuidar nunca ninguna obra, porque Dios está presente, aunque no lo notemos: ha venido de manera secreta a la fiesta. Donde está Dios, está la fiesta de verdad; Dios no puede dejar de estar presente allí donde, con una intención pura, se busca sólo a él; aunque esté de una manera escondida, allí está siempre. El tiempo en el que quiera y deba revelarse y mostrarse de una manera abierta es un asunto que debemos dejar en sus manos. Pero no hay duda de que está presente allí donde le buscan; por consiguiente, no hemos de realizar ninguna acción buena de mala gana, porque Dios está ahí, aunque todavía esté escondido para ti.

Éste es el fundamento: amar a Dios con un corazón íntegro y puro y nada más, y amarnos con una caridad fraterna los unos a los otros como a nosotros mismos; tener un espíritu humilde y sometido a Dios y unas relaciones amables con los hermanos; despojarnos de nosotros mismos, de modo que Dios pueda poseer libremente nuestro corazón, en el que ha grabado su imagen divina, y morar en el lugar donde está toda su gloria (Taulero, // *fondo deU'anima*, Cásale Monf. 1997, pp. 120-123, *passim* [edición española: *Obras*, Fundación Universitaria Española 1988]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*iCreo, ayuda a mi poca fe!*» (Mc 9,24).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Tener fe en Dios, en el Cristo-Dios, significa haber optado de manera definitiva por fiarse de Dios. Arquímedes buscaba el fulcro gracias al cual su palanca hubiera podido levantar el mundo. Ser creyentes es haber hecho de Dios el fulcro de nuestra propia vida, y el término «roca» que la Escritura aplica con tanta frecuencia a Dios -«*Tú eres mi roca y mi baluarte*»- se convierte en el fulcro que yo sé que no puede desaparecer. El Dios en quien confío no puede engañarnos ni puede decepcionarnos, pues no sería Dios; no puede dejar de amarnos, pues no nos habría creado. A todas las certezas que el Antiguo Testamento aducía para confirmar a Dios-nuestra-roca se añadía lo que Cristo había prometido al apóstol Pedro, al cambiar su nombre de Simón por Pedro: «*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*». Partiendo de esta idea de roca, la inteligencia no carece ni de argumentos ni de luz, porque la fe conduce a la luz. Jesucristo no es una invención de los

hombres; los hombres no inventan cosas así o, más exactamente, si las inventan no duran mucho. Pensemos en los dos mil años transcurridos desde el nacimiento de Jesucristo, pensemos también en todas las mediocridades, debilidades, traiciones, que ha habido en la Iglesia... y veremos que habría debido desaparecer, como tantos otros imperios y organizaciones. Sin embargo, a través de algún santo, de algún acontecimiento o de alguna personalidad, la Iglesia vuelve a cobrar vida cada vez, se santifica de nuevo y el árbol que *parecía* muerto, a punto de ser cortado, vuelve a florecer con nueva vida (Jacques Loew, *La felicità di essere uomo. Conversazione con Dominique Xardel*, Milán 1992, pp. 22ss).

Cuando proceda:

Memoria libre: SANTA FAUSTINA KOWALSKA, virgen. (Día 8 en España)

Religiosa polaca que recibió mensajes de Jesús sobre su Divina Misericordia.

La misericordia divina se manifiesta en su plenitud en Jesucristo cuyo corazón traspasado es fuente infinita de misericordia. En el siglo XX Jesús visita a Santa Faustina y le muestra Su corazón traspasado del que emanan rayos de luz blanca (el agua del bautismo) y roja (Su Sangre) y le encomienda la misión de dar a conocer Su misericordia a todos los hombres. Ante la pérdida de la fe, el mensaje de la misericordia se hace urgente pues es la única esperanza de la humanidad.

Del Martirologio romano:

En Cracovia, en Polonia, santa María Faustina (Elena) Kowalska, virgen de las Hermanas de la Bienaventurada Virgen María de la Misericordia, solícita de anunciar el misterio de la divina misericordia (1938).

[Principio del documento*](#)

Día 6

Témporas de acción de gracias y de petición

Feria Mayor en España

Días de acción de gracias y de petición que la comunidad cristiana ofrece a Dios, terminadas las vacaciones y la recolección de las cosechas, al reemprender la actividad habitual. Son una ocasión que presenta la Iglesia para rogar a Dios por las necesidades de los hombres, dando gracias a Dios públicamente.

Nota: al ser el 5 domingo, se traslada al 6 por lo general.

LECTIO

Deuteronomio 8, 7-18: *Dios te da la fuerza para adquirir esa riqueza.*

⁷ Pues Yahveh tu Dios te conduce a una tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y hontanares que manan en los valles y en las montañas,

⁸ tierra de trigo y de cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares, de aceite y de miel,

⁹ tierra donde el pan que comas no te será racionado y donde no carecerás de nada; tierra donde las piedras tienen hierro y de cuyas montañas extraerás el bronce.

¹⁰ Comerás hasta hartarte, y bendecirás a Yahveh tu Dios en esa tierra buena que te ha dado.

¹¹ Guárdate de olvidar a Yahveh tu Dios descuidando los mandamientos, normas y preceptos que yo te prescribo hoy;

¹² no sea que cuando comas y quedes harto, cuando construyas hermosas casas y vivas en ellas,

¹³ cuando se multipliquen tus vacadas y tus ovejas, cuando tengas plata y oro en abundancia y se acrecienten todos tus bienes,

¹⁴ tu corazón se engría y olvides a Yahveh tu Dios que te sacó del país de Egipto, de la casa de servidumbre;

¹⁵ que te ha conducido a través de ese desierto grande y terrible entre serpientes abrasadoras y escorpiones: que en un lugar

de sed, sin agua, hizo brotar para ti agua de la roca más dura;

¹⁶ que te alimentó en el desierto con el maná, que no habían conocido tus padres, a fin de humillarte y ponerte a prueba para después hacerte feliz.

¹⁷ No digas en tu corazón: «Mi propia fuerza y el poder de mi mano me han creado esta prosperidad»,

¹⁸ sino acuérdate de Yahveh tu Dios, que es el que te da la fuerza para crear la prosperidad, cumpliendo así la alianza que bajo juramento prometió a tus padres, como lo hace hoy.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*»La historia nos ofrece lecciones importantes. Recordémoslas y apliquémonos más. En tiempos de riqueza y de bienestar, los seres humanos tendemos a confiar en nosotros mismos. Tendemos a volvernos independientes, y muchos hasta se vuelven arrogantes. Esta actitud la vemos expresada en Dt. 8:17, lo cual implica olvidar a Dios.

A cada persona Dios le otorga la habilidad para prosperar, ya sea un israelita de los tiempos del Antiguo Testamento, o un cristiano del Nuevo Testamento. Ninguno debe olvidar que es Dios el que provee la capacidad para prosperar. Jesús nos enseñó una hermosa actitud de dependencia diaria, cuando nos instruyó para que oráramos diciendo: "Danos hoy nuestro pan cotidiano". Como cristianos no podemos darnos el lujo de olvidar a Dios, de la misma forma que tampoco podía hacerlo el israelita en la vida diaria. Esta actitud viene a identificarnos que pueblo suyo somos y ovejas de su rebaño.

Salmo responsorial

1 Crón 29, 10bc. 11abc. 11d-12a. 12bcd (R.:

R. Tú eres Señor del universo.

V. Bendito eres, Señor,
Dios de nuestro padre Israel,
por los siglos de los siglos. **R.**

V. Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder,
la gloria, el esplendor, la majestad
porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra.
R.

V. Tú eres rey y soberano de todo,
de ti viene la riqueza y la gloria. **R.**

V. Tú eres Señor del universo,
en tu mano está el poder y la fuerza,
tú engrandeces y confortas a todos. **R.**

2 Cor 5, 17-21: *Os pedimos que os reconciliéis con Dios.*

¹⁷ Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.

¹⁸ Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación.

¹⁹ Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación.

²⁰ Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ireconciliaos con Dios!

²¹ A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** La perícopa comienza con la afirmación esencial del cristianismo: si la humanidad ha muerto y resucitado con Cristo, todo lo

viejo (lo que está bajo la ley del pecado) ha desaparecido. Lo que cuenta es la criatura nueva. El hombre viejo ha sido sepultado en el bautismo.

Surge del agua el hombre nuevo. Esta transformación es pura gracia. El género humano, inmerso en el pecado, no podía volver a Dios con sus propios medios. En su amor sobreabundante (cf. Ef 2,4; Rom 5,8), Dios envió a su Unigénito para llevar a cabo la reconciliación con su inmolación. Estamos salvados *"por Cristo"* y *"en Cristo"*. Ambas expresiones no son una repetición, sino una profundización; equivale a decir que, una vez reconciliados por los méritos de Cristo, hemos sido injertados *en él* y nos hemos convertido *con él* en cooperadores de la obra de salvación. De hecho, en el v. 20 se nos confía una misión específica: somos embajadores de Cristo; a través de nosotros, Dios quiere exhortar a todos a dejarse reconciliar. La misión exige adhesión plena y libre a su voluntad. Pablo propone un motivo altísimo para suscitar el asentimiento: el Justo se ha hecho pecador para que los pecadores llegasen a ser justos. Él ha querido hacerse solidario de nosotros, ¿no nos haremos nosotros solidarios con él?

Aleluya

Jn 10, 27

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Está cerca el reino de Dios;

convertíos y creed en el Evangelio. **R.**

Mateo 7, 7-11: *Todo el que pide recibe.*



Dijo Jesús:

⁷ «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.

⁸ Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al llamar, se le abrirá.

⁹ ¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra;

¹⁰ o si le pide un pez, le dé una culebra?

¹¹ Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Con una argumentación seria que, desde el punto de vista formal, se asemeja a la de los rabinos de su tiempo, Jesús enseña la necesidad de la oración de petición, declarando la certeza de ser escuchada. ¿Se da una contradicción con lo indicado poco antes (Mt 6,7s)? Ciertamente, no; en la oración no es preciso ser palabrero, porque el Padre "conoce", pero es necesario asumir la actitud interior del mendigo, es decir, saber ubicarse en la verdad de la propia condición humana.

Dios mismo da al que pide y abre al que llama: de hecho, los verbos usados -"se os dará", "se os abrirá"- tienen la forma de lo que se llama "pasivo divino", expresión semántica para evocar el nombre de Dios -impronunciable- sin nombrarlo de modo explícito (vv. 7s). Si a un hijo que pide alimento su padre no le dará cualquier cosa que se le parezca en su aspecto externo pero que en sustancia sea muy diferente (vv. 9s), mucho más Dios, el único bueno, el padre más solícito, dará "cosas buenas" a todos los que le piden.

El Padre escucha siempre las súplicas de sus hijos y da lo que realmente es mejor al que lo invoca. El v. 12 recuerda un dicho rabínico: "Lo que es odioso para ti, no lo hagas a tu prójimo. En esto está toda la ley, el resto sólo es una explicación". Jesús lo relata en forma positiva, y esto es mucho más exigente: no se trata de un "no hacer", sino de algo concreto que nos exige estar

siempre atentos por el bien de los demás; por esta razón, cambia completamente la vida del que lo toma en serio, le lleva a la verdadera conversión: descentrarse de nosotros mismos para que nuestro centro sean los demás.

MEDITATIO

Jesús nos enseña a orar con perseverancia confiada, revelándonos al mismo tiempo cómo es el corazón de Dios y cómo debe ser el corazón del orante. Se nos va conduciendo a la verdad más sencilla y más profunda: Dios es nuestro Padre y nos ama con amor eterno, sin arrepentirse, sin reservas. Quizás no creemos de veras en este amor, o tal vez estamos ya tan acostumbrados a decir y oír que Dios nos ama, que apenas prestamos atención a esta realidad desconcertante.

Jesús hoy nos invita a entrar en comunión viva con Dios Padre, y ésta es una experiencia que nos puede cambiar interiormente: pedid..., buscad..., llamad..., no quedaréis defraudados. El Padre, fuente inagotable de bondad, dará sólo cosas buenas a los que se las pidan. ¿Hemos orado ya de veras, dirigiéndonos a él o, tal vez, hemos manifestado nuestros deseos en voz alta, haciéndolos girar en torno a nosotros mismos? Además, ¿eran de verdad "cosas buenas" las que hemos pedido? La oración humilde y sencilla, la oración de un corazón amante, comienza con un acto de contemplación gratuita, teniendo fija la mirada interior en el rostro del Padre bueno. Olvidemos nuestras muchas peticiones y, poco a poco, sentiremos nacer en nosotros una única súplica que brota de una exigencia realmente necesaria.

Después de haber contemplado en la fe el rostro de Dios, ya no podremos dudar ni ignorar que somos hijos de Padre, impulsados por su amor a todo ser humano,

nuestro hermano, para brindar esa bondad que sin cesar mana de la fuente y viene a saciar nuestra indigencia para que rebose hacia todos y llegue a cada uno.

ORATIO

Oh Padre, tú que eres el único bueno y das cosas buenas a los que te las piden, escucha nuestra oración. Antes de nada danos un corazón sencillo, humilde, confiado, que sepa abandonarse sin pretensiones y sin reservas a tu amor. Haznos pobres de espíritu y ven, tú que eres el Rey, a ensanchar en nosotros tu reino de paz. Ayúdanos a suplicarte incesantemente para que, siendo portavoces de toda criatura, podamos llevar a todos el auxilio de tu amor. Tú das al que pide: danos tu Espíritu bueno. Tú concedes que encuentre el que busca: que busquemos siempre tu rostro. Tú abres al que llama: ábrenos la puerta de tu corazón a nosotros y a todos los hombres. Estrechados en tu eterno abrazo, no pediremos más. Oh Padre, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

CONTEMPLATIO

El Evangelio nos asegura que son muchas las causas por las que somos escuchados. Una condición: que dos almas se unan en su oración; otra una fe firme; también la limosna, la enmienda de vida [...]. Convencido estoy de nuestras miserias, y quiero, incluso, admitir que estamos completamente desprovistos de las virtudes de las que hemos hablado antes. Y, sin embargo, el Señor promete concedernos los bienes celestiales y eternos; nos exhorta a una dulce violencia con nuestra insistencia. Nada más lejos de él que el desprecio de los importunos: los invita, los alaba, les promete concederles con gusto todo. Que nos anime la insistencia de los importunos. Sin exigir un gran mérito ni grandes fatigas, está en

nuestra mano. No dudemos de la Palabra del Señor, que dice: "Todo lo que pidáis con fe lo obtendréis" (Juan Casiano, Colaciones, IX, 34, passim).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: "Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. Si el afligido invoca al Señor, él le escucha" (Sal 33,6s).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Antes de saber cómo hay que orar, importa mucho más saber cómo "no cansarse nunca", no desanimarse nunca, ni deponer las armas ante el silencio aparente de Dios: "Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer" (Lc 18,1).

Que la intrepidez se adueñe de ti como de la viuda ante el juez. Vete a encontrar a Dios en plena noche, llama a la puerta, grita, suplica e intercede. Y si la puerta parece cerrada, vuelve a la cara, pide, pide hasta romperle los oídos. Será sensible a tu llamada desmesurada, pues ésta grita tu confianza total en él.

Déjate llevar por la fuerza de tu angustia y el asalto de tu impetuosidad. En algunos momentos, el Espíritu Santo formulará él mismo las peticiones en lo más íntimo de tu corazón con gemidos inefables. ¿Has oído gemir a un enfermo presa de un intenso sufrimiento? Nadie puede permanecer insensible a esta queja, a menos que tenga un corazón de piedra. En la oración, Dios espera que pongas esta nota de violencia, de vehemencia y de súplica para volcarse sobre ti, y escuchará tu petición. En el fondo, no haces más que dar alcance al amor infinito comprimido en su corazón, que espera tu oración para desencadenarse en respuesta de ternura y misericordia. Si supieses lo atento que está Dios al menor de tus

clamores, no dejarías de suplicarle por tus hermanos y por ti. El se levantaría entonces y colmaría tu espera mucho más allá de tu Oración. Se puede esperar todo de una persona que ora sin cansarse y que ama a sus hermanos con la ternura misma de Dios (J, Lufrance, Ora a tu Padre, Madrid 1981, 173-174).

[Principio del documento*](#)

O bien, en los lugares donde las Témperas se celebran en otro momento: Lunes de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar

SAN BRUNO, presbítero. Memoria libre
Después de haber enseñado en Reims durante mucho tiempo, Bruno (1035-1101) se retiró en el macizo de la Cartuja con algunos discípulos para dedicarse a la penitencia y a la contemplación. Con sus hermanos, adoptó un estilo de vida que unía la soledad de los eremitas y un mínimo de vida en común. Murió en una ermita de Calabria.

Del Martirologio romano:

San Bruno, presbítero, que, oriundo de Colonia, en Lotaringia, enseñó ciencias eclesíásticas en la Galia, pero deseando llevar vida solitaria, con algunos discípulos se instaló en el apartado valle de Cartuja, en los Alpes, dando origen a una Orden que conjuga la soledad de los eremitas con la vida común de los cenobitas. Llamado por el papa Urbano II a Roma, para que le ayudase en las necesidades de la Iglesia, pasó los últimos años de su vida como eremita en el cenobio de La Torre, en Calabria (1001).

LECTIO

Primera lectura: Jonás 1,1-2,1.11:
Jonás se puso en marcha para huir lejos del Señor.

En aquellos días,

^{1,1} *el Señor dirigió su palabra a Jonás, hijo de Amitay, y le dijo:*

² *-Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y*

pronuncia un oráculo contra ella, pues su maldad ha llegado hasta mí.

³ Jonás se levantó, pero dispuesto a huir a Tarsis, lejos del Señor. Bajó a Jafa, encontró un barco que zarpaba para Tarsis, pagó su pasaje y se embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos del Señor.

⁴ Pero el Señor desencadenó un viento huracanado sobre el mar y se originó una borrasca tan violenta que parecía que el barco estaba a punto de partirse.

⁵ Los marineros, aterrados, invocaron cada uno a su dios; luego arrojaron al mar la carga para aligerar el peso. Sólo Jonás, que había bajado a la bodega del barco, estaba acostado y dormía profundamente.

⁶ El capitán se acercó a él y le dijo: -¿Qué haces aquí durmiendo? Levántate e invoca a tu Dios, a ver si ese Dios se ocupa de nosotros y no perecemos.

⁷ Después se dijeron unos a otros: «Vamos a echar a suertes para saber quién es el culpable de este mal». Echaron a suertes y le tocó a Jonás.

⁸ Entonces le preguntaron: -Dinos por qué nos sucede esto. ¿Cuál es tu profesión? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu país? ¿De qué pueblo eres?

⁹ Jonás respondió: -Soy hebreo y adoro al Señor, Dios del cielo, el que ha hecho el mar y la tierra.

¹⁰ Aquellos hombres se llenaron de miedo y le dijeron: -¿Por qué has hecho esto? (pues por su relato sabían ya que huía de la presencia del Señor).

¹¹ ¿Qué hemos de hacer contigo para que se calme el mar? (pues el mar se embravecía cada vez más).

¹² Él contestó: -Agarradme y tiradme al mar, y éste se aplacará, porque sé que esta borrasca os ha sobrevenido por mi culpa.

¹³ Los hombres remaron tratando de llegar a la costa, pero no lo lograron, porque el mar

seguía encrespándose.

¹⁴ Entonces invocaron al Señor: -Oh Señor, haz que no perezamos por culpa de este hombre, ni nos hagas responsables de la muerte de un inocente, ya que esto sucede según tus designios.

¹⁵ Luego agarraron a Jonás y lo tiraron al mar; y el mar calmó su furia.

¹⁶ Aquellos hombres, llenos de un gran temor hacia el Señor, le ofrecieron un sacrificio y le hicieron promesas.

²¹ El Señor hizo que un gran pez se tragase a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches.

²² Entonces el Señor dio orden al pez, y al punto el pez vomitó a Jonás en tierra firme.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

***. El libro veterotestamentario de Jonás, recogido en su totalidad por el leccionario, es un relato didáctico, nacido en un contexto judío de celosa defensa de la propia identidad y de cierre -al menos por parte de un segmento del mundo judío- a los otros pueblos. Jonás, de una forma paradójica y repleta de humor, ridiculizando esta mentalidad nacionalista y exclusivista, a través de un relato viva/, agudo y grotesco -y, por consiguiente, particularmente incisivo en virtud de su capacidad pedagógica demuestra que YHWH no es sólo el Dios de Israel, sino también el Dios de los paganos, hasta el de los enemigos acérrimos de Israel. El prototipo de estos enemigos es la ciudad de Nínive, capital de la feroz y odiada Asiría, que había conquistado el reino del Norte de Israel, deportado a los principales ciudadanos como esclavos e instalado grupos de otras nacionalidades en el norte de Palestina.

El profeta Jonás, representante de la mentalidad más cerrada del judaísmo, es

enviado a predicar la conversión a esta ciudad. Es normal que un judío de este tipo, pintado además con rasgos caricaturescos desgarbados y bobalicones, sienta horror ante una misión tan absurda, horror que expresa con una huida hacia las columnas de Hércules, o sea, el lugar más lejos posible de ese en el que se encuentra la detestada ciudad. Sin embargo, el Señor sabe cómo vencer la esquivez del profeta: comienzan así las sorprendentes aventuras de Jonás, perseguido por la mano de Dios, que, a través de la tempestad, los marineros, el cetáceo, lo lleva al punto de partida. Es imposible sustraerse a la mano del Creador de todas las cosas.

Debemos señalar que los marineros paganos están presentados con simpatía: son hombres religiosos que manifiestan el temor de Dios. Muy a su pesar, sacrifican al profeta reacio. Por consiguiente, también entre los paganos hay personas buenas, dispuestas a escuchar las señales que vienen del Omnipotente. Sin embargo, no todos los miembros del pueblo de Dios presentan comportamientos edificantes, como vemos precisamente en el profeta fugitivo.

El relato se hizo muy popular en la antigüedad, hasta el punto de que el mismo Jesús lo recordará como tipo de la resurrección {cf. 2,1b). También los primeros cristianos recurrieron a este relato para atestiguar su fe en la resurrección, representando los acontecimientos de la vida de Jonás sobre sus sarcófagos.

Salmo responsorial

Jon 2, 3. 4. 5. 8. (R.: 7de)

R. Tú, Señor, me sacaste vivo de la fosa.

V. Invoque al Señor en mi desgracia y me escuchó;

desde lo hondo del Abismo pedí auxilio, y escuchaste mi llamada. **R.**

V. Me arrojaste a las profundidades de alta mar,
las corrientes me rodeaban,
todas tus olas y oleajes se echaron sobre mí. **R.**

V. Me dije: «Expulsado de tu presencia, ¿cuándo volveré a contemplar tu santa morada?». **R.**

V. Cuando ya desfallecía mi ánimo,
me acordé del Señor;
y mi oración llegó hasta ti,
hasta tu santa morada. **R.**

Aleluya

Jn 13, 34

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Os doy un mandamiento nuevo —dice el Señor—,
que os améis unos a otros, como yo os he amado. **R.**

Evangelio: Lucas 10,25-37: *¿Quién es mi prójimo?*

†

En aquel tiempo,

²⁵ se levantó un maestro de la Ley y le dijo para tenderle una trampa: -Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

²⁶ Jesús le contestó: -¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?

²⁷ El maestro de la Ley respondió: -Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.

²⁸ Jesús le dijo: -Has respondido correctamente. Haz eso y vivirás.

²⁹ Pero él, queriendo justificarse, preguntó

a Jesús: -¿Y quién es mi prójimo?

³⁰ Jesús le respondió: -Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de desnudarlo y golpearlo sin piedad, se alejaron dejándolo medio muerto.

³¹ Un sacerdote bajaba casualmente por aquel camino y, al verlo, se desvió y pasó de largo.

³² Igualmente, un levita que pasó por aquel lugar, al verlo, se desvió y pasó de largo.

³³ Pero un samaritano que iba de viaje, al llegar junto a él y verlo, sintió lástima.

³⁴ Se acercó y le vendó las heridas, después de habérselas curado con aceite y vino; luego, lo montó en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él.

³⁵ Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al mesonero, diciendo: «Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a mi vuelta».

³⁶ ¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?

³⁷ El otro contestó: -El que tuvo compasión de él. Jesús le dijo: -Vete y haz tú lo mismo.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Tras el discurso sobre la misión, he aquí ahora algunos rasgos fundamentales del verdadero discípulo: ayudar al prójimo que se encuentra en dificultades (el buen samaritano), el primado de la escucha de la Palabra (Marta y María), la oración esencial (el padrenuestro). Éstas son las tres lecturas que el leccionario nos presenta para estos días.

La parábola de hoy aclara el segundo mandamiento, «semejante al primero». Al escribir que le pregunta, en el plano teórico, quién es el prójimo, Jesús le responde dándole la vuelta (y dándole concreción) a la pregunta: ¿quién de nosotros es

verdaderamente prójimo de los otros? El problema no consiste en saber quién es mi prójimo, a qué nacionalidad, raza, color, religión, partido, sindicato o formación pertenece; la cuestión versa sobre mi actitud respecto a él, como muestra el samaritano, que no le pidió el documento de identidad al malaventurado, sino que le socorrió inmediatamente.

Esta parábola ha sido objeto de innumerables comentarios y glosas, que van desde la insuficiencia de una religión preponderantemente ritual, representada por el comportamiento del sacerdote y el levita, a la necesidad de una caridad sin límites con todos. La lección que procede de un extranjero, oficialmente poco recomendable, sacude la conciencia cristiana y nos sigue diciendo a ti y a mí: «Vete y haz tú lo mismo» (v. 37). Al mismo tiempo, se trata de una lección cristológica de importancia capital: el samaritano es icono transparente del misterio del Nazareno, que se hizo prójimo de cada hombre y de sus heridas cargando sobre sí sus miserias y preocupándose por sus debilidades.

MEDITATIO

También yo, como Jonás, estoy llamado a anunciar la Palabra de Dios, porque ésa es la tarea de todo cristiano. Una tarea de la que intento sustraerme de una manera más o menos consciente, aduciendo los motivos y las dificultades más «actuales»: la indiferencia de la juventud, el desorbitado poder de los medios de comunicación, la secularización, el fenómeno de la globalización y otras muchas cuestiones que parecen muy alejadas de la lógica de Jesús.

Sin embargo, esta Palabra me interroga hoy y sacude hasta sus raíces mi vocación cristiana. Me interroga asimismo porque Dios ha mostrado en la historia que también

entre los paganos - a los que temo o trato con desdén- puede haber personas rectas, personas en condiciones de despertar mi conciencia. También el samaritano del evangelio era una persona que, oficialmente, debía ser evitada; sin embargo, hoy sacude mi despavorida existencia cristiana con su ejemplar prontitud y generosidad. Jonás duerme para estar lo más alejado posible del Señor, pero un marinero pagano le despierta del torpor y le llama al cumplimiento de su vocación.

Como Jonás, es preciso que yo también me deje despertar y provocar por los otros, aunque no correspondan a mis expectativas, a mis gustos y a mis ideas, dado que el Señor me puede hablar a través de todos. A buen seguro, también puedo dejar de escucharle y huir hacia mi Tarsis, aunque es inútil, porque antes o después, como en el caso de Jonás, vendrá una tempestad, un pez, y me volveré a encontrar en la playa de partida. Si Dios me ha confiado una misión, no puedo huir: «¿A dónde podré ir lejos de tu espíritu, a dónde escaparé de tu presencia? Si subo hasta los cielos, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro» (Sal 139,7ss).

ORATIO

Oh Señor, sabes que soy una pobre persona y que no siempre sé decirte que sí; sabes que soy débil e infiel.

Sin embargo, no quieres excluirme de tu plan de salvación; es más, quieres convertirme en un estrecho colaborador tuyo.

Ayúdame, oh Dios mío, a no huir de ti, como hizo Jonás, sino a buscarte, porque sin ti no soy nada.

Haz que adecué mis acciones a tus deseos y no permitas que me aleje de ti buscando otras tierras y otros mares, como con frecuencia siento la tentación de hacer.

Ayúdame a dejarme despertar por aquellos a quienes pones en mi camino, para que no caiga en el sueño de la indiferencia y de la resignación.

Úngeme con tu Espíritu Santo, para que no desprecie a ninguna Nínive y salga de la Nínive que hay dentro de mí. Que, guiado por tu luz, trabaje yo en su conversión y en la mía.

CONTEMPLATIO

El carácter profético de Jonás está confirmado por Cristo. No es preciso suponer que las expresiones de Jesús quieran enseñarnos la historicidad del acontecimiento. Esas expresiones pretenden decir que este libro es figura y profecía de lo que se cumple en su persona.

No hay, en efecto, otro libro que, desde esta perspectiva, sea más luminosamente profético respecto a Cristo. Y lo es precisamente porque el libro de Jonás resume, en cierto modo, toda la historia antigua, toda la historia de Israel, en clave profética. El destino de Israel, sus pruebas, su destrucción, todo esto tuvo lugar con la mirada puesta en una misión de salvación, una salvación que debería provocar después sus mismos celos, porque Israel habría de rechazar su elección, en vez de aceptar esta salvación ofrecida a todos. Dado que su misión no le convertía en el predilecto entre todos y no le otorgaba un puesto de privilegio en sus designios divinos y le ponía en plano de igualdad con todas las otras naciones, este pueblo habría de negarse a esta igualdad. En este breve libro, la vida civil, los comercios, el ordenamiento estatal, la ciudad..., todo pertenece a las naciones; a Israel no parece pertenecerle más que el profetismo, pero éste pertenece sólo a Israel. Toda la grandeza y la función de Israel consisten en la misión profética (D. Baisoltl, Meditazione sul libro di Giona,

Brescia 31990, p. 21).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «**Sacaste mi vida de la fosa, Señor**» (del salmo responsorial).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hay mucho miedo en nosotros, miedo de la gente, de Dios, y mucha ansia pura y simple, indefinida, que escapa a nuestro control. Cuando entramos en la presencia de Dios y empezamos a sentir esta inmensa reserva de miedo en nosotros, quisiéramos escapar cediendo a las distracciones que nuestro ajetrejado mundo nos ofrece de un modo tan abundante. Ahora bien, no debemos tener miedo de nuestros miedos. Podemos hacerles frente, traducirlos con palabras y llevarlos a la presencia de aquel que dice: «No temáis, soy yo» (Mt 14,27). Nos sentimos inclinados a mostrarnos al Señor sólo con los aspectos en los que nos sentimos cómodos, pero cuanto más nos atrevamos a revelar ese yo nuestro tan medroso, tanto más seremos capaces de sentir que su amor, que es perfecto, expulsa nuestros miedos.

Oh Señor, este mundo está lleno de miedos. Haz de mi miedo una oración por quien tiene miedo. Haz que esta oración alivie el corazón de los otros. Tal vez entonces mi oscuridad se vuelva luz para los otros y mi oración interior se convierta en una fuente de curación para los otros. También tú, Señor, conociste el miedo. Te sentiste profundamente turbado; tu sudor y tus lágrimas eran señal de tu miedo. Haz que mi miedo forme parte del tuyo, para que no me lleve a la oscuridad, sino a la luz, y me proporcione una nueva comprensión de la esperanza de tu cruz (H. J. M. Nouwen, *Preghiere dal silenzio*, Brescia 2000, pp. 11 ss y 17 [edición española: *Oraciones desde la abadía*, Promoción Popular Cristiana,

Madrid 1998]).

[Principio del documento*](#)

Día 7

**Martes de la 27ª semana del
tiempo ordinario año impar
Nuestra Señora la Virgen del Rosario.
Memoria obligatoria**

La liturgia de Nuestra Señora la Virgen del Rosario forma parte de las memorias que, celebradas originariamente por familias religiosas particulares, pueden ser consideradas verdaderamente eclesiales por la difusión que han alcanzado (*Marialis cultus*, 8). El rosario apareció y se difundió entre los siglos XV y XVI. La orden dominicana se erigió en paladina del mismo. La memoria -en un primer momento fiesta-entró en la liturgia por disposición del papa dominico Pío V en 1572, como acto de reconocimiento a Nuestra Señora, a cuya intervención se atribuyó la victoria de la flota cristiana sobre la turca, más poderosa, el 7 de octubre de 1571, denominada entonces «conmemoración de Nuestra Señora la Virgen de la Victoria».

Del Martirologio romano:

Memoria de la santísima Virgen María del Rosario. En este día se pide la ayuda de la santa Madre de Dios por medio del Rosario o corona mariana, meditando los misterios de Cristo bajo la guía de aquélla que estuvo especialmente unida a la encarnación, pasión y resurrección del Hijo de Dios.

LECTIO

Primera lectura: Jonás 3,1-10: *Los ninivitas habían abandonado el mal camino y se arrepintió Dios.*

En aquellos días,

¹ *por segunda vez el Señor se dirigió a Jonás y le dijo:*

² *-Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y*

proclama allí lo que yo te diré.

³ Jonás se levantó y partió para Nínive, según la orden del Señor. Nínive era una ciudad grandísima; se necesitaban tres días para recorrerla.

⁴ Jonás se fue adentrando en la ciudad y proclamó durante un día entero: «Dentro de cuarenta días, Nínive será destruida».

⁵ Los ninivitas creyeron en Dios: promulgaron un ayuno y todos, grandes y pequeños, se vistieron de sayal.

⁶ También el rey de Nínive, al enterarse, se levantó de su trono, se quitó el manto, se vistió de sayal y se sentó en el suelo.

⁷ Luego mandó pregonar en Nínive este bando: «Por orden del rey y sus ministros, que hombres y bestias, ganado mayor y menor, no prueben bocado, ni pasten ni beban agua.

⁸ Que se vistan de sayal, clamen a Dios con fuerza y que todos se conviertan de su mala conducta y de sus violentas acciones.

⁹ Quizás Dios se retracte, se arrepienta y se calme el ardor de su ira, de suerte que no perezcamos».

¹⁰ Al ver Dios lo que hacían y cómo se habían convertido, se arrepintió y no llevó a cabo el castigo con el que los había amenazado.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El Señor, como si nada hubiera pasado, dirige a Jonás el mismo mandato de ir a predicar a Nínive. Esta vez, Jonás parte sin plantear objeciones; más aún, hasta parece contento de poder proclamar a los cuatro vientos que Nínive será destruida pronto. La ciudad de Nínive está presentada como exageradamente grande (cf. v. 3). De las excavaciones arqueológicas se desprende, en efecto, que tuvo un perímetro amurallado de doce kilómetros: toda una metrópoli para aquellos tiempos. Sin embargo, la descripción que hace el

libro es claramente exagerada, como, por lo demás, todo lo que aparece en el libro de Jonás: la palabra «grande» y sus derivadas aparecen catorce veces en este breve libro. La misma actitud del anónimo rey, que manda hacer penitencia incluso a los animales, resulta pintoresca y exagerada al mismo tiempo. Hasta los «cuarenta días» (v. 4) pierden aquí su significado matemático para adquirir el simbólico, típico de toda la Biblia, a saber: el del tiempo necesario para completar una acción o una obra.

Contra toda expectativa, Nínive, la ciudad pagana y cruel, enemiga mortal de Israel, se convierte, «se vuelve atrás», y por eso Dios también se convierte, «se vuelve atrás» y suspende el castigo. El Dios de Israel está dispuesto a cambiar sus propósitos cuando alguien, aunque esté muy alejado de él por su fe y su conducta, está dispuesto a cambiar de vida. Es un Dios que se muestra piadoso y misericordioso no sólo con Israel, sino con todos los hombres, con toda criatura, con toda ciudad o pueblo.

Es el Dios de todos. La elección de Israel no obedece así sólo a su propia salvación, sino a la salvación de todos los hombres: es un servicio a la bondad de Dios, es una proclamación de su voluntad de salvación para todos, de su compasión con todos los seres vivos. Este pasaje constituye también una predicación dirigida antes que nada a los grupos más sectarios de Israel, que, en nombre de la elección divina, estaban más dispuestos a condenar que a convertirse. Es una predicación que siempre está de actualidad. También para nosotros...

Salmo responsorial

Sal/129, 1-2. 3-4. (R.: 3a)

R. Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?

V. Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica. R.

V. Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto. R.

V. Porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos. R.

Aleluya

Lc 11, 28

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Bienaventurados los que escuchan la
palabra de Dios
y la cumplen R.

Evangelio: Lucas 10,38-42: *Marta lo recibió en su casa. María ha escogido la parte mejor.*



En aquel tiempo,

³⁸ según iban de camino, Jesús entró en una aldea, y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa.

³⁹ Tenía Marta una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra.

⁴⁰ Marta, en cambio, estaba atareada con los muchos quehaceres del servicio. Entonces Marta se acercó a Jesús y le dijo: -Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en la tarea? Dile que me ayude.

⁴¹ Pero el Señor le contestó: -Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas,

⁴² cuando en realidad una sola es necesaria.

María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** En el plano exegético, este pasaje tiene que ser leído a contraluz con la parábola precedente. Como si dijera: a los que afirman que lo importante es ayudar a la gente o amar de manera concreta al prójimo (como ha hecho precisamente el buen samaritano), Lucas les presenta el fragmento de Marta y María donde se afirma la prioridad de la escucha de la Palabra.

Podría decirse que el servicio al prójimo alcanza su autenticidad, su verdad, la perfección, cuando es fruto de la escucha de la Palabra, cuando no es sólo trabajo o servicio humano, sino participación en la compasión del mismo corazón de Dios, consecuencia de la frecuentación asidua de su Palabra. Sin contar con que el trabajo o el servicio, dejados a sí mismos, pueden convertirse en afán, engendrar estrés, incluso desviar del camino, alejar del camino del Señor. La «mejor parte» que no será quitada es esta inmersión en la voluntad de Dios, porque «quien hace la voluntad de Dios permanece para siempre». Si Marta se dejara iluminar por los deseos de Jesús, podría servirle mejor y no correría el riesgo de llevarle cosas que no le interesan o pudieran hacerle mal. La dimensión contemplativa está en la base de la también necesaria dimensión activa.

La gran fortuna de la que ha gozado este episodio entre los autores espirituales de todos los tiempos indica que el peligro de dejarse enredar por las cosas urgentes, a costa de las cosas importantes, de lo único necesario, está constantemente al acecho. La tentación de subordinar las cosas de Dios a nuestras propias urgencias sólo se

puede superar con la frecuentación fiel y constante de la Palabra, con una actitud de verdadero discípulo, a los pies de Jesús. El discípulo es el que se comporta con el prójimo como el buen samaritano, porque participa en la compasión misma de Dios, fruto de la escucha de la Palabra que viene de Dios.

MEDITATIO

Para comprender la misericordia sin límites de Dios, para entrar en su compasión, es preciso frecuentar a Dios y su Palabra. Si Jonás hubiera escuchado más a Dios que al ambiente que le rodeaba, si se hubiera preocupado más de la voluntad de Dios que de las opiniones que estaba respirando, habría seguido el corazón de Dios, su voluntad de misericordia y de salvación, más que el deseo difuso de venganza y de destrucción. Pero

es preciso dejarse desestructurar hasta el fondo por la Palabra: un contacto superficial con la Palabra nos permite reestructurarla según nuestros gustos y nuestra mentalidad. Es menester un contacto de discípulo, un contacto desarmado y devoto, una disposición a rendirse a la Palabra más que a domesticarla.

Del mismo modo que Jonás se "afana" por encontrar sus soluciones, también hay quien se afana por encontrar muchas soluciones cuando Jesús no es acogido como huésped y Señor de la propia interioridad. Se corre entonces el riesgo de colorear de espíritu cristiano las soluciones de la cultura o de la mentalidad dominante, con la convicción de que Jesús habita con nosotros. Se corre así el riesgo de convertir a Jesús en un instrumento, asignándole la tarea de refrendar las decisiones tomadas en su nombre, que en realidad están tomadas bajo el influjo de intereses, orientaciones y

opciones de sello mundano.

¿Y si, en vez de mirar el espíritu del tiempo y sus gustos, perdiéramos un poco más de tiempo en escuchar de verdad al Señor? ¿Hasta qué punto, por ejemplo, goza de prioridad el mandamiento nuevo en mis decisiones? ¿Hasta dónde llega mi convicción de que uno de los medios más seguros de evangelización es la práctica del mandamiento nuevo con todos, en virtud del cual el amor gratuito y desinteresado representa el puente más seguro hacia el otro? Y eso no porque los frutos se muestren abundantes de inmediato, sino porque ésa es la voluntad del Señor...

ORATIO

Oh Señor Jesús, haznos asiduos oyentes tuyos. Ayúdanos a dejarnos cambiar a fondo por tu Palabra, para que podamos ponernos a tu servicio y al de los hermanos. Tú que nos has hecho saborear la misericordia de Dios y no su cólera, haz que en nuestra vida cotidiana no nos mostremos fríos en el amor y en el perdón. Enséñanos a ver nuestra vida como un servicio a tu misericordia, de suerte que toda persona que encontremos en nuestro camino pueda vislumbrar en nosotros un reflejo del rostro misericordioso del Padre, que nos ama a todos con un amor infinito.

CONTEMPLATIO

El libro de Jonás pretende enseñarnos la doctrina común del profetismo: es Dios quien conduce la historia, la cual responde a un designio divino de misericordia; Dios quiere la salvación de todos, y para esta salvación mueve a los hombres, elige a Israel. Israel no ha sido elegido para la destrucción, sino para su salvación.

Todo el profetismo judío tiene un carácter universalista, pero su universalismo no es nunca tan pleno como en este libro. No sólo el Dios de Israel es el

Dios de todas las naciones, sino que es un Dios que tiene piedad y misericordia de todas las naciones. En su amor no existe diferencia entre Israel y los otros pueblos. Existe una diferencia en la misión que cada pueblo debe tener y debe desarrollar en la historia humana, pero no puede haber diferencia definitiva frente al Señor en lo que se refiere al destino último de cada pueblo, porque el destino de todos es la salvación a la que llama a todos (D. Barsotti, *Meditazione sul libro di Giona*, Brescia 1990, p. 20).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *"María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará"* (Lc 10,42).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Inmediatamente después de haber vuelto a poner a Jonás en su camino, Dios vuelve a confiarle su tarea. La reiteración atestigua la paciencia de Dios con su personaje indócil, así como el poder del perdón, que vuelve a dirigirse a él como si no hubiera pasado nada. La misión de Jonás no peca, a buen seguro, de prolijidad. Jonás no va a excavar en la maldad de Nínive, ni hace alarde de elocuencia para inducir a la gente a llevar una vida mejor. No presenta un cuadro apocalíptico del fin del mundo ni cita nunca el nombre de Dios. Con fría objetividad, afirma que la hora concedida a la metrópoli está a punto de sonar: el progreso por el camino del mal tiene unos límites bastante estrechos.

Nunca como hoy resulta evidente que la maldad cava su propia fosa también y sobre todo cuando intenta afirmar del modo más absoluto su propio poder. También hoy es determinante que Jonás no calle para que Nínive pueda sobrevivir. Cualquiera que pruebe en su propia piel, como Jonás, que la rebelión frente al mandato de Dios no tiene

posibilidad de éxito debe proclamar con sencillez que el tiempo para el uso indiscriminado de la violencia, para la búsqueda egoísta de la seguridad, para el despiadado deseo de venganza, está ahora para cumplirse. Estos pocos pasos, estas escasas expresiones de obediencia de Jonás, determinan nada menos que la conversión de Nínive, símbolo paradigmático de la grandeza y la maldad del mundo y de sus centros de poder. El autor pretende liberarnos de nuestra timidez respecto a estos centros de poder y maldad. Lanza una provocación a nuestra esperanza y describe la universalidad de la conversión en tres grandes direcciones: todos, grandes y pequeños (Jon 3,5). No sólo los niños o sólo los adultos, no sólo las personas cultas o sólo los ignorantes, no sólo la masa informe o sólo los individuos influyentes que poseen un juicio crítico, sino también el rey y sus ministros, y, entrando incluso en el plano fabuloso, hasta los animales (w. 7ss), están implicados en el movimiento penitencial, porque las decisiones del hombre, para el bien o para el mal, implican en la salvación o en la catástrofe a toda la creación. Toda forma de vida que haya sobre la tierra es solidaria y depende de lo que realizan las manos del hombre (H. W. Wolff, *Studi sul libro di dona*, Brescia 1982, pp. 131 -144, *passim*).

MEDITATIO para nuestra Señora del Rosario

La secuencia histórica de los acontecimientos referidos por Lucas, evangelista documentado, cronista digno de crédito, discípulo convencido, ofrecidos a la meditación del devoto de María en la memoria de Nuestra Señora del Rosario comienza por la perícopa del evangelio y pasa a la perícopa de los Hechos de los

apóstoles.

Son dos estaciones a lo largo de la peregrinación de la devoción del rosario: la primera, que da comienzo a los cinco «misterios gozosos» y el segmento entre la segunda y la tercera estación en la meditación sobre los «misterios gloriosos». Tal colocación representa un mensaje y proporciona una metodología para la meditación.

Estos misterios se pueden circunscribir en el paso de la individualidad a la comunidad, de la contemplación a la acción. El anuncio constituye una personalísima experiencia de Dios para la Virgen María, una estación en la abismal contemplación de la Palabra de Dios junto a Dios mismo: es un acontecimiento gozado en la soledad. Esa soledad o experiencia individual no equivale a aislamiento; en efecto, la «anunciada» comparte las jornadas de la comunidad, la espera de la manifestación poderosa y gloriosa del Espíritu Santo. Pone en común su propia experiencia de Dios.

El anuncio constituye para María como una subida a las cimas de la contemplación de los misterios de Dios, un acercamiento guiado por la luz de la Palabra divina al conocimiento del proyecto que Dios pretende realizar mediante su disponibilidad. Esa contemplación sostiene su obediente conciencia. La «anunciada» no se queda inmóvil en su sitio con el libro entre las manos, no se queda pasiva y recogida en el reclinatorio imaginado por los pintores: obra en sí misma según la palabra recibida, meditada, contemplada y, a buen seguro, orada; también ella -como los otros discípulos de entonces y de siempre- actúa en la comunidad nacida del amor de Jesús y de la fe en el Cristo resucitado, de modo asiduo y en un clima de concordia, a través de la indispensable oración.

ORATIO

Santa María, íntegra en la fe, firme en la esperanza, sincera en la caridad, salve.

Virgen alegre en el fiel servicio a Jesús, tu hijo: sostén nuestra fe en los días de la desgana y en los días del deseo de multiplicar nuestra fe.

Madre dolorosa en la participación en la pasión de Cristo, benéfica para nosotros: obtén misericordia para la pequeñez de nuestra caridad y para todo aumento de dolores ajenos ocasionados por nuestros pecados.

Reina gloriosa en la participación en la vida nueva con el Señor del universo: conserva firme nuestra esperanza de unos cielos nuevos y una tierra nueva, hacia los cuales nos encamina esta existencia terrena.

Virgen de Nazaret, Mujer del Calvario, Señora de Pentecostés: acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

Después de habersele prometido el hijo, preguntó cómo podía suceder eso, puesto que no conocía varón. En efecto, sólo conocía un modo de concebir y dar a luz; aunque personalmente no lo había experimentado, había aprendido de otras mujeres -la naturaleza es repetitiva- que el hombre nace del varón y de la mujer. El ángel le dio por respuesta: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nazca de ti será santo y será llamado Hijo de Dios. Tras estas palabras del ángel, ella, llena de fe y habiendo concebido a Cristo antes en su mente que en su seno, dijo: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Cúmplase, dijo, el que una virgen conciba sin semen de varón; nazca del Espíritu Santo y de una mujer virgen aquel en quien renacerá del Espíritu Santo la

Iglesia, virgen también. Llámese Hijo de Dios a aquel santo que ha de nacer de madre humana, pero sin padre humano, puesto que fue conveniente que se hiciese hijo del hombre el que de forma admirable nació de Dios Padre sin madre alguna; de esta forma, nacido en aquella carne, cuando era pequeño, salió de un seno cerrado, y en la misma carne, cuando era grande, ya resucitado, entró por puertas cerradas.

Estas cosas son maravillosas, porque son divinas; son inefables, porque son también inescrutables; la boca del hombre no es suficiente para explicarlas, porque tampoco lo es el corazón para investigarlas. Creyó María, y se cumplió en ella lo que creyó. Creamos también nosotros, para que pueda sernos provechoso lo que se cumplió (san Agustín, Sermón 215, 4).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día la Palabra: «Dios te salve, María, llena de gracia: el Poderoso ha hecho grandes cosas en ti» (cf. Lc 1,28 y 1,49).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Surge de manera espontánea pasar de la oración del ángelus a la del rosario. Las avemarías forman su trama. El método de meditación de los misterios, evocados brevemente y que forman la base del rosario, está estrechamente ligado al modo con que las tres pequeñas frases del ángelus vuelven a evocar el misterio de la encarnación. Entre las oraciones y las devociones en honor de María, es ciertamente el rosario la más popular y, al mismo tiempo, una de las devociones en la que más se resalta el sentido de la Iglesia. El rezo del rosario orienta a Cristo por medio de María. La Virgen nos ayuda a penetrar y a vivir el misterio de Cristo tal como ella lo vivió [...].

La simplicidad [del rosario], su atmósfera

de pura y auténtica contemplación, cuando se medita los misterios como partes de un solo todo, hacen del rosario una vía fácil para extender la contemplación litúrgica a toda la vida diaria y para conducir continuamente toda nuestra vida a su fuente celestial (V. Noé, «Le devozioni mariane in armonio con la liturgia», en AA. W., La Madonna nel culto della Chiesa, Brescia 1966, 288ss).

[Principio del documento*](#)

Día 8

Miércoles de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria libre para España trasladada del 5:

SANTA FAUSTINA KOWALSKA, virgen

Religiosa polaca que recibió mensajes de Jesús sobre su Divina Misericordia.

La misericordia divina se manifiesta en su plenitud en Jesucristo cuyo corazón traspasado es fuente infinita de misericordia. En el siglo XX Jesús visita a Santa Faustina y le muestra Su corazón traspasado del que emanan rayos de luz blanca (el agua del bautismo) y roja (Su Sangre) y le encomienda la misión de dar a conocer Su misericordia a todos los hombres. Ante la pérdida de la fe, el mensaje de la misericordia se hace urgente pues es la única esperanza de la humanidad.

Del Martirologio romano:

En Cracovia, en Polonia, santa María Faustina (Elena) Kowalska, virgen de las Hermanas de la Bienaventurada Virgen María de la Misericordia, solícita de anunciar el misterio de la divina misericordia (1938).

LECTIO

Primera lectura: Jonás 4,1-11: *Tú te compadeces del ricino, ¿y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad?*

¹ Jonás se sintió muy contrariado, se enfadó

² y se encaró con el Señor diciendo: -Ah, Señor, ya lo decía yo cuando todavía estaba en mi tierra. Por algo me apresuré a huir a Tarsis. Porque sé que eres un Dios clemente, compasivo, paciente y

misericordioso, que te arrepientes del mal.

³ Así que ya puedes, Señor, quitarme la vida, porque prefiero morir a seguir viviendo.

⁴ El Señor le respondió: -¿Te parece bien enfadarte de esta manera?

⁵ Jonás salió de la ciudad y se instaló al oriente de la misma; levantó una choza y se sentó a su sombra, para ver qué suerte corría la ciudad.

⁶ El Señor hizo que creciera una planta de ricino por encima de la cabeza de Jonás, para darle sombra y librarlo de su enojo. Y, en efecto, el ricino llenó de alegría a Jonás.

⁷ Pero al día siguiente, al rayar el alba, Dios mandó un gusano, que dañó el ricino, y éste se secó.

⁸ Al salir el sol, Dios envió un viento solano abrasador. El sol caía sobre la cabeza de Jonás y, a punto de desvanecerse, se deseó la muerte diciendo:

-Prefiero morir a seguir con vida.

⁹ Entonces Dios le dijo: -¿Te parece bien enfadarte por ese ricino? Jonás respondió: -Sí, me parece bien enfadarme hasta la muerte.

¹⁰ El Señor replicó: -Tú sientes compasión de un ricino que tú no has hecho crecer, que en una noche brotó y en una noche pereció,

¹¹ ¿y no voy a tener yo compasión de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que aún no distinguen entre el bien y el mal, y una gran cantidad de animales?

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** La teología y la ironía llegan a su cima en esta conclusión. Jonás está enfadado: tenía razón cuando se negó a ir a Nínive, pues sabía muy bien que «Dios es clemente, compasivo, paciente y misericordioso, que se arrepiente del mal» (v. 2). Jonás conoce muy bien estas espléndidas cualidades de Dios, estos nombres de Dios, esta

naturaleza de Dios, pero no está de acuerdo con él. Sus ideas, que son las del medio en que vive, no son las de Dios. Y, por consiguiente, es mejor no querer cuentas con él. En vez de plegarse a la realidad de Dios, le evita, le contesta con su actitud de rechazo. Sin embargo, YHWH es misericordioso hasta con su profeta testarudo, disidente tenaz de los caminos de Dios, y quiere ser misericordioso también con todos los que quieran imponerle su comprensible punto de vista. Dios quiere convertir también a Jonás, y para ello recurre a todas las astucias pedagógicas de su dominio sobre la naturaleza.

El libro termina con una pregunta que supone un desafío para la gente del tiempo del autor y para todos sus lectores futuros: «¿Y no voy a tener yo compasión de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que aún no distinguen entre el bien y el mal?» (c/. v. 11). ¿Acaso Dios no es libre? ¿O debe actuar, como piensa Jonás, siguiendo las estrechas limitaciones de la justicia humana? ¿Puede quedarse Dios insensible frente a la suerte del hombre que él mismo ha creado, aunque éste viva lejos de él? ¿No habrá que pasar de los pequeños sufrimientos personales - como el del ricino que se seca, en el caso de Jonás- al conocimiento de acontecimientos mucho más importantes de toda la humanidad, objeto del amor misericordioso de Dios y, en consecuencia, objeto de un amor misericordioso también por parte del creyente?

Salmo responsorial

Sa/85, 3-4. 5-6. 9-10. (R.: 15c)

R. Tú, Señor, eres lento a la cólera y rico en piedad.

V. Piedad de mí, Señor,

que a ti te estoy llamando todo el día;
alegra el alma de tu siervo,
pues levanto mi alma hacia ti, Señor. **R.**

V. Porque tú, Señor, eres bueno y clemente,
rico en misericordia con los que te invocan.
Señor, escucha mi oración,
atiende a la voz de mi súplica. **R.**

V. Todos los pueblos vendrán
a postrarse en tu presencia, Señor;
bendecirán tu nombre:
«Grande eres tú, y haces maravillas;
tú eres el único Dios». **R.**

Aleluya

Rom 8, 15bc

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Habéis recibido un Espíritu de hijos de
adopción,
en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». **R.**

**Evangelio: Lucas 11,1-4: Señor,
enséñanos a orar.**



¹ Un día, estaba Jesús orando en cierto
lugar. Cuando acabó, uno de sus discípulos le
dijo: -Señor, enséñanos a orar, como Juan
enseñó a sus discípulos.

² Jesús les dijo: -Cuando oréis, decid:
Padre, santificado sea tu nombre; venga tu
Reino;

³ danos cada día el pan que necesitamos;

⁴ perdónanos nuestros pecados, porque
también nosotros perdonamos a todo el que
nos ofende, y no nos dejes caer en la
tentación.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** No basta con hacer y escuchar;
también es menester orar, y orar de manera
justa, a partir de la visión justa de Dios.
Jesús, al enseñarnos a orar, nos enseña que

el Dios al que nos dirigimos es un «papá»
que da su Reino a quien se lo pide con
confianza. El padrenuestro nos ha llegado en
las dos versiones de Lucas y Mateo. La
primera (Lc 11,1-4) es más breve, mientras
que la segunda (Mt 6,6-15), más larga, es la
que ha adoptado la Iglesia. Con todo, la
inspiración es única, porque ambas invocan la
glorificación del Padre a través de la venida
de su Reino en la historia. También ambas
piden el alimento suficiente para cada día y
el perdón misericordioso de las culpas. Las
peticiones son necesarias porque el hombre
está expuesto a diario al peligro de la
tentación, esto es, al peligro del fracaso
definitivo o escatológico, al peligro de
perder el gran e insustituible don del Reino.

En la oración del Señor aparece el
sentido de Dios y el sentido del hombre, de
la bondad infinita del Padre y de la
limitación de la criatura, menesterosa de
todo, desde el alimento al perdón: aparece
el don del Reino y la dificultad que supone
aceptarlo en el orden concreto, el esplendor
divino que se inclina sobre la pobre
condición humana y las nieblas de la vida
cotidiana. Aparece, en suma, todo el camino
del hombre, don y tarea, grandeza y
miseria, llamado a ser hijo y hermano de sus
semejantes, pero, al mismo tiempo, tentado
a responder de manera negativa. Con todo,
nada puede cancelar el comienzo, sencillo,
alentador, inolvidable, de la oración sin
parangón posible: «Abba, papá».

MEDITATIO

Querido Jonás, icómo te comprendo!
También yo, en algunas ocasiones, quisiera
escapar lejos de la lógica, para mí
incomprensible, de Dios. Tantas fatigas
pasadas por él, por su Reino, para serle fiel,
para darle a conocer, y después todo parece
"acabar de manera gloriosa", incluso para
aquellos que ni siquiera se han dignado

dirigirme una mirada. Tanto si trabajo como si me quedo mano sobre mano, al final todo parece continuar como siempre: buena parte de la gente sigue viviendo como si él no existiera, y él perdona a todos a la menor señal de arrepentimiento. ¿No resulta esto desalentador?

Sin embargo, son demasiados los momentos que se nos escapan. Él, por ejemplo, quiere que le oremos como Padre, quiere que le pidamos perdón y ayuda en los momentos de la prueba, quiere que no nos cansemos de recordar a todos que es misericordioso y está dispuesto al perdón. En suma, parece preocupado por hacernos comprender que entiende nuestra debilidad, que desea ser más amado que temido y que comprendamos que siempre está disponible para echarnos una mano todas las veces que hagamos ademán de volver a él.

Querido Jonás, este Dios tan incomprensible no pide otra cosa que podernos amar, y no pierde ocasión de invitarnos a dejarnos poseer por su misterio de amor, verdaderamente misterioso. A partir de ti y de mí, testigos impacientes de un amor dotado de unos perfiles demasiado humanos, demasiado limitados, demasiado controlables, alejado años luz del amor de un verdadero Padre, cuyo amor no conoce límites de este tipo. ¿Y si, en vez de angustiarnos e interrogarnos, nos pusiéramos a decir poco a poco, mirando al firmamento: "Padre". Tal vez, también nuestro corazón sería capaz de comprender su lógica. A buen seguro, saldríamos de nuestra mezquindad para respirar el aire salubre de la inmensa compasión del Padre por todos sus hijos desgraciados.

ORATIO

Oh mi Señor, tú eres bueno y paciente, lento a la ira y misericordioso: hoy te pido que me infundas tu Espíritu, para que yo

pueda tener un corazón semejante al tuyo y aprenda a obrar y a orar según el ejemplo que nos has dado en tu hijo, Jesús.

Sabes que yo también caigo con frecuencia en el error, pero no me condenas, no dejas que sea presa de la tentación. Cada vez me das el perdón. Perdona mis pecados, para que yo pueda hacer lo mismo con mis hermanos, aun cuando eso signifique humillarme ante ellos, demoler el muro de mi orgullo, arriesgarme a sentirme rechazado por ellos.

Ayúdame a tener un corazón humilde, que no solo sepa ser misericordioso, sino que no juzgue ni condene a ninguno de los que se equivocan. Rompe mis defensas, desgarrar los diafragmas que ofuscan la luz que viene de ti, haz resonar en mi oído interior la fascinación de tu voz. Concédeme un corazón tan grande que no se canse nunca de suplicarte por tus hijos que se equivocan y, sobre todo, de alabarte, bendecirte y agradecerte la ilimitada misericordia que muestras a todos, indistintamente.

CONTEMPLATIO

La principal lección del capítulo conclusivo de Jonás es la revelación del inmenso amor de Dios y la revelación de la pobreza del hombre. Jonás es un instrumento de Dios y el hombre que ha elegido; por consiguiente, debería ser más santo que cualquier otro. Ahora bien, aunque es profeta, anda tan lejos de Dios que parece más bien oponerse a él. El hombre y Dios: el hombre aparece aquí como un ser mezquino, mientras que Dios se muestra magnánimo en su amor. Aquí está anticipado el Nuevo Testamento. Dios dice ya las palabras que dirá Jesús en la cruz: *"No saben lo que hacen"*. Dios excusa el pecado del hombre. Dios no quiere ser ofendido por el hombre, no soporta que le ofenda nuestro pecado. Dios nos excusa. El hombre frente al Señor es tan pequeño,

tan pobre, que no tiene de grande más que el amor que Dios le tiene. No tenemos de grande más que su inmensa misericordia con nosotros.

El hombre, aunque ha sido elegido por Dios, sigue siendo egoísta, mezquino: intenta que Dios se adapte a sus propios puntos de vista humanos y no soporta, sin embargo, adaptarse él mismo a los puntos de vista de Dios. Pero Dios está cerca de nosotros: nos socorre no sólo cuando nos resistimos a su gracia y cuando estamos resentidos contra él, sino incluso cuando pecamos de verdad.

El hombre y Dios realizan en el libro de Jonás el mismo misterio, el misterio de la salvación del mundo. Ahora bien, el hombre lo realiza en contra de su voluntad: primero quiere escapar de la misión y, cuando la cumple, lo hace con la secreta esperanza de que a su predicación le siga una condena. La realizan juntos. Sin embargo, el hombre la realiza como hombre y Dios como Dios (D. Barsotti, *Meditazione sul libro di Giona*, Brescia 31990, pp. 84-88, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: "*Tú, Señor, eres lento a la cólera y rico en piedad*" (del salmo responsorial).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¿Qué significa vivir en el mundo con un corazón verdaderamente compasivo, un corazón abierto continuamente a toda la gente? Es muy importante tener presente que la compasión es más que la simpatía o la empatía. Si se nos pide que escuchemos las penas de la gente o que sintonicemos con sus sufrimientos, pronto llegaremos a nuestros límites emocionales. Sólo podemos escuchar durante un corto espacio de tiempo y a un número reducido de gente. En nuestra sociedad estamos bombardeados por tantas "noticias" sobre la miseria

humana que nuestro corazón se queda insensible simplemente por saturación.

Pero el corazón compasivo de Dios no tiene límites. El corazón de Dios es más grande, infinitamente mayor que el corazón humano. Ese corazón divino es el que Dios quiere darnos, de manera que podamos amar a todos sin quemarnos y sin saturarnos. Ese es el corazón compasivo que pedimos cuando decimos: "¡Oh Dios!, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu" (Sal 51).

El Espíritu Santo de Dios se nos da para que podamos llegar a ser partícipes de la compasión de Dios y podamos llegar a todos los hombres y en todo momento con el corazón de Dios. (H J M Nouwen, *Aquí y ahora. Viviendo en el Espíritu*, Pablo 42002, pp. 112-113).

[Principio del documento*](#)

Día 9

Jueves de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar

San Juan Leonardi, presbítero, santos Dionisio, obispo, y compañeros, mártires
San Dionisio y compañeros
Mártires

Memoria libre

Dionisio, el primer obispo de París, sufrió el martirio hacia el siglo II. Su cuerpo fue sepultado al norte de la ciudad. Hacia el año 495, santa Genoveva hizo construir una basílica sobre su tumba. La "Pasión de San Dionisio", según san Gregorio de Tours, le atribuye dos compañeros: Eleuterio y Rústico.

Del Martirologio romano:

San Dionisio, obispo, y compañeros, mártires, de los cuales la tradición quiere que el primero, enviado por el Romano Pontífice a la Galia, fuese el primer obispo de París, y que junto con el presbítero Rústico y el diácono Eleuterio, padeciesen

en las afueras de la ciudad (s. III).

O bien:

San Juan Leonardi

Presbítero

Memoria libre

Juan Leonardi nació en Toscana (1541-1609). Ordenado sacerdote, ejerció el ministerio de la predicación, instruyendo a los niños en la doctrina cristiana, fundando para tal fin, una congregación. Restauró la disciplina en diversas familias religiosas. Estableció un Instituto para propagar la fe, que la Santa Sede transformó en la "Congregación para la propagación de la fe".

Del Martirologio romano:

San Juan Leonardi, presbítero, que dejó la ciudad de Luca, en la Toscana, donde ejercía como farmacéutico, para llegar a ser sacerdote, y con el fin de enseñar a los niños la doctrina cristiana, restaurar la vida apostólica del clero y propagar la fe cristiana, instituyó la Orden de Clérigos Regulares, más tarde llamados de la Madre de Dios, debiendo sufrir por ello muchas contradicciones. También inició el Colegio de *Propaganda Fide*, en el que, agotado por los trabajos, descansó piadosamente (1609).

O bien:

Para Argentina: san Héctor Valdivielso Sáez, religioso, y compañeros mártires. (Santos mártires de Turón). Memoria libre

San Héctor Valdivielso Sáez es uno de los nueve llamados "mártires de Turón" (Asturias, España), que entregaron la vida por Cristo, como testigos de la fe, el 9 de octubre de 1934. Nacido y bautizado en Buenos Aires en 1910, a muy corta edad es llevado a Burgos (España). Se consagró como religioso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (Lasallanos), donde sirvió a la educación de los niños y jóvenes, especialmente de los pobres.

Santos Mártires de Turón (Asturias)

Mártires de Turón o santos Mártires de Turón es la denominación que da la Iglesia católica a ocho Hermanos de las Escuelas Cristianas (Hermanos de La Salle) y un sacerdote pasionista asesinados en 1934 en la parroquia asturiana de Turón (Mieres), durante la Revolución de Asturias. Considerados mártires por la Iglesia católica,

fueron canonizados en 1999. De los ocho Hermanos de La Salle, siete eran españoles y uno argentino (Héctor Valdivielso Sáez, san Benito de Jesús), convirtiéndose en el primer santo de esta nación.

Dirigían el colegio Nuestra Señora de Covadonga, que había sido fundado y era sostenido por la empresa Altos Hornos de Vizcaya, que era la propietaria de las minas, única fuente de trabajo de la localidad. También fueron asesinados varios directivos e ingenieros de la empresa. El padre pasionista Inocencio de la Inmaculada se encargaba de la asistencia sacramental de la comunidad.

Fuente: <https://es.wikipedia.org>

Del Martirologio romano:

En la localidad de Turón, en la región española de Asturias, santos mártires Inocencio de la Inmaculada (Manuel) Canoura Arnau, presbítero de la Congregación de la Pasión, y ocho compañeros, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que, durante la revolución, en odio a la fe fueron asesinados sin juicio previo, alcanzando así la victoria (1934).

LECTIO

Primera lectura: Malaquías 3,13-20ª: He aquí que llega el día, ardiente como un horno.

¹³ Vuestras palabras contra mí han sido insolentes, dice el Señor. Vosotros replicáis: "¿Qué hemos dicho contra ti?"

¹⁴ Pues que es tiempo perdido servir a Dios, que no habéis sacado ningún provecho de observar sus mandamientos y hacer penitencia ante el Señor todopoderoso,

¹⁵ que los arrogantes son dichosos, tienen éxito a pesar de hacer el mal, y, aunque provocan a Dios, quedan impunes.

¹⁶ Esto es lo que comentaban entre sí los que honran a Dios. Y he aquí que el Señor ha prestado atención y ha escuchado; en su presencia se ha escrito un libro en el que figuran todos los que son fieles al Señor y honran su nombre.

¹⁷ Estoy preparando un día, dice el Señor todopoderoso, en el que ellos volverán a ser

mi propiedad. Seré indulgente con ellos, como un padre con el hijo que le sirve.

¹⁸ Entonces vosotros veréis de nuevo la diferencia que hay entre el justo y el malvado, entre quien sirve a Dios y quien no le sirve.

¹⁹ Porque ya viene el día, abrasador como un horno; todos los arrogantes, todos los malvados, no serán entonces más que paja. Ese día que está llegando, dice el Señor todopoderoso, los abrasará y no dejará de ellos ni rama ni raíz.

²⁰ Pero sobre vosotros, los que honráis mi nombre, se alzaré un sol victorioso que trae la salvación entre sus rayos.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*+• Malaquías es uno de los profetas que trata vigorosamente el tema del "día del Señor" como momento resolutivo de los acontecimientos humanos. Estos últimos parecen dominados precisamente por la prosperidad de los malvados y por la tribulación de los justos. La presentación que hace aquí el profeta Malaquías (cuyo nombre significa "mi mensajero") toma la forma de una disputa entre el Señor y su pueblo. Este último, con presunción y arrogancia, se defiende de la acusación del Señor afirmando: *"¿Qué hemos dicho contra ti?"* (v. 13). A lo que replica el Señor: *"Pues que es tiempo perdido servir a Dios, que no habéis sacado ningún provecho de observar sus mandamientos y hacer penitencia ante el Señor todopoderoso"* (v. 14).

Se trata del perenne interrogante sobre el porqué de las dificultades que encuentran los justos y el éxito, en cambio, de los que viven sin excesivas rémoras morales. Un interrogante al que responde el Señor diciendo que el nombre de los justos está escrito en un libro que servirá en el día del Señor, día de miedo y de terror, día en el

que los injustos *"no serán entonces más que paja"* que arderá en el horno abrasador, hasta que no quede de ellos *"ni rama ni raíz"* (v. 19), mientras que el Señor aparecerá como padre para los justos, porque son su propiedad (*cf.* w. 17.20).

Entonces es cuando se verá qué significa ser justo o impío, entonces es cuando se invertirán las suertes, entonces es cuando se manifestará quién tiene razón, cuando se verá *"la diferencia que hay entre el justo y el malvado, entre quien sirve a Dios y quien no le sirve"* (v. 18). Mientras pasa la representación de este mundo, en el que no siempre son reconocidos los valores auténticos, la certeza de la venida del día del Señor sostiene al justo en su decisión de permanecer fiel al servicio de Dios.

Salmo responsorial

Sal/1, 1-2a. 3. 4 y 6. (R.: Sal/39, 5ab)

R. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

V. Dichoso el hombre

que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor. **R.**

V. Será como un árbol

plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin. **R.**

V. No así los impíos, no así;

serán paja que arrebatara el viento, Porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal. **R.**

Aleluya

Cf. Hch 16, 14b

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Abre, Señor, nuestro corazón,
para que aceptemos las palabras de tu Hijo.

R.

Evangelio: Lucas 11,5-13: *Pedid y se os dará.*

†

En aquel tiempo,

⁵ dijo Jesús a sus discípulos: -Imaginaos que uno de vosotros tiene un amigo y acude a él a media noche diciendo: "Amigo, préstame tres panes,

⁶ porque ha venido a mi casa un amigo que pasaba de camino y no tengo nada que ofrecerle".

⁷ Imaginaos también que el otro responde desde dentro: "No molestes; la puerta está cerrada, y mis hijos y yo estamos ya acostados; no puedo levantarme a dártelos".

⁸ Os digo que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos para que no siga molestando se levantará y le dará cuanto necesite.

⁹ Pues yo os digo: Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y os abrirán.

¹⁰ Porque todo el que pide recibe; el que busca encuentra, y al que llama le abren.

¹¹ ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le va a dar en vez del pescado una serpiente?

¹² ¿O si le pide un huevo le va a dar un escorpión?

¹³ Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*". El pasaje de hoy parece casi un comentario y una continuación del padrenuestro. Si creemos que Dios nos ama

como Padre, tendremos confianza en él. Esa confianza se ejerce de manera concreta y se pone a prueba por la insistencia y la constancia en la oración, expresada en esta triple confesión: "*Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y os abrirán*" (v. 9). Quien confía en la bondad del Padre pide con constancia y no se cansa, porque sabe que no pide en vano.

La oración confiada e insistente resulta, por tanto, eficaz e infalible. Ahora bien, Lucas nos reserva una sorpresa: la oración confiada e insistente obtiene siempre al Espíritu Santo (v. 12). No obtiene necesariamente bienes útiles y deseados, siempre transitorios, sino más bien el don por excelencia, el don que introduce en el Reino, da la fuerza que permite vivir en y para el Reino, sostiene en la tentación, ayuda en el perdón de las ofensas y permite hacer la voluntad de Dios. Es el don que cumple las peticiones de la oración del Señor, implicando también como coprotagonista a aquel que ora. Los dones deseados por la naturaleza humana no han de ser despreciados, puesto que también pueden sernos concedidos. Con todo, la oración, sumergiendo al orante en el mundo de Dios, le otorga el don divino más precioso, para que pueda entrar en el mundo divino, o sea, en el Reino.

La bondad del "papá que está en el cielo" es tal que usa nuestras necesidades para hacernos descubrir la necesidad de fondo, escondida en todas las otras necesidades: la de entrar a formar parte de su Reino; por eso, a quien pide con constancia se le dará el Espíritu Santo, la llave para entrar y para progresar en su designio de salvación universal.

MEDITATIO

El problema presentado por las lecturas de hoy es muy actual: hacer el bien y orar

parecen con frecuencia cosas inútiles. Nada cambia, el mundo sigue como antes. Y, además, la mirada irónica del mundo se maravilla a menudo de que haya todavía alguien dispuesto a perder su tiempo en estas preocupaciones. Entonces nos dirigimos a Dios, para que se haga sentir, y, frente a su renovado silencio, se nos echa la culpa de nuestra poca fe. Es una espiral que nos quita la paz y nos deja el corazón lacerado por la duda, por la terrible duda de que todo sea una ilusión.

En la Palabra de hoy hay un sopro restaurador, hay una clave de lectura: está sobre todo el don del Espíritu, que nos transporta a otras dimensiones, que introduce en el círculo cerrado de nuestras preocupaciones horizontales la línea recta que hace levantar la mirada, infunde sentido, sostiene el coraje para continuar e ilumina la fidelidad y la oración de cada día con la belleza misma de Dios. Con el Espíritu todo queda transformado y todo se vuelve posible. Es posible adquirir la convicción íntima de que es bueno y bello hacer el bien. Es posible superar el sentido de inutilidad sabiendo que nada se pierde. Es posible encontrar el gusto de invocar a Dios como Padre. Es posible hacer frente a las pruebas de la vida en general y de la vida cristiana en particular. Se hace posible no mirar los resultados inmediatos ni la aprobación de la gente, sino tener confianza en la mano de Dios, que orienta todo al bien. Es posible orar sin cansarse, porque así es como el Espíritu viene a nosotros trayendo el Reino y llevándonos a él.

ORATIO

Ven, Espíritu Santo, llena de fe y confianza mi corazón vacilante. Ven, Espíritu Santo, y muéstrame tu verdad, para que no me deje engañar por las evidencias del mundo. Ven, Espíritu Santo, y

abre mis ojos al bien silencioso que se da entre la gente y no me dejes desanimarme por el mal rumoroso y prepotente.

Ven, Espíritu Santo, y hazme exultar de alegría por tu presencia. Ven, Espíritu Santo, y mantén despierto en mí el deseo de la vida eterna, esperando el día del retorno del Señor. Ven, oh Espíritu, y ahonda en mí el anhelo de conocer, amar y servir a aquel que será mi felicidad eterna. *¡Ven, Espíritu, ven!*

CONTEMPLATIO

Cuando un alma se ha abandonado a la guía del Espíritu Santo, éste la levanta gradualmente y la dirige. En los comienzos, no sabe a dónde va, pero poco a poco la luz interior la va iluminando y le hace ver todas sus acciones y la va guiando hacia Dios a través de las mismas, de modo que no le queda casi otra cosa por hacer más que dejar obrar a Dios en ella y por medio de ella lo que a él le place; de suerte que ésta progresa de una manera maravillosa.

Tenemos una figura de la guía del Espíritu Santo en la conducta seguida por Dios con los israelitas después de la salida de Egipto, en su viaje por el desierto para llegar a la tierra prometida. Les dio como guía una columna de nube durante el día y una columna de fuego para la noche. Ellos seguían el movimiento de esta columna y se detenían cuando ella se paraba; no la adelantaban nunca, sólo la seguían, y no se alejaban nunca de ella. Así es como nosotros deberíamos comportarnos respecto al Espíritu Santo (L. Lallemant, *Doctrina spirituale* IV, 1).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *"Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor"* (del salmo responsorial).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Vivimos en un mundo lleno de preocupaciones. Nosotros mismos estamos ocupados y preocupados por muchas cosas; sin embargo, nos sentimos al mismo tiempo aburridos, resentidos, deprimidos y muy solos. En este mismo mundo se hace presente el Hijo de Dios, Jesucristo, para ofrecernos una vida nueva, la vida del Espíritu de Dios. Nosotros deseamos esta vida, pero comprendemos asimismo que es tan radicalmente diferente de la que conocemos que nos parece algo ilusorio aspirar también a ella. ¿Cómo podemos pasar entonces de la fragmentación a la unidad, de las muchas cosas a la única necesaria, de nuestras vidas divididas a una vida indivisa en el Espíritu? Se hace necesario un gran esfuerzo que permita al Espíritu de Dios trabajar en nosotros y volver a crearnos.

Con frecuencia nos resulta difícil encaminarnos por la senda de la vida espiritual no sólo porque las causas de nuestras preocupaciones tienen un poder muy fuerte sobre nosotros, sino también porque casi no conseguimos darnos cuenta de la presencia del Espíritu de Dios. Permaneciendo vigilantes y atentos a su divina presencia, seremos conducidos cada vez más profundamente al Reino. Allí, con gran sorpresa y alegría por nuestra parte, descubriremos que todas las cosas empiezan a tener un significado nuevo (H. J. M. Nouwen, *Invito alia vita spirituale*, Brescia 22000, pp. 77ss, *passim*).

[Principio del documento*](#)

Día 10

**Viernes de la 27ª semana del
tiempo ordinario año impar
Santo Tomás de Villanueva. Obispo.
Memoria libre**

Tomás, hijo de Tomás García y Lucía Martínez, naturales de Villanueva de los Infantes, nació en 1486 en Fuenllana, Ciudad Real, el primero de seis hermanos. Su vida estuvo marcada por el origen sencillo del pueblecito manchego donde nació y por su tiempo, caracterizado por una búsqueda de nuevos caminos en lo teológico, lo espiritual, lo social y eclesial: es la hora de las nuevas definiciones de lo antiguo y de abrir caminos al nuevo y apasionante mundo que emerge. A los 30 años, tras ocho de profesor, se le ofrece la cátedra en Filosofía en Salamanca. Allí se traslada, pero, al año siguiente, sin embargo, se siente llamado a la vida religiosa, y el 1 de noviembre toma el hábito de san Agustín en el convento del mismo nombre en Salamanca. Se ordena sacerdote al año siguiente. El propio emperador que le promovió antes para arzobispo de Granada, cargo que Tomás pudo eludir, le obligó a aceptar el Arzobispado de Valencia, tras haber renunciado al primero. Era el año 1544. Llegó a dar su cama antes de morir y murió en el suelo el año 1555.

Del Martirologio romano:

En Valencia, de España, santo Tomás de Villanueva, obispo, que, siendo religioso de la Orden de Ermitaños de San Agustín, aceptó por obediencia el episcopado, sobresaliendo, entre otras virtudes pastorales, por un encendido amor hacia los pobres hasta entregarles todos los bienes, incluida la propia cama (1555).

LECTIO

Primera lectura: Joel 1,13-15; 21 ss: *El Día del Señor, día de oscuridad y negrura.*

^{1,13} Sacerdotes, vestíos de sayal; lamentaos, dad gritos, ministros del altar; venid, pasad la noche haciendo penitencia, ministros de mi Dios; porque ha quedado sin ofrendas ni libaciones el templo de vuestro Dios.

¹⁴ Promulgad un ayuno, convocad la asamblea, reunid a los ancianos y a todos los habitantes de esta tierra en el templo del Señor, vuestro Dios, y clamad al Señor:

¹⁵ ¡Ay, qué día! ¡Está cerca el día del Señor; ya llega como devastación del Devastador!

²¹ Tocad la trompeta en Sión, tocad a rebato en mi monte santo, tiemblen todos los habitantes de esta tierra, porque ya llega el día del Señor, ya está cerca:

²² día de tinieblas y de oscuridad, día de nubarrones y de espesa niebla. Un pueblo innumerable y poderoso se despliega como la aurora sobre los montes. No hubo otro antes como él ni se verá jamás otro igual.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*»• Una espantosa invasión de saltamontes lo ha devastado todo, revelándose como una auténtica catástrofe. Por donde han pasado, sólo han dejado destrucción y muerte. Ha desaparecido la alegría de los rostros de los labradores, que han visto desaparecer como humo el fruto de tantas fatigas. Pero también ha desaparecido la alegría del rostro de los sacerdotes, «porque ha quedado sin ofrendas ni libaciones el templo de vuestro Dios» (1,13). ¡Es un luto nacional! Es menester convocar una solemne liturgia penitencial, porque la terrible calamidad está cargada también simbólicamente: es un aviso de la proximidad del «día del Señor», «día de tinieblas y de oscuridad» (2,2a), un día en el que también la naturaleza estará implicada. La invasión devastadora de los saltamontes, que por su número oscurecen el cielo, se convierte en prefiguración del día en el que el Señor vendrá a juzgar a los impíos. Será un día espantoso: «No hubo otro antes como él ni se verá jamás otro igual» (2,2b). La furia devastadora del flagelo natural está presentada como un

ejemplo que invita a la reflexión, a la oración, a la conversión y a la penitencia. Será un acontecimiento que sorprenderá a todos por sus proporciones y sus consecuencias.

El profeta, apoyándose en un fenómeno natural, una plaga no infrecuente en la Palestina de aquellos tiempos, proyecta su mirada sobre un acontecimiento único, definitivo, para el que es preciso prepararse con la penitencia, a partir de la penitencia de los sacerdotes («Sacerdotes, vestíos de sayal; lamentaos, dad gritos, ministros del altar»: 1,13). Joel es un profeta ligado al templo y predica la conversión -ésta comienza precisamente por los agregados al templo- para extenderla después «a todos los habitantes de esta tierra» (1,14).

Salmo responsorial

Sal/9, 2-3. 6 y 16. 8-9. (R.: 9b)

R. El Señor juzgará el orbe con justicia.

V. Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas; me alegro y exulto contigo, y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo.

R.

V. Reprendiste a los pueblos, destruiste al impío

y borraste para siempre su apellido.

Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron,

su pie quedó prendido en la red que escondieron. **R.**

V. Dios está sentado por siempre en el trono que ha colocado para juzgar. El juzgará el orbe con justicia y regirá las naciones con rectitud. **R.**

Aleluya

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera —dice el Señor—. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. **R.**

Evangelio: Lucas 11,15-26: *Si yo echo los demonios con el dedo de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros.*

†

En aquel tiempo, después de que Jesús hubiera expulsado a un demonio,

¹⁵ algunos dijeron: -Expulsa a los demonios con el poder de Belzebú, príncipe de los demonios.

¹⁶ Otros, para tenderle una trampa, le pedían una señal del cielo.

¹⁷ Pero Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo: -Todo reino dividido contra sí mismo queda devastado, y sus casas caen unas sobre otras.

¹⁸ Por tanto, si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo podrá subsistir su Reino? Pues eso es lo que vosotros decís: Que yo expulso los demonios con el poder de Belzebú.

¹⁹ Ahora bien, si yo expulso los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos ¿con qué poder los expulsan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces.

²⁰ Pero si yo expulso los demonios con el poder de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros.

²¹ Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros.

²² Pero si viene otro más fuerte que él y lo vence, le quita las armas en las que confiaba y reparte sus despojos.

²³ El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama.

²⁴ Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, anda por lugares áridos buscando

descanso y, al no encontrarlo, se dice: Volveré a mi casa, de donde salí.

²⁵ Al llegar, la encuentra barrida y adornada.

²⁶ Entonces, va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, entran y se instalan allí, de modo que la situación final de este hombre es peor que la del principio.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** En este pasaje combate Jesús contra dos adversarios: el demonio y «algunos» (para Mateo son los fariseos). Éstos le acusan de un modo grave, con una violencia inaudita: es verdad, ese Jesús es un exorcista eficaz, pero recibe sus poderes del mismo demonio que expulsa. Jesús responde con dos argumentos: no es posible pensar que el demonio se expulse a sí mismo, porque su dominio se hundiría. Y, además, los fariseos enseñan también exorcismos especiales a sus discípulos: ¿también están endemoniados ellos? Más bien, deberían reconocer, al ver las obras de liberación del sufrimiento realizadas por Jesús, que aquí actúa el poder de Dios y que, por consiguiente, ya ha llegado el Reino de Dios, con su poder curador y liberador.

El otro gran adversario, que domina todo el pasaje, es el demonio, el «fuerte», que se siente seguro hasta la llegada de Jesús, pues éste se muestra bastante más fuerte que él. Entre Jesús y el demonio se ha entablado un apretado y decisivo combate, que exige al discípulo tomar partido, elegir campo: «El que no está conmigo, está contra mí» (v. 23). No es posible la neutralidad, pues la lucha del Maestro es también la lucha del discípulo. Y esta lucha es escatológica, tiene que ver con el destino final, dado que «el que no recoge conmigo, desparrama» (v. 23).

Una vez encuadrado el discípulo en el

bando del «más fuerte», no por ello puede estar tranquilo; a pesar de todo, debe vigilar, porque la envidia del demonio, que vaga por lugares áridos, lanza contra él ataques cada vez más poderosos, implicándole en un combate terrible.

El discípulo ha sido advertido: estar de parte de Cristo significa participar en su victoria, pero también participar en su combate contra el mal y contra el Maligno, que no se da por vencido con facilidad y quiere arrastrar con su ruina a la mayor cantidad de discípulos posible. La lucha entre Cristo y el demonio continúa así en el corazón de los discípulos. Éstos, con coraje y confianza, no pueden sustraerse a esa lucha.

MEDITATIO

El tema del combate espiritual fue desarrollado por los Padres del desierto, pero sigue siendo una realidad que goza de una impresionante actualidad. A pesar de cierto escepticismo difundido en la sociedad, que se considera evolucionada, el demonio está más presente en el mundo de lo que podemos imaginar. En algunos momentos, casi de repente, es posible percibir lo arraigada que está su presencia. Su fuerza consiste en hacerse olvidar y en aparecer bajo los aspectos más seductores y tranquilizadores. Dado que conoce bien a sus presas, lanza por lo general sus ataques por el frente más desguarnecido, por las realidades a las que somos más sensibles. A veces sentimos el ataque verdaderamente como devastador, y la única manera de liberarnos de él parece precisamente ceder. Pero la apuesta es demasiado elevada. Ceder ante él una vez significa abrirle un paso que le hará más fácil el acceso en el próximo asalto.

Las armas son las de siempre: oración intensa, recordar continuamente la Palabra

del Señor y sus promesas; penitencia; una gran humildad, que nos haga poner toda nuestra confianza en el Señor; vigilancia, para no ser cogidos por sorpresa. En estas condiciones, el desafío asume una fascinación particular: estamos llamados a combatir contra un adversario más fuerte que nosotros, pero con un arma más, un arma que viene del Espíritu Santo. Nuestro adversario se presenta cada vez más fuerte después de cada derrota, pero no tan fuerte que no pueda ser derrotado. Cristo quiere unirnos a su combate, para que también nosotros podamos hacer retroceder el mal que se propaga por el mundo, y hacernos así partícipes de su victoria, aunque esta victoria, cuando estamos inmersos en el duro combate, pueda parecernos no rara vez una ilusión lejana.

La presencia del demonio nos invita a reflexionar sobre el carácter dramático de la existencia cristiana, sobre el poder del mal, sobre lo que está en juego, sobre la grandeza de la victoria de Cristo, sobre la necesidad de encuadrarnos de una manera abierta y decidida de su parte, sobre la convicción de que el combate espiritual es parte esencial del discípulo de Cristo.

ORATIO

Oh mi Señor, tú conoces hasta el fondo mis debilidades, porque a ti no puedo esconderte ni mis miedos ni mis hundimientos. Sabes lo débiles que son mis fuerzas y lo que sufro por los continuos asaltos del mal y del Maligno. Te ruego, oh bueno y omnipotente Señor, que no me dejes solo en la hora de la tentación, que me despiertes de mi pasividad, de mi poca voluntad de resistencia a la acción del malvado.

Ilumina, pues, con tu Espíritu mi corazón, para que sea capaz de recurrir a la luz de la

fe precisamente cuando, en las horas más oscuras y difíciles, me asalte el enemigo. Inspira y guía mis decisiones: abre en mí esa mirada interior que capta la verdad de las cosas y sabe discernir el bien en medio de las ambigüedades y las incertidumbres de la vida. Haz que en el combate contra el poder del mal, que pretende destruir mi fe en ti, no cese yo de invocarte, porque sólo junto a ti y contigo sé que nadie me podrá sorprender. Envíame, pues, tu Espíritu y seré fuerte en mí.

CONTEMPLATIO

Sus amigos, que venían a verle, pasaban a menudo días y noches fuera, puesto que no quería dejarles entrar. Oían que sonaba como una multitud frenética, haciendo ruidos, armando tumulto, gimiendo lastimeramente y chillando: «¡Vete de nuestro dominio! ¿Qué tienes que hacer en el desierto? Tú no puedes soportar nuestra persecución». Al principio, los que estaban afuera creían que había hombres peleando con él y que habrían entrado por medio de escaleras, pero, cuando atisbaron por un hoyo y no vieron a nadie, se dieron cuenta de que eran los demonios los que estaban en el asunto, y, llenos de miedo, llamaron a Antonio.

El estaba más inquieto por ellos que por los demonios. Acercándose a la puerta, les aconsejó que se fueran y no tuvieran miedo. Les dijo: «Sólo contra los miedosos los demonios conjuran fantasmas. Ustedes ahora hagan la señal de la cruz y vuélvanse a su casa sin temor, y déjenlos que se enloquezcan ellos mismos».

Entonces se fueron, fortalecidos con la señal de la cruz, mientras él se quedaba sin sufrir ningún daño de los demonios. Pero tampoco se enojaba por la contienda, porque la ayuda que recibía de lo alto por medio de visiones y la debilidad de sus enemigos le

daban un gran alivio en sus penalidades y ánimo para un mayor entusiasmo. Sus amigos venían una y otra vez esperando, por supuesto, encontrarle muerto, pero le escuchaban cantar: «Se levanta Dios y se dispersan sus enemigos, huyen de su presencia los que lo odian. Como el humo se disipa, se disipan ellos; como se derrite la cera ante el fuego, así perecen los impíos ante Dios» (Sal 67,2). Y también: «Todos los pueblos me rodeaban, en el nombre del Señor los rechacé» (Sal 117,10) (Atanasio de Alejandría, Vita Antonii, 13, versión electrónica).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: [«Vigilad y orad para no caer en la tentación»](#) (Me 16,38).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Antonio se marchó al desierto para combatir a los demonios en su terreno. Fue una declaración de guerra a los demonios, los cuales le atormentaron y se las ingeniaron para expulsarle de su terreno. Antonio creía que, gracias a su lucha con los demonios, algo se volvería más claro y más sano también para los hombres del mundo. Si él vencía a los demonios, éstos tendrían también menos poder sobre los hombres que estaban en el mundo. En consecuencia, su combate con los demonios adquiere una función vicaria respecto al mundo.

La tentación se convierte así en parte esencial de la vida. La vida del hombre está marcada por un conflicto continuo. No podemos contentarnos con vivir al día. Debemos hacer frente a los ataques que la vida trae consigo. Nunca habrá un tiempo en el que podamos dormir en los laureles. Las tentaciones nos acompañarán más bien hasta el final de la vida. Dijo Antonio: «Nadie, si no es tentado, puede entrar en el Reino de los Cielos; de hecho -dice- suprime

las tentaciones, y nadie se salvará (Apotegmas, 5). Y otro eremita: «Si el árbol no es sacudido por los vientos, ni crece ni echa raíces. Así ocurre también con el monje: si no es tentado ni soporta la tentación, no se convierte en nombre» (Apotegmas, 396). Quien se entrega a la tentación de los demonios encuentra la verdad de su alma, descubre ideas crueles, imágenes sádicas, fantasías inmorales. Nos convertiremos en hombres maduros sólo si aceptamos esta verdad, sólo si damos la talla en esta tentación. Conocer la tentación, sin ser aplastados por ella, es un método que nos mantiene vivos, un método que nos recuerda incesantemente que no podemos mejorar solos, sino que sólo Dios nos puede cambiar. Únicamente Dios puede darnos la victoria en la lucha contra las tentaciones, una paz profunda que, si falta el combate, no puede ser experimentada con la misma intensidad (A. Grün, *Il cielo comincia in te*, Brescia 22000, pp. 49ss, passim).

MEDITATIO para santo Tomás de Villanueva

No es lo esencial la funcionalidad, el servicio concreto de las ovejas. No hay pastores porque somos muchos los hombres y hay que cubrir muchas tareas. Lo esencial es ver y tocar a una persona que hace presente la palabra viviéndola, no sólo proclamándola. La condición del Evangelio frente a toda doctrina es su carácter de «entrañable»: lo es el afecto con el que Pablo habla a Timoteo, lo es el amor entrañable de Cristo cuando se define vinculándose vitalmente a los hombres.

No hablan desde el mensaje, sino desde la experiencia vivida. Pablo habla como quien ha vivido todo lo que dice; Cristo ha vivido, simplemente, como el Hijo. Lo que nos

transmiten los evangelios es, sobre todo, la experiencia entrañable de haber gustado y palpado, visto y oído al buen Dios entre nosotros: al Hijo. Así nos trató Él, parecen decir los evangelios, como un buen pastor. La experiencia, luego, se hace palabra transmitida en el seno de la comunidad como oración, gozo y testimonio. Así hemos recibido a san Juan: desde la experiencia vivida; así se transformó el mundo pagano en cristiano por la locura de hombres y mujeres nuevos y disponibles.

Nuestro santo Tomás asumió la elección difícil de mantener la doctrina en la Iglesia, no crispándose en época de crisis, sino que la propuso convirtiéndose él mismo en modelo del mensaje: no es fácil olvidar un arzobispo casi harapiento repartiendo en la puerta de su casa limosna a los pobres; más difícil es sentarlos a su mesa y servirles: él lo hizo. Pero aún es más difícil organizar, antes, la misma Iglesia visible para que ese gesto sea posible siempre como el auténtico modo de ser pastor. Lo primero podría no pasar de ser un llamativo gesto de imagen; lo segundo es permanente: aún podemos encontrar a Cristo entre nosotros en los pastores.

ORATIO

Padre, pastor de mi vida, que me deje encontrar, conocer por ti. Tú acoges el movimiento de mi espíritu antes que mis obras, palabras, promesas y oraciones. Sabes, Señor, que mis deseos no son siempre de ti. Hay otros que me halagan con formas de estar «agresivas y eficaces» y casi siempre siento que en ellos encontraré más paz y armonía personal, que hay que estar con los tiempos y no desentonar.

Mi historia contigo es la de tus búsquedas de mí mismo, de tus curaciones. Hazme transmitir esta experiencia de ti: que aprenda a manifestarme como

vulnerable poniéndome siempre más bajo que mis hermanos. Que les transmita tu doctrina, pero también lo bien que me has tratado cuando yo me he perdido. ¿Cómo, si no, se acercarán a ti las ovejas dispersas? Cuántos estragos he podido hacer por creerme alguien ante los demás, perfecto y seguro. Señor, buen pastor, si no soy distinto a los demás, al menos que pueda aportarles lo que vivo y Tú has hecho en mí.

CONTEMPLATIO

El pastor no debe disminuir su atención o lo interior por las ocupaciones exteriores, ni debe abandonar el cuidado de lo exterior por la solicitud de lo interior; de modo que no se derrumbe interiormente al entregarse a lo exterior, ni impida aquello que por fuera debe a sus prójimos ocupándose sólo de lo interior.

Pues, a menudo, algunos, olvidándose de que son prelados en la causa de sus hermanos, se entregan con todo el esfuerzo de su corazón a los cuidados seculares: cuando están presentes, se ensoberbecen realizándolos y, cuando faltan, los anhelan día y noche con la agitación de su mente desordenada. De modo que, cuando hallan un respiro, quizás porque haya desaparecido una oportunidad, se sienten más cansados por su misma quietud. Y así, consideran una satisfacción estar oprimidos por las ocupaciones y un infortunio el no trabajar en asuntos terrenales. Sucede entonces que mientras se alegran de estar agobiados por vanos esfuerzos mundanos, ignoran aquellos secretos interiores que deberían enseñar a otros.

A causa de esto, claro está, la vida de los fieles se debilita, porque cuando pretenden progresar espiritualmente tropiezan en su camino con el obstáculo que es para ellos el ejemplo de su prelado. Y es que, languideciendo la cabeza, en vano crecen los

miembros, e inútilmente avanza un ejército para explorar al enemigo si se equivoca el guía mismo del camino.

Ninguna exhortación eleva ya la mente de los fieles, ninguna amonestación castiga sus pecados. Porque cuando el pastor de las almas se dedica a ejercer el oficio de juez terreno, el cuidado pastoral por la custodia de la grey se debilita. Con ello, los fieles no desean ya alcanzar la luz de la Verdad, pues, al estar ocupada la mente del pastor en los afanes terrenos, el polvo provocado por el viento de la tentación ciega los ojos de la Iglesia (Gregorio Magno, La regla pastoral. Ed. Ciudad Nueva, Madrid 1993, pp. 214-215).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «Alumbra así vuestra luz a los hombres y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt 5,16).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

De amar propusimos, que no de disputar; amar, que no entender: por lo cual tornemos al propósito. Consideremos, pues, cómo nuestro Dios, grande, bueno y poderoso y lleno de riquezas, anda entre sus criaturas buscando algún amador, y no le halla; da muchas cosas y promete al que Te amare, y ninguno quiere ni aun mirarle; y así es que «determinaron los mortales e abajar sus ojos a la tierra». Míralo en los Cantares, cómo ruega a su criatura y la provoca e incita a su amor: «Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, ábreme»; y si no quiere abrir por mí, ábreme por ti; porque mi cabeza está llena de rocío; mi divinidad está llena de suavidad y dulzura; pues luego ábreme y cenaré contigo, y no a costa tuya, que yo haré todo el gasto y te pondré delante manjares suavísimos.

Y ella con todo esto responde de la cama

con indignación grande diciendo: «Heme despojado de mi vestidura, y ¿téngole de tornar a vestir? Láveme mis pies, ¿cómo me los ensuciaré ahora?». ¡Oí ingrata, mísera y ciega!, ¿así respondes a tu amado, así menosprecias a tu Creador? Abre, mísera, que no te ensuciarás, antes te lavarás; no trabajarás, sino descansarás. Ni la dejó el piadosísimo y gran amador suyo en su dureza, antes la tocó con su misericordiosa mano; y aquella que primero había despreciado la voz, se levanta con diligencia a abrir a su amado; más él ya se había desaparecido y pasado; y justamente por cierto, pues que así ella le había primero despreciado; y verla has a la infeliz y desventurada discurriendo por las calles y plazas voceando y llorando y conjurando a las hijas de Sión que, si hallaren a su amado, que le anuncien y digan su amor. Búscales y no le halla; llama y ninguno le abre; llama y no hay quien responda; por lo cual toda llorosa se derrite de amor. Así, Señor, así lo hacéis: tocáis para que seáis conocido y huís para que seáis buscado; llamáis y escondeis; provocáis y vaisos, convidáis y partisos; no menos piadoso cuando os vais que cuando os venís... Mas no quieras cesar, quienquiera que eres; no desmayes cerca de la ciudad; conjura a las hijas de Jerusalén, solicita a los ciudadanos, pregunta a las guardas y éstas te saldrán al encuentro, ellos te harán dar priesa; y por más que ligeramente corras, te quitarán la vieja vestidura; y como los hubieres pasado un poco, hallarás al que tu ánima desea (Tomás de Villanueva, «Sermón segundo del Amor de Dios», Sermones de la Virgen María y Obras castellanas, BAC, Madrid 1952, pp. 609-610).

[Principio del documento*](#)

Día 11

Sábado de la 27ª semana del tiempo ordinario año impar

Memorias libres: SANTA MARÍA SOLEDAD TORRES ACOSTA, virgen, o SAN JUAN XXIII, papa.

San Juan XXIII

Papa

Angelo Giuseppe Roncalli nació en Italia en 1881. El clima religioso de su familia y la vida parroquial fueron la primera y fundamental escuela de vida cristiana, que marcó su fisonomía espiritual.

Tras la muerte de Pío XII, fue elegido Papa en 1958. Su pontificado, que duró menos de cinco años, lo presentó al mundo como una auténtica imagen del Buen Pastor. Su magisterio, sobre todo sus encíclicas "Pacem in terris" y "Mater et Magistra", fue muy apreciado.

Convocó el Concilio Ecuménico Vaticano II. Su persona, iniciadora de una gran renovación en la Iglesia, irradiaba la paz propia de quien confía siempre en el Señor.

Falleció el 3 de junio de 1963. La gente vio en él un reflejo de la bondad de Dios y lo llamó "el Papa de la bondad".

Del Martirologio romano:

En Roma, san Juan XXIII, papa, cuya vida y actividad estuvieron llenas de una singular humanidad y se esforzó en manifestar la caridad cristiana hacia todos, trabajando por la unión fraterna de los pueblos. Solícito por la eficacia pastoral de la Iglesia de Cristo en toda la tierra, convocó el Concilio Ecuménico Vaticano II (1963).

Santa Soledad Torres Acosta

Virgen

María Soledad Torres Acosta nació en Madrid, el 2 de diciembre de 1826, y murió, también en Madrid, el 11 de octubre de 1887. Cuando el párroco de Chamberí se propuso fundar un instituto de religiosas dedicadas a la asistencia a los enfermos en su domicilio, Soledad fue la pieza clave de dicho instituto, que se llamó Congregación de Siervas de María, Ministras de los Enfermos. Fue beatificada por Pío XII, el 5 de febrero de 1950, y canonizada por Pablo VI, el 25 de enero de 1970.

Del Martirologio romano:

En Madrid, capital de España, santa María Soledad (Manuela) Torres Acosta, virgen, que desde su juventud demostró gran solicitud hacia los enfermos pobres, a los que atendió con total abnegación, especialmente al fundar la Congregación de las Siervas de María, Ministras de los Enfermos (1887).

LECTIO

Primera lectura: Joel 4,12-21: *Echad la hoz, pues la mies está madura.*

Así dice el Señor:

¹² Que vengan las naciones y acudan al valle de Josafat; allí me sentaré para juzgar a las naciones de alrededor.

¹³ Meted la hoz, la mies está madura; venid a pisar, el lagar está lleno, las cubas rebosan. ¡Tan grande es su maldad!

¹⁴ ¡Muchedumbres y muchedumbres en el valle de la Decisión, porque está cerca el día del Señor en el valle de la Decisión!

¹⁵ El sol y la luna se oscurecen, pierden su brillo las estrellas.

¹⁶ Ruge el Señor desde Sión, desde Jerusalén hace oír su voz; el cielo y la tierra se estremecen. Mas, para su pueblo, el Señor es un refugio, un baluarte para los hijos de Israel.

¹⁷ Sabréis entonces que yo soy el Señor, vuestro Dios, que habito en Sión, mi monte santo. Jerusalén será lugar santo, y los extranjeros no volverán a pasar por ella.

¹⁸ Ese día manará vino nuevo de los montes, y las colinas destilarán leche; por todos los torrentes de Judá correrá el agua, y una fuente, que manará del templo del Señor, regará el valle de las Acacias.

¹⁹ Egipto quedará hecho un desierto, Edom una estepa desolada, por haber asesinado a los habitantes de Judá, cuya sangre inocente derramaron en su tierra.

²⁰ Pero Judá subsistirá por siempre, Jerusalén de edad en edad.

²¹ Yo vengaré su sangre, no la dejaré impune. Y el Señor habitará en Sión.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Estamos en el último capítulo del libro de Joel. En él se presenta el «día del Señor», el día del choque final entre el bien y el mal, entre el pueblo de Dios y los pueblos paganos coaligados. La descripción es vivaz y aterradora: los paganos están invitados a presentarse en el valle de Josafat, el «valle de la Decisión» (v. 14), junto al antiquísimo cementerio judío: allí serán segados como mies madura y pisados en el lagar, mientras el cosmos participa en el «rugido» del Señor, con desconciertos espantosos, semejantes a los presentados por toda la literatura apocalíptica. Bien distinta es la suerte del pueblo de Dios, que conocerá, por fin, el poder de su Señor. Éste entregará definitivamente Jerusalén a sus fieles y hará justicia a todas las opresiones y abusos padecidos.

Se trata de un fragmento con fuertes tintes apocalípticos que, a través de un lenguaje comprometedor, anuncia el castigo de los malvados y la salvación del pueblo (al que el Señor considera como suyo: cf. v. 16b). Y no sólo la salvación, sino el triunfo definitivo de Israel y Judá, con una tierra que volverá a tener su fertilidad, la del paraíso perdido y la del esperado Mesías. Aquí está toda la esperanza de Israel y el gran mensaje de los profetas.

Salmo responsorial

Sa/96, 1-2. 5-6. 11-12. (R.: 12a)

R. Alegraos, justos, con el Señor.

V. El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono. **R.**

V. Los montes se derriten como cera ante el Señor,
ante el Señor de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R.

V. Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre. R.

Aleluya

Lc 11, 28

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios
y la cumplen. R.

Evangelio: Lucas 11,27 ss:
*¡Bienaventurado el vientre que te llevó!
Mejor, ¡bienaventurados los que escuchan la
palabra de Dios!*

†

En aquel tiempo,

²⁷ cuando estaba diciendo esto, una mujer de entre la multitud dijo en voz alta: - Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron.

²⁸ Pero Jesús dijo: -Más bien, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

** Es posible que en la base de esta perícopa esté, una vez más, el recuerdo de cierto contraste entre la familia de Jesús y los discípulos, miembros de la nueva familia de Jesús. Lucas pretende mostrar aquí que la madre de Jesús no pertenecía sólo a su familia natural, sino también a la formada por los discípulos. Por eso es dichosa, por haber sido la primera en escuchar la

Palabra, adhiriéndose a ella (Lc 1,38), haciéndola fructificar al ciento por uno. María tenía conocimiento de su dicha («Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones»: 1,48), y perseveró con fidelidad en medio de las pruebas, convirtiéndose en la primera discípula y en el modelo de todo discípulo.

El texto, típicamente lucano, es completamente «mariano»: de María se puede hablar tanto en el sentido de la mujer del pueblo como en el sentido que le da Jesús. La mujer del pueblo, admiradora de Jesús, se convierte en admiradora de su madre. ¡Y quién no habría querido tener un hijo como Jesús! Dichosa esa madre afortunada. Jesús acentúa la dicha de la escucha y, por consiguiente, si bien de una manera implícita, de la ulterior grandeza de su madre, dichosa sobre todo por escuchar la Palabra y acoger el misterio. Ambos motivos de dicha no se excluyen, pero el segundo es imitable: todos pueden alcanzarlo, y no sólo su madre, como ocurre con el primero.

MEDITATIO

Los primeros siglos cristianos contemplaron sobre todo la primera bienaventuranza, la pronunciada por la mujer del pueblo, la bienaventuranza de la maternidad de María. La primera «definición» solemne de María tenía que ver con su divina maternidad, ser la theotókos, la engendradora de Dios. Esto no debe sorprendernos, porque la definición mira más a Cristo que a María, es más cristológica que mariológica, puesto que se trata de la encarnación de Dios, gracias a la cooperación de María. De aquí procede la comprensión de la gran dignidad de la Virgen, Madre de Dios: de la afirmación de la divinidad del Hijo, y de la contemplación de este gran misterio procede la afirmación

de la sublime dignidad de María, una dignidad muy superior a la de cualquier madre, porque ella le dio un cuerpo al Hijo mismo de Dios. Los siglos posteriores y la Iglesia, sobre todo la oriental, se han mantenido en esta perspectiva.

Nunca ha faltado, sin embargo, una corriente que ha recordado, junto a la primera, también la bienaventuranza pronunciada por Jesús en el evangelio de hoy, como premisa indispensable de la misma divina maternidad: María es bienaventurada porque ha creído en la Palabra, la ha meditado, la ha concebido en su seno, se ha convertido en madre dando carne a la Palabra. El Concilio Vaticano II recuerda esta dimensión, a veces descuidada por una devoción intensa y sincera pero no suficientemente evangélica.

La Palabra me interpela hoy: ¿es María para mí modelo de escucha de la Palabra? ¿Es la engendradora de Dios porque ha escuchado con fe esta Palabra? ¿Es digna de mi admiración antes que nada por haberse consagrado por completo a Cristo, perseverando en las pruebas, en la fe inquebrantable en su hijo tan maravilloso como misterioso? ¿También yo puedo «engendrar a Cristo» a través de la escucha perseverante de la Palabra?

ORATIO

Dichosa tú, oh María, que fuiste digna de recibir la «paz» del Padre por medio de Gabriel. Dichosa tú, oh María, porque en ti habitó el Espíritu Santo del que cantó David. Dichosa tú, que fuiste como una carroza y le sostuvieron tus rodillas, le llevaron tus brazos, y como fuentes fueron para él, para el Hijo de Dios, tus senos, y abrazaste al que está vestido de llamas. Dichosa tú, María, que fuiste figura de la zarza vista por Moisés.

Dichosa tú, oh María, porque todos los

profetas te pintaron en sus libros. Dichosa tú, oh María, porque también te anunció Isaías en su profecía: «La Virgen concebirá, dará a luz un hijo cuyo nombre es Emmanuel. He aquí que todas las gentes exclaman: «Con nosotros está el que con su voluntad gobierna todo» (Efrén el Sirio, Himno a la Virgen María).

CONTEMPLATIO

Preocupaos más, hermanos míos, preocupaos más, por favor, de lo que dijo el Señor, extendiendo la mano sobre sus discípulos: Ésta es mi madre y mis hermanos; y quien hiciere la voluntad de mi Padre, que me envió, es para mí un hermano, hermana y madre (Mt 12,49-50). ¿Acaso no hacía la voluntad del Padre la Virgen María, que en la fe creyó, en la fe concibió, elegida para que de ella nos naciera la salvación entre los hombres, creada por Cristo antes de que Cristo fuese en ella creado?

Hizo sin duda Santa María la voluntad del Padre; por eso es más para María ser discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Más dicha le aporta el haber sido discípula de Cristo que el haber sido su madre. Por eso era María bienaventurada, pues antes de dar a luz llevó en su seno al Maestro. Mira si no es cierto lo que digo. Mientras caminaba el Señor con las turbas que le seguían, haciendo divinos milagros, una mujer gritó: ¡Bienaventurado el vientre que te llevó! Más, para que no se buscara la felicidad en la carne, ¿qué replicó el Señor? Más bien, bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la guardan (Lc 11,27-28).

Por eso era bienaventurada María, porque oyó la Palabra de Dios y la guardó: guardó la verdad en la mente mejor que la carne en su seno. Verdad es Cristo, carne es Cristo; Cristo Verdad estaba en la mente de María, Cristo carne estaba en el seno de María: es más lo que está en la mente que lo

que es llevado en el vientre. Santa es María, bienaventurada es María, pero mejor es la Iglesia que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es una porción de Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminente, pero al fin miembro de un cuerpo entero. Si es parte del cuerpo entero, más es el cuerpo que uno de sus miembros. El Señor es cabeza, y el Cristo total es cabeza y cuerpo. ¿Qué diré? Tenemos una Cabeza divina, tenemos a Dios como cabeza» (Agustín, Sermón 72/A, 7).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones» (Lc 1,48).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Lucas nos ha hecho ver en su evangelio que María, la madre de Jesús, es un modelo de fe para los hombres. Ella, como mujer y como símbolo de todos los seres humanos, ha recibido el gran don de la presencia transformadora de Dios en la tierra (Lc 1,28). Esa presencia se concreta como «Espíritu creador» y se manifiesta en el nacimiento del Mesías. A través de la palabra de María, que se ofrece y colabora (1,38), se realiza el misterio primordial de nuestra historia: Dios hecho hombre. Exteriormente todo sigue como antes; sin embargo, en este campo inmensamente delicado e inmensamente abierto a la fe de una mujer joven, que acepta la Palabra de Dios, empezó a gestarse la nueva vida de los hombres. María es el signo del nuevo estilo de vida. Como decían los Padres, María concibió con la fe antes de hacerlo con su seno. Su bienaventuranza no está limitada al regazo y al seno, sino que abarca toda su persona.

María ha creído (1,38), y por eso recibe la justa alabanza. Es bienaventurada por su

fe (11,39-45), y su vida se convierte en un fundamento de júbilo y de bendición para todos los que han creído como ella. Jesús la desconcierta (2,41-52), y el camino de la cruz está empedrado de espada y de dolor para la madre (2,33-35), pero Lucas sabe que María fue fiel hasta el final. En los estratos más profundos de su vida, ella creyó en la Palabra de Jesús y se convirtió en principio y fundamento de la Iglesia. En todos estos aspectos, la Madre de Jesús es el modelo de la mujer abierta al misterio de la vida y el modelo del creyente, que responde con confianza y generosidad a la palabra que Dios le ha dirigido (J. Pikaza, cit. en *Commento alla Bibbia litúrgica*, Cinisello B. 1986, 1212ss).

MEDITATIO para la memoria de santa Soledad Torres Acosta

MEDITATIO

Desde que el mundo es mundo y la fe en Dios ha entrado en nuestros corazones, hemos tenido la tentación de separar el amor a Dios y el amor al prójimo. Esta parábola del buen samaritano tan conocida y meditada, es fundamental para captar la experiencia religiosa que nos trae Jesús.

Recorriendo, como de puntillas, este relato descubriremos enseguida lo fundamental de su contenido:

- No podemos separar el amor a Dios y el amor al prójimo. Son las dos caras de la misma moneda. «Tuve hambre»... «Tuve sed»... «Estuve enfermo»... «Cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

- Mi prójimo no es el que se acerca a mí, sino aquel a quien yo me acerco. ¿Quién de estos tres, pregunta Jesús, se hizo prójimo del herido? Soy yo quien debe aproximarse.

- ¿De quién tengo que hacerme prójimo, a quién tengo que acercarme? La parábola lo

expresa con mucha claridad: a cualquiera que esté caído, marginado, atropellado en los caminos o en los juzgados, despojado de sus derechos...

- No nos andemos con rodeos... Los dos personajes, representantes oficiales del templo y el culto, que dieron un rodeo para cumplir con Dios, abandonando al prójimo, quedan descalificados en esta parábola.

- Otro punto clarísimo que descubrimos en este relato es la apertura a los extranjeros, a los que en aquel tiempo eran tenidos por herejes o de otra religión: los samaritanos. Al jurista le da grima pronunciar su nombre; sin embargo, Jesús le dice: «Anda y haz tú lo mismo».

Todo esto me hace pensar que Miguel Martínez, sacerdote de la parroquia de Chamberí, no dio un rodeo, sino que se rodeó de personas como Soledad Torres Acosta para aproximarse a las casas donde alguien sufría y moría en la más absoluta soledad. Se hicieron prójimos de los necesitados de su tiempo.

ORATIO

Señor, tú que concediste a santa Soledad Torres Acosta la gracia de servirte con amor generoso en los enfermos que visitaba, concédenos tu luz y tu gracia para descubrir tu presencia en los que sufren y merecer tu compañía en el cielo.

CONTEMPLATIO

María Soledad se inserta en un grupo de mujeres santas e intrépidas que en el siglo XIX hicieron brotar en la Iglesia ríos de santidad y laboriosidad; procesiones interminables de vírgenes consagradas al único y sumo amor de Cristo, y mirando todas ellas al servicio inteligente, incansable, desinteresado del prójimo.

Por eso, contaremos a las Siervas de los enfermos en el heroico ejército de las religiosas consagradas a la caridad corporal

y espiritual; pero no debemos olvidar un rasgo específico, propio del genio cristiano de María Soledad, el de la forma característica de su caridad; es decir, la asistencia prestada a los enfermos en su domicilio familiar; forma ésta que ninguno, así nos parece, había ideado en forma sistemática antes de ella, y que nadie antes de ella había creído posible confiar a religiosas pertenecientes a institutos canónicamente organizados.

La fórmula existía, desde el mensaje evangélico, sencilla, lapidaria, digna de los labios del divino Maestro: «Estuve enfermo, y me visitasteis», dice Cristo místicamente personificado en la humanidad doliente. He aquí el descubrimiento de un campo nuevo para el ejercicio de la caridad; he aquí el programa de almas totalmente consagradas a la visita del prójimo que sufre. (De la homilía pronunciada por Pablo VI en la canonización de santa Soledad Torres Acosta.)

ACTIO

Visitar a un enfermo.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Las enormes dificultades que a otras hicieron desfallecer, revelaron el temple heroico de la madre Soledad, fundadora de las Siervas de María, y que sus virtudes estaban fundadas sobre la roca firme. Por su dedicación a los enfermos, a quienes servía como a Cristo, por su tesón y esperanza jamás desmentida, por sus relevantes virtudes, bien pronto fue reconocida como cabeza de todo el grupo la que en su propia humildad y según las apariencias externas era la más insignificante de todas.

Nombrada superiora a los cinco años de la fundación, cual experto piloto guiará con serenidad y pericia la frágil navecilla del reciente instituto en medio de las más

espantosas borrascas.

En su gobierno demostró sus dotes de exquisita prudencia y de una caridad sin límites y, al mismo tiempo, una humildad y mansedumbre avasalladoras, con lo que supo captarse el amor sincero y la correspondencia voluntariosa de sus hijas. Dios le envió abundantes vocaciones y la santa se consagró a formarlas espiritualmente, infundiéndoles su ardiente caridad a Dios y al prójimo, y a darles una capacitación técnica como exigía su delicada tarea. Como otra santa Teresa, recorrió los caminos de España en circunstancias a veces difícilísimas, sufrió incomodidades sin cuento y emprendió grandes trabajos, siempre unida a Dios. A Él se lo ofrecía todo. Con Él contaba para todo. Su paso por este mundo se redujo a 61 años cargados de sencillez, de amor y de valentía frente al dolor, abandonada siempre en las manos de su Dios.

[Principio del documento*](#)

Día 12

Nuestra Señora del Pilar, patrona de la Hispanidad. Fiesta en España

El origen de la devoción a la Virgen del Pilar se remonta al siglo I. Desde Jerusalén, donde aún vivía la Virgen María, vino a España para confortar al apóstol Santiago el Mayor en las tareas de evangelización. La tradición afirma que lo visitó milagrosamente a las orillas del río Ebro, donde Santiago estaba reunido con los primeros hispanos convertidos al cristianismo. Como recuerdo de aquel acontecimiento se levantó más tarde en aquel lugar una capillita en honor de Nuestra Señora, venerando su imagen en un pilar. Documentos monacales del siglo IX dan testimonio del templo dedicado en la

ciudad de Zaragoza a María siempre Virgen.

La advocación de nuestra Señora del Pilar ha sido objeto de un especial culto por parte de los españoles. En pocos templos de los pueblos de España falta la imagen de la Virgen del Pilar.

Su basílica, a las orillas del Ebro a su paso por Zaragoza, es un lugar privilegiado de oración, donde sopla con fuerza el Espíritu. Esta devoción a la Virgen del Pilar fue llevada también en las carabelas de Colón hasta los pueblos hermanos de América. Desde el año 1908, en el interior de la gran basílica que hoy existe en Zaragoza, junto al altar de la Virgen hacen guardia de honor a nuestra Señora las banderas de los países hispanoamericanos. El papa Inocencio XIII, en 1723, concedió oficio litúrgico propio de la Virgen del Pilar para el día 12 de octubre.

LECTIO

Primera lectura: 1 Crónicas 15,3-4.15-16; 16,1-2: *Llevaron el Arca de Dios y la colocaron en el centro de la tienda que David le había preparado.*

³ David reunió en Jerusalén a todo Israel para trasladar el arca del Señor al lugar que le había preparado.

⁴ Reunió a los hijos de Aarón y a los levitas.

¹⁵ Los levitas transportaron el arca apoyando las barras sobre sus hombros, como lo había prescrito Moisés, por orden del Señor.

¹⁶ David ordenó a los jefes de los levitas que dispusieran a sus hermanos los cantores con todos los instrumentos musicales de acompañamiento, arpas, cítaras y címbalos, e hicieron resonar bellas melodías en señal de regocijo.

^{16,1} Metieron el arca de Dios y la colocaron en medio de la tienda que David había levantado para ella. Ofrecieron luego al Señor holocaustos y sacrificios de

reconciliación.

² Cuando David terminó de ofrecer los holocaustos y los sacrificios de reconciliación, bendijo al pueblo en nombre del Señor.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Estos versículos de los capítulos 15 y 16 del libro de las Crónicas, que presenta la liturgia en la fiesta de la Virgen del Pilar, hacen referencia a la gran fiesta que celebró David el día que trasladó el arca de Dios desde Baalá a Jerusalén. Dice el texto del libro de Samuel que en esa fiesta «David danzaba ante el Señor frenéticamente... entre gritos de júbilo y al son de trompetas» (2 Sm 6,14-15). Jerusalén se convierte, por la presencia del arca, en ciudad santa, ciudad bendecida por Dios. En aquella fiesta, David convocó a todo Israel: era una fiesta nacional de bombo y platillo.

En las letanías de nuestra Señora invocamos a María como Arca de la Nueva Alianza y Templo del Espíritu Santo. Aquel regocijo de David con todo su pueblo, las ofrendas y oraciones que hicieron y la bendición que recibieron eran imágenes de esta fiesta en la que el arca de la Nueva Alianza vino de Jerusalén a Zaragoza para bendecir a los nuevos cristianos y para asentar su trono en el gran templo de nuestros corazones.

Salmo responsorial

Sal/26, 1. 3. 4. 5

R. El Señor me ha coronado,
sobre la columna me ha exaltado.

V. El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? **R.**

V. Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo. **R.**

V. Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor por los días de
mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo. **R.**

V. Él me protegerá en su tienda
el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzaré sobre la roca. **R.**

Hechos de los apóstoles 1,12-14:

Perseveraban en la oración, junto con María, la madre de Jesús.

¹² Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, lo que se permitía andar en sábado.

¹³ Y así que entraron, subieron a la estancia de arriba, donde se alojaban habitualmente. Eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Zelota y Judas el de Santiago.

¹⁴ Todos ellos hacían constantemente oración en común con las mujeres, con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Después de la ascensión de Jesús a los cielos, el libro de los Hechos de los apóstoles se centra en la constitución de la comunidad cristiana. Los que le habían seguido por el camino son convocados por el Espíritu para seguir con la misión de Jesús. En el grupo de los que acompañaban a Jesús

en su vida pública estaban María, su madre, y otras mujeres. El evangelio de Lucas, en el capítulo 8, dice que junto con los Doce le seguían María Magdalena, Juana, Susana y otras muchas. En estos versículos que leemos en la fiesta de la Virgen del Pilar, se resalta la presencia de María en esta primera comunidad postpascual. Ella, los apóstoles y algunas mujeres perseveraban en la oración común.

Esta oración entre hombres y mujeres da un tono peculiar a la primera comunidad cristiana, muy distinto a lo que se hacía en la sinagoga judía. Jesús había roto la separación, y la primera comunidad sigue acorde con el estilo de Jesús. Podemos pensar en la importancia de María en la formación de esa primera comunidad de Jerusalén y trasladar, sin esfuerzo, esa misma importancia en el apoyo a Santiago en la formación de la primera comunidad de España.

Aleluya

Sal/39, 3d. 4a

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Afianzó mis pies sobre roca,
me puso en la boca un cántico nuevo. **R.**

Evangelio: Lucas 11,27-28:
«Bienaventurado el vientre que te llevó».

En aquel tiempo,
²⁷ cuando estaba diciendo esto, una mujer de entre la multitud dijo en voz alta:

-Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron.

²⁸ Pero Jesús dijo:

-Más bien, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Arrebatada por la emoción del momento, una mujer del pueblo, corazón en mano, alaba a Jesús y le dice cuan orgullosa

tenía que estar su madre por haberlo llevado en su seno. Las palabras de la mujer son un cumplimiento de la profecía sobre María de Lc 1,28: «Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones».

Pero Jesús, humilde y sencillo como su madre, traslada la atención de él mismo y de su madre a una insistencia más central: realmente, es más dichoso el que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica. La grandeza personal de María está en haber escuchado a Dios y haber dado un «sí» incondicional.

María escuchó y puso en práctica la Palabra de Dios al responder en la anunciación: «He aquí la esclava del Señor». Es una actitud humilde, valiente, libre y auténtica.

María, que meditó en su corazón las palabras y los gestos de Jesús, hace pensar en aquellos que «escuchan la Palabra con un corazón noble y generoso» (Lc 8,15).

MEDITATIO

Del libro del Eclesiástico 24,3-15:

Yo salí de la boca del altísimo y cubrí la tierra como una niebla. Habité en las alturas, y mi trono fue columna de nube. Sola recorrí el círculo celeste, y por las profundidades del abismo me paseé. En las olas del mar, en toda la tierra, en todo el pueblo y nación yo imperé. En todos ellos busqué el reposo, y en qué territorio instalarme. Entonces me ordenó el creador de todas las cosas, mi hacedor fijó el lugar de mi habitación, y me dijo: «Pon tu tienda en Jacob, y en Israel ten tu heredad».

Desde el principio y antes de los siglos me creó, y existiré eternamente. En su santa tienda, en su presencia, ejercí el ministerio, y así en Sión me instalé. En la ciudad amada establecí mi residencia, y en Jerusalén tuve la sede de mi imperio. En el pueblo glorioso eché raíces, en la porción

del Señor, en su heredad. Crecí como el cedro en el Líbano, como el ciprés en las montañas del Hermón. Crecí como palmera en Engadí, cual brote de rosa en Jericó; como magnífico olivo en la llanura, crecí como el plátano. Como el cinamomo y el espliego he dado mi aroma, como mirra escogida exhalé mi perfume; como gálbano, ónix y estacte, y como perfume de incienso en el tabernáculo. Yo extendí como terebinto mis ramas, y mis ramas están llenas de gracia y de majestad. Como vid eché hermosos sarmientos, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Venid a mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos.

ORATIO

Virgen santa del Pilar:

Desde este lugar sagrado
alienta a los mensajeros del Evangelio,
conforta a sus familiares
y acompaña maternalmente
nuestro camino hacia el Padre,
con Cristo, en el Espíritu Santo. Amén.

(Oración de Juan Pablo II ante el altar de la Pílanca.)

CONTEMPLATIO

La piedad de la Iglesia a la santísima Virgen María es un elemento intrínseco del culto cristiano. La veneración que la Iglesia ha dado a la Madre del Señor en todo tiempo y lugar -desde el saludo y la bendición de Isabel hasta las expresiones de alabanza y súplica en nuestro tiempo- constituye un sólido testimonio de que la *lex orandi* de la Iglesia es una invitación a reavivar en las conciencias su *lex credendi*. Y viceversa: la fe viva de la Iglesia requiere que por todas partes florezca lozana su oración fervorosa a la Madre de Cristo. Culto a la Virgen de raíces profundas en la palabra revelada y de sólidos fundamentos dogmáticos.

La misión maternal de la Virgen empuja al

pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a aquella que está siempre dispuesta a acogerlo con afecto de madre y con eficaz ayuda de auxiliadora; por eso el pueblo de Dios la invoca como consoladora de los afligidos, salud de los enfermos, refugio de los pecadores, para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora en el pecado; porque ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a esto: a vencer con enérgica determinación el pecado. Y -hay que afirmarlo nuevamente- dicha liberación del pecado es la condición necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas.

La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar «los ojos a María, la cual brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos». Virtudes sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la Palabra de Dios (cf. Lc 1,26-38; 1,45; 11,27-28; Jn 2,5); la obediencia generosa (cf. Lc 1,38); la humildad sencilla (cf. Lc 1,48); la caridad solícita (cf. Lc 1,39-56); la sabiduría reflexiva (cf. Lc 1,29.34; 2,19.33.51); la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos (cf. Lc 2,21.22-40.41), agradecida por los bienes recibidos (Lc 1,46-49); la fortaleza en el destierro (cf. Mt 2,13-23), en el dolor (cf. Lc 2,34-35.49; Jn 19,25); la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor (cf. Lc 1,48; 2,24); el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz (cf. Lc 2,1-7; Jn 19,25-27); la delicadeza provisoria (cf. Jn 2,1-11); la pureza virginal (cf. Mt 1,18-25; Lc 1,26-38); el fuerte y casto amor sponsal.

De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos

en la propia vida. Y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella fuerza pastoral que brota del culto tributado a la Virgen.

La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para el fiel en ocasión de crecimiento en la gracia divina: finalidad última de toda acción pastoral. Porque es imposible honrar a la «llena de gracia» (Le 1,28) sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión en Él, la inhabitación del Espíritu. Esta gracia divina alcanza a todo el hombre y lo hace conforme a la imagen del Hijo (cf. Rom 2,29; Col 1,18).

La Iglesia católica, basándose en su experiencia secular, reconoce en la devoción a la Virgen una poderosa ayuda para el hombre hacia la conquista de su plenitud. (De la exhortación del papa Pablo VI *Marialis cultus*.)

ACTIO

Reunirme hoy en oración con otros, como María con otras mujeres y los apóstoles, y pedir al Espíritu Santo fortaleza para los evangelizadores que están en tierra de misión.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El milagro de Calando

Como en otros santuarios marianos, los fieles han recibido en el de nuestra Señora del Pilar favores extraordinarios que han atribuido a su intercesión ante la omnipotencia divina. Desde el siglo XIII se habla en los documentos que conserva su archivo de «los mytos et innumerables miraglos que Nuestro Seynor Jesucristo feitos a et cada día facer non cesa en los ovientes devoción en la gloriosa et bienaventurada Virgen María suya Santa María del Pilar».

Un manuscrito del siglo XV recogió algunos de ellos. Y en 1680 el canónigo Félix

de Amada dio a la imprenta una colección de milagros obrados por intercesión de la Virgen del Pilar. Entre ellos, es universalmente conocido el llamado milagro de Calando, por su evidente superación de las fuerzas de la naturaleza y por su innegable verdad histórica. Tuvo lugar entre las diez y las once de la noche del jueves 29 de marzo de 1640, en la villa aragonesa de Calanda y en la persona del joven de 23 años Miguel Juan Pellicer, al cual, debido a un accidente, hubo que amputársele la pierna derecha en octubre de 1637 en el hospital de Gracia, de Zaragoza, por el cirujano Juan Estanca, siendo enterrada por el practicante Juan Lorenzo García.

Tras su convalecencia, durante dos años, fue mendigo en la puerta del templo de nuestra Señora del Pilar, de la que era muy devoto desde su niñez, por existir una ermita de esta advocación en Calando, y a la que se había encomendado antes y después de su operación, confesando y comulgando en su santuario.

Vuelto a la casa de sus padres en Calanda a primeros de marzo de 1640, el citado día 29 de ese mes, habiéndose acostado en la misma habitación de sus padres, por haber un soldado alojado en su casa, lo encontraron éstos dormido media hora más tarde con dos piernas, notándosele en la restituida las mismas señales de un grano y unas cicatrices que tenía la amputada.

A instancias del Ayuntamiento de Zaragoza, adonde acudió Miguel Juan tras su curación a dar gracias a la Virgen del Pilar, se incoó en el Arzobispado un proceso el 5 de junio de 1640, pronunciando sentencia afirmativa de calificación milagrosa el arzobispo Pedro Apaolaza, asesorado por nueve teólogos y canonistas, el 27 de abril de 1641. Se conserva íntegro el texto de este proceso con las

declaraciones de los 25 testigos.

El milagro se divulgó rápidamente por todas partes. El mismo papa Urbano VIII fue informado personalmente por el jesuita aragonés F. Franco en 1642. Entre los milagros, que por definición son todos excepciones de la naturaleza, el de Calanda es a su vez excepcional; por eso las relaciones coetáneas lo calificaron de «milagro inaudito en todos los tiempos». (Por Tomás Domingo Pérez, en el Libro de la Virgen, C.B.C.)

[Principio del documento*](#)

O bien: XXVIII Domingo del tiempo ordinario ciclo "C"

LECTIO

Primera lectura: 2 Reyes 5,14-17: *Volvió Naamán al hombre de Dios y alabó al Señor. En aquellos días,*

¹⁴ Naamán bajó al Jordán, se bañó siete veces, como había dicho el hombre de Dios, y su carne quedó limpia como la de un niño.

¹⁵ Acto seguido, regresó con toda su comitiva adonde estaba el hombre de Dios y, de pie ante él, dijo: -Reconozco que no hay otro Dios en toda la tierra, fuera del Dios de Israel. Dígnate aceptar un regalo de tu siervo.

¹⁶ Eliseo le dijo: -¡Vive el Señor, a quien sirvo, que no tomaré nada! Y por más que insistió en que aceptara algo, lo rehusó.

¹⁷ Naamán le dijo: -De acuerdo, pero permite que me den la tierra que pueden cargar un par de mulas. Porque tu siervo no ofrecerá ya holocaustos y sacrificios a otros dioses fuera del Señor.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Naamán, jefe del ejército de Aram, enemigo de Israel, siguiendo las indicaciones de una joven hebrea, esclava

suya, va a Samaría. Allí el profeta Eliseo le manda sumergirse siete veces en el río Jordán, si quiere curarse de la lepra. Aunque primero se muestra reticente, Naamán se pliega después a la reflexión de sus siervos y sigue la orden del hombre de Dios. De este modo, obtiene no sólo la desaparición de la enfermedad, sino que su piel queda como la de un niño. Entonces vuelve donde Eliseo y le dice: «*Reconozco que no hay otro Dios en toda la tierra, fuera del Dios de Israel*» (v. 15). Es el punto culminante del relato. El milagro tenía como fin obtener- esta con lesión de fe. El orgulloso adversario del ejército enemigo se ve obligado a reconocer que hay un único Dios y es el de Eliseo. El profeta no acepta ninguna recompensa, porque los dones de Dios son gratuitos y han de ser concedidos de manera gratuita. Sin embargo, da su consentimiento para que Naamán se lleve consigo un poco de tierra de Israel para continuar reconociendo, una vez que haya vuelto a su patria, al Dios de Israel como único Dios. En efecto, Naamán ya no quiere realizar holocaustos o sacrificios sobre una tierra en la que se practica un culto idolátrico: por eso se lleva con él tierra pura para honrar sobre ella al Dios verdadero, al que ha conocido en Israel y al que pretende ser fiel a partir de ahora.

El relato de la curación de Naamán puede ser leído fácilmente como figura del bautismo, que restituye al hombre la plena integridad después de la devastación producida por el pecado. En consecuencia, es importante que la gratitud hacia quien tiene el poder de hacernos nuevos por dentro se concrete, por nuestra parte, en el reconocimiento de que no hay otro Dios fuera de él a quien tengamos que amar con todo nuestro corazón y toda nuestra alma.

Salmo responsorial

Sa/97, 1bcde. 2-3ab. 3cd-4 (R.: cf. 2)

R. El Señor revela a las naciones su salvación.

V. Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. **R.**

V. El Señor da a conocer su salvación,
revela a las naciones su justicia.
Se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. **R.**

V. Los confines de la tierra han contemplado
la salvación de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. **R.**

Segunda lectura: 2 Timoteo 2,8-13: *Si perseveramos, también reinaremos con Cristo.*

Querido hermano:

⁸ Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David, según el Evangelio que yo anuncio,

⁹ por el cual sufro hasta verme encadenado como malhechor. Pero la Palabra de Dios no está encadenada;

¹⁰ por eso todo lo soporto por amor a los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación de Jesucristo y la gloria eterna.

¹¹ Es doctrina segura: Si con él morimos, viviremos con él;

¹² si con él sufrimos, reinaremos con él; si lo negamos, también él nos negará;

¹³ si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

* El apóstol Pablo se encuentra en Roma, «encadenado como malhechor» a causa del

Evangelio. Escribe a su fiel discípulo Timoteo exhortándole a perseverar en la fe, sea cual sea el precio que deba pagar. Para llevarlo a cabo, debe ser más importante para Timoteo el recuerdo de Jesucristo, «del linaje de David», «resucitado de entre los muertos» (v. 8), que la comparación con el buen soldado, el atleta o el agricultor. La referencia a la casa de David indica la pertenencia de Jesús al pueblo elegido, pero aún más su pertenencia al género humano, premisa de su *kenosis*, es decir, de su vaciamiento de sí mismo. Afirmar que ha resucitado significa expresar su condición gloriosa y la manifestación de su divinidad.

Por el anuncio de este misterio de salvación, expresado aquí en una síntesis lapidaria, sufre Pablo, sin que por ello esté encadenada la Palabra. Sigue una cita, tomada probablemente de un antiguo himno cristiano, en la que se confirma, a través de un uso eficaz del paralelismo semítico, que Jesús «permanece fiel» (v. 13). Nuestra infidelidad, nuestra traición, se estrellan contra la fidelidad y el amor de Cristo, que nunca se cansa de perdonar y de ir en busca del pecador (cf. Lc 15,4-6).

Aleluya

1 Tes 5, 18

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Dar gracias en toda ocasión:
ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús
respecto de vosotros. **R.**

Evangelio: Lucas 17,11-19: *¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?*



¹¹ De camino hacia Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaría y Galilea.

¹² Al entrar en una aldea, vinieron a su

encuentro diez leprosos, que se detuvieron a distancia

¹³ y comenzaron a gritar: -Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.

¹⁴ Él, al verlos, les dijo: -Id a preséntalos a los sacerdotes. Y mientras iban de camino quedaron limpios.

¹⁵ Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando a Dios en alta voz

¹⁶ y se postró a los pies de Jesús dándole gracias. Era un samaritano.

¹⁷ Jesús preguntó: -¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve?

¹⁸ ¿Tan sólo ha vuelto a dar gracias a Dios este extranjero?

¹⁹ Y le dijo: -Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Este episodio sólo lo recoge Lucas, y lo sitúa durante el viaje de Jesús hacia Jerusalén. Le salen al encuentro diez leprosos, que se mantienen a distancia, tal como prescribe la ley, que los consideraba impuros, desde el punto de vista ritual, y excluidos de la comunidad civil. Hasta de Dios estaban alejados, puesto que su enfermedad era considerada un castigo.

Los leprosos, condenados por Dios y por los hombres a la marginación, se dirigen a Jesús, cuyo nombre significa «Dios salva», gritándole: «*Ten piedad de nosotros*» (v. 13). Se trata de la oración que el israelita piadoso dirige a YHWH para que se acuerde del pobre y del menesteroso. Su petición es audaz y está llena de confianza; al invocar al Maestro, invocan la vida. Apenas los ve Jesús, los envía al sacerdote, que, según la ley, una vez comprobada la desaparición de la enfermedad, puede iniciar los ritos de purificación que permiten su reingreso en el seno de la comunidad. Y he aquí que, yendo de camino, se curan. Por consiguiente, Jesús

muestra que es el Mesías esperado, que habría de eliminar precisamente esta enfermedad. Pero sólo uno, un samaritano, «*al verse curado, volvió alabando a Dios en alta voz*» (v. 15) y le agradeció a Jesús la curación. El samaritano, el hereje, el no judío, reconoció el poder de Dios en el Maestro, y en Jesús al Mesías esperado, que habría de vencer también la lepra, la enfermedad impura por excelencia.

Aquí pone Lucas de relieve la decepción de Jesús, una decepción que se manifiesta en unas preguntas apremiantes que no tienen respuesta en el texto evangélico. Estas preguntas nos interpelan y, en consecuencia, piden nuestra respuesta. «*¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿Tan sólo ha vuelto a dar gracias a Dios este extranjero?*» (vv. 17ss). Jesús está decepcionado, porque el único que se muestra agradecido no es un judío; los otros dan la impresión de «pretender» la curación por ser miembros del pueblo elegido y, por *consiguiente*, *no se abren a recibir el don del Dios*, que, en Jesús, se acerca a cada hombre a fin de hacerle plenamente «vivo» para gloria de Dios. «*Levántate, vete; tu fe te ha salvado*» (v. 19), dice Jesús al leproso curado. «*¡Levántate, resucita!*», dice Jesús a todo el que se acerca a él con fe, reconociéndole como el Emmanuel, el Dios-con-nosotros.

MEDITATIO

Las lecturas que la liturgia nos propone hoy sugieren de inmediato el tema de la gratitud. Sin embargo, nos invitan a algo más que a una pura actitud de agradecimiento obligatorio. Si Dios realiza el milagro de curar a Naamán, el Sirio, un extranjero por tanto, si el evangelio nos muestra a un cismático samaritano que vuelve alabando «*en alta voz*» al Dios de Israel, tal vez nos encontremos frente a la

advertencia de que los que nos sentimos en la Iglesia como en nuestra casa no debemos dar por descontado el conocimiento que tenemos de Dios. El Señor nos invita a redescubrir que él y sólo él es nuestro Dios. Él obra maravillas y nos hace pasar continuamente de la lepra del pecado a la vida nueva, pero nos lo recuerda sirviéndose de extranjeros que pasan por el camino de la humildad para llegar a una fe liberada de todo orgullo y capaz de mostrarse agradecida.

Vivimos en una época en la que reina un gran relativismo religioso, en el que, en nombre de una tolerancia mal entendida, se hace fácil para todos pensar -por dentro- que nuestro Dios no es, después de todo, tan único. Sin embargo, Dios quiere que reafirmemos con todas las libras de nuestro corazón nuestra profesión de fe en él. Pablo nos invita a «acordarnos» de Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros. No hay otro mediador entre Dios y los hombres. ¿Cómo tiene lugar, sin embargo, este agradecimiento? El modo serio de reconocer el señorío de Cristo es expulsar de nuestro corazón todo ídolo, el primero y el más funesto de los cuales es nuestro propio yo. Que el Señor nos haga capaces de convertir nuestra existencia en una pura y plena eucaristía, en una perenne acción de gracias.

ORATIO

Señor Dios nuestro, tú eres el único. Has educado a tu pueblo para reconocer que sólo tú *eres* de modo absoluto y que fuera de ti no hay posibilidad de vida. Haz que escuchemos tu voz y demos nuestro humilde consentimiento para hacer todo cuanto pueda ayudar a nuestro verdadero bien. Concédenos ojos para descubrir las maravillas que vas haciendo en nosotros para sanarnos de la enfermedad de nuestro

pecado. Suscita en nosotros una viva y profunda gratitud por tu amor fuerte y bello, manifestado en Cristo Jesús. Que el recuerdo de tu Hijo, enviado a nosotros para que tengamos vida en abundancia, colme nuestro corazón de una indefectible esperanza que nunca pueda ser apagada por nada, hasta que nuestro himno de acción de gracias se disuelva para siempre en el esplendor de la vida eterna.

CONTEMPLATIO

Es fuerte la muerte, que puede privarnos del don de la vida. Es fuerte el amor, que puede restituirnos a una vida mejor.

Es fuerte la muerte, que tiene poder para desposeernos de los despojos de este cuerpo. Es fuerte el amor, que tiene poder para arrebatarnos a la muerte su presa y devolvérmola.

Es fuerte la muerte, a la que nadie puede resistir. Es fuerte el amor, capaz de vencerla, de embotar su aguijón, de reprimir sus embates, de confundir su victoria. Lo cual tendrá lugar cuando podamos apostrofarla, diciendo: *¿Dónde están tus pestes, muerte? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?*

Es fuerte el amor como la muerte, porque el amor de Cristo da muerte a la misma muerte. Por esto dice: *Oh muerte, yo seré tu muerte; país de los muertos, yo seré tu aguijón.* También el amor con que nosotros amamos a Cristo es fuerte como la muerte, ya que viene a ser él mismo como una muerte, dado que es el aniquilamiento de la vida anterior, la abolición de las malas costumbres y el sepelio de las obras muertas.

Nuestro amor a Cristo es como un intercambio de dos cosas semejantes, aunque su amor hacia nosotros supera al nuestro. Porque *él nos amó primero*, y con el ejemplo de amor que nos dio se ha hecho

para nosotros como un sello, mediante el cual nos hacemos conformes a su imagen, abandonando la imagen del hombre terreno y llevando la imagen del hombre celestial, por el hecho de amarlo como él nos ha amado. Porque en esto *nos ha dejado un ejemplo para que sigamos sus huellas*. Por esto dice: *Grábame como un sello en tu corazón*. Es como si dijera: «Ámame, como yo te amo. Tenme en tu pensamiento, en tu recuerdo, en tu deseo, en tus suspiros, en tus gemidos y sollozos. Acuérdate, hombre, qué tal te he hecho, cuan por encima te he puesto de las demás criaturas, con qué dignidad te he ennoblecido, cómo te he coronado de gloria y de honor, cómo te he hecho un poco inferior a los ángeles, cómo he puesto bajo tus pies todas las cosas. Acuérdate no sólo de qué grandes cosas he hecho para ti, sino también de qué duras y humillantes cosas he sufrido por ti, y dime si no obras perversamente cuando dejas de amarme. ¿Quién te ama como yo? ¿Quién te ha creado, sino yo? ¿Quién te ha redimido, sino yo?»

Quita de mí, Señor, este corazón de piedra, quita de mí este corazón endurecido, incircunciso. Tú que purificas los corazones y amas los corazones puros, toma posesión de mi corazón y habita en él, llénalo con tu presencia, tú que eres superior a lo más grande que hay en mí y que estás más dentro de mí que mi propia intimidad. Tú que eres el modelo perfecto de la belleza y el sello de la santidad, sella mi corazón con la impronta de tu imagen; sella mi corazón, por tu misericordia, tú, *Dios por quien se consume mi corazón, númote perpetuo*. Amén (Balduino de Cantorbery, *Tratado 10*, PL 204, cois. 513-516 *passim*)

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la

Palabra: «*Daré gracias a tu nombre por tu misericordia y tu lealtad*» (Sal 137,2a).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Existo como un pequeño fragmento en la realidad ilimitada del mundo. Sin embargo, soy más grande que el mundo, porque mi pensamiento puede alcanzar y rebasar todas las cosas; más aún, es capaz de buscar lo que no se encuentra en el universo, a saber: el significado del universo. Me han sido dados unos pocos años de vida: he nacido y moriré. Sin embargo, mi pensamiento es capaz de atravesar estos estrechos límites y se plantea el problema de lo que había antes y de lo que habrá después. Estoy condicionado por mil instintos interiores y estoy manipulado por mil cosas exteriores que me solicitan. Sin embargo, puedo decidir libremente entre una acción y otra, entre una persona y otra, entre un destino y otro. En mi único ser hay, por tanto, algo que me hace pequeño, efímero, esclavo, y hay algo que me hace grande, duradero, libre.

Existo como alguien que pide ser salvado. Tengo sed de verdad sobre mi origen, sobre mi naturaleza, sobre mi suerte última, pero sé que el riesgo del error me acecha. Tengo sed de una alegría sin fin, pero sé que cada día que pasa me acerca al sufrimiento y a la muerte, y esta perspectiva me entristece ya desde ahora. Tengo sed de vivir en justicia, pero sé que soy, poco o mucho, repetidamente injusto. La salvación que necesito es, por consiguiente, salvación del error, de la muerte, de la culpa.

Esta salvación me ha sido dada por la bondad de Dios, que envió al mundo a mi Salvador: Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado, que hoy está vivo y es Señor. El Señor Jesús me salva alcanzándome allí donde me encuentro, con una gratuidad y una misericordia inesperadas. Ahora bien, no me salva como un objeto inerte; al

contrario, me concede aceptar libremente la iniciativa del Padre, a través del acto de fe; me concede configurarme libremente en mi conducta a su ley de amor; me permite entregarme libremente a la alabanza, a la acción de gracias, a la imploración a través de la oración (G. Biffi, *lo credo*, Milán 1980, 55ss).

Principio del documento*

Día 13

Lunes de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Romanos 1,1-7: *Por Cristo hemos recibido la gracia del apostolado, para suscitar la obediencia de la fe entre todos los gentiles.*

¹ Soy Pablo, siervo de Cristo Jesús, elegido como apóstol y destinado a proclamar el Evangelio que Dios

² había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas.

³ Este Evangelio se refiere a su Hijo, nacido, en cuanto hombre, de la estirpe de David

⁴ y constituido, por su resurrección de entre los muertos, Hijo poderoso de Dios según el Espíritu santificador: Jesucristo, Señor nuestro,

⁵ por quien he recibido la gracia de ser apóstol, a fin de que para su gloria respondan a la fe todas las naciones,

⁶ entre las cuales también estáis vosotros, que habéis sido elegidos por Jesucristo.

⁷ A todos los que estáis en Roma y habéis sido elegidos amorosamente por Dios para constituir su pueblo, gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. En Pablo no es posible separar la persona de la misión: este criterio vale tanto para comprender la personalidad de Pablo como para interpretar sus cartas, y de modo particular la carta a los cristianos de Roma, que empezamos a leer esta semana.

Es el mismo Pablo el que se presenta directamente, el que se muestra solícito para darnos no sólo sus connotaciones personales, sino también el sentido y el valor de la misión que le ha sido confiada por el Señor resucitado. El acontecimiento que debemos tener siempre presente cuando leemos las cartas paulinas es el de Damasco, o sea, el encuentro de Saulo con Jesús de Nazaret, reconocido en su identidad personal y en su mística presencia en los cristianos perseguidos. En el centro del mensaje paulino, así como en el centro de su existencia terrena, se encuentra este Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios, hijo de David e hijo de Dios, resucitado, pero idéntico al Jesús de Nazaret. De él ha recibido Pablo directamente -y lo afirma con una convicción plena y un puntito de orgullo- «la gracia de ser apóstol» (v. 5). En consecuencia, Pablo se siente gratificado por la misión que, en cierto modo, le ha sido impuesta, a la cual, como dice en otro lugar, no se ha podido sustraer, sintiéndose casi violentado, como le sucedió ya al profeta Jeremías (Jr 20,7).

En la inescindible unidad de su misión, Pablo considera también a los destinatarios de esta carta suya oyentes de la palabra que Dios le ha confiado como «Evangelio», como «Buena Nueva», a saber: que viene de Dios y tiene que ver con Jesús, el Cristo, muerto y resucitado para la salvación de todos. El deseo de gracia y de paz (v. 7) que les dirige Pablo es la síntesis de ese Evangelio, y Pablo se reconoce en él de

buena gana como siervo y heraldo.

Salmo responsorial

Sal/97, 1. 2-3ab. 3cd-4. (R.: 2a)

R. El Señor da a conocer su salvación.

V. Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. **R.**

V. El Señor da a conocer su salvación,
revela a las naciones su justicia.
Se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. **R.**

V. Los confines de la tierra han contemplado
la salvación de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. **R.**

Aleluya

Cf. Sal/94, 8a. 7d

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. No endurezcáis hoy vuestro corazón;
escuchad la voz del Señor. **R.**

Evangelio: Lucas 11,29-32: *A esta generación no se le dará más signo que el signo de Jonás.*



En aquel tiempo,

²⁹ la gente se apiñaba en torno a Jesús y él se puso a decir: -Ésta es una generación malvada; pide una señal, pero no se le dará una señal distinta de la de Jonás.

³⁰ Pues así como Jonás fue una señal para los ninivitas, así el Hijo del hombre lo será para esta generación.

³¹ La reina del sur se levantará en el juicio junto con los hombres de esta generación y los condenará, porque ella vino desde el extremo de la tierra a escuchar la sabiduría

de Salomón, y aquí hay uno que es más importante que Salomón.

³² Los habitantes de Nínive se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán, porque ellos hicieron penitencia por la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más importante que Jonás.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Durante su vida pública, Jesús se encontró muchas veces frente a pretensiones a las que, honestamente, no podía responder. En semejantes circunstancias, su discurso asume tonalidades polémicas, que centran su pensamiento. En este caso específico, la pretensión recae en la petición de un signo milagroso, un signo que Jesús interpreta de inmediato como objeto de mera curiosidad y búsqueda de espectáculo. Sin embargo, él no ha venido a satisfacer estas demandas, y no está dispuesto ni mucho menos a dejarse desviar del significado primero de su misión. De ahí que su respuesta no se haga esperar. En ella dice Jesús de modo claro qué señal está dispuesto a dar. Se trata de la que él mismo llama señal de Jonás (cf. v. 29).

Vale la pena referir la diferencia que existe entre Mateo y Lucas a este respecto. Mientras Mateo insiste sólo en un hecho de la vida del profeta (Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del cetáceo) para poder presentar la resurrección de Jesús como la señal esperada aquí, Lucas considera, en cambio, toda la vida de Jonás como un único gran signo, dando un relieve particular a la predicación del profeta. A Jonás se le presenta, en relación con Cristo, como una figura, como una profecía del mismo Jesús. Por consiguiente, es Cristo, con el carácter extraordinario de su misión, con la transparencia de sus palabras, con el radicalismo de sus pretensiones, con el

poder de sus milagros, quien constituye la señal primera, unitaria e insustituible, capaz de atraer la atención de sus contemporáneos, al menos de los que no levantan barreras psicológicas o ideológicas insuperables.

El doble ejemplo de la reina del sur (v. 31) y de los habitantes de Nínive (v. 32) sirve a Lucas para poner claramente de manifiesto que frente a Jesús, profeta de los últimos tiempos, se perfilan dos posibles reacciones: no sólo la negativa de la «generación malvada», sino también la positiva de los extranjeros.

MEDITATIO

Desde que, en el camino de Damasco, Pablo encontró a Cristo, no puede pensar en sí mismo sin ponerse en relación con él. Pablo es ahora «siervo» de Cristo Jesús, su «apóstol», enviado a anunciar el Evangelio. En la apremiante presentación que hace de sí mismo a los romanos aparece un orgullo porfiado en su misión. Parece percibirse en sus palabras un estremecimiento de impaciencia; Pablo quisiera correr por todos los caminos para llevar a todos a la obediencia de la fe, a reconocer en Jesús al Cristo, al enviado del Padre para nuestra salvación.

El fragmento evangélico de Lucas habla de otro enviado: Jonás, el profeta menor que, a la inversa, no quiso saber nada de su encargo de predicar a los ninivitas y que ni siquiera se dio cuenta de que era tan importante para el Señor como para que le siguiera de un extremo al otro del mar y hasta en sus profundidades. Sin embargo, el caprichoso heraldo de la conversión de los paganos ha tenido el honor de convertirse nada menos que en la «señal» por excelencia ofrecida a la «generación malvada y perversa» que hay en cada uno de nosotros, o sea, la señal del Crucificado-Resucitado,

que bajó -por solidaridad con nosotros, pecadores- a las profundidades de los infiernos. Allí permaneció Jesús para demostrar hasta qué punto nos ama: ahora ya no hay «lugar» exento de su presencia amorosa, no hay soledad que no esté habitada por su proximidad. Abrirnos a este don es fuente de bienaventuranza y nos hace por eso mismo gozosamente misioneros para los hermanos.

A quien verdaderamente ha encontrado a Cristo le resulta impensable no arder en deseos de llevar a todos el alegre anuncio. Sin embargo, qué fácil resulta dar por descontada la novedad de la vida cristiana, encerrarla en nuestros prejuicios, que nos hacen, como a Jonás, jueces de Dios y de sus designios. El Señor Jesús, misericordia del Padre, planta en nuestro corazón la señal grande de la cruz para que, vencidos por su amor, también nosotros lleguemos a ser testigos alegres en medio de los hermanos.

ORATIO

Eran tiempos difíciles, marcados por dudas y angustias, y muchas voces se disputaban mi corazón. Contaba mis talentos y mis infinitas posibilidades. La vida me había dado mucho y me prometía mucho. ¡Pides demasiado, Señor!

Sin embargo, desde hacía tiempo, una voz inconfundible robaba espacios a mi vida, una voz delicada, pero imposible de detener, repetía claramente su llamada: «Te he llamado por tu nombre». ¡Mira hacia otra parte, Señor!

Te he pensado como único, te he querido irrepetible, te he amado desde siempre, te he enriquecido con dones específicos e indispensables para la misión que te quiero confiar. ¡Todavía no, Señor!

Con todo, no he nacido para molestar, ni puedo pasar por este mundo sin ser notado.

Debo ser y llegar a ser, como Cristo, señal para llevar a cabo la misión apremiante del Padre. ¡Aquí estoy, Señor!

CONTEMPLATIO

[...] Envió en clemencia y mansedumbre, como un rey envió a su hijo-rey; como a Dios nos lo envió, como hombre a los hombres le envió, para salvarnos le envió; para persuadir, no para violentar, pues en Dios no se da la violencia. Le envió para llamar, no para castigar; le envió, en fin, para amar, no para juzgar. [...]

[...] lo cierto es que ningún hombre vio ni conoció a Dios, sino que fue él mismo quien se manifestó. Ahora bien, se manifestó por la fe, única a quien se le concede ver a Dios. Y, en efecto, aquel Dios, que es Dueño soberano y Artífice del universo, el que creó todas las cosas y las distinguió según su orden, no sólo se mostró benigno con el hombre, sino también longánime. A la verdad, él siempre fue tal, y lo sigue siendo y lo será, a saber: clemente y bueno y manso y veraz; es más: sólo él es bueno. Y habiendo concebido un gran e inefable designio, lo comunicó sólo con su Hijo. [...] Y cuando nuestra maldad llegó a su colmo y se puso totalmente de manifiesto que la sola paga de ella que podíamos esperar era castigo y muerte, venido que fue el momento que Dios tenía predeterminado para mostrarnos en adelante su clemencia y poder (¡oh benignidad y amor excesivo de Dios!), no nos aborreció, no nos arrojó de sí, no nos guardó resentimiento alguno; antes bien, mostrósenos longánime; él mismo, por pura misericordia, cargó sobre sí nuestros pecados; él mismo entregó a su propio Hijo como rescate por nosotros; al Santo por los pecadores, al Inocente por los malvados, al Justo por los injustos, al Incorruptible por los corruptibles, al Inmortal por los mortales.

Porque ¿qué otra cosa podría cubrir nuestros pecados, sino la justicia suya? ¿En quién otro podíamos ser justificados nosotros, inicuos e impíos, sino en el solo Hijo de Dios? ¡Oh dulce trueque, oh obra insondable, oh beneficios inesperados! ¡Que la iniquidad de muchos quedara oculta en un solo Justo y la justicia de uno solo justificara a muchos inicuos! («Ad Diognetum», VIII-IX, en Padres apostólicos, ed. Daniel Ruiz Bueno, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 21967, pp. 854-856, passim).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «Gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor» (Rom 1,7).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Pablo dice de sí mismo que es siervo de Cristo Jesús. Que el hombre se reconozca siervo de Dios (tal vez más exactamente aún, esclavo de Dios) no es algo natural. El griego no entendió así sus relaciones con la divinidad. Creía que un hombre libre no debía ser siervo de nadie, ni siquiera de Dios. «¿Cómo podría ser feliz el hombre que presta servicio a alguien?» (Platón, Gorgias, 491). Sin embargo, el hombre piadoso del Antiguo y del Nuevo Testamento declara con esa fórmula que pertenece a su Dios de una manera simple e incondicional. Ahora bien, aunque precisamente los grandes patriarcas de la antigua alianza, los amigos de Dios, como Abrahán, Moisés, Josué, David, se declaran siervos de Dios, esta declaración no es una palabra humillante, sino el título honorífico más elevado. Si bien el Nuevo Testamento, en las parábolas de Jesús, habla a menudo del hombre como siervo de Dios, no es ésta la única concepción del hombre frente a Dios que tiene el cristiano. Este último es asimismo

hijo y heredero respecto a Dios. Y por estar al servicio de un Dios, el Padre, y de un Señor, Cristo, y por ello bajo su poderosa protección, sabe que es libre de todas las espantosas potencias diabólicas del mundo. Quien es siervo de Cristo es liberado por Cristo, y quien ha sido liberado por Cristo es siervo de Cristo.

Ahora bien, Pablo se considera siervo de Cristo Jesús no sólo en un sentido genérico, sino en el sentido especial de apóstol. ¿Qué era y qué es, por consiguiente, un apóstol? No es un señor, sino un siervo, que ha sido llamado y al que se le pide que venga; es enviado por otro; como tal, no ha de anunciarse a sí mismo, sino precisamente a ese otro que le envía. Ha sido elegido previamente y segregado de la comunidad. Es un solitario, un hombre que no considera como suyo propio más que la Palabra y el don de Dios. Sin embargo, dado que Dios es absolutamente diferente de cómo piensa el hombre, su mensaje también es diferente. Su palabra no puede ser probada; sólo puede ser creída (K. H. Schelkle, *Meditazioni sulla lettera ai Romani*, Brescia 1967, pp. 18-20).

[Principio del documento*](#)

Día 14

**Martes de la 28ª semana del
tiempo ordinario año impar**

San Calixto I. Papa y mártir. Memoria libre

El Papa Calixto (siglo II) había establecido en la Via Appia un cementerio que lleva su nombre, en la época en que era diácono.

Elegido Papa, se mostró firme en defensa de la fe frente a las especulaciones de algunos teólogos. Murió en un motín en el Transtevere, donde se conserva su Conmemoración.

Del Martirologio romano:

San Calixto I, papa y mártir, que,

cuando era diácono, después de un destierro en la isla de Cerdeña tuvo a su cuidado el cementerio de la vía Apia que lleva su nombre, donde dejó para la posteridad las memorias de mártires, y elegido papa, promovió la recta doctrina, reconcilió benignamente a los apóstatas, terminando su intenso pontificado con la gloria del martirio. En este día se conmemora su sepultura en el cementerio de Calepodio, en la vía Aurelia, en Roma (c. 222).

LECTIO

Primera lectura: Romanos 1,16-25:
Habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como Dios.

Hermanos:

¹⁶ No me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para que se salve todo el que cree, tanto si es judío como si no lo es.

¹⁷ Porque en él se manifiesta la fuerza salvadora de Dios a través de una fe en continuo crecimiento, como dice la Escritura: Quien alcance la salvación por la fe, ese vivirá.

¹⁸ En efecto, la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra la impiedad e injusticia de aquellos hombres que obstaculizan injustamente la verdad. ¹⁹ Pues lo que se puede conocer de Dios lo tienen claro ante sus ojos, por cuanto Dios se lo ha revelado.

²⁰ Y es que lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, se ha hecho visible desde la creación del mundo, a través de las cosas creadas. Así que no tienen excusa,

²¹ porque, habiendo conocido a Dios, no lo han glorificado, ni le han dado gracias, sino que han puesto sus pensamientos en cosas sin valor y se ha oscurecido su insensato corazón.

²² Alardeando de sabios, se han hecho necios

²³ y han trocado la gloria del Dios incorruptible por representaciones de

hombres corruptibles, e incluso de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.

²⁴ Por eso Dios los ha entregado, siguiendo el impulso de sus apetitos, a una impureza tal que degrada sus propios cuerpos.

²⁵ Es la consecuencia de haber cambiado la verdad de Dios por la mentira y de haber adorado y dado culto a la criatura en lugar de al Creador, que es bendito por siempre. Amén.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

**. Tras el saludo inicial (primera lectura de ayer), Pablo enuncia de inmediato el tema de su carta: «El Evangelio, que es fuerza de Dios para que se salve todo el que cree, tanto si es judío como si no lo es» (v. 16). El compromiso del apóstol consistirá en profundizar y en proclamar la «Buena Nueva», según la cual Dios quiere salvar a todos mediante el don de la fe. Pablo no se avergüenza de este Evangelio, sino que más bien se siente justamente orgulloso y satisfecho: en efecto, es también mediante su ministerio como se revela la justicia de Dios de fe en fe.

Parece casi como si estuviéramos viendo al apóstol en acción, inclinado no tanto a anunciar el Evangelio que le ha sido comunicado como a hacer participar a otros en la experiencia por la que él mismo ha pasado. En efecto, él mismo había experimentado en el camino a Damasco el invencible poder del amor de Dios que salva; en el camino que le habría llevado a la persecución de los cristianos, Saulo fue sorprendido por Jesús de Nazaret, que le cambió las connotaciones espirituales.

Además de la primera formulación del tema, esta página litúrgica presenta un primer desarrollo: el proyecto de Dios se ha revelado ya en la historia de Jesús de Nazaret y se revela día tras día en la

historia de la humanidad. Considerando bien las cosas, la situación espiritual que describe aquí Pablo es bastante negativa, aunque se trata sólo de una primera consideración a la que pronto seguirá la positiva de la salvación otorgada en Cristo Jesús.

Salmo responsorial

Sa/18, 2-3. 4-5. (R.: 2a)

R. El cielo proclama la gloria de Dios.

V. El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregon a la obra de sus manos:

el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. R.

V. Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje. R.

Aleluya

Heb 4, 12ad

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. La palabra de Dios es viva y eficaz; juzga los deseos e intenciones del corazón. R.

Evangelio: Lucas 11,37-41: *Dad limosna, y lo tendréis limpio todo.*



En aquel tiempo,

³⁷ al terminar de hablar, un fariseo le invitó a comer. Jesús entró y se puso a la mesa.

³⁸ El fariseo se extrañó al ver que no se había lavado antes de comer.

³⁹ Pero el Señor le dijo: -Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad.

⁴⁰ ¡Insensatos! El que hizo lo de fuera ¿no

hizo también lo de dentro?

⁴¹ Pues dad limosna de vuestro interior y todo lo tendréis limpio.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*»• Esta página evangélica cuenta un hecho de vida que implicó a Jesús de una manera personal: se trata de la invitación a comer en casa de un fariseo. Viene, a continuación, una reacción de Jesús en tono bastante polémico, de la que se desprende una enseñanza clara y fuerte.

La relación entre Jesús y los fariseos la conocemos también por otras páginas evangélicas; casi siempre aparece la inmensa distancia que separa la lógica evangélica de la práctica farisaica. También aquí, en el marco de una simple comida, aparece la actitud del fariseo anfitrión, que está más preocupado por la observancia de una norma legal que por el honor que debe reservar a su huésped excepcional. Es sabido que los judíos otorgaban una gran importancia a la práctica de las abluciones, sobre todo antes de las comidas {cf. También Mc 7,3ss}; también sabemos que Jesús, con frecuencia y de manera voluntaria, se negaba a observar tales prácticas (tanto él como sus discípulos: cf. Mt 15,1-20). Queda plasmada, de un modo más que evidente, no sólo la distancia espiritual que existe entre Jesús y los fariseos, sino, en cierto modo, también la incompatibilidad de sus respectivos puntos de vista.

En este marco histórico se insertan las palabras de Jesús con las que, en primer lugar, intenta describir y censurar el fuerte contraste que existe entre la exagerada atención a lo que está «fuera del hombre» y el olvido imperdonable de lo que está «dentro del hombre». Bastaría con este detalle para darse cuenta de lo indigno de la persona humana que es el código de

comportamiento fariseo.

Sin embargo, el Nazareno no se contenta con esto. Después de haber censurado su actitud, Jesús les llama «insensatos» (v. 40). ¿En qué sentido?, nos preguntamos. Esa insensatez consiste en el hecho de que los fariseos, mientras cultivan la religión de los ritos y de las observancias, acaban olvidando la religión del corazón. O mejor aún, refiriéndose a la acción creadora de Dios, Jesús nos invita a no separar lo que Dios ha unido: el interior y el exterior, el cuerpo y el corazón, la práctica y la intención. La invitación a la limosna constituye un ejemplo concreto de cómo puede expresar el discípulo de Jesús, de una manera unitaria, una espiritualidad, la evangélica, que se sintetiza perfectamente en la ley de la caridad.

MEDITATIO

La Palabra de Dios ilumina las profundidades del corazón humano: saca a la luz su grandeza y descubre sus miserias. No es casualidad que, en la lista de las maldades que brotan de ese "abismo", Pablo hable también de la *insensatez*. A veces, en efecto, nos quedamos sorprendidos de nuestra torpeza. Al hombre de hoy, capaz de maravillosos descubrimientos científicos, se le ofrece una oportunidad desconocida hasta ahora: la de adentrarse en los secretos de la naturaleza que llevan inscritas -desde lo infinitamente pequeño a lo infinitamente grande- las cifras misteriosas de la inteligencia y del amor divino. Más he aquí que, en vez de embriagarse con tanta belleza y perderse en el éxtasis de una contemplación rica y fascinante, en las páginas de los periódicos se apiñan crónicas de hechos tan perversos y repugnantes que sólo pueden explicarse admitiendo una presencia demoníaca.

El evangelio también nos habla de

insensatez, de una religiosidad no iluminada: prestamos atención a un montón de cosas exteriores, pero no captamos la sustancia. Es el riesgo que corremos nosotros, los cristianos, que con mucha frecuencia nos fijamos en el detalle, en las formas, y perdemos de vista el amor a Dios y a los hermanos. Al leer la vida de los santos tenemos a menudo la impresión de que están dotados de una audacia y un anticonformismo desconcertantes. En realidad, se trata sólo de ese *ojo penetrante*, agudizado por la inteligencia de la fe, que sabe ir siempre *más allá* de cuanto está consolidado, fijado, aunque no para la búsqueda de lo cómodo o para liberar de la ley, sino para que sea el amor -y sólo el amor- el que trace el camino. En una sociedad obsesionada por las imágenes, por las apariencias, por lo exterior, sólo Jesús es capaz de llegar al corazón para convertirlo, de modo que, purificado, pueda dejar aparecer el buen tesoro que esconde.

ORATIO

Tu Palabra, Señor, es *"una espada de doble filo"*. Cuando pone al descubierto nuestra miopía, obnubilada por intereses egoístas, nos hace mal. Cuando encuentra una mente sedienta de verdad, cura nuestra ceguera. Cuando molesta a nuestra apatía disonante con tu plan de salvación, se siente incómoda. Cuando encuentra un oído abierto a la escucha, sana nuestra sordera. Cuando nos agita con el mensaje de la cruz, molesta y da miedo. Cuando encuentra un corazón capaz de aceptar la prueba como algo que forma parte constitutiva de la vida, entonces alivia nuestro sufrimiento.

Haz, Señor, que tu Palabra, siempre dinámica y viva, encuentre en mí una respuesta de fe: sólo así producirá en mí una conversión verdadera y me salvará.

CONTEMPLATIO

Nuestro Padre celestial nos ha llamado y nos ha elegido previamente desde la eternidad en su Hijo amado y, con su mano amorosa, ha escrito nuestros nombres en el libro vivo de la eterna Sabiduría: por consiguiente, nosotros debemos corresponder a su amor con todas nuestras fuerzas, con una reverencia y una veneración infinitas. Precisamente así empiezan todos los cantos de los ángeles y de los hombres, cantos que no tendrán nunca fin.

La primera melodía del canto celestial es el amor a Dios y al prójimo. Dios Padre, para enseñárnosla, nos ha enviado a su Hijo. El que no conozca esta melodía no podrá *entrar en el coro celestial*, porque no sólo no la conoce, sino que no saborea su belleza: por consiguiente, será excluido para siempre de los ejércitos celestiales [...]. Todo lo más sublime y más gozoso que se puede cantar en el cielo y en la tierra es precisamente esto: amar a Dios, y amar al prójimo por Dios, a causa de Dios y en Dios. El arte y la ciencia de este canto nos los proporciona el Espíritu Santo.

Cristo, que es nuestro cantor y maestro de coro, ha cantado desde el principio y entonará por nosotros eternamente el cántico de la fidelidad y del amor sin fin. Y también nosotros, con todas nuestras fuerzas, cantaremos después de él, tanto aquí abajo, en la tierra, como en el coro de la gloria de Dios. El canto común que todos debemos conocer para formar parte del coro de los ángeles y de los santos en el Reino de Dios es, por tanto, el amor verdadero y sin ficción. El amor es, en efecto, la raíz y la causa de todas las virtudes en la intimidad de nuestro corazón y es, en el exterior, la vestidura capaz de adornar todas nuestras buenas obras (Ruysbroek el Admirable, *Les sept degrés*

de l'amour spirituel, XII).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *"El Evangelio es fuerza de Dios"* (Rom 1,16).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Recibir el mensaje evangélico en la vida significa dejar que nuestra vida llegue a ser, en el sentido más amplio y real de la palabra, una vida religiosa, una vida referida a Dios, en estrecha relación con él. La revelación esencial del Evangelio es la presencia dominante e invasora de Dios. Se trata de una invitación a encontrar a Dios, y a Dios no se le encuentra más que en la soledad. Esta soledad parece estar negada a aquellos que viven con los hombres. Sería como creer que nosotros podemos entrar en la soledad antes de que Dios nos llame. En realidad, es él quien nos espera. Encontrarle significa encontrar la soledad, porque la verdadera soledad es espíritu, y todas nuestras soledades humanas son sólo un modo de encaminarnos hacia la fe, que es la perfección de la soledad. *La verdadera soledad no es la ausencia de los hombres, sino la presencia de Dios.* Poner nuestra propia vida frente a Dios, dejar que la noción de Dios transforme nuestra propia vida, significa entrar en una región donde se nos da la soledad.

Es la altura lo que procura la soledad de las montañas, no el lugar donde se apoyan sus bases. Si el manar de la presencia de Dios en nosotros acaba en el silencio y en la soledad, entonces nos deja en la paz, conscientes de estar profundamente unidos a todos los hombres, hechos de la tierra como nosotros... *"Bienaventurado el que recibe la Palabra de Dios y la guarda"* (Lc 11,28) (M. Delbrél, *Nous autres, gens des rues*, París 1966, pp. 83-87, *passim* [edición española: *Nosotros, gente de la calle*,

Estela, Barcelona 1971]).

[Principio del documento*](#)

Día 15

Miércoles de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar

SANTA TERESA DE JESÚS. Virgen y doctora de la Iglesia. **Fiesta**

Fiesta de Santa Teresa de Ávila

Santa Teresa de Jesús nació en Ávila el 28 de marzo de 1515. Tras una infancia precozmente religiosa y una difícil adolescencia, atraída por la lectura del evangelio y por la oración entró en el Carmelo de la Encarnación en 1535. Después de un prolongado período de tibieza, comienza su «conversión» -acaecida en 1554-, una intensa vida mística en contacto con Cristo, que desemboca en un intenso deseo de servir a la Iglesia de su tiempo, lacerada por la Reforma protestante. A fin de contribuir a la renovación de la Iglesia con la oración y la vida perfecta, fundó en Ávila, el año 1562, el monasterio de San José, primera casa de la Reforma teresiana. En 1567 encuentra a Juan de la Cruz, que se convertirá en su colaborador y director espiritual. Hasta la víspera de su muerte funda diversos monasterios en Castilla y en Andalucía. Declarando en su lecho de muerte que era «hija de la Iglesia», entró en la gloria el 4 de octubre de 1582 en Alba de Tormes. Fue canonizada el 12 de marzo de 1623 por Gregorio XV y declarada por Pablo VI primera mujer doctora de la Iglesia el 27 de septiembre de 1970.

Del Martirologio romano:

Memoria de santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia, que nacida en Ávila, ciudad de España, y agregada a la Orden de los Carmelitas, llegó a ser madre y maestra de una observancia más estrecha, y en su corazón concibió un plan

de crecimiento espiritual bajo la forma de una ascensión por grados del alma hacia Dios, pero a causa de la reforma de su Orden hubo de sufrir dificultades, que superó con ánimo esforzado, y compuso libros en los que muestra una sólida doctrina y el fruto de su experiencia (1582).

LECTIO

Primera lectura: Eclesiástico 15,1-6: *Lo llenará del espíritu de sabiduría y de inteligencia.*

¹ Así hace el que teme al Señor, y el que abraza la ley alcanza la sabiduría.

² Ella le saldrá al encuentro como una madre, y lo recibirá como una esposa virgen.

³ Lo alimentará con pan de prudencia, le dará a beber agua de sabiduría.

⁴ Si se apoya en ella no vacilará, si se abraza a ella no quedará avergonzado;

⁵ ella lo exaltará sobre sus compañeros, y en medio de la asamblea lo llenará de elocuencia.

⁶ En ella encontrará dicha y corona de alegría, y recibirá en herencia un nombre eterno.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El *Sirácida* se ocupa aquí del tema de la búsqueda y conquista de la sabiduría. La actitud que se requiere para obtenerla es el temor del Señor, concebido como fe, como fidelidad a la Tora (v. 1). Ésta, mucho más que una ley, es la misma revelación de Dios a su pueblo.

A la sabiduría se le aplican las categorías matrimoniales que usan los profetas para hablar de la relación entre Dios e Israel: además de «madre», es «esposa», compañera de vida (v. 2; cf. Sab 8,2.9). No traiciona nunca y sale continuamente al encuentro de los hombres (cf. Sab 6,16), aunque, en realidad, quien la desea no debe cesar de buscarla nunca (cf. 6,27). No le defraudará en sus expectativas y en su

confianza, sino que será para él alimento (v. 3) y apoyo (v. 4), le dará autoridad y supremacía (v. 5; cf. Sab 8,10-12.14ss) y le permitirá gozar siempre de sus frutos: nombre eterno (cf. Sab 8,13), contento y alegría, sentimiento importante este último para Ben Sirá, que presenta una concepción serena y optimista de la vida (v. 6; cf. 1,10; 4,12; 6,28).

Para la fiesta de santa Teresa:

El Libro del Eclesiástico, en la Primera Lectura, nos habla de la sabiduría, incluyendo en ella la que tuvo, vivió y practicó Santa Teresa. Quien la posee, busca, como Teresa, la armonía en su vida, la coincidencia de nuestra manera de pensar y sentir con la de Dios. Hoy celebramos la fiesta de Santa Teresa de Jesús, la gran reformadora del siglo XVI que ostenta el título de Doctora de la Iglesia. En su autobiografía, empieza diciendo, “yo, mujer boba y sin letras”, que es una confesión de humildad pero también la constatación de que, aunque considerada ahora como una gran maestra en teología mística, no se había dedicado al estudio (no tenía títulos). El Evangelio hace referencia a cómo Dios no revela sus misterios a los sabios de este mundo sino a los sencillos de corazón. Y el conocimiento del amor de Dios es lo que, verdaderamente nos hace sabios. Cuando varios siglos más tarde Edith Stein, leyó el Libro de la vida de Santa Teresa, confesó al acabarlo: “aquí está la verdad”. Parece que empezó sólo anochecer y no pudo dejar su lectura hasta la mañana siguiente. Entonces Edith era atea y, conocer a Santa Teresa supuso un encuentro decisivo para pedir su incorporación a la Iglesia. Ahora la veneramos como Santa Teresa Benedicta de la Cruz. La experiencia de Edith señala uno de los motivos por los que celebramos la memoria de los santos: en la vida de ellos se

nos refleja el evangelio vivo. Un santo no es un héroe, ni siquiera una persona que ha realizado una gran obra a los ojos del mundo, aunque santa Teresa realizó una auténtica proeza reformando el Carmelo y fundando monasterios (diecisiete) por toda España. Un santo es alguien en quien la vida de Jesucristo se transparenta. Todo él está movido por esa misma vida que se le ha comunicado por la gracia.

Salmo responsorial

Sal/88, 2-3. 6-7. 8-9. 16-17. 18-19 (R.: Sal/21, 23)

R. Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.

V. Cantaré eternamente las misericordias
del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades.
Porque dijiste: «La misericordia es un
edificio eterno»,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad.
R.

V. El cielo proclama tus maravillas, Señor,
y tu fidelidad en la asamblea de los ángeles.
¿Quién sobre las nubes se compara a Dios?
¿Quién como el Señor entre los seres
divinos? **R.**

V. Dios es temible en el consejo de los
santos,
es grande y terrible para toda su corte.
Señor del universo, ¿quién como tú?
El poder y la fidelidad te rodean. **R.**

V. Dichoso el pueblo que sabe aclamarte:
caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro;
tu nombre es su gozo cada día,
tu justicia es su orgullo. **R.**

V. Porque tú eres su honor y su fuerza,

y con tu favor realzas nuestro poder.
Porque el Señor es nuestro escudo,
y el Santo de Israel nuestro rey. **R.**

Aleluya

Eclo 39, 10

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Las naciones hablarán de su sabiduría,
y la asamblea proclamará su alabanza. **R.**

Evangelio: Mateo 11,25-30: *Soy manso y
humilde de corazón.*

†

En aquel tiempo dijo Jesús:

²⁵ Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la
tierra, porque has escondido estas cosas a
los sabios y prudentes, y se las has dado a
conocer a los sencillos.

²⁶ Sí, Padre, así te ha parecido bien.

²⁷ Todo me lo ha entregado mi Padre, y
nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al
Padre no lo conoce más que el Hijo y aquél a
quien el Hijo se lo quiera revelar.

²⁸ Venid a mí todos los que estáis fatigados
y agobiados, y yo os aliviaré.

²⁹ Cargad con mi yugo y aprended de mí, que
soy sencillo y humilde de corazón, y
hallaréis descanso para vuestras vidas.

³⁰ Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.
Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

¡Este es el gran secreto! Al narrar el
mismo hecho, Lucas nos dice *"En aquella
hora, se llenó de alegría en el Espíritu
Santo"* (Lc. 10, 21 ss) y recogen una efusión
de Jesús en la que expresa lo más íntimo de
su vida espiritual: A la gente humilde y
sencilla es a la que Dios les concede esa
"sabiduría íntima" que se requiere para
conocer su misterio y que no se encuentra
en los "sabios e ilustrados del mundo".

Jesús tiene una conciencia muy especial
de su condición de hijo de Dios y de su

relación con su Padre. Es Dios Padre quien lleva al conocimiento profundo de Jesús y es a través de Jesús como se conoce al Padre y su proyecto de amor. El Evangelio según san Juan es el mejor comentario a estas afirmaciones, auténticamente cima espiritual de los evangelios sinópticos. Examinémonos si en este instante nuestra ambición es ser "sabio e ilustrado" o "manso y humilde".

MEDITATIO

Teresa de Jesús nos ha dejado el testimonio de su vida en sus escritos. En el libro de su *Vida*, como en una confesión hecha ante toda la Iglesia, nos hace recorrer las etapas de su existencia: una infancia precoz desde el punto de vista religioso, una juventud vivida en crisis, su recuperación vocacional a los 20 años, seguida de una experiencia de vida religiosa entre altos y bajos, hasta su «conversión» definitiva casi a los 40 años. Es el lento proceder de una historia de salvación que, desde el límite del pecado, se desarrolla en una conversión sincera y total, en una *determinada determinación*, en una opción total y definitiva por el Señor, que deja espacio a una experiencia mística en la que Dios obra maravillas en ella.

En efecto, Teresa es testigo del trabajo mismo que supone la transformación de la persona, del deseo de salvación, del efectivo cambio de vida, de la gracia del Espíritu que la penetra y la conduce a una intensa experiencia de las más grandes verdades del dogma cristiano; la gracia mística como iluminación interior y como experiencia de salvación y transformación: la presencia de Dios, la fuerza de la Palabra y de los sacramentos, la revelación de Cristo, el Resucitado, en su santa humanidad, la efusión del Espíritu Santo y de sus dones.

Todo ello coronado - a partir de la gracia del matrimonio espiritual, recibida en noviembre de 1572- por la experiencia de la inhabitación trinitaria, de la comunión total con Cristo esposo, destinada al servicio de la Iglesia, meta ideal de la santidad cristiana.

Todo ello en un itinerario en el que la oración interior, la divina amistad con Dios, constituye la clave de comprensión. Todo desemboca en una mística del servicio, en una vigorosa unidad de vida vivida y enseñada por la santa, en un gran amor por la Iglesia demostrado concretamente en la promoción de la santidad de vida y en el servicio a la vida contemplativa para la renovación de la Iglesia. Marta y María juntas a los pies de Cristo, el Señor, con la fuerza de la contemplación y la generosidad del servicio.

ORATIO

Acuérdome algunas veces de la queja de aquella santa mujer, Marta, que no sólo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto que su mayor sentimiento era pareciéndole no os dolíais Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos.

Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníais como a su hermana; que esto le debía hacer mayor sentimiento que el servir a quien ella tenía tan gran amor, que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada a su hermana, antes con toda su queja fue a Vos, Señor, que el amor la hizo atrever a decir que cómo no teníais cuidado. Y aun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que sólo amor es el que da valor a todas las cosas; y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario (Teresa de Ávila, *Las exclamaciones*, 5,2).

CONTEMPLATIO

De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día, porque para esto bastaba sola una vez, ¡cuánto más tantas como el Señor me hace esta merced! [...] Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Veía que, aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a muchas caídas por el primer pecado que Él había venido a reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es señor.

¡Oh Rey de gloria y Señor de todos los reyes! ¡Cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para Vos! Con mirar vuestra persona, se ve luego que es sólo el que merecéis que os llamen Señor, según la majestad mostráis.

No es menester gente de acompañamiento ni de guarda para que conozcan que sois Rey. Porque acá un rey solo mal se conocerá por sí. Aunque él más quiera ser conocido por rey, no le creerán, que no tiene más que los otros; es menester que se vea por qué lo creer, y así es razón tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese no le tendrían en nada. Porque no sale de sí el parecer poderoso. De otros le ha de venir la autoridad.

¡Oh Señor mío, oh Rey mío! ¡Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois gran Emperador en Vos mismo, que espanta mirar esta majestad; mas más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéramos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra majestad, con quedar

mayor para no ofenderos; mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de no perderos a Vos (Teresa de Ávila, *Libro de su vida*, XXXVII, 4-6, *passim*).

ACTIO

Repite a menudo y medita hoy esta expresión de santa Teresa: «*No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho*» (*Castillo interior*, «Cuartas moradas», 1,7).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El primado contemplativo no nace en Teresa de Jesús de las categorías aristotélicas o platónicas de la contemplación, sino que brota de una dimensión de apertura que tiene en ella. Es una criatura hecha para algo grande e infinito que pueda realizarla, completarla, colmarla. Esa actitud frente a Dios es fundamental en su vida; de ella brota el sentido del señorío de Dios: no sólo por una soberanía de amor al que se abandona, sino también porque el Señor la sobrepasa: él es el único dueño de toda su persona y de toda su vida. El primado de Dios en dimensión contemplativa, en una experiencia absolutamente femenina, caracteriza su actitud ante el Señor; Teresa está hecha para él. Por eso no se siente frente a Dios ni atemorizada ni incómoda, aunque sabe que es el Señor de la gloria. Trata con él con una gran libertad.

«¡Oh Creador mío», exclama Teresa, «cuando estabais en la tierra, lejos de sentir desprecio por las mujeres, hasta buscasteis favorecerlas con gran benevolencia...». Está segura de que Dios acoge y ama a las mujeres y de que Cristo les concede ampliamente ese amor. Para afirmarlo, pone el ejemplo de la Virgen María, a la que Dios eligió como Madre, el de las pecadoras a las que Jesús perdonó, el de la amistad que sentía hacia Marta y María.

Éstos son los argumentos de los que se sirve para sentirse a sus anchas con el Señor (A. Ballestrero, «La donna in santa Teresa», en AA. W, *Teresa d'Avila. Introduzione storico-teologica*, Turín 1982, p. 63).

Para los lugares en que el 15 "no es festivo": **Miércoles de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar**

LECTIO

Primera lectura: Romanos 2,1-11: *Pagará a cada uno según sus obras, primero al judío, pero también al griego.*

¹ Por tanto, no tienes excusa tú, cualquiera que seas, cuando juzgas a los demás, pues juzgando a otros tú mismo te condenas, ya que haces lo mismo que condenas.

² Y sabemos que el juicio de Dios es riguroso contra quienes hacen tales cosas.

³ Y tú, que condenas a los que hacen las mismas cosas que tú haces, ¿piensas que escaparás al castigo de Dios?

⁴ ¿Desprecias acaso la inmensa bondad de Dios, su paciencia y su generosidad, ignorando que es la bondad de Dios la que te invita al arrepentimiento?

⁵ Por el endurecimiento y la impenitencia de tu corazón estás atesorando ira para el día de la ira, cuando Dios se manifieste como justo juez

⁶ y dé a cada uno según su merecido:

⁷ a los que perseverando en la práctica del bien buscan gloria, honor e inmortalidad, les dará vida eterna,

⁸ pero los que por egoísmo rechazaron la verdad y se abrazaron a la injusticia tendrán un castigo implacable.

⁹ Tribulación y angustia para todos cuantos hagan el mal: para los judíos, por supuesto, pero también para los que no lo son;

¹⁰ gloria, honor y paz para los que hacen el bien: para los judíos, desde luego, pero también para quienes no lo son,

¹¹ **pues en Dios no hay lugar a favoritismos.**

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Judíos o griegos, todos somos culpables ante Dios: esta constatación, que podría suscitar sentimientos de desánimo y desolación, provoca, en cambio, una fuerte búsqueda de la verdad. Es verdad que todos somos culpables y no tenemos excusa (*cf.* v. 1), pero debemos preguntarnos cómo se sitúa Dios frente a esta situación humana, negativa e insuperable en sí misma. Hay, en efecto, modos y modos de emitir un juicio: un modo totalmente nuestro y un modo totalmente de Dios (*cf.* v. 2). ¿De dónde procede la culpabilidad de los judíos? Del hecho -así razona Pablo- de que los judíos actúan como aquellos a quienes condenan, y por eso también ellos serán condenados.

Es el carácter dramático del pecado que impacta directamente sobre nosotros, tanto más por el hecho de que los judíos tienen a sus espaldas toda una historia de la salvación que, como sabemos, está encerrada en el Antiguo Testamento. Ese drama se concentra para Pablo en el hecho de que, frente a la novedad de Jesús, los judíos no fueron capaces de reaccionar de una manera positiva y acogedora. Una exasperada adhesión a sus tradiciones no les ha permitido percibir la gran novedad del Dios hecho hombre.

Ahora bien, el juicio de Dios se ajusta a la verdad, y no puede estar condicionado ni por nuestro modo de juzgar ni por la situación de pecado que se ha dado históricamente. El don de la vida eterna, es decir, el don de la salvación plena, Dios lo reserva y lo reservará siempre «a los que perseverando en la práctica del bien buscan gloria, honor e inmortalidad» (v. 7). Y Pablo se apresura a añadir el motivo de ese posible desenlace positivo: «Pues en Dios no

hay lugar a favoritismos» (v. 11).

Salmo responsorial

Sal 61, 2-3. 6-7. 9. (R.: cf. 13bc)

R. El Señor paga a cada uno según sus obras.

V. Sólo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré. **R.**

V. Descansa sólo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré. **R.**

V. Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón:
Dios es nuestro refugio. **R.**

Aleluya

Jn 10, 27

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Mis ovejas escuchan mi voz —dice el
Señor—,
y yo las conozco, y ellas me siguen. **R.**

Evangelio: Lucas 11,42-46: *¡Ay de vosotros, fariseos! ¡Ay de vosotros también, maestros de la ley!*

†

En aquel tiempo, dijo Jesús:

⁴² Pero ¡ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de todas las legumbres y descuidáis la justicia y el amor de Dios! Esto es lo que hay que hacer, aunque sin omitir aquello.

⁴³ ¡Ay de vosotros, fariseos, que os gusta ocupar el primer puesto en las sinagogas y que os saluden en la plaza!

⁴⁴ ¡Ay de vosotros, que sois como sepulcros que no se ven, sobre los que se pisa sin saberlo!

⁴⁵ Entonces, uno de los doctores de la Ley tomó la palabra y le dijo: -Maestro, hablando así nos ofendes también a nosotros.

⁴⁶ Jesús replicó: -¡Ay de vosotros también, doctores de la Ley, que imponéis a los hombres cargas insoportables y vosotros no las tocáis ni con un dedo.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*> La invitación a comer en casa de un fariseo, como vimos ayer, provocó una reacción fuerte y dolorosa en Jesús. En la lectura de hoy, Lucas refiere otras invectivas de Jesús contra los fariseos, además de contra los maestros de la Ley. De este modo expresa Jesús su actitud pedagógica respecto a algunos de sus contemporáneos que han demostrado no querer entrar en la lógica evangélica que suscita actitudes humanas consecuentes. Aunque sea a contraluz, estamos invitados a captar una espiritualidad que caracteriza a los discípulos de Jesús en cada momento de su vida.

Como verdadero pedagogo, capaz incluso de recurrir a modales fuertes cuando es necesario, el Señor tiende a arrancar las máscaras del rostro de aquellos que se hacen ilusiones de poder esconder su verdadera identidad bajo semblantes aparentes e ilusorios. Ahora bien, lo que más cuenta es considerar los valores que están en juego: los que Jesús quiere afirmar más allá y por encima de toda hipocresía humana.

En primer lugar, *el valor de la justicia y del amor de Dios*, que debe buscar el verdadero creyente con todas sus fuerzas, en vez de perderse en la mera observancia de normas particulares. En segundo lugar, *el espíritu de servicio a los otros*, que nos conduce a renunciar también a los primeros

puestos con tal de ser útiles de cualquier modo. En tercer lugar, *el valor de la transparencia interior y exterior* contra la epidemia del mal que consiste en la hipocresía. Por último, *el valor de la comprensión fraterna* contra la actitud de los que se muestran intransigentes a la hora de aplicar la ley a los demás, mientras que se muestran permisivos a la hora de aplicársela a ellos mismos.

MEDITATIO

La Palabra de Dios se muestra siempre viva y eficaz. Sin embargo, hay momentos en los que casi parece empeñarse con tesón en ponernos ante nuestro pecado de una manera que parece implacable. Las requisitorias de Pablo al comienzo de la Carta a los Romanos son duras, severas: nadie ha de gloriarse ante Dios. En el evangelio, Jesús nos hace comprender también que precisamente los que se creen justos y desprecian a los otros andan muy lejos de serlo. La condición para ser liberados del pecado es, por tanto, admitir que somos pecadores. Ahora bien, eso no es nunca motivo para dejarnos caer en la tristeza o en el desánimo, sino más bien para hacernos tomar una conciencia más aguda de lo grande que es la misericordia de la que somos objeto en Cristo Jesús. Hoy, en el clima de permisividad que se propaga, el criterio de moralidad parece estar tomado de un *pasotista* «lo hacen todos», pero no es ésta la escala de valores con la que hemos de medirnos si queremos ser de Cristo. La grandeza del hombre viene dada por su libertad y, en consecuencia, por su responsabilidad.

Rechazar la perspectiva del juicio es rechazar la dignidad de la persona. En efecto, también hemos de reconocer nuestras culpas lealmente, sin llamar bien al mal. Es noble reconocerse pecador, si esto

supone el primer paso para la conversión. El camino del arrepentimiento nos hace conocer la tolerancia, la paciencia y la bondad como rasgos del rostro de ese Dios que se nos ha revelado en Jesús como la verdad que nos hace libres.

ORATIO

Dar de comer no es caridad; es justicia. Ayudar a un minusválido no es bondad; es justicia. Vestir a los desnudos no es altruismo; es justicia. Hospedar a un peregrino no es generosidad; es justicia.

Dar cuatro monedas para sentirse bien es conveniencia. Rechazar al extranjero porque incomoda es injusticia. Someter al débil es tiranía. Hacer chantaje al necesitado es usura. Rezar, para hacerse ver, con un corazón malvado, es fariseísmo. Observar la ley y creerse superior es soberbia. Proclamarse hombre de bien sin misericordia es dureza de corazón. Cantar las alabanzas del Señor y calumniar al hermano es hipocresía.

Danos, Señor, conciencia de que «basta con ser un hombre para ser un pobre hombre». Ayúdanos, Señor, a no caer en la degradación que supone la versión farisaica de quien está repleto de sí mismo. Haz, Señor, que vivamos tu ley con actitudes humanas sugeridas por el Evangelio.

CONTEMPLATIO

El hombre debe comprender cuál es su condición y reconocerla ante Dios. Escuchemos lo que dice el apóstol al hombre soberbio y orgulloso, que intenta engrandecerse: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué presumes como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4,7). Y, por consiguiente, el hombre que quería atribuirse a sí mismo lo que no era suyo debió reconocer que cuanto tiene lo había recibido, y hacerse muy pequeño; es bueno para él que Dios sea glorificado en él.

Él debe disminuir a sus propios ojos para poder crecer en Dios [...].

Así pues, si Dios tiene que crecer, Dios que es siempre perfecto: ha de crecer en ti. Cuanto más conoces a Dios tanto más lo acoges en ti, tanto más parece crecer Dios en ti, aunque en sí mismo no crezca, dado que es siempre perfecto. Ayer lo conocías un poco, hoy lo conoces un poco más, mañana le conocerás todavía mejor: es la luz misma de Dios la que crece en ti. He aquí por qué y cómo crece Dios en ti, aunque también es siempre perfecto. Un hombre era ciego, y he aquí que sus ojos empiezan a curar. Empieza a ver un poquito de luz; al día siguiente, un poco más y, al tercero, todavía más. Tendrá la impresión de que es la luz la que crece, pero la luz es perfecta tanto si él ve como si no. Así sucede con el hombre interior: progresa en Dios, y parece que es Dios quien crece en él. Entretanto, el hombre disminuye, decayendo de su gloria para elevarse a la gloria de Dios

(Agustín de Hipona, *Tratado sobre el evangelio de Juan*, XIV, 5).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Es la bondad de Dios la que te invita al arrepentimiento»* (Rom 2,4).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En un mundo que va perdiendo la capacidad de amar a medida que pierde la capacidad de conocer a Dios y hace del hombre centro supremo de su pensamiento y de su actividad, se diviniza a sí mismo, apaga la luz de la verdad, vulnera los motivos de la honestidad y de la alegría, nosotros proclamaremos la ley del amor que nos sublima, del amor que hace subir, del amor que se atreve a prefijar a su término la infinita Bondad.

Responderemos a Dios con la ofrenda de nuestro corazón, con nuestra consagración,

con el cumplimiento del primer y soberano precepto, el de amarle con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente [...].

En un mundo que ha desfigurado el amor de todas las maneras y lo ha hecho fuente de indescriptibles bajezas; que lo ha confundido con el placer y ha convertido el placer en emoción animal; que lo ha secularizado en la inocencia, lo ha escarnecido en su integridad, lo ha mercantilizado en su debilidad, lo ha exaltado para envilecerlo, lo ha exasperado para hacerlo cómplice de la pasión y del delito, nosotros proclamaremos la ley del amor que nos purifica. Lo respetaremos en los afectos sagrados de la familia cristiana; lo defenderemos en las crisis de la juventud [...]; lo educaremos para la visión serena de la belleza que hay en las cosas, en la humana naturaleza, en el arte, en la poesía, en el ideal; lo elevaremos para la contemplación piadosa y filial de la toda bella, la inmaculada María.

En un mundo, por último, que se devora en el egoísmo individual y colectivo y crea de este modo los antagonismos, las enemistades, las envidias, las luchas de intereses, los conflictos de clase y las guerras; en una palabra, el odio, proclamaremos la ley del amor que se difunde y se entrega, que sabe ensanchar el corazón para amar a los otros, perdonar las ofensas, servir a las necesidades de los otros; para sacrificarse sin cálculos y sin encomios, hacerse pobre para los pobres, hermano entre los hermanos, para crear un mundo nuevo de concordia, de justicia y de paz (G. B. Montini, «La devozione al Sacro Cuore», en *Discorsi di papa Montini*, Ciudad del Vaticano 1977, pp. 61 ss).

[Principio del documento*](#)

Día 16

Jueves de la 28ª semana del tiempo ordinario año impar

Santa Eduvigis. Religiosa. Memoria libre

Eduvigis nació en Baviera (1174-1243). Desposada con el príncipe de Silesia, le dio siete hijos. Llevó una vida devota y entregada a socorrer a los pobres y enfermos, fundando hospitales. Muerto su esposo, ingresó en el monasterio Trebnicense.

Del Martirologio romano:

Santa Eduvigis, religiosa, que, nacida en Baviera y duquesa de Silesia, demostró un gran interés en ayudar a los pobres, para los cuales fundó hospicios, y, fallecido su marido, se retiró en el monasterio de monjas cistercienses que ella mismo había fundado y del que era abadesa su hija Gertudis, terminando allí sus días, en Trebnitz, el día quince de octubre (1243).

O bien:

Santa Margarita María Alacoque. Virgen. Memoria libre

En los años 1673-1675, Cristo reveló la profundidad de su amor por los hombres a una joven religiosa de la Visitación en Paray-le-Monial (Francia), Margarita María Alacoque. Le mostró su corazón y le encargó obtener la institución de una fiesta en su honor. A través de miles de dificultades, Margarita María dedicó su vida a la realización de este designio.

Del Martirologio romano:

Santa Margarita María Alacoque, virgen, monja de la Orden de la Visitación de la Virgen María, que progresó de modo admirable en la vía de la perfección y, enriquecida con gracias místicas, trabajó mucho para propagar el culto al Sagrado Corazón de Jesús, del que era muy devota. Murió en el monasterio de Paray-le-Monial, en la región de Autun, en Francia, el día diecisiete de octubre (1690).

LECTIO

Primera lectura: Romanos 3,21-30ª: *El hombre es justificado por la fe, sin obras*

de la Ley.

Hermanos:

²¹ ahora, con independencia de la ley, se ha manifestado la fuerza salvadora de Dios, atestiguada por la ley y los profetas.

²² Fuerza salvadora de Dios que, por medio de la fe en Jesucristo, alcanzará a todos los que crean. Y no hay distinción:

²³ todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios,

²⁴ pero ahora Dios los salva gratuitamente por su bondad, en virtud de la redención de Cristo Jesús,

²⁵ a quien Dios ha hecho, mediante la fe en su muerte, instrumento de perdón. Ha manifestado así su fuerza salvadora, pasando por alto los pecados cometidos en el pasado,

²⁶ porque Dios es paciente. Pero es ahora, en este momento, cuando manifiesta su fuerza salvadora, al ser él mismo salvador y salvar a todo el que cree en Jesús.

²⁷ ¿De qué, pues, podemos presumir si toda jactancia ha sido excluida? ¿Y en razón de qué ha sido excluida? ¿Acaso por las obras realizadas? No, sino en razón de la fe.

²⁸ Pues estoy convencido de que el hombre alcanza la salvación por la fe y no por el cumplimiento de la ley.

²⁹ Y Dios ¿lo es sólo de los judíos? ¿No lo es también de los paganos? Sí, también de los paganos,

³⁰ ya que no hay más que un solo Dios.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*» Dios había dado al pueblo elegido la ley mosaica como don capaz de revelar el rostro y el corazón de Dios mismo, pero, de hecho, históricamente, esa ley reveló que todos los hombres son pecadores: una revelación dramática, con la que todos tienen que hacer sus cuentas.

La realidad del pecado, sin embargo, no

puede detener el proyecto salvífico de Dios. Al contrario: Dios, que es fiel, se siente provocado también por el pecado a reafirmarse a sí mismo y su proyecto de salvación en favor de todos. En la plenitud de los tiempos entregó a su Hijo, Jesús, como mediador de la nueva alianza, como puente entre Dios y el hombre, como redentor de todos.

Jesús se encuentra en el centro de la historia de la salvación, en el centro del anhelo religioso de todos los pueblos, en el centro de la historia de cada persona: ésta es la verdad que Pablo tiene presente y que intenta ilustrar con algunos rasgos personales que quedarán asegurados para siempre en la reflexión teológica. Pero es la fe, sólo la fe, la que pone a Jesús en el centro. Y de ahí que, según la enseñanza de Pablo, fiel y genial intérprete del mensaje evangélico, la fe en Jesús, que es la nueva ley, nos injerte directamente en la justicia de Dios, obteniéndonos así el don de la salvación. Es verdad que «todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios» (v. 23), pero lo es igualmente y aún más que «ahora Dios los salva gratuitamente por su bondad, en virtud de la redención de Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho, mediante la fe en su muerte, instrumento de perdón» (w. 24-25).

Salmo responsorial

Sal/129, 1-2. 3-4. 5. (R.: 7cd)

R. Del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa.

V. Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica. **R.**

V. Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?

Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto. **R.**

V. Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora.
Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora. **R.**

Aleluya

Jn 14, 6bc

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Yo soy el camino y la verdad y la vida —
dice el Señor—;
nadie va al Padre sino por mí. **R.**

Evangelió: Lucas 11,47-54: *Se pedirá
cuenta de la sangre de los profetas, desde
la sangre de Abel hasta la de Zacarías.*



En aquel tiempo, dijo el Señor:

⁴⁷ ¡Ay de vosotros, que construís mausoleos
a los profetas asesinados por vuestros
propios antepasados!

⁴⁸ De esta manera, vosotros mismos sois
testigos de que estáis de acuerdo con lo que
hicieron vuestros antepasados, porque ellos
los asesinaron y vosotros les construís
mausoleos.

⁴⁹ Por eso dijo la sabiduría de Dios: «Les
enviaré profetas y apóstoles; a unos los
matarán, y a otros los perseguirán».

⁵⁰ Pero Dios va a pedir cuentas a esta
generación de la sangre de todos los
profetas vertida desde la creación del
mundo,

⁵¹ desde la sangre de Abel hasta la de
Zacarías, a quien mataron entre el altar y el
santuario. Os aseguro que se le pedirán
cuentas a esta generación.

⁵² ¡Ay de vosotros, maestros de la Ley, que
os habéis apoderado de la llave de la ciencia!

No habéis entrado vosotros, y a los que querían entrar se lo habéis impedido.

⁵³ Cuando Jesús salió de allí, los maestros de la Ley y los fariseos comenzaron a acosarle terriblemente y a proponerle muchas cuestiones, ⁵⁴ tendiéndole trampas con intención de sorprenderlo en alguna de sus palabras.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*• En esta página evangélica prosiguen las amenazas-lamentos de Jesús contra los maestros de la Ley. La clave de lectura sigue siendo siempre la misma: con ella podemos comprender las motivaciones profundas que mueven a Jesús a expresarse en estos términos. El objeto de estos «¡ay de vosotros!» conduce a Jesús a consideraciones extremadamente graves: por un lado, pone de manifiesto lo fácil que es honrar a los profetas de Dios sólo de palabra y no prestar después atención a su mensaje. En negarse a escuchar a los profetas de ayer y a los apóstoles de hoy (es Lucas quien señala explícitamente a los «apóstoles»: v. 49) e incluso al nuevo profeta, Jesús de Nazaret: en eso consiste el pecado que Jesús quiere censurar y del cual quiere liberarnos al mismo tiempo. A buen seguro, no es fácil escuchar la Palabra de Dios, esto es, escuchar y acoger a Dios, que, por medio de sus ministros, nos habla, nos invita, nos sacude y nos orienta hacia nuevas metas. No es fácil, pero es obligatorio; más aún, necesario.

El drama de los maestros de la Ley, según Jesús, se hace aún más grande porque, poseyendo «la llave de la ciencia» (v. 52), no sólo no entran ellos, sino que impiden el acceso incluso a los que quisieran entrar. De este modo pone Jesús de manifiesto el hecho de que quien no se abre a la escucha de la Palabra de Dios acaba arrastrando a la

misma actitud de sordera y de cierre también a los otros. Aparece así el drama de la solidaridad en el mal, diametralmente opuesta a la solidaridad en el bien. Para Jesús, la verdadera ciencia consiste en la comprensión de los signos de los tiempos (cf. Le 12,54-59), tiempos escatológicos, es decir, tiempos visitados por Dios en la persona y en la misión de Jesús y, por consiguiente, tiempos últimos y decisivos en orden a la salvación.

MEDITATIO

San Pablo, a través de la Carta a los Romanos, continúa haciéndonos reflexionar sobre la condición humana, una condición pintada con tintas oscuras, que, por desgracia, no sorprenden a quien, hoy, está acostumbrado a encontrarse frente al mal en formas de crueldad y violencia impensables, sobre todo cuando se consuman en nuestras mismas casas, entre familiares... No nos cansamos de repetir con el apóstol Pablo: «*Todos están privados de la gloria de Dios*», todos.

También Jesús, en el evangelio, dirigiéndose a los maestros de la Ley y a los fariseos, arranca la máscara de su respetabilidad -y de la nuestra-. Los remedios humanos pueden engañarnos, pero el mal resurge de continuo, más duro y violento. Sólo Dios puede extirparlo de raíz de un modo pleno y definitivo, y lo ha hecho en Cristo. Pablo nos recuerda -y lo hace empleando una fórmula audaz- que Dios ha usado a su Hijo como instrumento de expiación exponiéndolo en la cruz. Hubiera podido justificarnos a un precio menor, pero el camino que escogió -escándalo para unos y locura para otros -es el del amor hasta la consumación total, hasta recibir en él todos los golpes de nuestra inaudita violencia.

Ahora bien, precisamente la inmensidad del don nos hace calibrar la malicia del

pecado. No estamos en condiciones de valorar plenamente la grandeza del amor y del don de Dios, ni tampoco la gravedad de nuestra culpa, pero cuando la comprendamos debería abrir de par en par nuestro corazón a la gratitud. Vemos bien, en efecto, que el hombre no puede salvarse a sí mismo si no cree en Cristo Jesús, el Salvador. En él -y sólo en él- nosotros, injustos, llegamos a ser justos.

ORATIO

Oh Señor, tus profetas hablan, pero pocos les escuchan. Su tarea consiste en mantener despierta a la humanidad, en indicar nuevos caminos, en leer y orientar la historia. Abre, Señor, nuestro corazón a los signos de los tiempos. La palabra de tus profetas dice que el pasado y el presente tienen significado sólo si se proyectan hacia el futuro. Libéranos, Señor, de un tradicionalismo cómodo. Su misión es provocar al pueblo de Dios - a todos nosotros- a vivir su Palabra con valor y en plenitud.

Concédenos, Señor, la fuerza de cumplir y proclamar tu voluntad. Su vida es dura, está sometida a prueba, exenta de seguridad y gratificaciones. Nadie la escoge; más aún, todos huyen de ella cuando la ofreces. Doblega, Señor, nuestra resistencia, para que tu voz resuene en toda la tierra.

Oh Señor, haz que, como cristianos y apóstoles, seamos profetas dignos de ti, cueste lo que cueste.

CONTEMPLATIO

Los carnales no pueden hacer las obras espirituales, ni los espirituales las obras carnales, como tampoco la fe puede hacer las obras de la infidelidad, ni la infidelidad las de la fe. Pero aquellas mismas obras que vosotros hacéis en la carne son espirituales, pues es en Jesucristo que vosotros lo hacéis

todo. [...]

Vosotros sois piedras del templo del Padre, preparados para la construcción de Dios Padre, elevados hasta lo alto por la palanca de Jesucristo, que es la cruz, sirviendo como soga el Espíritu Santo; vuestra fe os tira hacia lo alto, y la caridad es el camino que os eleva hacia Dios [...]. «Orad sin cesar» (1 Tes 5,17) por los otros hombres, porque hay en ellos esperanza de arrepentirse, para que lleguen a Dios. Permitidles, pues, al menos por vuestras obras, ser vuestros discípulos. Frente a sus iras, vosotros sed mansos; frente a sus jactancias, vosotros sed humildes; frente a sus blasfemias, vosotros mostrad vuestras oraciones; frente a sus errores, vosotros sed «firmes en la fe» (cf. Col 1,23); frente a su fiereza, vosotros sed apacibles, sin buscar imitarlos. Sed hermanos suyos por la bondad y buscad ser imitadores del Señor (cf. 1 Tes 1,6) [...]

Solamente si somos encontrados en Cristo Jesús entraremos en la vida verdadera. Fuera de él, que nada tenga valor para vosotros, sino Aquél por quien yo llevo mis cadenas, perlas espirituales; quisiera resucitar con ellas, gracias a vuestra oración, de la que quisiera ser siempre partícipe para ser hallado en la herencia de los cristianos de Éfeso, que han estado siempre unidos a los apóstoles, por la fuerza de Jesucristo (Ignacio de Antioquía, *Carta a los Efesios*, VIIIss, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Ahora se ha manifestado la fuerza salvadora de Dios por medio de la fe en Jesucristo»* {cf. Rom 3,21ss).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hay dos categorías de personas que, de momento, deben temer la cólera de Dios:

por un lado, los *pecadores endurecidos* y, por otro, los *justos endurecidos*. El pecador endurecido, o sea, el que no quiere hablar en absoluto de dar la vuelta, deberá enfrentarse al final con la cólera de Dios, aun cuando consiga eludirla con habilidad en la vida cotidiana. Ahora bien, es lícito pensar que, en realidad, existen poquísimos pecadores endurecidos.

En cambio, los justos endurecidos son, sin lugar a dudas, mucho más numerosos: se trata de personas que -si se nos permite expresarnos en estos términos- no conocen la misericordia de Dios e intentan actuar cada vez mejor por el simple motivo de que tienen miedo de la cólera de Dios. Se sentirán más o menos liberados de este miedo en la medida en que sean capaces de realizar su ideal en la vida cotidiana. A largo plazo esto puede llegar a ser también soportable; sin embargo, viven con un muy magro consuelo: ése es el motivo por el que rara vez se muestran convincentes y, todavía menos, contagiosos. Se trata de personas que no conocen aún el amor, y el poco de vida que habita en ellas deriva de cierta autocomplacencia que corre el riesgo de aislarles aún más de los otros.

Su vida carecería de perspectiva y estaría privada de salidas si el término «endurecido», usado tanto para los pecadores como para los justos, dejara suponer una condición definitiva. Sin embargo, todo es provisional en la vida del hombre, todo está ligado al tiempo: en este sentido, tanto los pecadores como los justos viven en el tiempo, un tiempo que es un don que Dios les hace, un tiempo de gracia y, por consiguiente, un tiempo abierto a la conversión. Ni el pecador endurecido ni el justo endurecido permanecerán así para siempre, pues todos ellos están llamados a ser «pecadores en proceso de conversión».

La gracia nos impulsa día a día precisamente a este vuelco interior: Dios viene a tocarnos de infinitos modos para hacernos dóciles a ese estado de conversión; por nuestra parte, sólo podemos prepararnos para ser tocados por Dios (A. Louf, *Sotto la guida dello Spirito*, Magnano 1990, pp. 14ss).

[Principio del documento*](#)

Día 17

**Viernes de la 28ª semana del
tiempo ordinario año impar
San Ignacio de Antioquía. Obispo y
mártir. Memoria obligatoria**

En los albores del siglo II fue llevado el obispo Ignacio de Antioquía a Roma para ser devorado por las fieras. Fruto de este viaje hacia el martirio son las célebres siete cartas que el mártir apenas tuvo tiempo de redactar. Son cartas escritas con sangre, verdaderos trozos de existencia, que contienen el grito ardiente de un místico que anhela el martirio. A nadie se le escapa la importancia única de este impresionante diario del alma. Aunque recientemente algunas voces aisladas han intentado mellar su autenticidad, la inmensa mayoría de los estudiosos la han reafirmado con argumentos válidos. Las siete cartas de Ignacio nos han conservado, mejor que cualquier historiador, los rasgos vivos y luminosos de una de las personalidades más sobresalientes y vigorosas del cristianismo primitivo.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 4,1-8: Abrahán creyó a Dios, y le fue contado como justicia.

Hermanos:

¹ ¿Y qué diremos del caso de Abrahán, padre de nuestra raza?

² Si Abrahán hubiera alcanzado la salvación

por sus obras, tendría razón para presumir, pero no sucedió así ante Dios.

³ Pues ya lo dice la Escritura: Creyó Abrahán a Dios y ello le fue tenido en cuenta para alcanzar la salvación.

⁴ Es sabido que al que trabaja no se le cuenta el jornal como favor, sino como deuda;

⁵ por eso, al que no se apoya en sus obras, es decir, al que ha puesto su fe en un Dios que salva al impío, esa fe le será tomada en cuenta para alcanzar la salvación.

⁶ Del mismo modo, David llama dichoso al hombre a quien Dios salva independientemente de las obras:

⁷ ¡Dichosos aquellos a quienes Dios ha perdonado sus maldades, aquellos cuyos pecados han sido sepultados!

⁸ ¡Dichoso el hombre a quien el Señor no toma en cuenta su pecado!

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. El capítulo 4 de la carta de Pablo a los cristianos de Roma puede ser considerado como una prueba bíblica en apoyo de su tesis, a saber: que Dios nos salva por medio de la fe y antes de las obras. Esa prueba está toda ella concentrada en la figura de Abrahán, a quien Pablo caracteriza precisamente como nuestro padre en la fe.

Vale la pena hacer una composición de lugar de la historia de Abrahán y de sus relaciones con Dios. Es cierto que Abrahán, sometido a prueba, la aceptó como tal y se adecuó a ella con un maravilloso acto de obediencia (eso es lo que se narra en el capítulo 22 del Génesis).

Abrahán estuvo grande, y grande sigue siendo por eso su maravillosa y total confianza en Dios, que quiso someter a prueba la fidelidad de Abrahán con una petición inconcebible desde el punto de

vista humano. Pero ya antes Dios había dirigido a Abrahán sus promesas: después de haberle elegido y haberle hecho salir de Ur de Caldea (Gn 12,1ss), Dios le dirigió a Abrahán una promesa, a la que él se adhirió con una fe plena (esto se narra en el capítulo 15 del Génesis). A la luz de esta sucesión de acontecimientos debemos reconocer con Pablo que la fe precedió en Abrahán a las obras y que sus obras fueron fruto de la fe: «Creyó Abrahán a Dios y ello le fue tenido en cuenta para alcanzar la salvación» (Rom 4,3).

También resulta iluminador el ejemplo de David que se cita y se recomienda aquí. Parece que David habla aquí de sí mismo como de alguien a quien le ha sido perdonado el pecado, con independencia de las obras. Será bueno releer el Sal 32,1ss, una plegaria penitencial válida para todos los tiempos.

Salmo responsorial

Sal/ 31, 1-2- 5. 11. (R.: 7ac)

R. Tú eres mi refugio,
me rodeas de cantos de liberación.

V. Dichoso el que está absuelto de su culpa,
a quien le han sepultado su pecado;
dichoso el hombre a quien el Señor no le
apunta el delito
y en cuyo espíritu no hay engaño. **R.**

V. Habla pecado, lo reconocí,
no te encubrí mi delito;
propuse: «Confesaré al Señor mi culpa»,
y tú perdonaste mi culpa y mi pecado. **R.**

V. Alegraos, justos, y gozad con el Señor;
aclamadlo los de corazón sincero. **R.**

Aleluya

Sal/ 32, 22

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R.

Evangelio: Lucas 12,1-7: *Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados.*

†

En aquel tiempo,

¹ la gente se aglomeraba por millares, hasta pisarse unos a otros. Entonces Jesús, dirigiéndose principalmente a sus discípulos, les dijo: -Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.

² Pues nada hay oculto que no haya de manifestarse, nada secreto que no haya de saberse.

³ Por eso, todo lo que digáis en la oscuridad será oído a la luz, y lo que habléis al oído en una habitación será proclamado desde las azoteas.

⁴ A vosotros, amigos míos, os digo esto: No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden hacer nada más.

⁵ Yo os diré a quién debéis temer: Temed a aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar al fuego eterno. A ése es a quien debéis temer.

⁶ ¿No se venden cinco pájaros por muy poco dinero? Y, sin embargo, Dios no se olvida ni de uno solo de ellos.

⁷ Más aún, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis: vosotros valéis más que todos los pájaros.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

**. Las palabras de Jesús recogidas en esta página están dirigidas a los discípulos; por consiguiente, para comprenderlas a fondo debemos meternos en la piel de los afortunados que pudieron seguir a Jesús y atesorar sus enseñanzas.

Tras haber dirigido no pocos «¡ay de

vosotros!» a los fariseos y a los maestros de la Ley, Jesús pone ahora en guardia a sus discípulos contra el persistente peligro de dejarse contaminar por su ejemplo. La imagen de la levadura («Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía»: v. 1) es bastante iluminadora. Según Jesús, existe el peligro de que el mal ejemplo de algunas levaduras llegue a contaminar también a la masa buena.

Mientras que Mt 16,12 dice que la levadura es «la doctrina de los fariseos y de los saduceos», Lucas, por su lado, insiste en centrar la divergencia entre sus obras y su vida. En eso consiste la hipocresía de los fariseos: una actitud que desentona no sólo en su vida, sino también en la de los discípulos de Jesús. Con un rasgo psicológico bastante delicado, Jesús reemprende el discurso dirigido a sus discípulos llamándoles «amigos» (y. 4): un rasgo que recuerda el lenguaje joánico (cf. sobre todo Jn 13,13ss). Los verdaderos amigos de Jesús son sus discípulos, en cuanto comparten su misión, sus sufrimientos, su destino de muerte y resurrección. La invitación a no tener miedo es un rasgo muy alentador para los que deberán sostener una lucha abierta contra los enemigos que pueden procurarles la muerte. A lo sumo, deben tener miedo a Dios, el único que después de la muerte tiene poder para arrojarlos a la maldición eterna. El pasaje evangélico termina, por tanto, con una clara y vigorosa invitación al santo temor de Dios (cf. w. 4-7).

MEDITATIO

«Creyó Abrahán a Dios...» San Pablo, para hacernos comprender bien cuál es la verdadera actitud que se pide al creyente, nos muestra en Abrahán un ejemplo inequívoco de lo que pretende. La fe que nos salva no es una actitud pasiva; más aún,

necesitamos estar bien vivos para creer, como Abrahán, contra toda evidencia. También Jesús invita a sus oyentes a mantener una inquebrantable actitud de confianza y de abandono incondicionado en Dios Padre. Él cuida de nosotros con una ternura a la que no se le escapa ni siquiera el detalle más pequeño: ¡hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados! El creyente está invitado, por consiguiente, a ver que Dios está siempre actuando en la historia y en su vida, en cualquier circunstancia.

Abraza así la obediencia de la fe y obtiene como fruto la paz. Nada ni nadie pueden dañar a quien cree. No es casualidad que san Pablo asocie al tema de la fe el perdón de los pecados. En el fondo, ¿qué es el pecado, sino una ponerse deliberadamente fuera -si es que fuera posible- de la mirada buena y amorosa del Padre, para buscar nuestro modo de afirmarnos en una falsa libertad? Si la imagen del hombre pecador es el hijo pródigo que se marcha a una región lejana, la del creyente es Jesús, el Hijo amado, que en los tormentos de la pasión se abraza confiadamente al Padre y se abandona en sus manos. Así es como el amor puede cantar su estupenda victoria que le hace más fuerte que la muerte.

ORATIO

Me ves en la transparencia de un cielo infinito, en la belleza arcana de los mil colores, en la magia instintiva de una hormiga: ¡visión que encanta! Me oyes en las notas diferentes de los grillos, las campanas y las fuentes, en el estruendo de una ola gigante, en el silencio de tu corazón: ¡concierto de voces que se hace alabanza! Me saboreas en el perdón dado y recibido, en el desierto sin caminos, en los ojos límpidos de un niño abierto a la vida: ¡sabor

de dulzura! Me hueles en la vida de los mártires, en las lágrimas de un corazón quebrantado, en el sufrimiento de un pobre: ¡incienso de redención!

Me tocas en cada acontecimiento que me revela como padre y como creador, en cada momento que me revela como amigo y esposo en el dolor y en la paz: ¡presencia de fidelidad! Me imaginas como padre bueno que te abraza, como madre tierna que te alimenta, como amigo fiel que te espera: ¡fuerza que consuela, guía y sostiene! Me recuerdas en los sueños de tu infancia, en las desilusiones de la juventud, en las pruebas de la madurez, en las amarguras de la vejez: ¡lanza de esperanza!

CONTEMPLATIO

Cuando lees que Jesús «enseñaba en las sinagogas, honrado por todos» (Lc 4,15), presta atención a no considerar afortunadas sólo a las personas que podían escucharle, sintiéndote excluido de su enseñanza. Si la Escritura es la verdad, entonces Dios no ha hablado sólo una vez en las reuniones de los judíos, sino que habla todavía hoy en nuestras asambleas. Y no sólo aquí; también en las asambleas de todo el mundo enseña Jesús y busca instrumentos con los que transmitir su enseñanza. Orad para que me encuentre también a mí preparado y dispuesto a servirle con la palabra [...].

No es simple casualidad que Jesús abriera el libro precisamente por el capítulo de la profecía referida a él. También esto formaba parte del designio de Dios. Dado que el evangelio dice que ni un pajarillo cae en la red sin que el Padre lo quiera (cf. Le 12,6) y que «los cabellos de la cabeza están contados» (Lc 12,7), es menester pensar que la elección del libro de Isaías y la lectura de un texto relacionado precisamente con el misterio de Cristo no se deba a capricho o a casualidad, sino a un

designio providencial de Dios [...].

También ahora, en nuestra asamblea, con tal de que lo queráis, pueden fijarse vuestros ojos en el Salvador. Cuando desde lo profundo del corazón te vuelves a contemplar a la Sabiduría, la Verdad, al Hijo Único de Dios, tus ojos ven a Jesús. Dichosa la asamblea de la que dice la Escritura que «los ojos de todos estaban fijos en él».

Cómo quisiera que de nuestra asamblea se dijera lo mismo: que todos, catecúmenos y fieles, mujeres, hombres y niños, tienen los ojos del alma fijos en Jesús. Cuando os hayáis vuelto a él y lo contempléis, su luz hará vuestro rostro más luminoso y entonces podréis decir: «Has dejado sobre nosotros tu signo, la luz de tu rostro, oh Señor» (Sal 4,7 vulg.) (Orígenes, Homilía 32, sobre san Lucas; París 1962, pp. 386-392).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: **«¡Dichoso el hombre a quien el Señor no toma en cuenta su pecado!»** (Rom 4,8).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es bueno que yo no sea el dueño de mí mismo, que mi tiempo no esté en mis manos. Es bueno que mi tiempo, la historia de mi vida, yo mismo, todo esté en tus manos.

Sí, me diréis, pero ¿entonces Dios tiene manos? A buen seguro, Dios tiene manos, manos muy diferentes, mejores, mucho más hábiles y más fuertes que estas zarpas nuestras. ¿Qué significa «manos de Dios»? Por ahora dejadme expresarlo así: las manos de Dios son sus acciones, sus obras, que por todas partes - no importa que lo sepamos o lo queramos- nos envuelven y nos abrazan, nos llevan y nos protegen. Esto podría ser dicho y entendido siempre como si se tratara sólo de una imagen, de un símbolo. Pero hay un punto donde se detiene todo lo

que es imagen y símbolo, donde las manos de Dios se convierten realmente en algo que debemos tomar al pie de la letra, donde todas las acciones, las obras y las palabras de Dios tienen su principio, su centro y su fin: «tus manos» son las manos de nuestro salvador Jesucristo. Son las manos que él ha extendido, gritando: «Venid a mí todos los que estáis cansados y fatigados y yo os aliviaré» (Mt 11,28). Son sus manos, esas con las que bendijo a los niños. Son sus manos, esas que tocaron y curaron a los enfermos. Son las manos con las que partió y distribuyó el pan a los cinco mil en el desierto y, después, una vez más, a sus discípulos antes de su muerte. Por último y sobre todo, son las manos clavadas en la cruz para reconciliarnos con Dios. Éstas, éstas son las manos de Dios: manos fuertes de padre; manos bondadosas, tiernas, delicadas de madre; manos fieles y generosas de amigo, las manos de Dios, ricas de gracia, en las cuales está nuestro tiempo, en las' que estamos nosotros mismos (K. Barth, «Rufe mich an», en id., Neue Predigten aus der Strafanstalt, Basilea, Zúrich 1965, pp. 41-44).

MEDITATIO para san Ignacio de Antioquía

Algunos pensamientos de san Ignacio, a punto de padecer el martirio, pueden ayudarnos:

- «¡Bello es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, trasponga en Dios, a fin de que en él yo amanezca!» (A los romanos, 2, 2).

- «Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro. Antes, atraed a las fieras, para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré

una carga para nadie. Entonces seré un verdadero discípulo de Jesucristo (A los romanos, 4, 1).

- «Ahora empiezo a ser discípulo» (A los romanos, 5,3).

- «De nada me aprovecharán los confines del mundo ni los reinos todos de este siglo. Para mí, mejor es morir en Jesucristo que ser rey de los términos de la tierra. A Aquel quiero que murió por nosotros. A Aquel quiero que por nosotros resucitó. Y mi parto es ya inminente. Perdonadme, hermanos: no me impidáis vivir; no os empeñéis en que yo muera; no entreguéis al mundo a quien no anhela sino ser de Dios: no me tratéis de engañar con lo terreno. Dejadme contemplar la luz pura. Llegado allí, seré de verdad hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios. Si alguno lo tiene dentro de sí, que comprenda lo que yo quiero, y si sabe lo que a mí me apremia, que haya lástima de mí» (A los romanos, 6,1-3).

ORATIO

Algunas oraciones breves salidas del corazón de san Ignacio:

- «Orad incesantemente por todos los hombres» (A los efesios, 10, 1).

- «Permaneced en la concordia y en la oración recíproca» (A los tralianos, 12, 2).

- «Acordaos de la Iglesia en vuestra oración» (A los tralianos, 13, 1).

- «Orad para que yo sea cristiano no sólo de nombre, sino también de hecho» (A los romanos, 3, 2).

- «Había en mí un agua viva y me dice por dentro: "Ven al Padre"» (A los romanos, 7, 3).

- «Mientras tengamos tiempo, convirtámonos a Dios» (A los esmirnietas, 9, 1),

- «Ruego para que se me dé la gracia perfecta de Dios, a fin de que con vuestra oración pueda alcanzar yo a Dios» (A los

esmirnietas, 11, 1).

CONTEMPLATIO

Algunas elevaciones originales del santo mártir: «Vosotros sois piedras del templo del Padre, preparados para la construcción de Dios Padre, elevados hasta lo alto por la palanca de Jesucristo, que es la cruz, sirviendo como soga el Espíritu Santo; vuestra fe os tira hacia lo alto y la caridad es el camino que os eleva hacia Dios» (A los efesios, 9, 1).

«Aquel que posee en verdad la Palabra de Jesús puede entender también su silencio, a fin de ser perfecto, a fin de obrar por su palabra y hacerse conocido por su silencio» (A los efesios, 15, 2).

«Si el Señor ha recibido una unción sobre su cabeza, es a fin de exhalar para su Iglesia un perfume de incorruptibilidad» (A los efesios, 17, 1).

«Rompiendo un mismo pan que es medicina de inmortalidad, antídoto para no morir y alimento para vivir en Jesucristo por siempre» (A los efesios, 20, 2).

«Dejaos salar en Él, a fin de que nadie se corrompa entre vosotros, pues por vuestro olor seréis convictos» (A los magnesianos, 10, 2).

«Por tu parte, mantente firme, como un yunque golpeado por el martillo. De grande atleta es ser desollado y, sin embargo, vencer» (A Policarpo, 3, 1).

ACTIO

Repite durante el día y vive la invitación de san Ignacio: «**Ama la unidad, huye de las divisiones, sé imitador de Jesucristo**» (A los filadelfios, 7, 2).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Estas eran, y muchas más sobre éstas, las enseñanzas que Ignacio, de camino, daba con sus obras, bien así como un sol que se levanta de Oriente y corre a Poniente. Y aún puede ser tenido Ignacio por más brillante

que el mismo sol, porque éste corría desde lo alto trayendo luz sensible, pero Ignacio brillaba desde abajo, infundiendo en las almas luz inteligible. Aquél, por otra parte, en llegando a las partes de Occidente, se esconde y nos trae al punto la noche; mas éste, llegado que hubo a las partes de Occidente, se levantó de allí más esplendoroso después de haber hecho los mayores beneficios a cuantos antes hallara en su camino. Y apenas entró en la ciudad de Roma, también a ésta enseñó una divina filosofía. Porque tal fue el fin por el que permitió Dios que allí terminara Ignacio su vida, a saber: para que su muerte fuera una escuela de religión para todos los que moraban en Roma (Juan Crisóstomo, «Panegírico en honor de san Ignacio», en Padres apostólicos, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 21968, p. 626).

[Principio del documento*](#)

Día 18

San Lucas evangelista. Fiesta

De las cartas de Pablo se desprende que Lucas fue médico (Col 4,14) se desprende asimismo que Pablo le quería mucho, dado que le facilitó la actividad apostólica en calidad de colaborador suyo (Flm 24). También las llamadas «secciones-nosotros» de los Hechos de los apóstoles -ésas en las que Lucas emplea el pronombre de la primera persona del plural, con lo que deja entrever su presencia junto a Pablo en el ejercicio de su apostolado- dicen que Lucas es uno de los responsables de la acción misionera de los primeros tiempos cristianos.

Como es bien conocido, Lucas es el único de los evangelistas que sintió la necesidad de escribir, además de un evangelio, también los Hechos de los apóstoles, en una

obra unitaria que deja aparecer la concepción teológica de la historia propia de Lucas: una historia que une, íntimamente, a Jesús con la Iglesia, y a la Iglesia con Jesús.

Del Martirologio romano:

Fiesta de san Lucas, evangelista, que, según la tradición, nació en Antioquía de familia pagana y fue médico de profesión. Convertido a la fe de Cristo, fue compañero carísimo del apóstol san Pablo, y en su libro del Evangelio expuso por orden, cual escriba de la mansedumbre de Cristo, todo lo que hizo y enseñó Jesús. Asimismo, en el libro de los Hechos de los Apóstoles narró los comienzos de la vida de la Iglesia hasta la primera venida de Pablo en la ciudad de Roma (s. I).

LECTIO

Primera lectura: 2 Timoteo 4,10-17:

Lucas es el único que está conmigo.

Querido hermano:

¹⁰ Dimas me ha abandonado por amor a las cosas de este mundo y se ha ido a Tesalónica; Crescente se ha ido a Galacia; Tito, a Dalmacia.

¹¹ Solamente Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráetelo contigo, pues me es muy útil para el ministerio.

¹² A Tíquico lo he mandado a Éfeso.

¹³ Cuando vengas, tráeme la capa que me dejé en Tróade, en casa de Carpo, y también los libros, sobre todo los pergaminos.

¹⁴ Alejandro, el herrero, me ha hecho mucho mal. El Señor le pagará según su conducta.

¹⁵ Ten cuidado con él, pues se ha opuesto tenazmente a nuestra predicación.

¹⁶ En mi primera defensa nadie me asistió; todos me abandonaron. ¡Que Dios los perdone!

¹⁷ El Señor me asistió y me confortó, para que el mensaje fuera plenamente anunciado por mí y lo escucharan todos los paganos.

Fui librado de la boca del león.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. Este fragmento nos presenta a Lucas junto a Pablo. Otros han abandonado al apóstol por cansancio o por miedo; Lucas, sin embargo, no, y esto infunde un gran consuelo en el corazón de Pablo. Con todo, el verdadero consuelo del apóstol no es tanto la presencia de una persona como, sobre todo, la de su Señor, que le renueva en el corazón su intrépido coraje en la predicación del Evangelio a los paganos, manteniéndole fiel a su vocación originaria.

Aunque consolado por la presencia de Lucas, Pablo no puede dejar de recordar el abandono en el que se encuentra, justo en el momento en que ha sido arrastrado al tribunal y ha tenido que preparar solo su defensa. A este respecto, contamos con numerosas y preciosas noticias en los últimos capítulos de los Hechos de los apóstoles, donde, cinco veces en cinco ocasiones diferentes (cf. Hch 22-26), tuvo que defender Pablo no a sí mismo, sino a Jesús y la fe que había abrazado, con intrépido valor, con un genial espíritu polémico, con una sorprendente capacidad apologética.

De este modo y con este estilo, Pablo tiene la alegría de poder afirmar que, por medio de él, se ha llevado a cabo la proclamación del Evangelio en beneficio sobre todo de los paganos. Lo que le había sido planteado en Damasco se cumple ahora felizmente. Lo que le había sido confiado en Damasco -la misión entre los paganos llega ahora a su cumplimiento.

Salmo responsorial

Sa/144, 10-11. 12-13ab. 17-18 (R.: cf. 12)

R. Tus santos, Señor, proclaman la gloria de tu reinado.

V. Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,

que te bendigan tus fieles.

Que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas. **R.**

V. Explicando tus hazañas a los hombres, la gloria y majestad de tu reinado.

Tu reinado es un reinado perpetuo, tu gobierno va de edad en edad. **R.**

V. El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones; cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente. **R.**

Aleluya

Cf Jn 15, 16

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Yo os he elegido del mundo —dice el Señor—

para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. **R.**

Evangelio: Lucas 10,1-9: *La mies es abundante y los obreros pocos.*

En aquel tiempo,

¹ el Señor designó a otros setenta [y dos] y los envió por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares que él pensaba visitar.

² Y les dio estas instrucciones: -La mies es abundante, pero los obreros pocos. Rogad, por tanto, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

³ ¡En marcha! Mirad que os envíe como corderos en medio de lobos.

⁴ No llevéis bolsa, ni alforjas ni sandalias, ni saludéis a nadie por el camino.

⁵ Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa.

⁶ Si hay allí gente de paz, vuestra paz recaerá sobre ellos; si no, se volverá a

vosotros.

⁷ Quedaos en esa casa y comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero tiene derecho a su salario. No andéis de casa en casa.

⁸ Si al entrar en un pueblo os reciben bien, comed lo que os pongan.

⁹ Curad a los enfermos que haya en él y decidles: Está llegando a vosotros el Reino de Dios.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*» Después de haber enviado en misión a los Doce (Le 9,1ss), Jesús envía a los setenta [y dos] discípulos a una misión que Lucas -y sólo él- nos ha hecho conocer.

Es el mismo evangelista que, también en el desarrollo del relato de los Hechos de los apóstoles, encontrará la manera de transmitir recuerdos relativos no sólo a la misión de Pedro y de Pablo, sino también de Esteban, de Felipe y de otros discípulos del Señor.

Jesús envía a sus discípulos después de haberles recomendado que rueguen al dueño de la mies que envíe obreros a la misma (v. 2). De ahí que la oración no haya de ser entendida sólo como un apoyo a la misión, sino que es también y sobre todo parte integrante de la misma misión. Para un auténtico apóstol, la oración significa ya estar en misión, y la misión tiene su comienzo en la oración.

Al enviar a sus discípulos en misión, Jesús les señala una metodología muy concreta: la imagen de los «corderos en medio de lobos» (v. 3) no deja lugar a ningún equívoco. Del mismo modo que Jesús, pastor, se hizo cordero por amor a nosotros, también todo verdadero pastor de la comunidad debe estar dispuesto a hacerse cordero, dispuesto para el sacrificio, ofrecido por amor.

El mensaje esencial que el mismo Jesús pone en boca de sus discípulos suena así por tanto: «decidles: Está llegando a vosotros el Reino de Dios» (v. 9). Conocemos bien la gran densidad del significado de la expresión «Reino de Dios»: indica, en primer lugar, que los tiempos en los que resuena el alegre mensaje son escatológicos, es decir, están llenos de Dios y revelan la presencia del Dios que salva. Esta expresión señala sobre todo la presencia de Jesús en el mundo, porque a través de su persona y de su enseñanza es como Dios se hace presente en medio de nosotros con su voluntad salvífica universal.

MEDITATIO

Una mirada de conjunto a la obra lucana (evangelio y Hechos de los apóstoles) nos pone al tanto de algunas características fundamentales del tercer evangelista, sobre las que interesa centrar nuestra meditación.

Dante caracteriza a Lucas como «el escriba de la mansedumbre de Cristo». En efecto, toda su obra converge en torno a este mensaje, que puede ser considerado como el «Evangelio dentro de su evangelio». Ésa es la Buena Noticia, la única verdadera y la única buena, y Lucas siente el deber de transmitirla a toda la humanidad, y al servicio de la misma pone toda su minuciosidad de historiador, su arte literario, su fe de discípulo.

Pero Lucas se nos presenta también como el teólogo de la dimensión misionera: así como Jesús puede ser definido como el misionero del Padre (véase su evangelio), así la Iglesia es también esencialmente misionera, porque participa de la dimensión misionera de Jesús (véanse los Hechos de los apóstoles). El carácter unitario de la obra lucana puede deducirse asimismo de esta plena correspondencia entre la misión de Jesús y la misión de la Iglesia. Desde

esta perspectiva, toda opción y toda actividad misionera debe ser concebida por nosotros como signo sacramental de la misión que Jesús recibió del Padre.

Por último, la presencia de Lucas al lado de Pablo nos lleva de nuevo a la necesidad de que todo verdadero cristiano sea no sólo receptor del consuelo que se desprende del Evangelio, sino también portador de ese don de la consolación que es fruto del Espíritu Santo, el consolador divino.

ORATIO

[...] Desde antiguo ardo en deseos de meditar tu ley y «confesarte en ella mi ciencia y mi impericia, las primicias de tu iluminación y las reliquias de mis tinieblas», hasta que la flaqueza sea devorada por la fortaleza. [...]

Tus Escrituras sean mis castas delicias: ni yo me engañe en ellas ni con ellas engañe a otros. Atiende, Señor, y ten compasión; Señor, Dios mío, luz de los ciegos y fortaleza de los débiles y luego luz de los que ven y fortaleza de los fuertes, atiende a mi alma, que clama desde lo profundo, y óyela. Porque si no estuvieren aún en lo profundo de tus oídos, ¿adónde iríamos, adónde clamaríamos? [...]

[...] Dame espacio para meditar en los entresijos de tu ley y no quieras cerrarla contra los que pulsan, pues no en vano quisiste que se escribiesen los oscuros secretos de tantas páginas. ¿O es que estos bosques no tienen sus ciervos, que en ellos se alberguen, y recojan, y paseen, y pasten, y descansen, y rumien? ¡Oh Señor!, perfeccioname y revélamelos. Ved que tu voz es mi gozo; tu voz sobre toda afluencia de deleites. Dame lo que amo, por que ya amo, y esto es don tuyo. No abandones tus dones ni desprecies a tu hierba sedienta (Agustín de Hipona, Confesiones, XI, 2,2ss).

CONTEMPLATIO

«Desde nuestra Patria, y para invitarnos al retorno, se nos han enviado cartas que cada día se leen a la gente» El núcleo de todo lo que debemos comprender es esto: la plenitud y el fin de la Ley y de todas las divinas Escrituras es el amor. Por consiguiente, si alguien cree haber comprendido las divinas Escrituras o cualquier parte de las mismas y mediante esa comprensión no consigue levantar el edificio de la doble caridad, a Dios y al prójimo, es que todavía no las ha comprendido (Agustín de Hipona, De doctrina christiana, I, 36.40).

ACTIO

Repite y medita durante el día esta Palabra: «Señor, quédate con nosotros, porque cae la tarde» (Lc 24,29).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En la Iglesia de Lucas se hablaba de Jesús no sólo al hilo de los relatos históricos, sino que también se le anunciaba con la finalidad de que su recuerdo suscitara en los oyentes la fe en él. Para responder a cada una de estas finalidades - la memoria histórica y el anuncio ordenado a la fe-, Lucas compuso un evangelio en el que figurar la parte de historia que sirve para conectar fe con el acontecimiento-Cristo y la parte de teología que capta en la historia el mensaje que suscita la fe.

A pesar de ciertas alusiones a la historia (1,5; 2,1 ss; 3,1ss), Lucas no es propiamente un historiador; tampoco puede decirse que sea propiamente un teólogo. Lucas es más bien un «hombre de Iglesia» que, al final de los tiempos apostólicos, pretende asegurar a la Iglesia «la solidez» (1,4) de la tradición evangélica, que él recibe y al mismo tiempo transmite. Lucas es un recolector de recuerdos evangélicos; también es ordenador de los mismos, a fin de que éstos asuman todo su propio valor: el de ser

fuentes y fundadores de la fe de la Iglesia. En un tiempo en el que, por la evaporación en las brumas del tiempo de las raíces de las tradiciones originarias presentes en las Iglesias judeocristianas y etnocristianas, la realidad físico-histórica de Jesús empezaba a ser objeto de discusión por ciertas teologías ambiguas configuradas en la primera carta de Juan (4,1-6) y que conducirán, a comienzos del siglo II, al docetismo -cuyos defensores están marcados a fuego por san Ignacio de Antioquía (siglos I-II) como «sepultureros» de Cristo (A los esmirnitas, 5,2)-, y cuando la realidad misteriosa de Jesús empezaba a ser diluida por las especulaciones judeo-helenísticas-cristianas vigorosamente combatidas por las cartas a los Colosenses (2,8-23) y a los Efesios (3,4-12), Lucas fijó el carácter real de Jesús componiendo un evangelio que salía garante de la realidad histórica de la verdad teológica de Jesús para todas las Iglesias.

La intención que guiaba a Lucas en la redacción de sus escritos era dar consistencia al pasado de Jesús en el presente de la Iglesia. Para conseguirlo Lucas estableció una serie de conexiones en las que intervienen de manera sinérgica la historia, la fidelidad a la tradición, la experiencia de fe, el anuncio de Jesús llevado a cabo mediante la Palabra y su puesta por escrito (Mario Masini).

[Principio del documento*](#)

Día 19

XXIX Domingo del tiempo ordinario ciclo "C"

LECTIO

Primera lectura: Éxodo 17,8-13ª:
Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel.

En aquellos días,

⁸ los amalecitas vinieron a atacar a los israelitas en Refidín.

⁹ Moisés dijo a Josué: -Elige hombres y sal a luchar contra los amalecitas. Yo estaré mañana en lo alto de la colina con el cayado de Dios en la mano.

¹⁰ Josué hizo lo que le había ordenado Moisés y salió a luchar contra los amalecitas. Moisés, Aarón y Jur subieron a lo alto de la colina.

¹¹ Cuando Moisés tenía el brazo levantado prevalecía Israel, y cuando lo bajaba prevalecía Amalec.

¹² Como se le cansaban los brazos a Moisés, tomaron una piedra y se la pusieron debajo; él se sentó, y Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. De este modo, los brazos de Moisés se sostuvieron en alto hasta la puesta del sol.

¹³ Y Josué derrotó a los amalecitas y a su ejército.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*» «Eras tú, rey mío y Dios mío, quien lograbas las victorias de Jacob; contigo abatíamos a nuestros adversarios» (Sal 43,5ss). Estas palabras del salmista comentan bien el significado del antiguo pasaje propuesto por la liturgia para confirmar la enseñanza evangélica sobre la necesidad de una oración persistente. Se trata de un texto tan accidentado, desde el punto de vista de su formación y exégesis histórica, como claro e inmediato para una comprensión espiritual.

El desenlace de la batalla contra Amalec -el gran enemigo del pueblo de Dios en el desierto- ilustra de manera adecuada, según la tradición, el poder de la oración y, para los cristianos, la victoria de la cruz. Moisés, en electo, mediador entre Dios y el pueblo, debe pedir ayuda continuamente, porque, si

disminuye su intercesión, el enemigo prevalece. Notemos que esa tarea de intercesor es tan gravosa que Moisés necesita ser sostenido por otros: por Aarón y por Jur -según una sugestiva interpretación etimológica propuesta por Orígenes, por la «palabra» y por la «luz»-. Sólo así pudo vencer Josué -cuyo nombre hebreo equivale, a Jesús, «Dios salva»- al enemigo que impedía a su pueblo alcanzar la tierra prometida. Por otra parte, a quien ama a su Señor crucificado no le es posible dejar de captar la figura que se perfila en Moisés. Éste sube a lo alto de la colina para permanecer en ella con los brazos tendidos entre el cielo y la tierra, en un gesto elocuente de intercesión y de amor por el pueblo.

Salmo responsorial

Sa/120, 1bc-2. 3-4. 5-6. 7-8 (R.: cf. 2)

R. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

V. Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. **R.**

V. No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel. **R.**

V. El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha;
de día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche. **R.**

V. El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu alma;
el Señor guarda tus entradas y salidas,
ahora y por siempre. **R.**

Segunda lectura: 2 Timoteo 3,14-4,2: *El hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena.*

Querido hermano:

^{3,14} Tú, por tu parte, permanece fiel a lo que aprendiste y aceptaste, sabiendo de quién lo has aprendido ¹⁵ y que desde la infancia conoces las Sagradas Escrituras, que te guiarán a la salvación por medio de la fe en Jesucristo.

¹⁶ Toda Escritura ha sido inspirada por Dios, y es útil para enseñar, para persuadir, para reprender, para educar en la rectitud,

¹⁷ a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer el bien.

^{4,1} Ante Dios y ante Jesucristo, que manifestándose como rey ha de venir a juzgar a vivos y muertos, te ruego encarecidamente:

² Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, corrige, reprende y exhorta usando la paciencia y la doctrina.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. En las cartas dirigidas a Timoteo, la custodia y la transmisión del depósito de la fe.-es decir, de la tradición recibida de los apóstoles- es una especie de contraseña. Ese testimonio de fe debe ser mantenido intacto para ser restituido y transmitido después a través de predicación y la vida de la Iglesia. El fundamento de esta tradición lo proporcionan las Sagradas Escrituras, de cuyo papel salvífico y eficaz se habla en los vv. 14-16: afirmación fundamental, junto con 2 Pe 1,19-21, sobre el carácter inspirado de la Escritura. «Toda Escritura, por el hecho de haber sido inspirada por Dios...», otra posible traducción del v. 16a, es sumamente útil para la vida de} creyente, mientras que las charlatanerías de los «falsos doctores»

son inútiles (cf. Tit 3,9); más aún, perjudiciales.

El capítulo 4 se abre con una exhortación acongojada e intensa (*«Ante Dios y ante Jesucristo, que manifestándose como rey ha de venir a juzgar a vivos y muertos, te ruego encarecidamente»*) que llega a convertirse en un auténtico testamento espiritual en los vv. 6-8, en los que Pablo se siente cercano al martirio. El apóstol invita a su amado Timoteo a anunciar la Palabra de manera incansable (la fórmula usada tiene sabor proverbial y equivale a «siempre»). De su escucha y de su obediencia, en efecto, procede la salvación (cf. Rom 10,17).

Aleluya

Hb 4, 12ad

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. La palabra de Dios es viva y eficaz; juzga los deseos e intenciones del corazón.

R.

Evangelio: Lucas 18,1-8: *Dios hará justicia a sus elegidos que claman ante él.*

†

En aquel tiempo,

¹ para mostrarles la necesidad de orar siempre sin desanimarse, Jesús les contó esta parábola:

² -Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres.

³ Había también en aquella ciudad una viuda que no cesaba de suplicarle: «Hazme justicia frente a mi enemigo».

⁴ El juez se negó durante algún tiempo, pero después se dijo: «Aunque no temo a Dios ni respeto a nadie,

⁵ es tanto lo que esta viuda me importuna que le haré justicia para que deje de molestarme de una vez».

⁶ Y el Señor añadió: -Fijaos en lo que dice el juez inicuo.

⁷ ¿No hará, entonces, Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Les hará esperar?

⁸ Yo os digo que les hará justicia inmediatamente. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

**. El evangelista Lucas se muestra muy atento a subrayar en su evangelio los aspectos referentes a la oración, sus modalidades, sus características Y lo hace mostrando antes que nada a Jesús como el gran orante, pero revelándonos también a aquel a quien se dirige la oración de Cristo. La parábola que nos propone revela, en efecto, las disposiciones del corazón de Dios hacia *«sus elegidos, que claman a él día y noche»*. La enseñanza de Jesús - expresada por medio de una parábola- es una invitación a perseverar en la oración sin detenerse, advertencia recogida también por Pablo y propuesta por él repetidamente (Rom 12,12; 2 Tes 1,11; Col 1,3).

Dos son los personajes del relato. Un juez que no respeta a nadie y una viuda pobre e indefensa, figura típica de los marginados e indigentes en el mundo bíblico. El que debería administrar justicia es un ser inicuo, y es posible que espere obtener, demorando el asunto, algún regalo de la mujer. Si al final cede, es sólo para alejar a una importuna que se le vuelve insostenible. Paradójica enseñanza de Jesús: él, como los rabinos de su tiempo, usa adrede argumentos capaces de llamar la atención de sus oyentes. Esta vez se trata de un razonamiento a *fortiori*. Si este juez inicuo atiende la causa de la viuda, mucho más escuchará Dios las oraciones de los fieles que se encuentran en necesidad. ¿Acaso no dice de él la Escritura que *«las lágrimas de la viuda caen por sus mejillas»*? ¿No dice

también que el Altísimo dará *«satisfacción a los justos»* restableciendo la equidad? (cf. Eclo 35,15.8). A diferencia del juez, que demora los asuntos, Dios interviene a buen seguro y de inmediato respecto a los que claman a él día y noche. Lo importante es que cada creyente esté preparado: nadie debe ser encontrado sin esa fe obstinada, que se convierte en oración e invocación incesante, cuando vuelva el Hijo del hombre. ¡Qué desventura sería no reconocerlo!

MEDITATIO

«Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8). Sabemos que a Jesús le gustaba llamarse «Hijo del hombre». Es él, por consiguiente, quien hoy nos interroga sobre nuestra fe en el momento de su venida. Es también él, en efecto, *«el que era, el que es y el que viene»* (cf. Ap 1,4). Debemos preguntarnos, pues, si, aquí y ahora, creemos en él.

Existe una comprobación que puede ayudarnos a medir si nuestra fe está viva o bien languidece: la oración. Ésta es, antes que nada, escucha de la Palabra y es también intercesión por los hermanos. Nadie que comprenda el don que ha recibido al acoger el depósito de la fe puede eximirse del deseo, que se vuelve a veces apremiante, de comunicarlo a todos los hombres. La oración es ese grito que pide al Padre, día y noche, que haga justicia a sus elegidos, es decir, que intervenga en la historia para liberar del mal a sus hijos y para hacer que todos reconozcan en Jesús, su Hijo, al Salvador del hombre. Para que este grito pueda llegar a ser eficaz y no cese nunca, cada uno de nosotros debe dar su consentimiento para llegar a ser -en una comunión conscientemente buscada y amada- una sola cosa con el Hijo inmolado, que extendió sus brazos en la cruz y sigue estando siempre vivo para interceder por

nosotros ante el Padre. Esto tiene lugar sobre todo a través de la participación en el misterio eucarístico, que nos llama a configurarnos cada vez más íntimamente con nuestro Señor y Maestro.

ORATIO

Señor Jesús, en los días de tu vida mortal elevaste una oración con fuertes gritos y lágrimas. Conoces, por tanto, la profundidad de la que puede brotar el grito que sube de nosotros los hombres hacia el rostro del Padre. Enséñanos una oración perseverante, que no ceda a cansancios y desánimos, que no se turbe ante el aparente silencio de Dios, ante su inadmisible indiferencia. Haz que obtengamos de tu ofrenda la fuerza para perseverar y mantenernos en la petición; que el mal no sofoque la voz de nuestra oración, sino que la experiencia misma de tu cruz nos proporcione la certeza de que no hay noche sin alba de resurrección. Amén.

CONTEMPLATIO

No he dicho de manera suficiente hasta qué punto el alma que ora debe creer en el amor del Dios al que se dirige. Sí, la oración es como un cara a cara. El alma y Dios están en el mismo plano. Ocupan la misma estancia secreta. Es lúcida confidencia en Dios-Amor, en Dios que se entrega, que es irresistible. Pero esta confidencia va muy lejos. Ninguna prueba ni ningún retraso puede mellarla. Dios es amor. Ama y desea ser amado. Es la ley profunda de su ser. Conocerla resuelve todos los problemas. Un alma que tiende a él nunca puede importunarle; siempre le encanta, y debe saberlo. Dios es Padre, Dios es amigo, Dios es juez; pero un Padre cuya ternura no tiene límites y cuyo poder es igual a su amor; pero un amigo cuyo amor es inalterable y está a la completa disposición de todas nuestras necesidades; pero un juez siempre justo, al

que siempre conmueven nuestras súplicas y que es solícito para responder a ellas. Quiere que le insistamos, impone estas llamadas, reclama estas peticiones, para estar seguro de nuestro amor, para saborear la dulzura de tener una prueba de él, aunque sea interesado (Augustin Guillerand, «Scritti spirituali», en *Un itinerario di contemplazione. Antología di autori certosini*, Cinisello B. 1986, pp. 56ss, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Desde lo hondo a ti grito, Señor»* (Sal 129,1).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Toda oración nace de una situación de desconsuelo. Si ruego a alguien es porque tengo necesidad de él. Y si mi oración no es escuchada de inmediato, corre el riesgo de quedar humillada y puede hacer que me encierre en mí mismo, en un abismo aún más negro que aquel del que quisiera sustraerme: la desesperación. Toda oración que sea verdaderamente tal se sostiene, fatigosa y delicadamente, entre la desesperación y la esperanza.

Jesús nos sugiere que, cuando nos dirijamos a Dios, oremos siempre, sin cansarnos nunca. A largo plazo, por ser una oración verdadera, se confundirá con la espera humilde, paciente, vacilante, pero que no disminuye nunca, a no ser que quiera contentarme con una oración mágica, que haga saltar la respuesta de una manera automática, instantánea, barata.

Ahora bien, cuando se trata de oración verdadera, cuando se trata de la gran herida del mundo que se abre a la mirada de Dios, del fundamental desconsuelo del hombre que pide gracia, Dios desea que sea cara. Dios espera que el hombre luche con él, desea la confrontación entre la pobreza

y la gracia, porque desea ardientemente dejarse vencer por la oración. Cuando un hombre grita su desconsuelo ante Dios - y no sólo el suyo propio, sino también la inmensa angustia del mundo-, se manifiesta y se realiza un gran misterio de amor. Dios escucha atenta, amorosamente, esta oración, como la respiración del universo.

Cuando la oración brota del corazón del hombre, es el mundo el que empieza a respirar. Dios se inclina y escucha esta oración convertida en el aliento secreto del mundo, que le da vida interior y que debe despertarlo a Dios. El mundo entero se encuentra, en toda oración, como un gran niño adormecido en los brazos de Dios y a punto de despertarse bajo su mirada, al rumor de su propia respiración (A. Louf, *Solo l'amore vi bastera*, Cásale Monf. 1985, pp. 192-194, *passim*).

[Principio del documento*](#)

Cuando proceda:

San Juan de Brébeuf y san Isaac Jogues. Presbíteros, y compañeros mártires. Memoria libre

Entre los años 1642 y 1649, ocho jesuitas franceses fueron martirizados por Cristo en América del Norte. Juan sufrió el martirio en el país de los indios Iroqueses en el actual Estado de Nueva York; e Isaac, en el país de los hurones en territorio canadiense.

Del Martirologio romano:

Santos mártires Juan de Brébeuf e Isaac Jogues, presbíteros, y compañeros de la Compañía de Jesús, en el día en que san Juan de la Lande, religioso, fue asesinado por los paganos en el lugar llamado Ossernenon, entonces en territorio del Canadá (*hoy Auriesville, estado de Nueva York*), el mismo lugar donde algunos años antes había conseguido la corona del martirio san Renato Goupil. Son venerados

conjuntamente sus santos compañeros Gabriel Lalemant, Antonio Daniel, Carlos Garnier y Natal Chabanel, que en la región canadiense, en días distintos, después de fatigar en la misión del pueblo de los hurones para anunciar el evangelio de Cristo a aquellos pueblos, terminaron muriendo mártires (1642-1649).

O bien:

San Pablo de la Cruz. Presbítero.

Memoria libre

Nació en Liguria en el año 1694. De joven ayudó a su padre en su profesión de mercader. Aspirando a la vida perfecta y renunciando a todo, comenzó a servir a pobres y enfermos, consiguiendo colaboradores para su obra. Ordenado sacerdote, fundó la Congregación misionera de los Pasionistas, destacándose por su vida de penitencia y su actividad apostólica. Murió en el año 1775.

Del Martirologio romano:

San Pablo de la Cruz, presbítero, que desde su juventud destacó por su vida penitente, su celo ardiente y su singular caridad hacia Cristo crucificado, al que veía en los pobres y enfermos. Fundó la Congregación de los Clérigos Regulares de la Cruz y de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, falleciendo el día dieciocho de octubre (1775).

O bien:

San Pedro de Alcántara. Presbítero.

Memoria libre en España

Nació en Alcántara, villa de Cáceres, en 1499. Fue bautizado con el nombre de Juan. Después de las primeras letras aprendidas en su villa natal, estudió en Salamanca artes liberales, filosofía y derecho canónico. En 1515 ingresó en los franciscanos de la custodia del Santo Evangelio e hizo su noviciado en el convento de San Francisco de los Majarretes (Cáceres). Al profesar como fraile conventual cambió su nombre de Juan por el de Pedro. En 1524 es ordenado sacerdote. Del mismo tiempo y del mismo espíritu que santa Teresa, es contemplativo,

viajero, fundador de conventos y renovador del franciscanismo. Los propios compañeros lo presentan como un hombre lleno de celo apostólico, tranquilo y prudente, pobre y generoso, disponible y obediente, humilde y magnánimo, penitente y acogedor. Murió en Arenas el 18 de octubre de 1562. Fue canonizado en 1669 por el papa Clemente IX, al mismo tiempo que la carmelita santa María Magdalena de Pazzis.

MEDITATIO para san Pedro de Alcántara

A veces, damos por supuesto que, para asegurar la felicidad, tenemos que poseer cosas, dinero, comodidad, éxito, personas... Pero la experiencia nos dice que, en realidad, por ese camino encontramos exactamente lo que habíamos buscado: cosas, dinero, comodidad, personas, pero no necesariamente felicidad. El problema no se resuelve buscando nuevas fuentes de satisfacción.

Al contrario, cada vez que hacemos depender nuestra felicidad de más y más cosas, esa felicidad se hace todavía más problemática e insegura, pues cada vez hay más probabilidades de que algo nos falle y nos deje vacíos e insatisfechos. Entonces crecen en nosotros la tensión, el desasosiego y hasta el agobio.

ORATIO

Loado seas, mi Señor,
por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡Felices los que sufren en paz con el dolor,
porque les llega el tiempo de la consolación!
Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!
¡No probarán la muerte de la condenación!
Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación.

Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén.

CONTEMPLATIO

La figura de san Pedro se agiganta y su misión reformadora se enriquece aún más si lo relacionamos con santa Teresa, presa de la misma inquietud reformadora y las mismas locuras de un afán: vivir el Evangelio en toda su radicalidad. Providencialmente, Dios le llevó a su encuentro, que tuvo lugar en Ávila. Ella le abrió su alma, y expuso su proyecto, y «vi ya desde el principio -dice la santa- que me comprendía..., y me dio luz en todo» (Vida, 30, 5-7). La cuestión era lanzarse por el camino de la pobreza absoluta, como estaba haciendo ya Pedro. Hasta ese momento todo eran obstáculos. La oposición de los superiores, incluido el obispo, fue vencida por la fe y la persuasiva mediación de san Pedro, que descubrió, clarísimo, el espíritu que animaba a Teresa y la voluntad de Dios sobre su proyecto.

La santa se siente agradecida y dice: «Pedro lo hizo todo, parece que lo había guardado su majestad hasta acabar este negocio» (Vida, 36, 2). Pocos meses antes de su muerte, concretamente el 14 de abril de 1562, le escribe el santo una carta en la que le asegura que debe seguir el camino emprendido, pues está seguro de que ésa es la voluntad de Dios. La santa recibe tal luz que escribe en su autobiografía: «Ya con este parecer [sobre la pobreza], determiné no andar buscando otros» (Vida, 35, 5). Y nació la primera fundación, el convento de San José, cuna de la reforma teresiana de la orden del Carmelo.

Pedro y Teresa, almas gemelas, ambos colosales en todo, nos dejaron sus huellas y sus recuerdos en dos monumentos inseparables e insuperables, pobres de materiales, pero ricos de espiritualidad: san José de Ávila, el “palomarcico” del Carmelo, y Nuestra Señora de la Concepción de El

Palancar, que son dos hermanos gemelos, como en el espíritu lo fueron Teresa de Jesús y Pedro de Alcántara.

ACTIO

Repíte hoy, con los franciscanos, el himno de san Francisco de Asís.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Este santo [Pedro de Alcántara] hombre de este tiempo era; estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los pies. Que, aunque no anden desnudos ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. Y, icuán grande le dio su Majestad a este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben.

Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño; y para eso estaba siempre o de rodillas o en pie. Lo que dormía era sentado y la cabeza arrimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda -como se sabe- no era más larga de cuatro pies y medio.

En todos estos años, jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mismo encima.

Decíame que en los grandes fríos se lo quitaba y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentase al cuerpo para que sosegase con más abrigo.

Comer al tercer día era muy ordinario, y

díjome que de qué me espantaba, que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo que le acaecía estar ocho días sin comer.

Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fui testigo. Con toda esa santidad, era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle; en éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Como vio ya se acababa, dijo el salmo de Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, e, hincado de rodillas, murió.

Un año antes que muriese, me apareció estando ausente, y supe se había de morir y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró, me apareció y dijo cómo se iba a descansar. Yo no lo creí y díjelo a algunas personas, y desde a ocho días vino la nueva cómo era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mejor decir. (Testimonio de santa Teresa de Jesús, Libro de la vida, cap. 27.)

Principio del documento*

Día 20

Lunes de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Romanos 4,20-25: *Está escrito por nosotros, a quienes se nos contará: nosotros, los que creemos en él.*

Hermanos:

²⁰ Tampoco vaciló [Abrahán] por falta de fe ante la promesa de Dios; al contrario, se consolidó en su fe dando así gloria a Dios,

²¹ plenamente convencido de que Dios tiene poder para cumplir lo que promete.

²² Lo cual le fue tenido en cuenta para alcanzar la salvación.

²³ Estas palabras de la Escritura no se

refieren solamente a Abrahán;

²⁴ se refieren también a nosotros, que alcanzaremos la salvación si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús, nuestro Señor,

²⁵ entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. Pablo, llevando a la conclusión su «prueba bíblica», centra ulteriormente el discurso en la fe de Abrahán y su estrecha relación con la promesa de Dios. Hay dos pasajes en esta página: el primero tiene que ver directamente con Abrahán y su camino hacia la salvación por medio de la fe (w. 20-22), mientras que el segundo tiene que ver con nosotros, hijos de Abrahán en la fe y, como tales, llamados a creer en el Dios que también es capaz de resucitar a los muertos (w. 23-25).

De Abrahán se dice con toda claridad que «tampoco vaciló» frente a la promesa de Dios: una vez vencido el peligro de la incredulidad, él, por gracia, «se consolidó en su fe dando así gloria a Dios» (v. 20). Con estas palabras define Pablo la actitud de Abrahán en el momento en que reconoce que se lo debe todo a Dios y, al mismo tiempo, se confía sólo a él. Constatamos, por consiguiente, que el ejemplo que nos da Abrahán en la acogida de la promesa de Dios y en su confiarse a él se vuelve cada vez más lineal, existencial y concreto también para nosotros.

Desde esta perspectiva, que interesa a todos, personal y comunitariamente, termina Pablo su discurso sobre Abrahán. Por eso nos sentimos implicados, de entrada, en el designio salvífico de Dios; a continuación, en la historia particular de Jesús de Nazaret, nuestro Señor, que murió

y resucitó por nosotros; y, por último, en esa pequeña historia de la salvación que nos contempla como sujetos interlocutores y cooperadores de Dios.

El último versículo del capítulo presenta una estupenda síntesis del misterio pascual de Jesús en sus dos aspectos complementarios: fue «entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación» (v. 25). El misterio pascual no es sólo objeto de fe para cada creyente, sino que, antes aún, es fuente de gracia y de salvación.

Salmo responsorial

Lc 1, 69-70. 71-72. 73-75. (R.: 68)

R. Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado a su pueblo.

V. Suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo por boca de sus santos profetas. **R.**

V. Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza. **R.**

V. Y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días. **R.**

Aleluya

Mt 5, 3

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. **R.**

Evangelio: Lucas 12,13-21: ¿De quién será lo que has preparado?



En aquel tiempo,

¹³ uno de entre la gente le dijo: -Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia.

¹⁴ Jesús le dijo: -Amigo, ¿quién me ha hecho juez o árbitro entre vosotros?

¹⁵ Y añadió: -Tened mucho cuidado con toda clase de avaricia, que aunque se nade en la abundancia, la vida no depende de las riquezas.

¹⁶ Les contó una parábola: -Había un hombre rico, cuyos campos dieron una gran cosecha.

¹⁷ Entonces empezó a pensar: «¿Qué puedo hacer? Porque no tengo dónde almacenar mi cosecha».

¹⁸ Y se dijo: «Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros, construiré otros más grandes, almacenaré en ellos todas mis cosechas y mis bienes,

¹⁹ y me diré: Ahora ya tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y pásalo bien».

²⁰ Pero Dios le dijo: «¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién va a ser todo lo que has acaparado?».

²¹ Así le sucede a quien atesora para sí, en lugar de hacerse rico ante Dios.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*+• Tras haber invitado a mantener el ánimo, apoyado por el don del Espíritu Santo en el momento del testimonio, Jesús, solicitado por la petición de un anónimo, pone en guardia contra el peligro de la avaricia y confirma su enseñanza con una parábola sencilla e iluminadora al mismo tiempo.

La petición del anónimo tiene que ver con un problema que nos afecta a todos de

cerca y que, con frecuencia, provoca disensiones y disidencias entre hermanos: «Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia» (v. 13). Pero Jesús se niega a responder (v. 14), porque su misión tiene que ver con algo bien distinto: en efecto, no ha venido a resolver nuestros problemas sociales, sino a enseñarnos a vivir nuestras relaciones sociales para entrar en la vida eterna. La respuesta de Jesús, además de contener una negación implícita, expresa asimismo una enseñanza sapiencial, bien conocida en toda la Biblia, que pone en guardia contra la avaricia, contra todo tipo de avaricia: vicio capital que está siempre al acecho en la vida de toda persona. La enseñanza de Jesús recae, como es obvio, sobre la relación entre riqueza y pobreza o, mejor aún, sólo sobre la riqueza considerada como posible peligro para una vida humana y cristiana digna de este nombre: «Aunque se nade en la abundancia, la vida no depende de las riquezas» (v. 15).

La parábola (w. 16-21) viene a ilustrar el mismo tema. Resulta bastante estimulante el soliloquio inicial en el que el hombre rico, protagonista de la parábola, se muestra necio en sus palabras y, por consiguiente, en sus opciones de vida. Propiamente hablando, aquí no se pone de relieve la pecaminosidad de su comportamiento, sino más bien la futilidad, la estupidez de su desvivirse y de poner su confianza sólo en lo que ha acumulado.

Igualmente iluminadora es la intervención final de Dios (v. 20), entendida precisamente como respuesta inmediata y directa a la actitud insensata del hombre rico. Ahora bien, aquí hemos de poner de relieve un punto particular: la estupidez de ese hombre consiste de manera especial en el hecho de que no ha pensado en lo que le sucederá después de la muerte. Ha pensado

en explotar sus riquezas sólo para la vida presente y no ha considerado la posibilidad de obtener beneficios de ellas también para la vida futura.

Desde esta perspectiva, resulta extremadamente importante y decisiva la conclusión de esta página evangélica, que tiende a aplicar a cada uno de nosotros la puesta en guardia de Jesús y el significado de la parábola. Hemos de señalar en particular que «hacerse rico ante Dios» (v. 21), según Lucas, no es otra cosa más que dar limosna (Lc 11,41) y hacerse un tesoro inagotable junto a Dios (Lc 12,33).

MEDITATIO

El apóstol Pablo nos recuerda, en la primera lectura, que Abrahán no vaciló con incredulidad frente a la promesa divina, sino que «dio gloria a Dios». Sin embargo, el cumplimiento de esa promesa andaba muy lejos de la evidencia y el patriarca no tenía ninguna garantía visible de la herencia futura. También el cristiano está llamado a la fe. Sin embargo, él sí ha visto en Cristo el cumplimiento de las promesas y puede repetir con el apóstol su profesión de fe: «Sé en quién he creído». Jesús, muerto y resucitado por nuestra salvación, nos invita cada día a la mesa de la Palabra, de su cuerpo y de su sangre. En ella podemos alcanzar de manera abundante la verdadera vida, la alegría, la paz. En efecto, participando en el misterio de su ofrenda es como el hombre se vuelve cada vez más capaz de amar y de dar y, así, de glorificar a Dios.

Qué bello es pensar, con san Ireneo, que la gloria de Dios es el hombre vivo, o sea, nosotros, cuando, en un mundo aplastado por el odio y por la violencia, nos convertimos en dóciles testigos del amor; cuando, en un mundo asfixiado por el odio y por la violencia, nos convertimos en dóciles

testigos del amor; cuando, en una sociedad asfixiada por la búsqueda exasperada del beneficio, tenemos el corazón «en otra parte», «en lo alto», y somos capaces de decir a los hermanos la palabra de esperanza de la que también su corazón tiene sed. Dado que somos habitantes de este mundo, es inevitable que estemos implicados en problemas de herencias o de intereses.

Qué importante es, pues, sobre todo en esos casos, que el creyente se manifieste «distinto», libre de los criterios mundanos de quienes tienen como único horizonte los bienes de la tierra. Si Abrahán supo ya mirar más allá del presente, cuánto más nosotros, invadidos por el Espíritu del Resucitado, debemos tener el corazón desvinculado de lo que es caduco, habitado por la secreta dulzura que supone ser hijos amados por el Padre, para que el Señor no deba llamarnos «estúpidos» por habernos contentado con lo que no vale y haber olvidado que estamos destinados a la vida eterna.

ORATIO

La caza del tesoro es el juego preferido, la epidemia más extendida, hoy. Loterías compradas como el pan de cada día. Juegos de azar que arruinan a muchas familias. Esposos que se separan para rescatar los miles de millones del divorcio. Padres que olvidan los afectos más entrañables para hacerse un patrimonio. ¿Hasta cuándo, Señor, seguirá atado el hombre a tanta falsedad? ¿Hasta cuándo se negará a comprender que la vida no está atada a los bienes? ¿Hasta cuándo se embriagará con las mentiras de los medios de comunicación, ignorando que quien acumula tesoros para sí no se enriquece ante Dios?

Sólo quien busca encuentra, sólo quien da recibe, sólo quien rescata con sus propios

bienes a un esclavo es libre, sólo quien renuncia a sus comodidades vence la miseria ajena, son quien se muestra solidario con los pobres tendrá cien veces más en esta tierra y, además, la vida eterna.

CONTEMPLATIO

Son muchos los que, tras haber despreciado grandes bienes, sumas ingentes de oro y de plata, así como espléndidas propiedades, se turban a causa de un cortaplumas, de un estilo, de una aguja o de una pluma. Si se hubieran mantenido constantes en la contemplación y en la pureza del corazón, nunca habrían perdido este bien por cosas de nada, cuando habían preferido abandonar las cosas grandes y preciosas antes que incurrir en tal peligro.

En efecto, hay quienes custodian manuscritos con tanto celo que no toleran que nadie les eche una ojeada o los toque apenas; de este modo, encuentran ocasiones de impaciencia y de ruina precisamente donde deberían aprender a adquirir los bienes de la paciencia y de la caridad.

Han abandonado todas sus riquezas por amor a Cristo, y conservan, sin embargo, el primitivo apego del corazón a las cosas más triviales, dejándose vencer a menudo por la cólera a causa de ellas. No tienen en ellos la caridad de la que habla el apóstol, y se vuelven por eso estériles e infructuosos.

Refiriéndose a hechos de este tipo, dice san Pablo: «Si distribuyera todas mis sustancias en alimento a los pobres, si entregara mi cuerpo al hambre y no tuviera caridad, de nada me ayuda» (1 Cor 13,3). De esto se desprende claramente que la perfección no se alcanza de golpe con la desnudez y la privación de todas las riquezas o con el desprecio de los honores, si después carecemos de la caridad, cuyas formas nos describe el apóstol y que consiste únicamente en la pureza del

corazón [...].

En consecuencia, las cosas secundarias, esto es, los ayunos, las vigiliass, la soledad, la meditación de la Escritura, debemos referirlas al fin principal, es decir, al de la pureza de corazón que es la caridad; no es justo poner en peligro la virtud fundamental a causa de estas otras cosas.

En efecto, si ésta permanece íntegra e intacta, nada podrá perjudicarnos, aunque nos veamos obligados a prescindir por necesidad de algo secundario: de nada nos serviría cumplir perfectamente todos los compromisos si nos privamos del bien más importante en vistas al cual debemos hacer todas las otras cosas (Juan Casiano, *Conlatio prima*, 6ss, París, 1955, pp. 83-85 [edición española: Colaciones, Ediciones Rialp, Madrid 1961]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «Jesús, nuestro Señor, entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación» (Rom 4,25).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La postura del cristiano frente a la esperanza es compleja y operante. Nosotros no nos alienamos con las esperanzas terrenas y dirigimos nuestros ojos exclusivamente hacia la esperanza eterna, y ni siquiera nos zambullimos en el efímero olvido de la eternidad. No perdemos de vista el hecho de que el Creador ha confiado al hombre el derecho y el deber de dominar la naturaleza y completar la creación, pero tampoco olvidamos que nosotros somos sólo cocreadores y que nuestras esperanzas ahondan sus raíces en la grandeza y en la generosidad del Padre, que nos ha querido a su imagen y semejanza y nos ha hecho partícipes de su naturaleza divina.

Nuestra esperanza no es ingenua ni tiene

miedo de hacer frente a los obstáculos. Tiene el coraje suficiente para mirarlos de cerca y se esfuerza por superarlos contando con sus propias fuerzas, sin olvidar, no obstante, que el Hijo de Dios se hizo hombre y ha comenzado ya la obra de liberación del hombre, y que a nosotros nos corresponde completarla con la ayuda de Dios. ¿Es acaso una audacia excesiva, un sueño irrealizable, una esperanza vana, pensar en «la esperanza de una comunidad mundial»? Pues sí, ciertamente, es una audacia, es un sueño. Una audacia y un sueño que, sin embargo, según la decisión y el realismo con los que seamos capaces de afrontar los obstáculos que se levanten en el camino, podrán transformarse de esperanza en realidad [...].

Cuando esperar nos parezca absurdo o ridículo, acordémonos de que, en la evolución creadora, el hombre brotó de un pensamiento de amor del Padre, ha costado la sangre del Hijo de Dios y es objeto permanente de la acción santificadora del Espíritu Santo (H. Cámara, Conferencia pronunciada en Winnipeg el 13 de enero de 1970, en *La documentación catholique* del 1 de marzo de 1970, pp. 221 ss y 224).

[Principio del documento*](#)

Día 21

**Martes de la 29ª semana del
tiempo ordinario año impar**

LECTIO

Primera lectura: Romanos 5,12.15b.17-19.20b-21: *Si por el delito de uno solo la muerte inauguró su reinado, con cuánta más razón reinarán en la vida.*

Hermanos:

¹² Así pues, por un hombre entró el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte. Y como todos los hombres pecaron, a todos

alcanzó la muerte. La gracia de Dios, hecha don gratuito en otro hombre, Jesucristo, sobreabundó para todos.

¹⁵ Y si por el delito de uno solo la muerte inauguró su reinado universal, mucho más por obra de uno solo, Jesucristo, vivirán y reinarán los que acogen la sobreabundancia de la gracia y del don de la salvación.

¹⁸ Por tanto, así como por el delito de uno solo la condenación alcanzó a todos los hombres, así también la fidelidad de uno solo es para todos los hombres fuente de salvación y de vida.

¹⁹ Y como, por la desobediencia de uno solo, todos fueron hechos pecadores, así también, por la obediencia de uno solo, todos alcanzarán la salvación.

²⁰ Pero cuanto más se multiplicó el pecado, más abundó la gracia,

²¹ de modo que si el pecado trajo el reinado de la muerte, también la gracia reinará y nos alcanzará, por medio de nuestro Señor Jesucristo, la salvación que lleva a la vida eterna.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*»• La página que estamos leyendo es un texto clásico de la teología sobre el pecado original. Tras haber afirmado que todos, judíos y griegos, son culpables e inexcusables, Pablo recuerda el acontecimiento original que, a su modo de ver, determina y justifica esta universal fragilidad, esta debilidad común, esta pobreza radical de toda persona frente a Dios y a las exigencias de su voluntad. Con el pecado -razona Pablo- también ha entrado en el mundo la muerte: la muerte total (v. 12). Y así como cada persona humana se reconoce débil frente a la muerte física, tampoco puede dejar de reconocerse impotente frente a la muerte total. También aquí saca a la luz el apóstol

una doble solidaridad que une a toda la humanidad: la solidaridad en el mal, que amenaza con dejar reinar la muerte en el mundo, y la solidaridad en el bien, que está garantizada por la presencia de Jesús (w. 17ss).

Existe una clave de lectura muy sencilla y muy eficaz para esta página paulina: consiste en la contraposición entre la figura de Adán, a causa del cual «entró el pecado en el mundo» (v. 12), y la persona de Jesús, merced al cual ha llegado a nosotros la gracia de Dios. Este concepto, desarrollado siempre en una tensión histórico-salvífica, se repite más veces en estas pocas líneas (w. 15b.17ss).

De este modo, Pablo nos ayuda a volver, con un estupor siempre mayor y con un deseo de comprender siempre creciente, sobre el gran acontecimiento de la muerte y la resurrección de Jesús, que ha cambiado el rostro a la historia de toda la humanidad, que ha renovado el corazón de todo hombre, hijo de Adán, que ha hecho reinar definitivamente en el mundo la gracia de Dios.

Salmo responsorial

Sal/ 39, 7-8a. 8b-9. 10. 17. (R.: 8ac)

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

V. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios; entonces yo digo: «Aquí estoy». **R.**

V. «—Como está escrito en mi libro— para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». **R.**

V. He proclamado tu justicia
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes.

R.

V. Alégrese y gocen contigo
todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»,
los que desean tu salvación. R.

Aleluya

Rom 8, 15bc

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Está cerca el reino de Dios —dice el
Señor—;
convertíos y creed en el Evangelio. R.

Evangelio: **Lucas** **12,35-38:**
*Bienaventurados los criados a quienes el
señor, al llegar los encuentre en vela.*

†

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

³⁵ Tened ceñida la cintura, y las lámparas
encendidas.

³⁶ Sed como los criados que están esperando
a que su amo vuelva de la boda, para abrirle
en cuanto llegue y llame.

³⁷ Dichosos los criados a quienes el amo
encuentre vigilantes cuando llegue. Os
aseguro que se ceñirá, los hará sentarse a la
mesa y se pondrá a servirlos.

³⁸ Si viene a media noche o de madrugada y
los encuentra así, dichosos ellos.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Esta página evangélica contiene una
advertencia (w. 35ss), una bienaventuranza
(w. 37a.38) y una promesa (v. 37b). No es
difícil captar el mensaje correspondiente, a
condición de mantener íntimamente unidas
las tres partes de la enseñanza de Jesús.

La advertencia tiene que ver con la
vigilancia expectante, que conocerá

ulteriores desarrollos en la liturgia de la
Palabra de los próximos días. La doble
imagen de la cintura ceñida y de las
«lámparas encendidas» no es más que una
invitación a asumir actitudes que estén de
acuerdo con la vigilancia: un deber imperioso
e ineludible para todos, puesto que el Señor
está cerca, porque «el que viene» está a
punto de llegar. Las parábolas contenidas en
este capítulo y en el siguiente pueden ser
caracterizadas como las «parábolas de la
inminencia escatológica»: en ellas vibra, en
efecto, un sentido de inmediatez y de
espontaneidad que, lejos de crear
incertidumbre, suscita más bien espera y
confianza. El mensaje que de ahí se sigue es
obvio: es preciso estar preparado, porque la
hora escatológica está a punto de sonar.

La bienaventuranza a la que se alude
está íntimamente ligada al relato
parabólico: es la bienaventuranza de quien,
teniendo plena conciencia de su condición de
criado, mantiene con fidelidad una actitud
de vigilancia durante la espera. Esa
bienaventuranza está confirmada cuando la
parábola, al llegar a su término, describe el
retorno del amo y su encuentro con los
criados vigilantes.

Así pues, es menester permanecer
vigilantes por una primera razón, que
consiste en el hecho de no conocer con
exactitud la hora en la que volverá el amo.
Pero la segunda razón es todavía más
importante, y consiste en la gran promesa
que formula Jesús a sus siervos buenos y
fieles: «Os aseguro que se ceñirá, los hará
sentarse a la mesa y se pondrá a servirlos»
(v. 37b). Es la promesa de la comunión plena
y definitiva entre los siervos y su amo,
entre Dios y aquellos que viven con la
perspectiva del gran encuentro.

MEDITATIO

«Cada hombre es Adán, cada hombre es

Cristo.» Podemos recordar estas palabras de san Agustín mientras volvemos a saborear el célebre texto del apóstol Pablo, base y fundamento de la reflexión teológica sobre el pecado, del que hemos puesto de relieve sólo un aspecto particular, existencial, aunque no por ello menos importante.

En cada uno de nosotros revive siempre el conflicto entre el hombre viejo y el hombre nuevo. Y no sólo esto, sino que se manifiesta también el desenlace de su contraposición, no circunscribible ya a la persona particular, sino que se refiere por necesidad a una multitud de hermanos. En este choque, es esencial dejar que Cristo more en nosotros realmente. Así, gracias a él, nuestro combate individual -ese que nadie puede librar por nosotros- puede obtener la victoria. Del mismo modo que el Hijo venció al pecado y a la muerte con su adhesión a la voluntad del Padre, así también nuestra relación de obediencia a Dios desprende salvación y gracia para los otros, los de cerca y los de lejos, conocidos y desconocidos.

Es ésta una verdad que debemos tener presente con gozosa conciencia: la apuesta de nuestra vida es muy grande. De nuestra apertura al don de Dios dependen la paz, la alegría y la gracia de muchos hermanos. Ahora bien, ¿cómo hacer para mantener viva la conciencia del compromiso ligado a nuestra adhesión a Dios? El evangelio nos invita a la vigilancia, a mantenernos siempre despiertos. El aburrimiento y el torpor nacen del sentimiento de estar vacíos, de sentirnos inútiles.

En la vida del creyente no hay ningún momento o situación en los que no pueda amar y dar al prójimo una mirada de bondad, la ofrenda de un sufrimiento. Y poniéndonos ante el Crucificado es como podemos

alcanzar la fuerza y la audacia para entrar no en la rebelión del viejo Adán desobediente, sino en el movimiento de confiado abandono del Hijo obediente busque in finem, hasta el fin.

ORATIO

Tú eres gracia cuando me eliges por lo que soy y no por lo que valgo: tu gracia, Señor, es siempre gratuita. Tú eres gracia cuando tomas la iniciativa de amarme y no esperas mis tímidos avances: tu gracia, Señor, me previene y me sorprende siempre. Tú eres gracia cuando te manifiestas históricamente en el espacio y en el tiempo a través de acontecimientos, personas, cosas: tu gracia, Señor, se muestra siempre perceptible, concreta.

Tú eres gracia cuando te dejas entrever y saborear en el sentido de esplendor, de patriotismo y de alegría, de belleza, de gratuidad y de perdón: tu gracia, Señor, es siempre una experiencia gratificante.

Tu gracia seduce, porque, con tu ternura y compasión, con tu lealtad y fidelidad, vences el pecado y mis debilidades. Tu gracia, Señor, es siempre un don, puro don.

CONTEMPLATIO

«Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón» (Sal 94,8). Este «hoy» se extiende a cada nuevo día, mientras que se diga «hoy». Es un hoy que, como nuestra capacidad de aprender, dura hasta la consumación final. Así, el verdadero hoy, el día sin fin de Dios, vendrá a coincidir con la eternidad. Obedezcamos, pues, siempre a la voz del Verbo de Dios, porque este hoy es imagen eterna de la eternidad; más aún, el día es símbolo de la luz, y la luz de los hombres es el Verbo, en el que nosotros vemos a Dios [...].

El Señor, puesto que ama a todos los hombres, les invita «al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2,4), y es él mismo quien les

envía el Paráclito. ¿En qué consiste este conocimiento? En la piedad, es decir, en vivir conscientemente la propia relación con Dios. «Y la piedad es útil para todo», según san Pablo, «porque posee la promesa de la vida presente y de la vida futura» (1 Tim 4,8) [...]. Para asemejar el hombre a Dios, en la medida en que ello es posible, esta piedad nos da un maestro adecuado: Dios, que es el único que puede imprimir en el hombre, según su mérito, la semejanza divina.

El apóstol, que tiene la experiencia de esta obra divina de educación, escribe a Timoteo: «Desde la infancia conoces las Sagradas Escrituras, que te guiarán a la salvación por medio de la fe en Jesucristo» (2 Tim 3,15). Y son verdaderamente sagrados estos textos que santifican y divinizan. Sus letras y sus sílabas sagradas forman las obras que el mismo apóstol, en el mismo pasaje, llama «inspiradas por Dios, y es útil para enseñar, para persuadir, para reprender, para educar en la rectitud, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer el bien» (2 Tim 3,16ss). Las exhortaciones de los otros santos no podrían tener en absoluto la misma eficacia que las del Señor: él es verdaderamente quien ama al hombre, y su única obra es la salvación del mismo (Clemente de Alejandría, *Protréptico*, 9, París 1949, pp. 151-156 [edición española: *Protréptico*, Gredos, Madrid 1994]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: **«Pero cuanto más se multiplicó el pecado, más abundó la gracia»** (Rom 5,20).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El pecado es fuente de esclavitud: «Todo el que comete pecado es esclavo del pecado» (Jn 8,34). La experiencia cotidiana del hombre constata desde siempre esta límpida y neta afirmación de Cristo.

Empezamos a pecar por curiosidad (en ocasiones incluso por vanidad); continuamos por debilidad y por hábito; acabamos pecando por desesperación, porque ahora ya no conseguimos romper las cadenas. Llegados a este punto, nos persuadimos de que el pecado no existe; sólo hay tabúes que debemos derribar o, al menos, superar. De este modo, el hombre, creyendo afirmarse como libre señor de su propia vida, se vuelve el hazmerreír de las fuerzas del mal.

Para el Evangelio, el único pecado del que debe ocuparse el hombre es el suyo; en cuanto al de los otros, Jesús nos recomienda que no lo juzguemos. Para el Evangelio, la fuente del mal es el corazón del hombre: del corazón, es decir, del misterio de nuestra personalidad interior y del uso injusto de nuestra libertad, proceden todas las iniquidades, toda avidez, las corrupciones y las locuras que convierten la tierra en un lugar donde casi no parece posible vivir. Diríase incluso que, para el hombre moderno, el pecado parece que ya no existe o que, en todo caso, lo considera un fenómeno irrelevante. Sin embargo, el Evangelio continúa llamando a las cosas por su nombre. El pecado, para el Evangelio, es una realidad triste y universal. Es una calamidad tal que, si no intervienen el arrepentimiento y el perdón, tiene como desenlace la condenación eterna. Es tanta su gravedad que el Hijo de Dios acabó en la cruz para liberarnos de él.

El Señor me salva de mi pecado, concediéndome la gracia inesperada de empezar siempre de nuevo el intento de llevar una vida inocente. Ante nuestra fragilidad debemos redescubrir, por un lado, la plena y efectiva responsabilidad que nos viene de nuestra naturaleza de criaturas libres y dueñas de sus actos y, por otro, el poder de la gracia de Cristo, que es

capaz de darnos la fuerza que nosotros no poseemos por nosotros mismos. Se trata, en suma, de reafirmar nuestra libertad, aunque como «libertad redimida» (G. Biffi, *La meraviglia dell'evento cristiano*, Cásale Monf. 1996, pp. 307-309 passim).

[Principio del documento*](#)

Día 22

**Miércoles de la 29ª semana del
tiempo ordinario año impar**

**SAN JUAN PABLO II, Papa. Memoria
libre**

Karol Józef Wojtyła, conocido como Juan Pablo II desde su elección al papado en octubre de 1978, nació en Wadowice, una pequeña ciudad a 50 kms. de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Era el más pequeño de los tres hijos de Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Su hermano mayor Edmund (médico) murió en 1932 y su padre (suboficial del ejército) en 1941. Su hermana Olga murió antes de que naciera él.

Fue bautizado por el sacerdote Franciszek Zak el 20 de junio de 1920 en la Iglesia parroquial de Wadowice; a los 9 años hizo la Primera Comunión, y a los 18 recibió la Confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela Marcin Wadowita de Wadowice, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química (Solvay), para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

A partir de 1942, al sentir la vocación al sacerdocio, siguió las clases de formación del seminario clandestino de Cracovia,

dirigido por el Arzobispo de Cracovia, Cardenal Adam Stefan Sapieha. Al mismo tiempo, fue uno de los promotores del "Teatro Rapsódico", también clandestino.

Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el seminario mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica, hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946 de manos del Arzobispo Sapieha.

Seguidamente fue enviado a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en teología, con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz (*Doctrina de fide apud Sanctum Ioannem a Cruce*). En aquel período aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia, y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953 presentó en la Universidad Católica de Lublin una tesis titulada "Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler". Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el seminario mayor de Cracovia y en la facultad de Teología de Lublin.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado por Pío XII Obispo titular de Olmi y Auxiliar de Cracovia. Recibió la ordenación episcopal el 28 de septiembre de 1958 en la catedral del Wawel (Cracovia), de manos del Arzobispo Eugeniusz Baziak.

El 13 de enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967, con el

título de San Cesareo en Palatio, Diaconía elevada pro illa vice a título presbiteral.

Además de participar en el Concilio Vaticano II (1962-1965), con una contribución importante en la elaboración de la constitución *Gaudium et spes*, el Cardenal Wojtyła tomó parte en las cinco asambleas del Sínodo de los Obispos anteriores a su pontificado.

Los cardenales reunidos en Cónclave le eligieron Papa el 16 de octubre de 1978. Tomó el nombre de Juan Pablo II y el 22 de octubre comenzó solemnemente su ministerio petrino como 263 sucesor del Apóstol Pedro. Su pontificado ha sido uno de los más largos de la historia de la Iglesia y ha durado casi 27 años.

Juan Pablo II ejerció su ministerio petrino con incansable espíritu misionero, dedicando todas sus energías, movido por la "sollicitudo omnium Ecclesiarum" y por la caridad abierta a toda la humanidad. Realizó 104 viajes apostólicos fuera de Italia, y 146 por el interior de este país. Además, como Obispo de Roma, visitó 317 de las 333 parroquias romanas.

Más que todos sus predecesores se encontró con el pueblo de Dios y con los responsables de las naciones: más de 17.600.000 peregrinos participaron en las 1166 Audiencias Generales que se celebran los miércoles. Ese número no incluye las otras audiencias especiales y las ceremonias religiosas [más de 8 millones de peregrinos durante el Gran Jubileo del año 2000] y los millones de fieles que el Papa encontró durante las visitas pastorales efectuadas en Italia y en el resto del mundo. Hay que recordar también las numerosas personalidades de gobierno con las que se entrevistó durante las 38 visitas oficiales y las 738 audiencias o encuentros con jefes de Estado y 246 audiencias y encuentros

con Primeros Ministros.

Su amor a los jóvenes le impulsó a iniciar en 1985 las Jornadas Mundiales de la Juventud. En las 19 ediciones de la JMJ celebradas a lo largo de su pontificado se reunieron millones de jóvenes de todo el mundo. Además, su atención hacia la familia se puso de manifiesto con los encuentros mundiales de las familias, inaugurados por él en 1994.

Juan Pablo II promovió el diálogo con los judíos y con los representantes de las demás religiones, convocándolos en varias ocasiones a encuentros de oración por la paz, especialmente en Asís. Bajo su guía, la Iglesia se acercó al tercer milenio y celebró el Gran Jubileo del año 2000, según las líneas indicadas por él en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*; y se asomó después a la nueva época, recibiendo sus indicaciones en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, en la que mostraba a los fieles el camino del tiempo futuro. Con el Año de la Redención, el Año Mariano y el Año de la Eucaristía, promovió la renovación espiritual de la Iglesia.

Realizó numerosas canonizaciones y beatificaciones para mostrar innumerables ejemplos de santidad de hoy, que sirvieran de estímulo a los hombres de nuestro tiempo: celebró 147 ceremonias de beatificación -en las que proclamó 1338 beatos- y 51 canonizaciones, con un total de 482 santos. Proclamó a santa Teresa del Niño Jesús Doctora de la Iglesia. Amplió notablemente el Colegio cardenalicio, creando 231 cardenales (más uno "in pectore", cuyo nombre no se hizo público antes de su muerte) en 9 consistorios. Además, convocó 6 reuniones plenarias del colegio cardenalicio. Presidió 15 Asambleas del Sínodo de los obispos: 6 generales ordinarias (1980, 1983, 1987, 1990, 1994 y

2001), 1 general extraordinaria (1985) y 8 especiales (1980, 1991, 1994, 1995, 1997, 1998 (2) y 1999).

Entre sus documentos principales se incluyen: 14 Encíclicas, 15 Exhortaciones apostólicas, 11 Constituciones apostólicas y 45 Cartas apostólicas. Promulgó el Catecismo de la Iglesia Católica, a la luz de la Revelación, autorizadamente interpretada por el Concilio Vaticano II. Reformó el Código de Derecho Canónico y el Código de Cánones de las Iglesias Orientales; y reorganizó la Curia Romana. Publicó también cinco libros como doctor privado: "Cruzando el umbral de la esperanza" (octubre de 1994); "Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal" (noviembre de 1996); "Tríptico romano - Meditaciones", libro de poesías (marzo de 2003); "¡Levantaos! ¡Vamos!" (mayo de 2004) y "Memoria e identidad" (febrero de 2005).

Juan Pablo II falleció el 2 de abril de 2005, a las 21.37, mientras concluía el sábado, y ya habíamos entrado en la octava de Pascua y domingo de la Misericordia Divina. Desde aquella noche hasta el 8 de abril, día en que se celebraron las exequias del difunto pontífice, más de tres millones de peregrinos rindieron homenaje a Juan Pablo II, haciendo incluso 24 horas de cola para poder acceder a la basílica de San Pedro. El 28 de abril, el Santo Padre Benedicto XVI dispensó del tiempo de cinco años de espera tras la muerte para iniciar la causa de beatificación y canonización de Juan Pablo II. La causa la abrió oficialmente el cardenal Camillo Ruini, vicario general para la diócesis de Roma, el 28 de junio de 2005. El Papa Benedicto XVI lo beatificó el 1 de mayo de 2011. El Santo Padre Francisco lo canonizó, junto a Juan XXIII, el 27 de abril del 2014.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 6,12-18:
Ofreceos a Dios como quienes han vuelto a la vida desde la muerte.

Hermanos:

¹² Que no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal. No os sometáis a sus apetitos,

¹³ ni prestéis vuestros miembros como armas perversas al servicio del pecado. Ofreceos más bien a Dios como lo que sois, muertos que habéis vuelto a la vida, y haced de vuestros miembros instrumentos de salvación al servicio de Dios.

¹⁴ No tiene por qué dominaros el pecado, ya que no estáis bajo el yugo de la ley, sino bajo la acción de la gracia.

¹⁵ Entonces, ¿qué? ¿Nos entregaremos al pecado porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera!

¹⁶ Sabido es que si os ofrecéis a alguien como esclavos y os sometéis a él, os convertís en sus esclavos: esclavos del pecado, que os llevará a la muerte, o esclavos de la obediencia a Dios, que os conducirá a la salvación.

¹⁷ Pero, gracias a Dios, vosotros, que erais antes esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón la doctrina que os ha sido transmitida la y, liberados del pecado, os habéis puesto al servicio de la salvación.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** La lectura comienza con una orden (w. 12ss): no se trata de un deseo, sino de una exigencia. Exactamente la que deriva del acontecimiento histórico-salvífico que se ha llevado a cabo en la vida de cada creyente por medio del sacramento del bautismo. Del bautismo está hablando, efectivamente, Pablo en este capítulo de su carta, y ese sacramento ha de ser puesto como fundamento de cuánto va a comunicar a sus destinatarios.

«Todos a quienes el bautismo ha vinculado a Cristo hemos sido vinculados a su muerte. En efecto, por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo, quedando vinculados a su muerte, para que así como Cristo ha resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva» (w. 3ss). En consecuencia, también nosotros podemos caminar en una vida nueva (cf. v. 4). Y sobre esta novedad de vida construye Pablo ahora su discurso: es preciso que nos convirtamos en lo que ya somos, es menester que obremos de un modo consecuente con el don que hemos recibido, es necesario que vivamos en nuestra vida el misterio pascual de Cristo. Eso implica, sobre todo, dos cosas: morir al pecado y vivir en Cristo; dos momentos de un único estilo de vida, dos actitudes complementarias entre sí e igualmente necesarias. Lo que Pablo afirma deja entrever también un acento polémico contra algunos que, disociando los dos momentos del único misterio pascual, admitían la hipótesis de una existencia cristiana al son de la permisividad y del laxismo. Sin embargo, Pablo no puede ceder frente a semejantes desviaciones. La gracia del ministerio que ha recibido le hace responsable de sí mismo y de los otros.

De ahí se sigue que el estilo de vida cristiana que Pablo traza en esta página incluye, al mismo tiempo, un momento negativo y otro positivo, un compromiso contra el pecado y una adhesión a la gracia de Dios, una neta contraposición a la lógica de muerte que se propaga en el mundo y una adhesión total a la lógica de la vida nueva traída por Jesús. Pablo concluye su pensamiento con una acción de gracias (cf. v. 17) dirigida a Dios y motivada por el comportamiento de los cristianos de Roma, que habían comprendido ya las instancias

concretas de su fe en Cristo: ellos, en efecto, ya habían abandonado la esclavitud del pecado y se habían «puesto al servicio de la salvación» (v. 18).

Salmo responsorial

Sa/123, 1-3. 4-6. 7-8. (R.: 8a)

R. Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

V. Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte —que lo diga Israel—, si el Señor no hubiera estado de nuestra parte, cuando nos asaltaban los hombres, nos habrían tragado vivos: tanto ardía su ira contra nosotros. **R.**

V. Nos habrían arrollado las aguas, llegándonos el torrente hasta el cuello; nos habrían llegado hasta el cuello las aguas espumantes. Bendito el Señor, que no nos entregó en presa a sus dientes. **R.**

V. Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador; la trampa se rompió, y escapamos. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra. **R.**

Aleluya

Mt 24, 42a. 44

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Estad en vela y preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre. **R.**

Evangelio: Lucas 12,39-48: *Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará.*



En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

³⁹ Tened presente que, si el amo de la casa supiera a qué hora iba a venir el ladrón, no

le dejaría asaltar su casa.

⁴⁰ Pues vosotros estad preparados, porque a la hora en que menos penséis vendrá el Hijo del hombre.

⁴¹ Pedro dijo entonces: -Señor, esta parábola ¿se refiere a nosotros o a todos?

⁴² Pero el Señor continuó: -Vosotros sed como el administrador fiel y prudente a quien el dueño puso al frente de su servidumbre para distribuir a su debido tiempo la ración de trigo.

⁴³ ¡Dichoso ese criado si, al llegar su amo, lo encuentra haciendo lo que debe!

⁴⁴ Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

⁴⁵ Pero si ese criado empieza a pensar: «Mi amo tarda en venir», y se pone a golpear a los criados y a las criadas, a comer, a beber y a emborracharse,

⁴⁶ su amo llegará el día en que menos lo espere y a la hora en que menos piense, lo castigará con todo rigor y lo tratará como merecen los que no son fieles.

⁴⁷ El criado que conoce la voluntad de su dueño pero no está preparado o no hace lo que él quiere, recibirá un castigo muy severo.

⁴⁸ En cambio, el que sin conocer esa voluntad hace cosas reprobables, recibirá un castigo menor. A quien se le dio mucho, se le podrá exigir mucho; y a quien se le confió mucho, se le podrá pedir más.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*.. Las exhortaciones de Jesús dirigidas ahora a sus discípulos sacan a la luz la responsabilidad de todo creyente frente a la novedad del Evangelio y a sus instancias prácticas. Según el Maestro, el verdadero discípulo no sólo debe vigilar mientras espera, sino que debe conservarse fiel a lo que ha prometido, hasta que el Señor vuelva. Dice en efecto: «Tened presente»

(v. 39a). Se trata, pues, de un discernimiento que sólo es posible practicar si la fe, junto a la razón, se convierte en fuente de luz para nuestro camino. Saber no lo es todo, pero, a buen seguro, es una condición indispensable para estar dispuesto todo el tiempo que haga falta.

En medio del fragmento aparece una extraña pregunta de Pedro (cf. v. 41), que sirve de introducción a la parábola del administrador fiel y prudente. También éste, sin embargo, en un determinado momento, contempla la posibilidad de un olvido y de una falta de atención. La fidelidad y la prudencia parecen ser las dos cualidades que Jesús quiere recomendar a todos, pero sobre todo a sus discípulos. Al mismo tiempo, deja claro de una manera inequívoca la seriedad y el dramatismo del seguimiento evangélico. De ahí que, por una parte, resuene una bienaventuranza consoladora: «¡Dichoso ese criado si, al llegar su amo, lo encuentra haciendo lo que debe!» (v. 43); con ella quiere exhortar el Señor a la fidelidad, pero, al mismo tiempo, enuncia la promesa de una comunión definitiva. Por otra parte, resuena la amenaza de un castigo severo para todo el que no se mantenga fiel y activo en la espera. Ésos serán contados entre «los que no son fieles» (v. 46).

Los dos últimos versículos del fragmento evangélico son característicos de Lucas: en ellos se complace en acentuar la relación entre conocimiento y castigo (cf. asimismo 19,11-28) y aplica este juicio a los responsables de la comunidad.

MEDITATIO

Atosigados como estamos por tantos problemas, por las mil urgencias que nos acosan en nuestra vida diaria, la Palabra de Dios nos llama a lo esencial, a fijar sobre nosotros mismos una mirada serenamente

consciente de lo que Dios ha hecho por nosotros y de nosotros. San Pablo nos recuerda que somos «muertos que habéis vuelto a la vida», habitados por la fuerza y por el poder de Cristo resucitado, llamados a ofrecernos a nosotros mismos a Dios con alegría y gratitud en todo lo que llevemos a cabo, para que verdaderamente, tanto si comemos como si dormimos, seamos del Señor y nada sea extraño a este horizonte de pertenencia que enriquece y embellece nuestra existencia. Cuanto más hayamos experimentado en nosotros mismos y en los otros -tal vez en personas que nos son particularmente queridas o familiares- qué verdad es que el pecado somete y esclaviza al hombre hasta matarlo, tanto más se dilatará nuestro corazón en el servicio a Dios con alegría. Ay de nosotros si, como el siervo de la parábola, pensamos que el amo «tarda en venir». Nuestro amado Señor y Maestro está con nosotros para que vivamos con su gracia, de manera conforme a la vida nueva que él nos ha dado, y lleguemos a ser santos e inmaculados en su presencia en el amor. El camino -es siempre san Pablo el que nos lo indica- es la obediencia de corazón a la enseñanza de Jesús. Es un camino que va desde la escucha de la Palabra a la fracción del pan de la caridad juntos, desde el reconocimiento de Cristo presente en los pequeños y en los pobres al servicio generoso a los hermanos del que todos somos personalmente responsables. Es seguro que se nos pedirá cuentas de lo mucho que hemos recibido, pero sabemos también que el que nos juzgará será aquel que murió por amor a nuestro amor.

ORATIO

«¡Dichoso ese criado si, al llegar su amo, lo encuentra haciendo lo que debe!» Dichoso el que, solícito, cumple lo que tiene que hacer: su esperanza se verá recompensada

con el bien prometido. Dichoso el que, como atleta fiel, permanezca en la carrera: recibirá una corona incorruptible.

Dichoso el que, habiendo puesto la mano en el arado, no mira hacia atrás: recogerá frutos en abundancia. Dichoso el que procede con templanza y prudencia en el viaje: verá las alegrías eternas. Dichoso el que se muestra constante en la prueba: tendrá la suerte que Dios prepara a sus amigos. Dichoso el que afronta con buen ánimo las fatigas del deber: gozará con la recompensa de sus esfuerzos. Dichoso el que se prodiga a favor de los otros sin segundas intenciones: saboreará el triunfo final. Dichoso el que sirve y piensa en hacer el bien: estará aún mejor en el Reino de los Cielos.

Dichoso el que camina en la verdad desmenuzándola mientras va de camino: sus numerosos seguidores le darán la gloria. Dichoso el que haya dado a Dios tiempo para realizar sus designios: gustará la victoria de los fuertes. Dichoso el que hace su vida útil y santa: se le dará cien veces más. «¡Dichoso ese criado si, al llegar su amo, lo encuentra haciendo lo que debe!».

CONTEMPLATIO

San Pablo afirma esta verdad: «Si alguien está en Cristo, es una nueva creación» (2 Cor 5,17). Y para que no pensemos en una creación material, precisa: si alguien está en Cristo. La nueva creación es, por tanto, la que se nos revela a través de aquel que se adhiere a Cristo en la fe. Decidme, ¿es más grande el hecho de que el cielo u otro elemento creado se renueve o que un hombre pase del vicio a la virtud y abandone el error para ponerse al servicio de la verdad? Eso es precisamente lo que san Pablo llama «nueva creación».

Y no sólo esto, sino que añade de inmediato: «Las cosas viejas han pasado, he

aquí que lo hago todo nuevo» (2 Cor 5,17). El sentido de estas palabras está claro: los hombres, a través de la fe en Cristo, abandonan el fardo de sus pecados como si se despojaran de un vestido viejo; liberados del error, son iluminados por el Sol de justicia y, de este modo, se revisten de un vestido completamente nuevo y resplandeciente, una vestidura real. Ha irrumpido la gracia de Dios: es como si hubiera creado de nuevo las almas, las ha rehecho desde el interior, transformando no ya su naturaleza, sino su voluntad. Ahora ya no se permite a la mirada del espíritu el velo que cubría los ojos, y he aquí que la vista percibe con claridad todo el horror del vicio y la resplandeciente belleza de la virtud [...].

Así pues, todos juntos, vosotros que ya habéis sido bautizados desde hace mucho tiempo y vosotros que acabáis de recibir este don del Señor, escuchemos la exhortación del apóstol que nos dice: «Las cosas viejas han pasado, he aquí que lo hago todo nuevo». Olvidemos todo nuestro pasado. Puesto que ahora hemos sido hechos partícipes de una vida nueva, empeñémonos en transformar todo nuestro ser. Tengamos presente, en todo lo que digamos y hagamos, la dignidad de aquel que habita en nosotros (Juan Crisóstomo, Cuarta homilía bautismal XII, 14-16; París 1957, pp. 189-191).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «[Demos gracias a Dios porque os habéis puesto al servicio de la salvación](#)» (cf. Rom 6,17ss).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El Dios creador es libre. La criatura humana, plasmada según su imagen, también estará dotada de libertad. ¿Qué es lo que distingue, principalmente, al animal humano de los otros animales? Sobre todo, la

conciencia de sí, la voz de la conciencia, el libre albedrío, la capacidad de tomar decisiones éticas. Mientras que los otros animales obran siguiendo su propio instinto, el animal humano está en su propia conciencia en presencia de Dios, elige. Dios dice cada día al hombre: «Ante ti están la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Elige la vida y viviréis tú y tu descendencia» (Dt 30,19).

Sólo ejercitando su libertad se vuelve el hombre auténticamente humano. En un mundo que se va haciendo día a día más inhumano -un mundo aparentemente controlado por el psicoanálisis, por las estadísticas y por las máquinas-, es urgente reafirmar, por parte de los cristianos, el valor supremo de la libertad humana. No hay nada más decisivo en todo el universo que las elecciones ponderadas llevadas a cabo por personas dotadas de razón y de conciencia.

El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, puede alabar a Dios también por este mundo, restituir a su Creador como ofrenda la creación en una acción de gracias; y, mediante este acto de oblación, el hombre llega a ser verdaderamente humano, una persona en su integridad (K. Ware, *Riconoscerete Cristo in voi*, Magnano 1994, pp. 30-32, passim).

[Principio del documento*](#)

Día 23

**Jueves de la 29ª semana del
tiempo ordinario año impar**

**San Juan de Capistrano. Presbítero.
Memoria libre**

Juan de Capistrano (1386-1456), franciscano lleno de talento y predicador famoso, era un líder de muchedumbres. Trabajó primero en la reforma de su Orden en Francia. Luego recorrió toda Europa central para luchar contra la herejía de Juan

Hus. Tuvo finalmente que predicar la cruzada contra Turquía que amenazaba a Hungría. Murió en Austria.

Del Martirologio romano:

San Juan de Capistrano, presbítero de la Orden de Hermanos Menores, que luchó en favor de la disciplina regular, estuvo al servicio de la fe y costumbres católicas en casi toda Europa, y con sus exhortaciones y plegarias sustentó el fervor del pueblo fiel, defendiendo también la libertad de los cristianos. En la localidad de Ujlak, junto al Danubio, en el reino de Hungría, descansó en el Señor (1456).

LECTIO

Primera lectura: Romanos 6,19-23:

Ahora estáis liberados del pecado y hechos esclavos de Dios.

Hermanos:

¹⁹ Os estoy hablando al modo humano, haciéndome cargo de vuestra dificultad para comprender. Lo mismo, pues, que antes os entregasteis como esclavos a la impureza y a la iniquidad hasta llegar a la perversión, así ahora entregaos como esclavos al servicio de la salvación en busca de la plena consagración a Dios.

²⁰ En otro tiempo erais esclavos del pecado y no os considerabais obligados a buscar la salvación.

²¹ ¿No os avergüenza ahora el fruto que entonces cosechasteis? Porque el resultado de todo aquello fue la muerte.

²² Ahora, en cambio, liberados del pecado y convertidos en siervos de Dios, tenéis como fruto la plena consagración a él y como resultado final la vida eterna.

²³ En efecto, el salario del pecado es la muerte, mientras que Dios nos ofrece como don la vida eterna por medio de Cristo Jesús, nuestro Señor.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. Pablo sigue reflexionando sobre el

«gran paso» que se realiza en la vida del creyente tanto por la fe que alimenta como por el bautismo que recibe. Nos encontramos, en efecto, delante de una gran contraposición entre el pasado y el presente: dos tiempos separados entre sí por el misterio pascual de muerte y de vida, que fue de Jesús y ahora es de sus discípulos. Así pues, la vida cristiana es asimilable, para Pablo, a un viaje: es necesario saber de dónde venimos, pero es asimismo indispensable saber hacia dónde nos encaminamos. El camino de todo cristiano se desarrolla entre un pasado marcado por la esclavitud y un presente marcado por la libertad. El trecho de camino que nos queda por recorrer está trazado claramente por Dios, y su nombre es Jesús: el camino, el único camino que estamos llamados a conocer y a recorrer.

La vida cristiana, para Pablo, es semejante también a un servicio, marcado asimismo por una fuerte y decisiva separación. En efecto, del mismo modo que antes estábamos al servicio de la impureza y de la iniquidad, así ahora estamos al servicio de la justicia y de la santidad. Es como decir que, en cierto modo, el nombre debe reconocer que es «siervo» de alguien: si no se hace siervo de Dios, liberándose del pecado, acabará siendo siervo de Satanás, subyugado por el pecado.

Será bueno poner de relieve un detalle de este razonamiento desarrollado por Pablo. Es él quien insiste en el hecho de que «en otro tiempo erais esclavos del pecado y no os considerabais obligados a buscar la salvación» {cf. v. 20). Pero ahora, para explicitar el pensamiento del apóstol, ahora que hemos sido justificados o salvados por el amor de Dios mediante la fe, ya no somos libres respecto a la justicia, sino que nos hemos vuelto -y como tales nos

comportamos- siervos de la justicia, o sea, de Dios.

Salmo responsorial

Sa/1, 1-2. 3. 4 y 6. (R.: Sa/40, 5ab)

R. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

V. Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. **R.**

V. Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin. **R.**

V. No así los impíos, no así; serán paja que arrebatara el viento. Porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal. **R.**

Aleluya

F/p 3, 8-9

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él. **R.**

Evangelio: Lucas 12,49-53: *No he venido a traer paz, sino división.*

†

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

⁴⁹ He venido a prender fuego a la tierra; y ¡cómo desearía que ya estuviese ardiendo!

⁵⁰ Tengo que pasar por la prueba de un bautismo, y estoy angustiado hasta que se

cumpla.

⁵¹ ¿Creéis que he venido a traer paz a la tierra? Pues no, sino división.

⁵² Porque de ahora en adelante estarán divididos los cinco miembros de una familia, tres contra dos, y dos contra tres.

⁵³ El padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera, y la nuera contra la suegra.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** La humanidad está obligada a elegir frente a Cristo. No es posible permanecer indiferente ante su Evangelio y sus «pretensiones» correspondientes. Esto depende sobre todo del radicalismo de la propuesta de salvación que ha venido a traer el Nazareno: una propuesta impregnada de amor, frente a la que es preciso reaccionar por amor.

«He venido a prender fuego a la tierra» (v. 49): el tono del discurso es autobiográfico. Eso significa que para poder elegir qué hacer y cómo vivir es necesario, antes que nada, resolver el dilema sobre la identidad de Jesús: quien no le reconozca en su verdadera identidad no podrá llevar a cabo decisiones dignas del seguimiento de Jesús. «Un fuego... un bautismo...» (w. 49ss): no se trata del fuego del Espíritu Santo, ni siquiera del fuego del juicio, sino del vivo deseo que alimenta Jesús de pasar por el fuego purificador de su pasión y muerte. Igualmente, Jesús desea pasar a través de ese bautismo de sangre que será su sacrificio en la cruz. Desde esta perspectiva, las imágenes del fuego y del bautismo nos proyectan hacia el final de la vida terrena de Jesús y hacia la cima de su misterio, que culminará con la entrega total de sí mismo al Padre por amor a nosotros.

Frente al amor que nos ha atestiguado

Jesús, es menester reaccionar con amor, y es cosa sabida que el amor, el verdadero, es siempre muy exigente, en ocasiones desgarrador.

Ésa es la razón de que responder a la llamada evangélica implique, por un lado, dejar y, por otro, tomar. Dejar todo lo que es contrario al Evangelio y a sus exigencias radicales para tomar la única cosa necesaria; es más, la única persona necesaria: Jesús, hijo de Dios y redentor nuestro. La instancia ascética claramente dibujada por este fragmento evangélico tiene que ser leída desde la perspectiva de una vocación propuesta por Jesús a sus discípulos, y vuelta a proponer ahora a todos nosotros.

MEDITATIO

Del fragmento de san Pablo que hemos leído hoy se desprende una clara contraposición entre lo que los destinatarios de la carta eran en un tiempo, cuando eran esclavos del pecado, y lo que son ahora. Es posible que para nosotros esta realidad no sea tan clara: no hay en nosotros un pasado de impureza y desorden absoluto y un hoy de santidad y justicia, sino un camino de conversión en acto para llegar a ser según el corazón de Dios. Necesitamos ponernos a mendigar a diario la gracia del poder de la cruz, a invocar el don del Espíritu. Si constatamos nuestra lentitud en el camino de conversión, nos tranquiliza la certeza de que Dios es paciente y quiere atarnos a él de un modo cada vez más estrecho, para que podamos saborear qué grande es la libertad que deriva de nuestra pertenencia a él.

Sí, es paradójico, pero -como atestiguan los santos cuanto más somos poseídos por Dios, tanto más libres estamos de todo. No son éstas realidades comprensibles a la razón: sólo quien las vive las puede

reconocer fácilmente. Jesús nos habla en el evangelio de hoy del deseo que le consume de llevar a cabo la misión que le ha dado el Padre, aunque sabe demasiado bien lo que comporta el paso cruento a través de la cruz. Las mismas disposiciones interiores, el mismo anhelo de seguir a Jesús, a cualquier precio, se encuentran en el cristiano que ha adquirido la verdadera libertad haciéndose, por propia voluntad, esclavo de un Dios que es Amor.

ORATIO

Tu bautismo en el Jordán, Señor Jesús, me ha revelado el alcance de tu amor: Hijo de Dios, nacido por nosotros. Tu bautismo de sangre, Señor, me ha redimido por tu amor: fuego purificador de mis culpas. Tu resurrección, Señor, me ha mostrado el poder de tu amor: promesa consoladora de vida eterna. Tu ascensión, Señor, me ha asegurado la plenitud de tu amor: respiración vital y recreadora. Tu pentecostés, Señor, me inunda de tu amor: certeza perenne de luz y calor. Oh Señor, «renueva la faz de la tierra» y también mi vida.

CONTEMPLATIO

El amor se basta a sí mismo, gusta por sí mismo y por su propia causa; es mérito y recompensa de sí mismo. No busca fuera de él ninguna causa ni ningún fruto: su fruto es precisamente amar. Amo porque amo, amo para amar. Es una gran cosa el amor, siempre que se remonte a su principio y, vuelto a su origen, reservado en su fuente, tome siempre de ella para poder fluir de manera perenne. De todos los movimientos del alma, entre todos los sentimientos y los afectos, es el amor el único con el que la criatura puede responder a su Creador, si no de igual a igual, sí al menos de semejante a semejante [...]. El amor del Esposo -o mejor, el Esposo que es amor- sólo pide

reciprocidad de amor y fidelidad. En consecuencia, la amada debe amarle a su vez. ¿Cómo podría dejar de amar ella, que es esposa y esposa del Amor? ¿Cómo podría no ser amado el Amor?

Es justo entonces que, renunciando a todos los otros afectos, se entregue del todo a un único amor, pues a ella le toca corresponder al Amor mismo con amor. En efecto, aunque se derrame toda en amor, ¿qué proporción habrá en este amor suyo y el perenne manar de la fuente del mismo? No cabe la menor duda de que el flujo del amor no brota con la misma riqueza de quien ama y de aquel que es el Amor, del alma y del Verbo, de la esposa y del Esposo, del Creador y de la criatura: la abundancia de la fuente no es, a buen seguro, la del sediento.

¿Entonces? ¿Será, pues, vano, desaparecerá por completo el deseo de la que espera las nupcias? La aspiración de quien espera, el ardor del amante, la confianza de quien espera, ¿se verán decepcionados porque la esposa no pueda correr con el paso de un gigante, contender en dulzura con la miel, en mansedumbre con el cordero, en candor con el lirio, en luminosidad con el sol, en amor con aquel que es Caridad? No. En efecto, aunque la criatura ame menos porque es más pequeña, puede amar a pesar de todo con todo lo que es, y donde está el todo, nada falta. Por eso, como he dicho, amar así es una verdadera unión nupcial (Bernardo de Claraval, Sermones super Cántica Canticorum, Sermo LXXXIII, Roma 1958, II, pp. 300-302).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Ahora, en cambio, hemos sido liberados del pecado y convertidos en siervos de Dios*» (cf. Rom 6,22).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Cuando todavía éramos pecadores,

Cristo murió por nosotros» (Rom 5,8). Si el amor cristiano tiende a la imitación de Cristo, esta verdad primordial sobre la que se fundamenta todo el cristianismo no puede ser ignorada. El «prójimo», el más cercano a Cristo, es el más alejado. El Señor nos hace advertir, en el marco inequívoco que nos proporciona del juicio final (Mt 25), que detrás de este «alejado» que tiene hambre y sed, que está desnudo, enfermo, prisionero, es a él a quien encontramos, escondido a pesar de ser alcanzable, sin ser notado a pesar de ser experimentado en verdad. Ahora bien, cuando el Señor vino a buscar a los hombres, a amarlos, cuando dio la vida para volver a llevarlos a casa, el prójimo no era a buen seguro para él sólo un alma perdida, un hombre entre tantos. El amor no puede amar más que el amor. El amor de Dios, que invade todo el mundo y pasa por todos los extravíos, no puede amar más que a Dios. Cuando el Hijo pasa del Padre al mundo para ir a buscar a su enemigo y llevarle el amor del que éste carece, debe ver, a través de él, en él, a Dios: debe ver al Padre, que ha creado a este hombre, lo ha formado a su imagen y semejanza, le ha amado, llamado y marcado con una marca indeleble: la señal de la pertenencia al Hijo, al Verbo, a la redención y a la Iglesia [...].

La exigencia de que el amor no se detenga en el hombre, aunque sea en el más miserable, el más necesitado de amor, es lo que distingue el amor cristiano de todo tipo de humanitarismo puramente terreno. Es un amor dirigido a Dios a través del hermano: Dios en sí mismo y Dios para nosotros en Cristo y en la Iglesia. Y no puede ser más que así, porque el amor divino, el amor que viene de Dios, es infinito, y por eso debe extenderse hasta el mismo Dios [...]. Al amor cristiano no se le pide ciertamente

descubrir a Cristo, como en una especie de juego del escondite, «detrás» del hermano extranjero que «representaría» a Cristo, o incluso que ame a Cristo «en el puesto» del hermano, de modo que se instaure entre ambos un oscuro mecanismo de sustitución. Basta con que el cristiano ame a su hermano junto con Cristo: así lo amará con referencia al Padre (H. U. von Balthasar, *Die Gottesfrage des heutigen Menschen*, Viena 1956, pp. 208ss; 212-214 [edición española: *El problema de Dios en el hombre actual*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1966]).

[Principio del documento*](#)

Día 24

Viernes de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar

San Antonio María Claret. Obispo.

Memoria libre.

Antonio María Claret nace el 23 de diciembre del 1807 en Sallent, Barcelona. Después de los estudios primarios en su pueblo natal, sus padres lo mandan a estudiar a la capital para que en el futuro perfeccionara y acrecentara la industria textil de la familia. Pero Tonet siente otras inquietudes. El mismo decía: «El continuo pensar en máquinas y talleres me tenía agobiado... Cuando iba a misa, tenía más máquinas en la cabeza que santos en los altares». A los 21 años decide ingresar en el seminario de Vic y es ordenado sacerdote en 1835. Su inquietud misionera le lleva a Roma para ingresar en la Congregación de la Propagación de la Fe. Á causa de una repentina enfermedad, regresa a Barcelona. Comienza su labor pastoral en una parroquia, pero lo suyo es evangelizar toda la comarca, a ejemplo de Jesús. Se da cuenta de que no basta predicar con la palabra hablada y se

dedica también a la palabra escrita. Tras predicar por Cataluña, Canarias, Cuba y en el palacio de la reina Isabel II, muere con fama de santidad en un monasterio cisterciense. Pío XII lo declaró santo el 7 de mayo de 1950.

Del Martirologio romano:

San Antonio María Claret, obispo, que, ordenado presbítero, durante varios años se dedicó a predicar al pueblo por las comarcas de Cataluña, en España. Fundó la Sociedad de Misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de la Virgen María y, ordenado obispo de Santiago de Cuba, trabajó de modo admirable por bien de las almas. Habiendo regresado a España, tuvo que soportar muchas pruebas por la Iglesia, muriendo desterrado en el monasterio de monjes cistercienses de Fontfroide, cerca de Narbona, en el mediodía de Francia (1870).

Para México: Rafael Guízar y Valencia.

Obispo. Fiesta

San Rafael Guízar fue el primer Obispo hispanoamericano canonizado. Nació en Michoacán, México en 1878. Durante la Revolución de 1910, siendo sacerdote pero disfrazado, daba auxilio espiritual a los soldados moribundos. Desde que el Papa Benedicto XV le pidió ser Obispo, todos los que le conocieron se admiraban de su trato y celo pastoral. En medio de la persecución religiosa de la "cristiada" o "guerra cristera mexicana" decidió permanecer con su presbiterio y su grey a pesar del riesgo que eso conllevaba. En 2006 el Papa Benedicto XVI lo declaró santo y lo propuso como modelo para todos los obispos de América..

Del Martirologio romano:

En Ciudad de México, tránsito de Rafael Guizar Valencia, obispo de Veracruz, en México, que durante el tiempo de persecución estuvo desterrado o ejerció su ministerio episcopal de modo clandestino (1938).

LECTIO

Primera lectura: Romanos 7,18-25ª:
¿Quién me librará de este cuerpo de

muerte?

Hermanos:

¹⁸ Y bien sé yo que no hay en mí -es decir, en lo que respecta a mis apetitos desordenados- cosa buena. En efecto, el querer el bien está a mi alcance, pero el hacerlo no.

¹⁹ Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco.

²⁰ Y si hago el mal que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino la fuerza del pecado que actúa en mí.

²¹ Así que descubro la existencia de esta ley: cuando quiero hacer el bien, se me impone el mal.

²² En mi interior me complazco en la ley de Dios,

²³ pero experimento en mí otra ley que lucha contra el dictado de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mí.

²⁴ ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo, que es portador de muerte?

²⁵ ¡Tendré que agradecérselo a Dios por medio de Jesucristo, nuestro Señor.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*» El capítulo 7 de la carta de Pablo a los cristianos de Roma tal vez sea el más dramático, entre otras razones porque el apóstol considera en él no tanto la condición espiritual de la humanidad como nuestra situación de cristianos, salvados por la fe, pero siempre en lucha para la consecución de la salvación. No basta, en efecto, con conocer la ley de Dios para observarla; no basta tampoco -sería un irenismo espiritual desviado- con saber que la fe es capaz de salvarnos mediante un acto de abandono total al amor misericordioso de Dios. No basta siquiera con hacer nuestro, por medio de la fe, el misterio pascual de Jesús, que anima y sostiene asimismo la vida de todo verdadero discípulo suyo. El discurso de

Pablo se hace ahora mucho más concreto y personal, diríamos que casi autobiográfico.

En efecto, se trata de una descripción en primera persona del singular que, por una parte, nos permite entrar en el drama de Pablo y, por otra, nos ayuda a vivir con plena conciencia nuestro drama personal. Es cierto que hemos sido liberados de una terrible esclavitud -la del pecado y Satanás-, pero es igualmente cierto que día tras día estamos expuestos a otra esclavitud, la de la carne, la del mal, la de nuestros deseos más bajos.

En consecuencia, no podemos dejar de compartir el tono de esta página paulina ni dejar de considerarla también como plenamente nuestra. Basta releerla con honestidad para sentirnos implicados personalmente en las reflexiones, en las angustias y en el anhelo profundo que sube del corazón de Pablo: «¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo, que es portador de muerte?» (v. 24). En esta exclamación y en esta pregunta reconocemos todo el drama de Pablo, todo nuestro drama.

Salmo responsorial

Sa/118, 66. 68. 76. 77. 93. 94. (R.: 68b)

R. Instrúyeme, Señor, en tus decretos.

V. Enséñame la bondad, la prudencia y el conocimiento,
porque me fío de tus mandatos. **R.**

V. Tú eres bueno y haces el bien;
instrúyeme en tus decretos. **R.**

V. Que tu bondad me consuele,
según la promesa hecha a tu siervo. **R.**

V. Cuando me alcance tu compasión, viviré,
y tu ley será mi delicia. **R.**

V. Jamás olvidaré tus mandatos,
pues con ellos me diste vida. R.

V. Soy tuyo, sálvame,
que yo consulto tus mandatos. R.

Aleluya

Cf. Mt 11, 25

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Bendito seas, Padre, Señor del cielo y de
la tierra,
porque has revelado los misterios del reino
a los pequeños. R.

Evangelio: Lucas 12,54-59: *Sabéis
interpretar el aspecto de la tierra y del
cielo, ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo
presente?*

†

En aquel tiempo,

⁵⁴ Jesús se puso a decir a la gente: -Cuando
veis levantarse una nube sobre el poniente
decís en seguida: «Va a llover», y así es.

⁵⁵ Y cuando sentís soplar el viento del sur,
decís: «Va a hacer calor», y así sucede.

⁵⁶ ¡Hipócritas! Si sabéis discernir el aspecto
de la tierra y del cielo, ¿cómo es que no
sabéis discernir el tiempo presente?

⁵⁷ ¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos
lo que es justo?

⁵⁸ Cuando vayas con tu adversario para
comparecer ante el magistrado, procura
arreglarte con él por el camino, no sea que
te arrastre hasta el juez, el juez te
entregue al alguacil y el alguacil te meta en
la cárcel.

⁵⁹ Te digo que no saldrás de allí hasta que
hayas pagado el último céntimo.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*.. Jesús se dirige «a la gente»: a todos
incumbe, en efecto, el deber de saber

discernir «el tiempo presente» (v. 56), que
es un tiempo providencial y dramático; a
todos concierne saber juzgar «lo que es
justo» (v. 57), o sea, lo que en su vida está
de acuerdo o no con la voluntad de Dios. El
presente discurso sobre «los signos de los
tiempos» no hemos de considerarlo, por
consiguiente, como abstracto o académico;
al contrario, Jesús pretende llamar nuestra
atención sobre la extrema seriedad de la
vida que llevamos, de la historia que
estamos viviendo. Se trata de una instancia
evangélica que se repite, ésta: quien no la
acepta y no se esfuerza en vivirla merece
directamente de Jesús el calificativo de
«hipócrita».

No se trata, según Jesús, de una mera
incapacidad para leer los «signos de los
tiempos»: diríase que en ellos hay una
evidencia inmediata que ni siquiera los
ciegos pueden negar. Tampoco se trata,
aquí, de la actitud pecaminosa de quienes
viven como si no existiera Dios o, mejor,
como si no hubiera venido Jesús a nosotros
y, por consiguiente, como si la luz del
Evangelio no iluminara a cada hombre que
viene a este mundo. Se trata, más bien, de
hipocresía: la actitud de quien ve los signos
pero no quiere comprenderlos, esto es, no
quiere aceptar su evidencia, ni siquiera
quiere dejarse rozar por la luz que éstos
desprenden. Los verbos que Jesús usa son
«saber», «discernir», «juzgar», y este
relieve hace aún más evidente el significado
de las parábolas de Jesús. Como es obvio, se
trata de los signos que se manifiestan en la
vida de Jesús, y no es difícil comprender
cuáles son. Ciertamente, los signos de las
acciones milagrosas realizadas por él;
ciertamente, los signos muy fuertes, en
ocasiones, de sus palabras, de algunas de
sus palabras; ciertamente, los signos anexos
a toda su existencia terrena (vida oculta de

Nazaret y vida pública en Palestina). Pero se trata, sobre todo, de ese «signo» que ha sido y sigue siendo todavía la vida de Jesús considerada en su totalidad. Como los profetas de cierto tiempo, también Jesús es una profecía viva, una persona hecha profecía.

MEDITATIO

Pocas páginas como la que nos propone hoy san Pablo son capaces de expresar con un carácter más incisivo el drama que se consume en el interior de cada creyente. Así es, porque la lucha entre el bien y el mal no se desarrolla sólo fuera de nosotros, sino que llega hasta el interior de cada uno. El hombre se presenta despedazado en lo profundo de su ser entre la atracción del bien, por el que se siente irresistiblemente fascinado como la verdadera patria de su corazón, y del mal que le asedia, le rodea y le seduce con mil apariencias atractivas.

Pablo, intérprete capacitado de este trasiego, llega a exclamar: «¡Desdichado de mí!», y a sentir todavía con más fuerza el deseo de una paz que aplaque toda disidencia. Ahora bien, el apóstol no se detiene aquí. Va más allá y nos señala la verdadera originalidad del creyente: a él se le concede mirarse y examinarse no bajo un cielo vacío e implacable, sino bajo la mirada de Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. Sería desesperante tomar conciencia sólo de nuestros propios desgarros. El hombre de fe advierte con mayor agudeza el drama de su estar dividido, desgarrado, pero sabe también que hay remedio para todo esto, porque ya no está solo. Jesús, nuestra paz, ha venido a ponerse en el corazón de nuestra aventura humana, para que hasta en el fondo del abismo podamos sentirnos como hijos amados. El cristiano, si bien experimenta de una manera muy dolorosa su ser pecador, sabe también que ésta no es la

última palabra sobre su condición. En consecuencia, puede y debe dejar brotar de su corazón una plena acción de gracias, porque toda nuestra vida es ahora eucaristía al Padre por medio de Jesucristo.

ORATIO

Piedad, Señor, por mi pereza a la hora de satisfacer las necesidades ajenas; por mi superficialidad, que no es capaz de percibir el llanto de los pobres; por mi tranquilo vivir frente a injusticias incómodas; por tantas palabras inútiles, que se han quedado como vocablos sin corazón.

Piedad, Señor, por mi orgullo, incapaz de juicios imparciales; por mi intromisión, que ha arrebatado a otros su espacio vital; por haberme servido de las ideas de los otros para manifestar sus debilidades; por haber sido un censor rígido de los fallos ajenos y olvidar los míos de una manera culpable.

Piedad, Señor, por mis infidelidades cotidianas, por mi ingratitud -que ha tomado por descontado todo bien-, por mi presunción intolerante frente a la desaprobación, por haber pasado junto a quien estaba solo sin hacerme su prójimo. Piedad pido a la humanidad, y a ti, Señor, la libertad.

CONTEMPLATIO

Nadie como san Pablo ha mostrado lo que es el hombre, nadie como él ha puesto de relieve la grandeza de su naturaleza y las capacidades con las que está dotado.

Cada día se entregaba por completo y hacía frente a los peligros que le asediaban con un coraje siempre renovado, como atestiguan sus mismas palabras: «Olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno a la consecución de lo que está delante» (Flp 3,13). Y frente a la perspectiva de la muerte, invita a los otros a compartir su alegría diciendo: «Alegraos también vosotros y regocijaos conmigo» (2,18).

Exulta de nuevo en medio de los peligros, de las injurias y de las humillaciones, y escribe a los corintios: «Y me complazco en soportar por Cristo flaquezas, oprobios, necesidades, persecuciones y angustias» (2 Cor 12,10).

Para Pablo, sólo había que tener miedo y huir de una cosa: ofender a Dios; sólo había que desear una cosa: complacerle. Y no sólo no le atraían los bienes terrenos, sino ni siquiera los bienes eternos. De ahí se deduce qué ardiente era su amor a Cristo. Fascinado por él, no se dejó conquistar por la grandeza de los ángeles y de los arcángeles, ni por ninguna otra cosa. Tenía en sí mismo algo más grande que todo eso: el amor de Cristo. Con este amor se consideraba el más feliz de los hombres. Con este amor prefería estar entre los hombres; más aún, entre los despreciados, antes que estar sin él entre las personas de más autoridad y más honradas. Faltarle este amor habría sido para san Pablo la única verdadera pena, el infierno, el castigo, el mal infinito.

Todas las cosas de aquí abajo que no le comunicaban este amor le parecían carentes de sentido -ni penosas ni agradables-. Despreciaba todas las realidades visibles, del mismo modo que se hace poco caso de una planta que se marchita. Los pueblos agitados y sus jefes le parecían grandes como insectos. La muerte, los suplicios, los tormentos, le parecían juegos de niños, con tal de sufrir por Cristo. Habría considerado como un premio salir de este mundo para estar con Cristo; permanecer en la carne significaba para él un combate continuo. Sin embargo, eligió precisamente esto, considerándolo necesario para él. Permanecer separado de Cristo representaba para él una lucha y un sufrimiento mucho más pesados que todo lo

demás. Estar con él era el final de la lucha, el premio de la fatiga. Y Pablo eligió el combate por amor a Cristo (Juan Crisóstomo, *Le lodi di san Paolo*, homilía 2, en PG 50, cois. 447-481, passim).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo, que es portador de muerte?*» Rom 7,24).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El cristiano parte de un núcleo inicial: Dios es Palabra, Verbo, Palabra personal del Padre, Palabra creadora, Palabra que es vida y luz para los hombres. Esta palabra se ha hecho carne, es decir, ha penetrado en la criatura humana; carne designa aquí a la criatura en su extrema debilidad, casi junto a los confines de la nada. El sentido de es el hecho inicial es que tal condescendencia tuvo lugar para nuestra elevación, que este empobrecimiento tuvo lugar para enriquecernos, que esta humillación es nuestra más elevada promoción. Aquí se revela una línea constante del obrar de Dios: a él le gusta revestir las cosas más grandes con los vestidos más humildes y modestos. También la ciencia se ha dado cuenta de ello, y para penetrar en el fondo del misterio de la naturaleza ha pasado de la investigación sobre las cosas inmensas a la meditación sobre lo infinitamente pequeño: el átomo. ¡Qué formidable cantidad de energía se libera en pocos segundos del átomo! ¡Qué formidable cantidad de energía emana de la Palabra de Dios, que ha creado el átomo!

La Palabra de Dios es como el átomo, como la semilla. Bajo su aparente simplicidad y pobreza esconde una complejidad máxima, una capacidad máxima de transformación del hombre y de la vida. La parábola que estamos comentando, tras

haber trazado la procedencia, la riqueza, las intenciones de la palabra, presenta su drama: la semilla puede morir, la puede matar precisamente el ambiente que debería haberla hecho vivir. La Palabra de Dios puede ser aniquilada en cada uno de nosotros, porque Dios ofrece sus dones, pero no los impone, porque Dios, que nos ha dado la libertad, ni la retoma ni la pisotea. La libertad, sumo valor, se convierte así en algo que la hace más grande: riesgo, riesgo para el hombre y riesgo para Dios (G. Beviacqua, La parola ai padre Giulio Beviacqua, Brescia 1967, pp. 28ss).

- **En la conmemoración de la memoria libre de san Antonio María Claret**

ORATIO

Señor y Padre mío,
que te conozca y te haga conocer,
que te ame y te haga amar,
que te sirva y te haga servir,
que te alabe y te haga alabar
por todas las criaturas.

(Del padre Claret.)

CONTEMPLATIO

Inflamados por el fuego del Espíritu Santo, los misioneros apostólicos han llegado, llegan y llegarán hasta los confines del mundo, desde uno y otro polo, para anunciar la Palabra divina; de modo que pueden decirse con razón a sí mismos las palabras del apóstol san Pablo: nos apremia el amor de Cristo.

El amor de Cristo nos estimula y apremia a correr y volar con las alas del santo celo. El verdadero amante ama a Dios y a su prójimo; el verdadero celador es el mismo amante, pero en grado superior, según los grados de amor; de modo que, cuanto más amor tiene, por tanto mayor celo es compelido. Y si uno no tiene celo, es señal cierta de que tiene apagado en su corazón el

fuego del amor, la caridad. Aquel que tiene celo desea y procura, por todos los medios posibles, que Dios sea siempre más conocido, amado y servido en esta vida y en la otra, puesto que este sagrado amor no tiene ningún límite.

Lo mismo practica con su prójimo, deseando y procurando que todos estén contentos en este mundo y sean felices y bienaventurados en el otro; que todos se salven, que ninguno se pierda eternamente, que nadie ofenda a Dios y que ninguno, finalmente, se encuentre un solo momento en pecado. Así como lo vemos en los santos apóstoles y en cualquiera que esté dotado de espíritu apostólico.

ACTIO

Imitando la devoción de los claretianos a la Virgen María, repetir con ellos: **«Inmaculado Corazón de María, en vos confío».**

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Parábola del aprendiz de brujo Una meditación en tomo a la posmodernidad.

Cuenta esta historia que un joven aprendiz, en ausencia de su sabio maestro, puso en funcionamiento el artefacto inventado. El funcionamiento fue perfecto. Aquella maquinaria prodigiosa, en justa exhibición del talento que la había creado, iba destrozando todo lo que encontraba a su alrededor. La angustia del joven aprendiz fue creciendo más y más por no saber desactivar los mecanismos que detuvieran el invento. Las consecuencias de aquella curiosidad imprudente y la moraleja de la historia son fáciles de sacar.

Algo parecido le sucede al joven posmoderno. Por un lado se considera heredero de un ingente legado de posibilidades que le posibilitan vivir con el menor esfuerzo. Ahora bien, el manual de instrucciones no se tiene ni se sabe

interpretar o no se leen las contradicciones. Aquí está la danza maravillosa de la posmodernidad: los jóvenes disfrutan de todo lo que no se han esforzado en producir, pero también padecen sus más duras consecuencias. (De las fábulas del padre Claret.)

Principio del documento*

Día 25

Sábado de la 29ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Romanos 8,1-11: *el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros.*

Hermanos:

¹ Ya no pesa, por tanto, condenación alguna sobre los que viven en Cristo Jesús.

² La ley del Espíritu vivificador me ha liberado por medio de Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte.

³ Pues lo que era imposible para la ley, a causa de la fragilidad humana, lo realizó Dios enviando a su propio Hijo con una naturaleza semejante a la del pecado. Es más, se hizo sacrificio de expiación por el pecado y dictó sentencia contra él a través de su propia naturaleza mortal,

⁴ para que, así, los que vivimos no según nuestros desordenados apetitos, sino según el Espíritu, cumplamos la ley en plenitud.

⁵ Los que viven según sus apetitos subordinan a ellos su sentir, mas los que viven según el Espíritu sienten lo que es propio del Espíritu.

⁶ Ahora bien, sentir según los propios apetitos lleva a la muerte; sentir conforme al Espíritu conduce a la vida y a la paz.

⁷ Y es que nuestros desordenados apetitos están enfrentados a Dios, puesto que ni se someten a su ley ni pueden someterse.

⁸ Así pues, los que viven entregados a sus apetitos no pueden agradar a Dios.

⁹ Pero vosotros no vivís entregados a tales apetitos, sino que vivís según el Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, es que no pertenece a Cristo.

¹⁰ Ahora bien, si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo esté sujeto a la muerte a causa del pecado, el espíritu vive por la fuerza salvadora de Dios. ¹¹ Y si el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos hará revivir vuestros cuerpos mortales por medio de ese Espíritu suyo que habita en vosotros.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****•** La liturgia de la Palabra nos hará leer, a partir de hoy, la totalidad del capítulo 8 de la carta de Pablo a los Romanos. A buen seguro, es el capítulo más bello de todo el escrito; incluso, según no pocos estudiosos, es uno de los capítulos más bellos de todo el Nuevo Testamento. Su belleza procede también del contraste con el capítulo anterior, dotado de tonos extremadamente dramáticos, como ya hemos visto. A contraluz, las reflexiones de Pablo resultan ahora mucho más iluminadoras y reconfortantes.

El hombre es «carnal», es decir, esclavo del egoísmo que le conduce al pecado y a la muerte. Pero ahora vive bajo una ley nueva, «la ley del Espíritu vivificador me ha liberado por medio de Cristo Jesús» (y. 2). Los exégetas señalan que esta expresión es una síntesis de las famosas profecías de Jeremías (31,33) y de Ezequiel (36,27; 37,14). El creyente, renovado y transformado por el Espíritu de Dios, que le ha sido dado por Jesús, puede obedecer ahora a la voluntad de Dios, y ello no ya por

una constricción externa, sino por la ley interior de su nueva vida. Bien dijo santo Tomás de Aquino que «la ley del Nuevo Testamento es el Espíritu».

A partir de esta primera afirmación, el discurso de Pablo se desarrolla de manera lineal y lógica. En el centro de su pensamiento se encuentra, como es obvio, el magno acontecimiento de la encarnación del Verbo: *«Pues lo que era imposible para la ley, a causa de la fragilidad humana, lo realizó Dios enviando a su propio Hijo con una naturaleza semejante a la del pecado. Es más, se hizo sacrificio de expiación por el pecado y dictó sentencia contra él a través de su propia naturaleza mortal»* (v. 3). La vida cristiana es, por consiguiente, vida «espiritual», en el sentido más fuerte de la expresión: el cristiano, precisamente porque ha hecho suya la «ley del Espíritu» y porque el Espíritu habita en él, vive según el Espíritu, piensa en las cosas del Espíritu, alimenta los deseos del Espíritu, siente que pertenece al Espíritu y vive con la esperanza de experimentar el poder del Espíritu de Dios, que le hará resucitar de los muertos y partícipe de la gloria de Dios.

Salmo responsorial

Sal 23, 1-2. 3. 4. 5-6 (R.: cf. 6)

R. Dios anuncia la paz a su pueblo.

V. Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos. **R.**

V. ¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede estar en el recinto sacro?
El hombre de manos inocentes y puro
corazón,
que no confía en los ídolos. **R.**

V. Ése recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.
Ésta es la generación que busca al Señor,
que busca tu rostro, Dios de Jacob. **R.**

Aleluya

Ez 33, 11

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. No me complazco en la muerte del
malvado —dice el Señor—,
sino en que se convierta y viva. **R.**

Evangelio: Lucas 13,1-9: Si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.

†

En aquel tiempo,

¹ Llegaron unos a contarle lo de aquellos galileos, a quienes Pilato había hecho matar mezclando su sangre con la de los sacrificios que ofrecían.

² Jesús les dijo: -¿Creéis que aquellos galileos murieron así por ser más pecadores que los demás?

³ Os digo que no; más aún, si no os convertís, también vosotros pereceréis del mismo modo.

⁴ Y aquellos dieciocho que murieron al desplomarse sobre ellos la torre de Siloé ¿creéis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén?

⁵ Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis igualmente.

⁶ Jesús les propuso esta parábola: -Un hombre había plantado una higuera en su viña, pero cuando fue a buscar fruto en la higuera no lo encontró.

⁷ Entonces dijo al viñador: Hace ya tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro. ¡Córtala! ¿Por qué ha de ocupar terreno inútilmente?

⁸ El viñador le respondió: «Señor, déjala todavía este año; yo la cavaré y le echaré abono,

⁹ a ver si da fruto en lo sucesivo; si no lo da, entonces la cortarás».

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*.. Según un esquema frecuente en Lucas, después de una afirmación de Jesús sigue una ilustración por medio de una parábola. La enseñanza global es la siguiente: los signos de los tiempos deben ser leídos e interpretados no sólo en la vida de Jesús, sino también *en nuestra historia*, en nuestra vida personal. Sin embargo, es preciso estar en guardia contra el peligro de las pseudolecturas, dictadas más bien por nuestros preconceptos, del mismo modo que los contemporáneos de Jesús se dejaron desviar por una concepción de la retribución personal superada ahora, pretendiendo percibir en algunas calamidades un castigo de Dios dirigido contra los que las han sufrido.

Se trataba en esta ocasión de la matanza ordenada por Pilato de unos que estaban ofreciendo sus sacrificios en el templo, además del accidente fortuito de «*aquellos dieciocho*» que murieron aplastados bajo la torre de Siloé. El razonamiento de algunas personas anónimas que fueron a contarle estos hechos a Jesús está totalmente superado ahora: no es que Dios sea justo y se manifieste como tal porque ha castigado a esas personas, demostrando así que eran pecadoras. Jesús rechaza esa interpretación tan mezquina y simplista (*cf.* asimismo Jn 9,2ss); es más, afirma que esos hombres no eran peores que los otros. La desgracia que se ha abatido sobre ellos es sólo la señal del juicio que incumbe *a todos*. Se trata, por tanto, de un aviso de Dios dirigido a todos, también a nosotros, para que sepamos interpretar correctamente no los hechos de una historia pasada, sino unos hechos que sirven de contrapunto a la

historia presente.

La invitación de Jesús es, por consiguiente, clara e ineludible: urge convertirse a partir de una lectura inteligente de los signos de los tiempos, de los tiempos en los que vivimos, reconociendo también en ellos la presencia discreta, pero eficaz, de Dios, la presencia escondida, pero real, del Señor resucitado, la presencia de sus testigos. Todas estas presencias son otras tantas luces que iluminan nuestro camino.

MEDITATIO

No acabaremos nunca de leer el capítulo 8 de la Carta a los Romanos... En ella oímos resonar palabras verdaderas, capaces de dar razón del mal que hay en nosotros, pero, sobre todo, de abrirnos a la esperanza en virtud de la maravillosa realidad de nuestra liberación del pecado llevada a cabo por medio de Cristo Jesús. Nosotros estamos ahora bajo el señorío del Espíritu y se nos pide que vivamos según esta nueva modalidad. El Espíritu de Dios, en efecto, no permanece inactivo en nosotros. Somos nosotros quienes, distraídos y superficiales, nos dejamos distraer de la realidad de su presencia, fuente de paz, manantial de alegría, luz que proporciona una sensibilidad nueva para las palabras y los caminos de Dios.

El Espíritu pone en marcha una fuerza irresistible y suave que nos guía a la verdad completa y nos libera de los vínculos de la «carne». Ponernos cada vez más bajo el suave yugo del Espíritu es el camino de conversión al que estamos llamados. Nos lo recuerda también el fragmento evangélico en el que Jesús nos invita a reflexionar sobre algunos acontecimientos dramáticos. Todo debería impulsarnos a alcanzar la linfa buena del Espíritu que nos permita dar frutos buenos para nosotros y para los

hermanos.

Nadie, sin embargo, puede sustituirnos en la aceptación de las invitaciones que, continuamente, se nos dirigen para que nos adentremos en alta mar y nos dejemos conducir por el soplo del Espíritu en el gran mar de la libertad y del amor.

ORATIO

«Si no os convertís, también vosotros pereceréis del mismo modo».

Si la historia humana en su locura homicida que te mata ve sólo un pueblo, la historia divina ve en ese pueblo a *todos nosotros*. Oh Señor, haz que no pensemos nunca: «Yo soy mejor que los otros».

Si la historia humana encuentra pocos responsables para el dolor del mundo, para las persecuciones de tantos inocentes, para las penurias de muchos hambrientos, para el horror del odio que reina en diferentes frentes de la tierra, la historia divina nos encuentra en esos pocos a *todos nosotros*. Oh Señor, haz que no digamos nunca: «Estamos en nuestro sitio».

Si la historia humana considera que unos pocos malvados son causa de una sonrisa perdida y nunca vista, de una paz sólo soñada a causa de miedos infinitos, de una esperanza truncada por la droga mortífera, de niñas destruidas por la trata inhumana, de vidas radiantes marcadas por la muerte de guerras sin fin, la historia divina reconoce en esos malvados a *todos nosotros*. Oh Señor, haz que nos convirtamos, para ser testigos tuyos en un mundo que se siente fatigado de amar.

CONTEMPLATIO

Al ver Dios que el temor arruinaba el mundo, trató inmediatamente de volverlo a llamar con amor, de invitarlo con su gracia, de sostenerlo con su caridad, de vinculárselo con su afecto.

Por eso purificó la tierra, afincada en el

mal, con un diluvio vengador y llamó a Noé padre de la nueva generación, persuadiéndolo con suaves palabras, ofreciéndole una confianza familiar, al mismo tiempo que le instruía piadosamente sobre el presente y le consolaba con su gracia, respecto al futuro. Y no le dio ya órdenes, sino que con el esfuerzo de su colaboración encerró en el arca las criaturas de todo el mundo, de manera que el amor que surgía de esta colaboración acabase con el temor de la servidumbre y se conservara con el amor común lo que se había salvado con el común esfuerzo.

Por eso también llamó a Abrahán de entre los gentiles, engrandeció su nombre, lo hizo padre de la fe, lo acompañó en el camino, lo protegió entre los extraños, le otorgó riquezas, lo honró con triunfos, se le obligó con promesas, lo libró de injurias, se hizo su huésped bondadoso, lo glorificó con una descendencia de la que ya desesperaba: todo ello para que, rebosante de tantos bienes, seducido por tamaña dulzura de la caridad divina, aprendiera a amar a Dios y no a temerlo, a venerarlo con amor y no con temor.

Por eso también consoló en sueños a Jacob en su huida, y a su regreso le incitó a combatir y lo retuvo con el abrazo del luchador, para que amase al padre de aquel combate y no lo temiese.

Y, asimismo, interpeló a Moisés en su lengua vernácula, le habló con paterna caridad y le invitó a ser el liberador de su pueblo.

Pero así que la llama del amor divino prendió en los corazones humanos y toda la ebriedad del amor de Dios se derramó sobre los humanos sentidos, satisfecho el espíritu por todo lo que hemos recordado, los hombres comenzaron a querer contemplar a Dios con sus ojos carnales.

Pero la angosta mirada humana ¿cómo iba a poder abarcar a Dios, al que no abarca todo el mundo creado? La exigencia del amor no atiende a lo que va a ser o a lo que debe o puede ser. El amor ignora el juicio, carece de razón, no conoce la medida. El amor no se aquieta ante lo imposible, no se remedia con la dificultad. El amor es capaz de matar al amante si no puede alcanzar lo deseado; va a donde se siente arrastrado, no a donde debe ir.

El amor engendra el deseo, se crece con el ardor y, por el ardor, tiende a lo inalcanzable. ¿Y qué más? El amor no puede quedarse sin ver lo que ama: por eso los santos tuvieron en poco todos sus merecimientos si no iban a poder ver a Dios. Moisés se atreve por ello a decir: Si he obtenido tu favor, enséñame tu gloria. Y otro dice también: Déjame ver tu figura. Incluso los mismos gentiles modelaron sus ídolos para poder contemplar con sus propios ojos lo que veneraban en medio de errores (Pedro Crisólogo, *Sermón* 147, PL 52, 594ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, es que no pertenece a Cristo»* (Rom 8,9).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Este Espíritu de Cristo, al venir al creyente, a través de los sacramentos, la Palabra y todos los demás medios a su disposición, en la medida en que es acogido y secundado, es capaz de cambiar aquella situación interior que la ley no podía modificar.

He aquí como sucede esto. Mientras el hombre vive «para sí mismo», o sea, en régimen de pecado, Dios se le muestra inevitablemente como un antagonista y como un obstáculo. Hay, entre él y Dios, una sorda

enemistad que la ley no hace más que poner en evidencia. El hombre «ansia» con concupiscencia, quiere determinadas cosas, y Dios es el que, a través de sus mandamientos, le cierra el camino, oponiéndose a sus deseos con los propios: «Tú debes» y «Tú no debes».

La tendencia a lo bajo significa rebeldía contra Dios, pues no se somete a la Ley de Dios (Rom 8, 7). El hombre viejo se revuelve contra su creador y, si pudiera, querría incluso que no existiera. Basta que - o por culpa nuestra, o por contraposición, o por simple permisión de Dios- nos falte a veces el sentimiento de la presencia de Dios, para descubrir inmediatamente que no sentimos en nosotros más que ira y rebelión y todo un frente de hostilidad contra Dios y contra los hermanos que surge de la antigua raíz de nuestro pecado, hasta ofuscar el espíritu y darnos miedo a nosotros mismos. Y esto hasta que no estemos establecidos para siempre en esa situación de completa paz, en la que -como dice Juliana de Norwich- se está «plenamente contento de Dios, de todas sus obras, de todos sus juicios, contentos y en paz con nosotros mismos, con todos los hombres y con todo lo que Dios ama» (capítulo 49). Cuando, en la situación unas veces de paz y otras de contraposición que caracteriza la vida presente, el Espíritu Santo viene y toma posesión del corazón, entonces tiene lugar un cambio. Si antes el hombre tenía clavado en el fondo del corazón «un sordo rencor contra Dios», ahora el Espíritu viene a él de parte de Dios, le atestigua que Dios le es verdaderamente favorable y benigno, que es su «aliado», no su enemigo; le pone ante sus ojos todo lo que Dios ha sido capaz de hacer por él y cómo no se ha reservado ni a su propio Hijo. El Espíritu lleva al corazón del hombre «el amor de Dios» (cf. Rom 5,5). De

esta manera, suscita en él como otro hombre que ama a Dios y cumple a gusto lo que Dios le manda [cf. Lutero, *Sermón de Pentecostés*, ed. Weimar 12, p. 586ss). Por lo demás, Dios no se limita sólo a mandarle hacer o dejar de hacer, sino que él mismo hace con él y en él lo que manda. La ley nueva que es el Espíritu es mucho más que una «indicación» de voluntad; es una «acción», un principio vivo y activo. La ley nueva es la vida nueva. Por eso, mucho más a menudo que ley, se denomina gracia: *¡Ya no estáis en régimen de ley, sino en régimen de gracia!* (Rom 6, 14) (R. Cantalamessa, *La vida en el señorío de Cristo*, Edicep, Valencia 1988, pp. 162-163).

[Principio del documento*](#)

Día 26

XXX Domingo del tiempo ordinario ciclo "C"

LECTIO

Primera lectura: Eclesiástico 35,12-14.16-18: *La oración del humilde atraviesa las nubes.*

¹² El Señor es juez y no hace acepción de personas;

¹³ no favorece a nadie en perjuicio del pobre, sino que escucha el clamor del oprimido;

¹⁴ no desprecia la súplica del huérfano, ni las quejas que le expone la viuda.

¹⁶ Dios escucha al que sirve de buen grado, su plegaria llega hasta las nubes.

¹⁷ La oración del humilde atraviesa las nubes y no para hasta alcanzar su destino.

¹⁸ No desiste hasta que el Altísimo la escucha, juzga a los justos y les hace justicia.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

**• El autor de este fragmento sapiencial

-que se remonta al siglo II a. de C - propone una enseñanza que tiene que ver, al mismo tiempo, con Dios y con el orante. Presenta al Señor como juez sumamente justo que no hace acepción de personas y se inclina benévolo hacia los pobres, como atestigua de manera repetida el Antiguo Testamento en las llamadas leyes humanitarias. Dios mismo es vengador del huérfano y de la viuda (Ex 22,21 ss). Afirma también, por boca del profeta Isaías, que se inclina hacia quien teme su nombre y se confía a él con humildad: *«El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. Yo me fijo en el humilde y abatido que tiembla ante mi palabra»* (Is 66,1.2b).

Si Dios se pliega hacia el humilde, la Escritura muestra que la oración del pobre sube hasta él. Y así, a través de este movimiento de búsqueda recíproca entre Dios y el hombre, nos parece vislumbrar - entre el cielo y la tierra- la cruz en la que Jesús, el verdadero humilde y pequeño, se eleva, como oración perfecta, hacia el rostro del Padre, que espera hacer uso de su misericordia.

Salmo responsorial

Sa/ 33, 2-3. 17-18. 19 y 23 (R.: 7ab)

R. El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó.

V. Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R.

V. El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. R.

V. El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.

El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. R.

Segunda lectura: 2 Timoteo 4,6-8.16-18: *Me está reservada la corona de la justicia.*

Querido hermano:

⁶ Yo ya estoy a punto de ser derramado en libación, y ha llegado el momento de desplegar las velas.

⁷ He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he guardado la fe.

⁸ Sólo me queda recibir la corona de salvación que aquel día me dará el Señor, juez justo, y no sólo a mí, sino también a todos los que esperan con amor su venida gloriosa.

¹⁶ En mi primera defensa nadie me asistió; todos me abandonaron. ¡Que Dios los perdone!

¹⁷ El Señor me asistió y me confortó para que el mensaje fuera plenamente anunciado por mí y lo escucharan todos los paganos. Fui librado de la boca del león.

¹⁸ El Señor me librará de todo mal y me dará la salvación en su reino celestial. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Este fragmento de la segunda carta de Pablo a Timoteo se muestra rico y denso de inspiración. El apóstol expresa el presentimiento de su muerte inminente con dos imágenes. Una de ellas está tomada del culto; la otra, de la navegación. La primera es la «libación», es decir, el acto de verter aceite, vino o agua sobre la víctima antes de ser inmolada (cf. Ex 29,40; Nm 28,7), a fin de conferirle un claro valor sacrificial. La segunda es el acto de «desplegar las velas»: la nave, por fin dispuesta para zarpar, se

abandona al mar abierto. Las imágenes que vienen a continuación, tomadas de los usos deportivos y militares, acentúan la vida cristiana como lucha.

Pablo repasa en particular su propia experiencia apostólica como un combate «bueno» (literalmente, *kalós*, «bello»): noble, victorioso, desarrollado correctamente. «*He concluido mi carrera, he guardado la fe*», dice aún el texto, ofreciendo a través del paralelismo una asociación en la que vibra una nota de poesía en el texto griego. Por último, el Señor le dará a él, que ha guardado con fidelidad la «tradicición» que le había sido confiada, la «corona de salvación» reservada «a todos los que han amado [así debe traducirse al pie de la letra *egapekosi*] con amor su venida gloriosa» (v. 8). Por último, en los vv. 16-18 Pablo se refiere a la primera audiencia del proceso en el que, compareciendo como un «malhechor», fue abandonado por todos. El apóstol revive la experiencia de Jesús y, como él, perdona sin tener en cuenta el mal recibido. Sin embargo, el Señor no ha abandonado a su fiel ministro, pues todo ha concurrido al anuncio del Evangelio y al bien de los elegidos.

Aleluya

2 Co 5, 19ac

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo,
y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. R.

Evangelio: Lucas 18,9-14: *El publicano bajó a su casa justificado, y el fariseo, no.*

†

En aquel tiempo,

⁹ a unos que presumían de ser hombres de

bien y despreciaban a los demás les dijo esta parábola:

¹⁰ -Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano.

¹¹ El fariseo, erguido, hacía interiormente esta oración: «Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano.

¹² Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo».

¹³ Por su parte, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador».

¹⁴ Os digo que éste bajó a su casa reconciliado con Dios, y el otro no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*» Este fragmento del evangelio de Lucas es conocido como la parábola del fariseo y el publicano, aunque sería mejor hablar, en este caso, más que de «parábola» de un «relato ejemplar». En él se nos ofrece una enseñanza sobre las condiciones interiores de la oración.

El fariseo pertenece a la secta de los «separados», de los «puros», de aquellos que se habían arrogado la tarea de representar, con la observancia estricta de los mandamientos y la multiplicación de las obras, al verdadero Israel, a la comunidad del tiempo de la salvación. Todo lo que dice el fariseo de sí mismo es verdadero, pero precisamente esta «justicia» es lo que le vuelve impuro ante Dios, porque se considera autorizado a juzgar a los otros y a sentirse superior a ellos.

El publicano -el odiado recaudador de los impuestos para el Imperio romano- se

encuentra verdaderamente en una situación de pecado. Lo manifiesta asimismo en su actitud exterior. No se atreve a avanzar en el templo ni a levantar los ojos al cielo. Se golpea, en cambio, el pecho en un gesto que manifiesta su conciencia del mal que se esconde en el corazón humano.

La oración de cada uno de los dos hombres expresa su vida: la autosuficiencia de una pretendida justicia que hace al que así reza superior a los otros y se expresa a través de un extenso elenco de méritos; el pecado que nos hace pequeños ante Dios y los hermanos y que no tiene más palabras que la invocación: «Piedad». Sabemos quién fue grato a Dios y quién es entrañable a su corazón...

MEDITATIO

Nos sentimos siempre un tanto incómodos ante el pasaje evangélico del fariseo y del publicano. Nos desagrada un poco que haya sólo dos protagonistas. Nosotros, en efecto, no nos sentimos identificados con el fariseo, tan antipático en su actitud de persona de bien que mira a todos los otros de arriba abajo -incluso a Dios, si fuera posible-; sin embargo, tampoco nos identificamos con el publicano, porque es difícil reconocerse tan odiosamente pecadores, aunque al final quisiéramos ser «justificados» como él.

A decir verdad, hay un tercer personaje, presente en el relato, aunque invisible: somos nosotros. Soy yo, el que ahora lee la parábola. En mi corazón no está ni sólo el fariseo ni sólo el publicano, sino sucesivamente uno y otro, o bien ambos al mismo tiempo. Está el deseo de ser una persona agradable a Dios, una persona que de vez en cuando se cree superior a los otros; vienen, a continuación, momentos en los que, por gracia, se me concede advertir qué lejos ando de los sentimientos de

Cristo, y, entonces, ya ni siquiera me atrevo a levantar los ojos al cielo. La vida cristiana es, por tanto -como dice san Pablo-, una lucha, un combate, una carrera para conseguir, con una imploración incesante, llegar a ser dóciles y humildes, llegar a tener en nosotros *«los mismos sentimientos de Cristo Jesús»*, el cual no vino a aplastarnos con su superioridad, sino a hacerse pobre, pequeño, incluso pecado y maldito, para que nosotros pudiéramos ser justificados.

ORATIO

Señor Jesús, tu mandamiento de amarnos como tú mismo nos amaste nos hiere el corazón y nos haces des cubrir con dolor qué lejos andamos de habernos revestido de tus sentimientos de misericordia y de humildad. Estamos hechos de tal modo que conseguimos pecar incluso cuando nos dirigimos a tu Padre en oración. Ten piedad de nosotros. Danos tu Espíritu bueno. Enséñanos a ponernos a la escucha de su grito inexpresable, que es el único que puede llamar al Padre y obtener la salvación y la paz para nosotros.

CONTEMPLATIO

Es una cosa buena aprender la humildad según Cristo. Es posible extenuar nuestro propio cuerpo en poco tiempo con ayunos, pero no es fácil ni se puede conseguir en poco tiempo humillar el alma de modo que permanezca siempre humilde. Tenemos el corazón completamente endurecido y ya no percibimos qué son la humildad y el amor de Cristo. Ciertamente, esta humildad y este amor sólo es posible llegar a conocerlos con la gracia del Espíritu Santo, pero no nos damos cuenta de que es posible atraerlos a nosotros. ¡Oh, cómo debemos invocar al Señor para que dé a nuestra alma el Santo Espíritu de humildad. El alma humilde tiene una gran paz, mientras que el alma soberbia

se atormenta por sí misma.

El orgulloso no conoce el amor de Dios y se encuentra alejado de Él. Se ensoberbece porque es rico, sabio o famoso, pero ignora la profundidad de su pobreza y de su ruina, porque no ha conocido a Dios. En cambio, el Señor viene en ayuda de quien combate contra la soberbia, a fin de que triunfe sobre esta pasión. Para que puedas ser salvado, es necesario que te vuelvas humilde, puesto que, aunque se trasladara por la fuerza un hombre soberbio al paraíso, tampoco allí encontraría paz ni se sentiría satisfecho, y diría: «¿Por qué no estoy en el primer puesto?». Sin embargo, el alma humilde está llena de amor y no busca los primeros puestos, sino que desea el bien para todos y se contenta con cualquier condición. En virtud del amor, el alma desea para cada hombre un bien mayor que para sí misma, y goza cuando ve que los otros son más afortunados que ella, y se aflige cuando ve que se encuentran en el sufrimiento. El alma del hombre humilde es como el mar. Echa una piedra en el mar: apenas perturbará la superficie y de inmediato se hundirá. Así se hunden las aflicciones en el corazón del hombre humilde, porque el poder del Señor está con él (Archimandrita Sofronio, *Silvano del Monte Athos*, Turín 1973, pp. 274-281, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador»* (Lc 18,13).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El rostro de cada verdadero discípulo debe ser como el del Verbo encarnado, que se despojó él mismo de la gloria divina para asumir la condición de siervo, humillándose hasta la muerte de cruz [cf. Flp 2,6-8]. La verdadera humildad es rara de encontrar, porque pocos miran directamente a la cara a

Jesucristo. El hombre humilde no es ni será nunca un hombre prestigioso, alguien que se ha hecho siguiendo los criterios humanos, porque la humildad no puede ser consecuencia de una habilidad, fruto de una conquista. El hombre verdaderamente humilde no sabe que lo es; invadido por completo del santo temor de Dios - consciente de su propia nada-, está como un pobre que sólo se siente en deuda con su Señor; es como un pobrecito al que no le bastan nunca ni las palabras ni las fuerzas para excusarse de lo que es y para dar gracias por lo que recibe.

El secreto que conduce a la humildad consiste en dejar de vivir para nosotros mismos y vivir *para* el Señor y en el Señor. Consiste en ser capaces de negarnos verdaderamente a nosotros mismos, sin ostentación ni retórica, sin afectación ni convencionalismos, sino con naturalidad y sencillez. La vida concreta de todos los días constituye el banco de prueba. En efecto, si no nos quedamos en el ideal abstracto, sino que vamos a las situaciones reales de la vida, nos daremos cuenta de que no hay un solo aspecto de nuestra propia vida cotidiana que no deba ser puesto en el crisol de la purificación a través de la aceptación de lo que nos redimensiona y nos pone en nuestro justo lugar, en la humildad.

Al hombre humilde le gusta rodearse de silencio. Calla sobre sí mismo para darle todo el sitio a Dios. Es consciente de la nada que es y se siente deseoso de conocer lo que está llamado a convertirse en Cristo. Por lo demás, no hay nadie que pueda considerarse, razonablemente, mejor que los otros y en posesión de buenos títulos de mérito prescindiendo de la experiencia de la misericordia de Dios. Toda dignidad tiene su raíz en el sacrificio redentor de Cristo (A. M. Cánopi, *Nel mistero delta gratuita*, Milán

1998, pp. 62-67, *passim*).

[Principio del documento*](#)

Día 27

Lunes de la 30ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Romanos 8,12-17:
Habéis recibido un Espíritu de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!».

¹² Por tanto, hermanos, estamos en deuda, pero no con nuestros apetitos para vivir según ellos.

¹³ Porque si vivís según ellos, ciertamente moriréis; en cambio, si mediante el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis.

¹⁴ Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

¹⁵ Pues bien, vosotros no habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos, de nuevo bajo el temor, sino que habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y nos permite clamar: «Abba», es decir, «Padre».

¹⁶ Ese mismo Espíritu se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios.

¹⁷ Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, toda vez que, si ahora padecemos con él, seremos también glorificados con él.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** La reflexión teológica de Pablo se desarrolla en una línea nueva, aunque siempre íntimamente conexa con el comienzo del capítulo 8. El apóstol no se contenta ya con afirmar que el creyente en Cristo, mediante el bautismo, vive una vida nueva por el poder del Espíritu que habita en él y le anima, sino que especifica aún que esta vida es una vida de «hijos de Dios» (v. 16): es la filiación divina que caracteriza

ahora de una manera decidida al cristiano. Se trata, ciertamente, de una filiación adoptiva, pero real, auténtica, que debe ser entendida como participación en la vida de Dios por la mediación de Cristo Jesús, Hijo unigénito del Padre.

Como el apóstol, también nosotros estamos invitados, en primer lugar, a contemplar ese misterio, el misterio de la vida de Dios, vida trinitaria rebosante y difusiva. Esta vida es el misterio de la vida de Jesús, hijo unigénito del Padre, y es también la vida de los creyentes, signo y reflejo de la vida de Dios.

Precisamente porque somos hijos, no sólo estamos habilitados, sino también invitados a comportarnos con Dios con la libertad y la confianza de los hijos, por eso podemos gritarle: «¡Abba!» (v. 15), que, según el testimonio de los evangelios, es la palabra con la que Jesús se dirigía a Dios. La traducción exacta de esa invocación no es «padre», sino «papá», que expresa en términos todavía más claros la extrema confianza y ternura que caracteriza a nuestra relación filial con Dios.

«Y si somos hijos, también somos herederos» (v. 17): la reflexión de Pablo se cierra justamente con esta precisión ulterior de la riqueza -más aún, de la fortuna absolutamente nuestra- que supone ser hijos de Dios. En virtud de este don nos convertimos en titulares de otro beneficio, a saber: el de compartir con Jesús la herencia de la vida eterna, la plena y definitiva participación en la vida divina.

Salmo responsorial

Sal 67, 2 y 4. 6-7ab. 20-21. (R.: 21a)

R. Nuestro Dios es un Dios que salva.

V. Se levanta Dios, y se dispersan sus enemigos,

huyen de su presencia los que lo odian.
En cambio, los justos se alegran,
gozan en la presencia de Dios,
rebotando de alegría. **R.**

V. Padre de huérfanos, protector de viudas,
Dios vive en su santa morada.
Dios prepara casa a los desvalidos,
libera a los cautivos y los enriquece. **R.**

V. Bendito el Señor cada día,
Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación.
Nuestro Dios es un Dios que salva,
el Señor Dios nos hace escapar de la muerte. **R.**

Aleluya

Cf. Jn 17, 17b. a

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Tu palabra, Señor, es verdad;
santifícanos en la verdad. **R.**

Evangelio: Lucas 13,10-17: *A ésta, que es hija de Abrahán, ¿no era necesario soltarla de tal ligadura en día de sábado?*

†

¹⁰ Un sábado, estaba Jesús enseñando en una sinagoga,

¹¹ y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años estaba poseída por un espíritu que le producía una enfermedad; estaba encorvada y no podía enderezarse del todo.

¹² Jesús, al verla, la llamó y le dijo: -Mujer, quedas libre de tu enfermedad.

¹³ Le impuso las manos y, en el acto, se enderezó y se puso a alabar a Dios. ¹⁴ El jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús curaba en sábado, empezó a decir a la gente: -Hay seis días en los que se puede trabajar. Venid a curaros en esos días y no en sábado.

¹⁵ El Señor le respondió: -¡Hipócritas! ¿No suelta cada uno de vosotros su buey o su asno del pesebre en sábado para llevarlo a beber?

¹⁶ Y a ésta, que es una hija de Abrahán, a la que Satanás tenía atada hace dieciocho años, ¿no se la podía soltar de su atadura en sábado?

¹⁷ Al hablar así, quedaban confusos todos sus adversarios, pero toda la gente se alegraba por los milagros que hacía.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*.. El evangelista Lucas nos propone el relato de un milagro, uno de los muchos que hizo Jesús y, sin embargo, un milagro singular, en virtud de una circunstancia cronológica que lo vuelve problemático, casi inaceptable para algunos contemporáneos suyos. Este milagro desencadena, en efecto, la famosa polémica en torno al sábado, una polémica que ya conocemos por otras páginas evangélicas (cf. Le 6,6-11 y 14,1-6).

La beneficiaria es una mujer a la que un espíritu maligno mantenía enferma desde hacía dieciocho años (cf. v. 11). Lucas se complace en acentuar esta especial atención de Jesús con un miembro de una categoría débil de la sociedad de aquella época, precisamente las mujeres. Jesús no sólo la cura de su enfermedad, sino que la defiende frente a los ataques de sus adversarios. Jesús es, en efecto, el Mesías de los pobres, de los últimos, de los marginados y, en cuanto tal, a Lucas le gusta presentarle también en esta página. El jefe de la sinagoga se indigna -dice el relato de Lucas-, y esta indignación desencadena la polémica entre él y Jesús. Pero, como siempre, la polémica conduce a una clarificación, una clarificación que también necesitamos en nuestros días.

La cuestión es siempre la misma: ¿qué

criterios deben inspirar los hechos, los compromisos y las opciones en el día del Señor? Frente a un legalismo miope y mezquino, Jesús remacha que es preciso vivir según el espíritu de la ley y no dejarse embaucar sólo por la letra. Hasta los mandatos más nobles de una ley como la de Moisés, que también es de origen divino, si no pasan por la criba de un espíritu nuevo - el espíritu evangélico-, corren el riesgo de esconder intenciones mezquinas y triviales hipocresías para el cristiano, para el discípulo de Jesús. Por eso llama Jesús «hipócritas» a sus interlocutores, pretendiendo dismantelar su intransigencia a la hora de aplicar la ley a los otros, mientras que se muestran hábiles para encontrar excepciones cuando se trata de aplicarse la ley a ellos mismos. Jesús no puede callar frente a tamaña hipocresía.

MEDITATIO

Podemos entrever cierta analogía entre las dos lecturas sobre las que estamos meditando. Por un lado, Pablo nos invita a vivir según el Espíritu, a superar el espíritu de esclavos, a vivir en la libertad que nos ha dado el Espíritu, a gritar: «¡Abba!», cuando hablemos con Dios.

En efecto, nos consideramos -«y lo somos realmente»- hijos de Dios (cf. 1 Jn 3,1). Por otro lado, Jesús nos da ejemplo de cómo vivir como hijos, de cómo manifestar nuestra verdadera libertad, de cómo tender a una curación perfecta confiando totalmente en la ayuda de Dios. Comparando esta doble, aunque unitaria, enseñanza con nuestra vida, con la experiencia de todos los días, no podemos dejar de sentirnos provocados a realizar un examen de conciencia, una confrontación entre el ideal y la realidad de nuestra vida, entre la nueva ley del Espíritu que da la vida y las opciones diarias que a menudo dejan bastante que

desear. Esa confrontación si, por una parte, nos conduce a constatar la gran distancia que media entre nuestro ser libres con la libertad de los hijos de Dios y nuestro hacernos esclavos de algunos «amos» que consiguen ejercer derechos sobre nosotros, por otra no puede dejar de desembocar en un sentimiento de gratitud y de estupor, por el simple hecho de que frente a nuestra debilidad y nuestra impotencia para vivir como verdaderos hijos de Dios se yergue siempre el amor misericordioso de aquel que es nuestro Padre y desea ser invocado por nosotros como «papá». Al querer actualizar este discurso, acude de una manera espontánea a nuestra mente advertir que el mundo en el que hoy vivimos espera con impaciencia, sobre todo de los cristianos, un testimonio vigoroso sobre la verdadera libertad, que marca a toda persona humana consciente de su dignidad, antes aún de caracterizar a cada cristiano.

ORATIO

Padre, tú eres mi creador, porque, en la plenitud de tu amor, has pensado en mí desde siempre y me has engendrado en el tiempo. Tú eres mi guía, porque con tus intervenciones evidentes o inescrutables me conduces a través del discernimiento a optar por el bien. Tú eres mi fuerza, porque con tu firmeza y delicadeza me impulsas hacia la realización de mi ser personal y original.

Tú eres mi refugio, porque con tu compasión infinita soportas mis errores. Tú eres mi pedagogo, porque, a través de la experiencia dolorosa de mis carencias, me llevas como «sobre alas de águila». Tú eres mi providencia, porque te has hecho y te haces presente en todas mis necesidades y crisis.

Tú eres mi faro, porque mis pasos, frecuentemente inseguros y lentos, siempre

encuentran encendida la lámpara de tu Palabra. Tú eres mi autoridad, porque con la autoridad de tus preceptos me enseñas los valores y los ideales que dan sentido a la vida. Tú eres mi Padre: ¡te pareces mucho a mi papá!

CONTEMPLATIO

Y, como el bienaventurado apóstol nos enseña, «en cuanto a nosotros, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios gratuitamente nos ha dado» (1 Cor 2,12); y el mismo Dios sólo acepta como culto piadoso el ofrecimiento de lo que él nos ha concedido. ¿Y qué podremos encontrar en el tesoro de la divina largueza tan adecuado al honor de la presente festividad como la paz, lo primero que los ángeles pregonaron en el nacimiento del Señor? La paz es la que engendra los hijos de Dios, alimenta el amor y origina la unidad, es el descanso de los bienaventurados y la mansión de la eternidad.

El fin propio de la paz y su fruto específico consiste en que se unan a Dios los que el mismo Señor separa del mundo. El apóstol nos invita a buscar esta paz cuando dice: «Así pues, quienes mediante la fe hemos sido redimidos, estamos en paz con Dios» (Rom 5,1). Esta frase, en su brevedad, resume aquello a lo que tienden casi todos los mandamientos, porque allí donde está la verdadera paz no puede faltar ninguna virtud.

En efecto, carísimos, estar en paz con Dios significa querer lo que él ordena y no querer lo que él prohíbe. Si la amistad humana exige afinidad de sentimientos y armonía de voluntad, y si la diversidad de los modos de ser no puede conducir nunca a una concordia estable, ¿cómo podremos ser partícipes de la paz de Dios buscando

nuestro placer en las cosas que sabemos que le ofenden? No es ése el espíritu de los hijos de Dios [...].

Es grande el misterio del amor de Dios. Se trata de un don que supera a todos los dones. Dios llama al hombre hijo suyo, y el hombre se dirige a Dios llamándole Padre [...]. Por eso, «los que no nacen por vía de generación humana, ni porque el hombre lo desee, sino que nacen de Dios» (Jn 1,13), ofrezcan al Padre sus corazones de hijos unidos en la paz; todos los hombres convertidos en hijos adoptivos se reúnen en aquel que es el primogénito en esta nueva creación (León Magno, Sexto sermón para Navidad, 3ss y 5; París 1947, pp. 128-136).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Rom 8,14).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El Concilio Vaticano II ha hablado de libertad, refiriéndola a muchas cosas. Libertad es una palabra mágica. Debe ser estudiada con seria y serena diligencia, si no queremos apagar la luz y convertirla en un término de confusión equívoca y peligrosa [...].

Simplificando bastante la inmensa y compleja materia relativa a la libertad, podemos observar, en primer lugar, que el Concilio no ha descubierto en absoluto o inventado la libertad. Ha reivindicado para la conciencia personal sus derechos inalienables, los ha sufragado con la magnífica teología del Nuevo Testamento, los ha proclamado para todos en el ámbito de la sociedad civil. O sea, que ha sostenido, además de la existencia, el ejercicio de la libertad en dos direcciones principales: la dirección personal, admitiendo un alto grado de autonomía para todo hombre,

reconociendo su dominio a la conciencia, regla próxima e indeclinable de la acción moral, por ello tanto más necesitada de ser iluminada por la verdad y sostenida por la gracia, cuanto más tiende a determinarse por sí sola; y la dirección social, exigiendo una verdadera y pública libertad religiosa, en un clima, no obstante, de respeto de los derechos del otro y del orden público, y sosteniendo el «principio de subsidiaridad», el cual, en una sociedad bien organizada, apunta a dejar la más amplia libertad posible a las personas y a los entes subalternos, y a hacer obligatorio sólo lo que es necesario para un bien importante, que no se puede alcanzar de otro modo, y, en general, para el bien común.

La mentalidad favorecida por las enseñanzas del Concilio lleva el juego de la libertad [...] al fuero interno de la conciencia; por tanto, tiende a templar la injerencia de la ley exterior, pero tiende a incrementar la de la ley interior, la de la responsabilidad personal, la de la reflexión sobre los deberes supremos del hombre [...]. Ahora bien, deberemos ser conscientes al mismo tiempo de que nuestra libertad cristiana no nos sustrae a la ley de Dios, en sus exigencias supremas de humana sensatez, de seguimiento evangélico, de ascetismo penitencial y de obediencia al orden comunitario propio de la sociedad eclesial. La libertad cristiana no es carismática, en el sentido arbitrario que hoy se arrogan algunos: «Sois libres, pero no utilicéis la libertad como pretexto para el mal, sino para servir a Dios» (1 Pe 2,1 ó) (Pablo VI, Discorsi del mercoledì, de 9 luglio 7 969, en L'Osservatore Romano del 10 de julio de 1969).

[Principio del documento*](#)

Día 28

San Simón y san Judas, apóstoles. Fiesta

El evangelista Lucas califica al apóstol Simón de «zelota» (Lc 6,15), probablemente por el hecho de que formó parte del grupo antirromano de los zelotas. Mateo y Marcos, en cambio, le califican de «cananeo» (Mt 10,4; Mc 3,18). Mateo (10,3) y Marcos (3,18) llaman «Tadeo» al apóstol Judas, mientras que Lucas le llama «Judas el hijo de Santiago» (Le 6,16). Este Judas es el que dirigió a Jesús en la última cena estas palabras: «Señor, ¿cuál es la razón de manifestarte sólo a nosotros y no al mundo?» (Jn 14,22). Una carta, muy breve, del Nuevo Testamento lleva el nombre de este apóstol. La fiesta de los dos santos apóstoles aparece en el calendario de san Jerónimo, del siglo VI, y en Roma empezó a celebrarse a partir del siglo IX.

Del Martirologio romano:

Fiesta de los santos Simón y Judas, apóstoles, el primero apellidado Cananeo o Zelotas, y el segundo, hijo de Jacob, llamado también Tadeo, y que en la última cena preguntó al Señor acerca de su manifestación, recibiendo esta respuesta: El que me ame, observará mi palabra, y el Padre mío le amará, y vendremos a él y haremos nuestra mansión en él.

LECTIO

Primera lectura: Efesios 2,19-22: *Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles.*

Hermanos:

¹⁹ ya no sois extranjeros o advenedizos, sino conciudadanos dentro del pueblo de Dios; sois familia de Dios,

²⁰ estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular

²¹ en quien todo el edificio, bien trabado, va creciendo hasta formar un templo consagrado al Señor,

²² y en quien también vosotros vais formando conjuntamente parte de la construcción, hasta llegar a ser, por medio del Espíritu, morada de Dios.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

**. Para el apóstol Pablo, el misterio de Cristo y el misterio de la Iglesia están íntimamente conectados.

Cristo es nuestra paz: en él todos, tanto los alejados (los paganos) como los cercanos (los judíos), encuentran el camino de la reconciliación y de la unidad. Ya no hay dos pueblos, sino uno sólo, ya no hay separación entre diferentes, sino unidad entre semejantes. Todo esto es don de Dios Padre, por medio de Cristo el Señor, en el Espíritu Santo.

En este contexto, el apóstol imagina a la Iglesia como un gran edificio, como un templo santo, como la morada de Dios. Los fundamentos de ese edificio, en el que todos habitan y viven como «conciudadanos dentro del pueblo de Dios; sois familia de Dios» (v. 19), son los apóstoles y los profetas. La «piedra angular», sin embargo, es «el mismo Cristo Jesús» (v. 20): él es la clave de bóveda que consolida el conjunto, en él encuentra todo el edificio su compactibilidad y puede crecer de una manera ordenada.

Desde esta perspectiva cristológica, la doctrina eclesiológica de Pablo asume una claridad absolutamente particular. En ella la presencia, el papel y el ministerio de los apóstoles asume toda su importancia. La Iglesia de Cristo, por consiguiente, es una, santa, católica y apostólica: en el sentido de que en ella los apóstoles, por voluntad de Dios y por una opción histórica de Jesús, constituyen el fundamento de la comunidad de los creyentes.

Salmo responsorial

Sa/18, 2-3. 4-5 (R.: 5a)

R. A toda la tierra alcanza su pregón.

V. El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregonar la obra de sus
manos:

el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra. **R.**

V. Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje. **R.**

Aleluya

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. A ti, oh Dios, te alabamos, a ti, Señor, te
reconocemos;
a ti te ensalza el glorioso coro de los
apóstoles, Señor. **R.**

Evangelio: Lucas 6,12-16: *Escogió de
entre ellos a doce, a los que también nombró
apóstoles.*

Sucedió que,

¹² por aquellos días, Jesús se retiró al
monte para orar y pasó la noche orando a
Dios.

¹³ Al hacerse de día, reunió a sus discípulos,
eligió de entre ellos a doce, a quienes dio el
nombre de apóstoles:

¹⁴ Simón, a quien llamó Pedro, y su hermano
Andrés, Santiago y Juan, Felipe y
Bartolomé,

¹⁵ A Mateo, Tomás y Santiago, el hijo de
Alfeo, Simón llamado Zelota,

¹⁶ Judas el hijo de Santiago y Judas
Iscariote, que fue el traidor.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Jesús manifiesta una atención
absolutamente particular respecto a los

Doce, sus discípulos: primero los elige,
después los instituye como colegio (Mc 3,13-
19) y, más tarde, los envía en misión (Mt
10,1-15). Así pues, dentro del grupo de sus
discípulos, Jesús reserva a los Doce un
trato absolutamente especial: a buen seguro
en vistas a su misión, que es también
especial. Para proceder a esta elección
decisiva de su ministerio público, Jesús se
prepara -y Lucas lo subraya- pasando toda
una noche orando en el monte. Por eso, en la
tradición de la Iglesia toda gran decisión se
prepara con una intensa y prolongada
oración.

Antes de elegirlos, Jesús llama a sus
discípulos: la vocación figura siempre en el
origen de toda institución o ministerio
eclesial. Después de haberlos llamado,
Jesús les impone el nombre de «apóstoles».
Aunque este título les parece tener color y
origen pascual a los especialistas, aquí Lucas
lo atribuye ante litteram a los Doce con la
intención evidente de expresar la
importancia que tiene este colegio en el
seno de la Iglesia que Jesús va a fundar.

MEDITATIO

La liturgia de hoy nos pone ante la
relación entre oración y misión. En primer
lugar, es Jesús el que aparece como modelo
insustituible. Su ejemplaridad está
explicitada por el evangelista Lucas de un
modo totalmente evidente, y no sólo en
ésta, sino también en muchas otras
circunstancias. Permanecer en oración antes
de decidir, orar para discernir según el plan
de Dios, orar en vistas a las grandes
decisiones de la vida, tanto en el ámbito
personal como en el comunitario: desde esta
perspectiva, no hemos de considerar la
oración como un momento separado de la
vida, sino como una actitud previa que nos
introduce en la experiencia personal y
eclesial.

Emprender la misión después de que la comunidad y su responsable se hayan recogido en una prolongada oración significa confiar la misión y su desenlace a aquel que es su primer responsable: el dueño de la viña, el pastor del rebaño, el Señor de su pueblo. Cuando se dice que la oración es vida y que la vida puede ser oración no se hace otra cosa más que confirmar la certeza de que, en una visión de fe, todo sucede por voluntad divina, por la voluntad de Aquel a quien nos confiamos precisamente mediante la oración.

ORATIO

El mundo tiene necesidad de ti, Señor: envía a tus apóstoles para que lleguen a los últimos confines de la tierra y proclamen en tu nombre la Buena Noticia de Jesús muerto y resucitado.

El mundo tiene necesidad de ti, Señor: elige también hoy entre nosotros a personas capaces de representarte y de hablar en tu nombre con un extremo valor en cualquier situación de vida.

El mundo tiene necesidad de ti. Señor: no sólo la parte de la humanidad que no te conoce todavía, sino también la que, aun conociéndote, no te reconoce como único Señor y maestro.

El mundo tiene necesidad de ti, Señor: te pedimos con todo el impulso de nuestro corazón que tu Iglesia, de una manera valerosa y humilde, se haga portavoz tuyo y te proclame ante toda la humanidad como el único Señor y Salvador.

CONTEMPLATIO

Sí, la esperanza. Si esta virtud no nos sostiene, no es cierta nuestra perseverancia y podremos perdernos por el camino, lo que, por desgracia, hoy es muy fácil. Es fácil renunciar a los ideales de la vida cristiana: primero, porque son difíciles y lejanos; segundo, porque la psicología del hombre

moderno está dirigida a la consecución, más aún, al goce de bienes fáciles e inmediatos, de bienes exteriores y sensibles, más que a los interiores y morales; tercero, porque el oportunismo está de moda. El éxito cercano y propio ocupa el sitio de los ideales, obligados a duras resistencia y a antipáticas posiciones. El entusiasmo de la resistencia, del coraje, del sacrificio, es sustituido por el cálculo de la utilidad, la aceptación de la moda, la confianza en la mayoría, la molestia de sostener la parte de una precisa, fuerte e incómoda impopularidad; posiciones psicológicas y otras semejantes que no saben vivir la esperanza.

La esperanza es la conciencia que tiene el cristiano de estar inserto ya desde ahora, mediante la gracia del Espíritu Santo, en un gran plan de salvación, para el que su propia suerte está envuelta por una promesa no ilusoria (Pablo VI).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día esta Palabra: [«Jesús eligió entre ellos a doce, a quienes dio el nombre de apóstoles»](#) (Le 6,13).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Nos desvivimos con frecuencia por disponer dirigentes con la convicción de que es esto sobre todo lo que hace falta para que la cosa funcione, y la cosa sería la Iglesia. Y lo que deberíamos hacer antes que nada es ser y hacer progresar auténticos «gestos espirituales», como el encuentro con Dios, la conversión al Evangelio, el arrepentimiento, la acción apostólica de cara al prójimo, etc. De bien poco sirve pulir la estructura de un programa o de un trabajo: lo que cuenta es obtener una oración pública o privada que sea una verdadera oración, una metanoia que sea verdaderamente un movimiento de penitencia y de conversión, una comunión

que sea una verdadera intimidad, una fe que sea una convicción decisiva.

Sin embargo, son demasiados los que se desviven detrás de una pastoral de las cosas, donde los hombres, valgan mucho o poco, sirven sólo para llenar la casilla que se les ha predispuesto, como si su tarea fuera sólo la de mantener en pie un sistema ajustado de cosas y, si es posible, hacerlo prosperar. Así, dentro de ciertos programas óptimamente pulidos de «religión» falta precisamente lo que es el acto religioso, el gesto espiritual. Es evidente que, en un ambiente semejante, los cristianos deben encontrar muchas dificultades para nacer. Por tanto, en primer lugar, se debe buscar y suscitar el «movimiento espiritual» del hombre, un acto que sea propio de alguien, que se comprometa con toda su espiritualidad y tal que el Espíritu Santo pueda colaborar en él (Yves-Marie Congar).

[Principio del documento*](#)

Día 29

**Miércoles de la 30ª semana del
tiempo ordinario año impar**

LECTIO

Primera lectura: Romanos 8,26-30: *A los que aman a Dios todo les sirve para el bien.*

Hermanos:

²⁶ Asimismo, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables.

²⁷ Por su parte, Dios, que examina los corazones, conoce el sentir de ese Espíritu que intercede por los creyentes según su voluntad.

²⁸ Sabemos, además, que todo contribuye al bien de los que aman a Dios, de los que él ha llamado según sus designios.

²⁹ Porque a los que conoció de antemano, los destinó también desde el principio a reproducir la imagen de su Hijo, llamado a ser el primogénito entre muchos hermanos.

³⁰ Y a los que desde el principio destinó, también los llamó; a los que llamó, los puso en camino de salvación; y a quienes puso en camino de salvación, les comunicó su gloria.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Sin oración, la vida cristiana no es digna de este nombre, sino que se disuelve en una serie de experiencias que desgarran el corazón y crean confusión en la mente. San Pablo se encarga en esta página no sólo de recomendarnos el compromiso de la oración, que sigue al don que hemos recibido, sino de consolidar antes aún en nosotros la convicción de que la oración no es cualquier cosa para un cristiano, y mucho menos un compromiso que debamos atender, sino que es, sobre todo, la respiración de la vida nueva, la manifestación de una espiritualidad que invade toda la vida; es el acto de sumo abandono y de suma confianza en aquel que es nuestro Padre.

Todo esto lo expresa san Pablo de diferentes maneras: en primer lugar, diciendo que *«el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza»* (v. 26). Es como decir que, por nosotros mismos, no podemos ni tomar la iniciativa de la oración ni llenarla de peticiones dignas de Dios. Frente a esta incapacidad nuestra, he aquí que interviene el mismo Espíritu de Dios, que *«intercede»* por nosotros y gime con nosotros. Por eso, la oración del cristiano es una acción exquisitamente «espiritual»: porque nace del Espíritu, está sostenida por el Espíritu y animada por el Espíritu.

El apóstol Pablo afirma aún que *«Dios, que examina los corazones, conoce el sentir de ese Espíritu que intercede por los*

creyentes según su voluntad» (v. 27). Por consiguiente, tenemos dos intercesores ante Dios: Jesús, el único mediador, y el Espíritu, el otro consolador. En consecuencia, el que ora no lo hace nunca solo, aunque se encuentre en la más absoluta soledad. La compañía que nos procuran Jesús y el Espíritu Santo otorga a nuestra oración una eficacia absolutamente especial, una orientación segura y una intensidad maravillosa.

Al orar, el cristiano se hace consciente no sólo de los dones que ha recibido, sino también de los que recibirá. De ahí que san Pablo concluya esta página de su Carta a los Romanos trazando el camino de toda vida cristiana: desde la predestinación a la llamada, desde la llamada a la justificación, desde la justificación a la glorificación.

Salmo responsorial

Sa/12, 4-5. 6. (R.: 6a)

R. Dios anuncia la paz a su pueblo.

V. Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío;
da luz a mis ojos para que no me duerma en
la muerte,
para que no diga mi enemigo: «Le he
podido»,
ni se alegre mi adversario de mi fracaso. **R.**

V. Porque yo confío en tu misericordia:
mi alma gozará con tu salvación,
y cantaré al Señor por el bien que me ha
hecho. **R.**

Aleluya

Cf 2Tes 2, 14

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Dios nos llamó por medio del Evangelio
para que lleguemos a adquirir la gloria
de nuestro Señor Jesucristo. **R.**

Evangelio: Lucas 13,22-30: *Vendrán de oriente y occidente, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.*



En aquel tiempo,

²² mientras iba de camino hacia Jerusalén, Jesús enseñaba en los pueblos y aldeas por los que pasaba.

²³ Uno le preguntó: -Señor, ¿son pocos los que se salvan? Jesús le respondió:

²⁴ -Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán.

²⁵ Cuando el amo de casa se levante y cierre la puerta, vosotros os quedaréis fuera y, aunque empecéis a aporrear la puerta gritando: «¡Señor, ábrenos!», os responderá: «¡No sé de dónde sois!».

²⁶ Entonces os pondréis a decir: «Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas».

²⁷ Pero él os dirá: «¡No sé de dónde sois! ¡Apartaos de mí, malvados!».

²⁸ Entonces lloraréis y os rechinarán los dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera.

²⁹ Pues vendrán muchos de oriente y occidente, del norte y del sur, a sentarse a la mesa en el Reino de Dios.

³⁰ Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Otro personaje anónimo se cruza en el camino de Jesús mientras se dirige hacia Jerusalén. Le plantea una pregunta a primera vista ociosa que, sin embargo, hará de hilo conductor en los episodios evangélicos narrados en esta sección de Lucas: «¿Quién acoge el anuncio del Reino de Dios? ¿Quién se abre verdaderamente a

su novedad? ¿Quién está dispuesto a conjugar su vida con la propuesta de salvación que trae Jesús a la humanidad?

La respuesta, en apretada síntesis, suena así: «Sucederá lo contrario de lo que pensáis: muchos de los que creéis que serán los primeros serán los últimos». El discurso de Jesús comienza con una afirmación clara y distinta: *«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha»* (v. 24). Como podemos ver, no ofrece una respuesta directa a la pregunta que le han planteado, sino que invita a una asunción plena de responsabilidades, al compromiso total, a la lucha abierta (icf. Asimismo Lc 16,16). De una manera casi insensible, el discurso pasa del género literario exhortativo-parenético al género literario parábólico. En consecuencia, se nos invita, como siempre, a interpretar la parábola para comprender plenamente el sentido de la exhortación.

Es fácil percibir el hecho de que Jesús se refiere aquí a los judíos de su tiempo: nótese en particular el cambio de sujeto: *«vosotros os quedaréis fuera y, aunque empecéis a aporrear la puerta...»* (w. 25ss). Para Mt 7,22, los que están fuera son los malos cristianos; para Lucas, sin embargo, son los judíos del tiempo de Jesús, que han desatendido su invitación a la conversión y opusieron una clara negativa a su propuesta de salvación. En esta parábola de Jesús podemos ver también una profecía, extremadamente importante para una interpretación teológica de la historia, relacionada no sólo con la exclusión de los judíos -parcial, temporal y providencial del Reino, sino también con la conversión de los paganos. De este modo, encuentran un decidido mentís y se da la vuelta a todas las opiniones que corrían entre los judíos del tiempo de Jesús.

MEDITATIO

La oración es un don del Espíritu Santo que ora en nosotros siempre, que ora en todo el cosmos. De esta realidad sólo puede convencerse quien, liberándose del embarazoso fardo de los razonamientos complicados, se abandona a la aventura del Espíritu, acepta rebasar los confines de lo sensible, de lo que se puede experimentar, y entra en la tierra de lo inexpresable y de lo inaprensible.

Se trata de una realidad que sólo puede ser comprendida, incluso vivida, por los pobres de espíritu. Lo indispensable para orar es, por tanto, tener un alma de pobre. Así pues, si con excesiva frecuencia nos encontramos en dificultades con la oración, es probable que la causa se encuentre en la inconsistencia de la fe, en la superficialidad de nuestra vida, en nuestra desmemoria crónica: no somos conscientes de que hemos sido hechos capaces -como hijos de Dios- de orar en el Espíritu del Hijo unigénito. El cristiano recibe, en efecto, del Espíritu la capacidad de expresarse a sí mismo. Entonces la oración se le vuelve algo connatural y no tiene miedo de que su voz vaya a chocar contra una barrera de silencio, puesto que no duda del amor del Padre, ni siquiera cuando le parece callar. El silencio de Dios es también, en efecto, una respuesta. Cuando nosotros deseemos y pidamos cosas equivocadas, el Padre nos escuchará dándonos no lo que pedimos, sino lo que es verdaderamente un bien para nosotros.

Los rasgos particulares del hombre que vive según el Espíritu son la humildad y la oración incesante, la fuerza y la dulzura de la caridad, la paz y la alegría; con todo, esta fisonomía no se adquiere de una vez para siempre: está en continuo perfeccionamiento. El grito de la oración -cargado con toda la angustia y la esperanza

humana- es la más alta profesión de fe en aquellos en quienes no está contristado el Espíritu. Y el hombre de hoy tiene más necesidad que nunca de que haya alguien a quien pueda llamar «Padre», para darse cuenta de que no es simplemente el resultado de un largo proceso biológico, sino el fruto del amor de un Dios que le ha amado y querido personalmente desde siempre y para siempre.

ORATIO

Oh Señor, les has invitado a seguirte por el camino de la cruz, pero temieron por sus hombros de cristal. Les exhortaste a convertirse según el radicalismo evangélico, pero la promesa estaba desproporcionada respecto a la renuncia. Les señalaste un sendero estrecho y difícil, pero les sedujo la autopista amplia y cómoda. Y ahora llaman tus ovejas, pero tu puerta permanece cerrada.

Oh Señor, he visto venir a miserables desde todas partes de tu Reino: sucios, harapientos, gente cargada con pesados fardos; he visto a gente de toda edad, lengua y color con fardos de hambre, duras injusticias, persecuciones y guerras. Tus «bienaventurados» han llamado y tu puerta se ha entornado.

Oh Señor, son muchos los que todavía se están acercando: llevan banderas diferentes, profesan religiones nunca oídas, se consideran paganos, indiferentes, no creyentes, y los lleva arrastrados la corriente tortuosa del mundo. Sedientos de verdad, buscadores de sentido, llaman a la puerta y tu puerta se abre.

Oh Señor, no se salvan los que se consideran elegidos, sino aquellos que te buscan con corazón sincero y hacen tu voluntad.

CONTEMPLATIO

El sumo bien está en la plegaria y en el

diálogo con Dios, porque equivale a una íntima unión con él, y así como los ojos del cuerpo se iluminan cuando contemplan la luz, así también el alma dirigida hacia Dios se ilumina con su inefable luz. Una plegaria, por supuesto, que no sea de rutina, sino hecha de corazón; que no esté limitada a un tiempo concreto o a unas horas determinadas, sino que se prolongue día y noche sin interrupción.

Conviene, en efecto, que elevemos la mente a Dios no sólo cuando nos dedicamos expresamente a la oración, sino también cuando atendemos a otras ocupaciones, como el cuidado de los pobres o las útiles tareas de la munificencia, en todas las cuales debemos mezclar el anhelo y el recuerdo de Dios, de modo que todas nuestras obras, como si estuvieran condimentadas con la sal del amor de Dios, se conviertan en un alimento dulcísimo para el Señor. Pero sólo podremos disfrutar perpetuamente de la abundancia que de Dios brota si le dedicamos mucho tiempo.

La oración es luz del alma, verdadero conocimiento de Dios, mediadora entre Dios y los hombres. Hace que el alma se eleve hasta el cielo y abraza a Dios con inefables abrazos, apeteciendo la leche divina, como el niño que, llorando, llama a su madre; por la oración, el alma expone sus propios deseos y recibe dones mejores que toda la naturaleza visible.

Pues la oración se presenta ante Dios como venerable intermediaria, alegra nuestro espíritu y tranquiliza sus afectos. Me estoy refiriendo a la oración de verdad, no a las simples palabras: la oración que es un deseo de Dios, una inefable piedad no otorgada por los hombres, sino concedida por la gracia divina, de la que también dice el apóstol: *«Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo*

intercede por nosotros con gemidos inefables».

El don de semejante súplica, cuando Dios lo otorga a alguien, es una riqueza inagotable y un alimento celestial que satura el alma; quien lo saborea se enciende en un deseo indeficiente del Señor, como en un fuego ardiente que inflama su alma.

Cuando quieras reconstruir en ti aquella morada que Dios se edificó en el primer hombre, adórnate con la modestia y la humildad y hazte resplandeciente con la luz de la justicia; decora tu ser con buenas obras, como con oro acrisolado, y embellécelo con la fe y la grandeza de alma, a manera de muros y piedras; y, por encima de todo, como quien pone la cúspide para coronar un edificio, coloca la oración, para preparar a Dios una casa perfecta y poderle recibir en ella como si fuera una mansión regia y espléndida, ya que, por la gracia divina, es como si poseyeras la misma imagen de Dios colocada en el templo del alma (Juan Crisóstomo, *Homilía sexta, sobre la oración*, en PG 64, cois. 461-465).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Asimismo, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza»* (Rom 8,26).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los escritos evangélicos nos dicen que Cristo oró como oraba un judío creyente y fiel a la ley. Desde la infancia, con sus padres, y más tarde, con sus discípulos, acostumbraba ir en peregrinación a Jerusalén en los tiempos prescritos, para participar en las grandes solemnidades que se celebraban en el templo. Es seguro que cantó con fervor, junto con los suyos, himnos de júbilo en los que empezaba a manifestarse la alegría de los peregrinos: *«Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor»* (Sal 121,1). Recitó las

antiguas plegarias de bendición sobre el pan, el vino y los frutos de la tierra, como todavía hacemos hoy. Esto lo sabemos por el relato de su última cena con los discípulos, una ceremonia destinada precisamente a cumplir uno de los deberes religiosos más santos: la solemnidad de la cena de pascua, memorial de la liberación de la esclavitud en Egipto. Y tal vez esta última reunión de Jesús con los suyos es precisamente la que nos proporciona la visión más profunda de la oración de Cristo y la que constituye la clave que nos introduce en la oración de la Iglesia.

La bendición y la distribución del pan y del vino formaban parte del rito de la cena pascual. Pero ahora tanto una como otra asumen un sentido completamente nuevo. Aquí tuvo su comienzo la vida de la Iglesia. Esta aparecerá, ciertamente, como comunidad espiritual y visible sólo en pentecostés. Sin embargo, aquí, en la cena de pascua, se lleva a cabo el injerto del sarmiento en la vid que hará posible la efusión del Espíritu. Las antiguas oraciones de bendición se vuelven, en los labios de Cristo, palabras creadoras de vida (E. Stein, *Das Gebet der Kirche*, Colonia 1965, pp. 7-9).

[Principio del documento*](#)

Día 30

**Jueves de la 30ª semana del
tiempo ordinario año impar**

LECTIO

Primera lectura: Romanos 8,31b-39:
Ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo.

Hermanos: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?

³² El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos

nosotros, ¿cómo no va a darnos gratuitamente todas las demás cosas juntamente con él?

³³ ¿Quién acusará a los elegidos de Dios, si Dios es el que salva?

³⁴ ¿Quién será el que condene, si Cristo Jesús ha muerto; más aún, ha resucitado y está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros?

³⁵ ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?

³⁶ Ya lo dice la Escritura: *Por tu causa estamos expuestos a la muerte cada día: nos consideran como ovejas destinadas al matadero.*

³⁷ Pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas.

³⁸ Y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase,

³⁹ ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*+ La última parte del capítulo 8 de la carta de Pablo a los cristianos de Roma puede ser considerada como un himno al amor de Dios que se ha manifestado plenamente en Cristo Jesús. Es seguro que Pablo no hubiera podido componerlo si no hubiera tenido una experiencia personal y singular de este amor: esa experiencia fue exactamente la de Damasco, de la que Dios salió vencedor y Pablo vencido. Como es obvio, se trata de una victoria que ennoblece al mismo tiempo al vencedor y al vencido.

El misterio pascual constituye, una vez

más, el punto de partida de esta página paulina: *"El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos nosotros..."* (v. 32). La expresión nos recuerda claramente el sacrificio de Isaac narrado en Gn 22,1-22 y saca a la luz del día el misterio que Pablo recuerda aquí por enésima vez. Los frutos de esta victoria de Dios sobre Pablo también se hacen sentir, obviamente, en nuestra vida.

En efecto, en un determinado momento, Pablo afirma: *"¿Quién nos separará del amor de Cristo?"* (y. 35), y a partir de aquí usará la primera persona del plural. De ahí que los frutos del amor de Dios para nosotros sean la plena justificación ante Dios y por parte de Dios; la plena comunión con Dios en Cristo Jesús; la plena superación de todo lo que de cualquier modo pudiera o quisiera separarnos de Dios y de Cristo; la plena confianza en poder continuar y llevar a término nuestro caminar en la fe, la esperanza y la caridad; la plena certeza de que la victoria de Dios ha comenzado ya en nuestra vida y se irá perfeccionando a medida que camine hasta su término final.

En un arranque espiritual y poético, Pablo escribe: *"Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas"* (v. 37). Vencer holgadamente: ésta es la experiencia del cristiano cuando se confía plenamente al amor de Dios, que se nos ha manifestado y comunicado en Cristo.

Salmo responsorial

Sa/108, 21-22. 26-27. 30-31. (R.: 26b)

R. Dios anuncia la paz a su pueblo.

V. Señor, Dueño mío,
trátame conforme a tu nombre,
líbrame por tu bondadoso amor.
Porque yo soy humilde y pobre,
y mi corazón ha sido traspasado. **R.**

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

V. ¡Ayúdame, Señor, Dios mío;
sálvame según tu misericordia!
Sepan que tu mano hizo esto,
que tú, Señor, lo hiciste. R.

V. Daré gracias al Señor a boca llena,
y en medio de la muchedumbre lo alabaré,
porque él se pone a la derecha del pobre,
para salvar su vida de los que lo condenan. R.

Aleluya

Lc 19, 38

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Bendito el rey que viene en nombre del
Señor;
paz en el cielo y gloria en las alturas. R.

Evangelio: Lucas 13,31-35: *No cabe que
un profeta muera fuera de Jerusalén.*

†

Aquel día,

³¹ se acercaron unos fariseos y le dijeron: -
Sal, márchate de aquí, porque Herodes
quiere matarte.

³² Jesús les dijo: -Id a decir a ese zorro:
Sábetes que expulso demonios y realizo
curaciones hoy y mañana, y que al tercer día
acabaré.

³³ Por lo demás, hoy, mañana y pasado tengo
que continuar mi viaje, porque es impensable
que un profeta pueda morir fuera de
Jerusalén.

³⁴ ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los
profetas y apedreas a los que Dios te envía!
Cuántas veces he querido reunir a tus hijos
como la gallina reúne a sus polluelos debajo
de las alas y no habéis querido.

³⁵ Pues bien, vuestra casa se os quedará
desierta. Y os digo que ya no me veréis
hasta que llegue el día en que digáis:
Bendito el que viene en nombre del Señor.

Palabra del Señor.

**• Sabemos (cf. Lc 9,5 lss) que Jesús va
de camino hacia Jerusalén: ante él se
perfila ahora con claridad la meta del
Calvario como lugar en el que podrá
ofrecerse a sí mismo a Dios en sacrificio de
amor por toda la humanidad. Nada puede
apresurar o retrasar "la hora" en la que
Jesús consumará su misión: ni Herodes, ni
Pedro, ni otros. Lo que Jesús tiene que
hacer pretende llevarlo a cabo con plena
determinación y total libertad.

Jesús manda decir a "ese zorro" de
Herodes, aunque sea con términos velados,
que todo lo que él hace lo lleva a cabo desde
la perspectiva pascual. Como todo auténtico
profeta, Jesús no puede morir fuera de
Jerusalén, por lo que debe subir a ella por
fidelidad a su misión y por amor a nosotros.

Viene, a continuación, un doloroso
lamento de Jesús sobre Jerusalén (w.
34ss), un lamento-profecía abierto también
a las perspectivas de un futuro inmediato.
Jesús quisiera hacer de Jerusalén un signo
de reconciliación, paz y unidad, pero ella
realiza gestos de violencia y división. La
profecía de Jesús tiene dos momentos: uno
negativo, en el cual, como ya hiciera el
profeta Jeremías (Jr 12,7), predice la ruina
de Jerusalén y de sus habitantes, a pesar
de amarlos intensamente, y otro positivo
(cf. Sal 118,26), que parece aludir a la
conversión de Israel en referencia al fin de
los tiempos.

MEDITATIO

¡Qué alegría saber que Dios está a
nuestro favor! Se ha puesto a nuestro favor
de una manera tan decidida que nos ha dado
a su Hijo único; por eso, con san Pablo,
podemos cantar un himno vigoroso a este
amor del que nada podrá separarnos jamás.
El apóstol enumera una lista de fuerzas
hostiles a nuestra unión con Cristo, para

afirmar que no son capaces de alejarnos de él.

Ahora bien, ¿es verdad que no hay ninguna situación que nos impida la unión con Cristo? En realidad, es preciso admitir que no lo conseguirán nunca las cosas exteriores, pero sí hay alguien que nos puede alejar de Jesús: nosotros mismos. Dios, en Cristo, ha optado por estar siempre con nosotros, pero nosotros somos libres y, con frecuencia, no queremos estar con él. El evangelio nos habla de gente que dice a Jesús: "Vete". Jerusalén no acogió a su Salvador.

El rechazo puede asumir en nosotros muchas formas y grados diferentes, porque se trata de responder con amor al amor que se nos ofrece, y nosotros vacilamos a menudo entre el sí y el no, calculamos en vez de acoger gratuitamente el don y gozar de él. Tal vez estemos tan habituados a nuestras tristezas, a nuestras pequeñas medidas, que nos da miedo la gran alegría de Dios. En vez de dejarnos inundar por la luz del amor ponemos una pantalla que intenta reducirlo a nuestro alcance. Meditemos a fondo sobre este hermoso texto, repitámonos que Dios está a nuestro favor, que somos *"más que vencedores, en virtud de aquel que nos ha amado"*, y que nada nos podrá separar del amor de Cristo. Así también cambiará nuestro rostro: mirándole nos volveremos radiantes y también llegará la luz a nuestros hermanos, les llegará el amor.

ORATIO

Señor Jesús, ni Pedro ni Herodes consiguieron disuadirte de cumplir tu misión según la voluntad del Padre: haz que tampoco yo me deje hipnotizar nunca por los muchos títulos y por el tentador.

Señor Jesús, tú dijiste siempre sí y sin demora cada vez que el Padre te lo pedía:

haz que yo también sea capaz de vivir el presente con empeño y responsabilidad, porque "nada es seguro mañana".

Señor Jesús, viviste intensamente el espacio temporal de tus treinta y tres años: haz que también yo valore bien el tiempo que, de manera inexorable, huye llevándose consigo estaciones y años.

Oh Señor, lo hiciste todo extraordinariamente bien: encuentros, diálogos y curaciones: haz que también yo sepa rechazar una vida cotidiana monótona y trivial, para no malgastar mi vida con sueños que no duran más de un día.

Señor Jesús, tú lanzaste un grito acongojado sobre Jerusalén, reacia a tus invitaciones y a tus amenazas: haz que también yo responda seriamente a tu llamada dando sabor de eternidad a mi vida.

CONTEMPLATIO

Job, en cuanto nos es dado a entender, hermanos muy amados, era figura de Cristo. Tratemos de penetraren la verdad mediante la comparación entre ambos. Job fue declarado justo por Dios. Cristo es la misma justicia, de cuya fuente beben todos los bienaventurados; de él, en efecto, se ha dicho: *Los iluminará un sol de justicia* Job fue llamado veraz. Pero la única verdad auténtica es el Señor, que dice en el evangelio: *Yo soy el camino y la verdad*.

Job era rico. Pero ¿quién hay más rico que el Señor? Todos los ricos son siervos suyos, a él pertenece todo el orbe y toda la naturaleza, como afirma el salmo: *Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes*. El diablo tentó tres veces a Job. De manera semejante, como nos explican los evangelios, intentó por tres veces tentar al Señor. Job perdió sus bienes. También el Señor, por amor a nosotros, se privó de sus bienes celestiales y se hizo pobre, para enriquecernos a

nosotros. El diablo, enfurecido, mató a los hijos de Job. Con parecido furor, el pueblo farisaico mató a los profetas, hijos del Señor. Job se vio manchado por la lepra. También el Señor, al asumir carne humana, se vio manchado por la sordidez de los pecados de todo el género humano.

La mujer de Job quería inducirle al pecado. También la sinagoga quería inducir al Señor a seguir las tradiciones corrompidas de los ancianos. Job fue insultado por sus amigos. También el Señor fue insultado por sus sacerdotes, que debían darle culto. Job estaba sentado en un estercolero lleno de gusanos. También el Señor habitó en un verdadero estercolero, esto es, en el cieno de este mundo y en medio de hombres agitados como gusanos por multitud de crímenes y pasiones.

Job recobró la salud y la fortuna. También el Señor, al resucitar, otorgó a los que creen en él no sólo la salud, sino la inmortalidad, y recobró el dominio de toda la naturaleza, como él mismo atestigua cuando dice: *Todo me lo ha entregado mi Padre*. Job engendró nuevos hijos en sustitución de los anteriores. También el Señor engendró a los santos apóstoles como hijos suyos, después de los profetas. Job, lleno de felicidad, descansó por fin en paz. Y el Señor permanece bendito para siempre, antes del tiempo y en el tiempo, y por los siglos de los siglos (Zenón de Verona, *Libro II*, tratado 15, en PL 11, cois. 441-443).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *"Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas"* (Rom 8,37).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Todos los santos padres nos dicen a una: "Lo primero que tienes que meterte en la cabeza, de una manera absoluta, es que no

debes apoyarte nunca en ti mismo. El combate al que debes hacer frente es extraordinariamente arduo, y tus solas fuerzas humanas son absolutamente insuficientes para desarrollarlo. Si te fías de ti mismo, caerás inmediatamente en tierra y perderás todo deseo de continuar la lucha. Sólo Dios puede darte la victoria que deseas".

Resolverse así a no poner ninguna confianza en nosotros mismos representa para muchos un serio obstáculo que les impide empezar de una vez por todas. Debemos despojarnos, por consiguiente, de esta confianza exagerada que tenemos en nosotros mismos. Esta confianza está con frecuencia tan arraigada en nosotros que ni siquiera nos damos ya cuenta del imperio que ejerce sobre nuestro corazón. Es precisamente nuestro egoísmo, nuestra preocupación por nosotros mismos, nuestro amor propio, la causa de todas nuestras dificultades, de nuestra falta de libertad interior en las pruebas, de nuestras contrariedades, de nuestros tormentos del alma y del cuerpo. Lanza una mirada sobre ti mismo y verás hasta qué punto estás engatusado por el deseo de complacer a tu "yo" y sólo a él. El sentimiento de disgusto que experimentas cuando alguien te contradice te permite constatarlo fácilmente. Vivimos así como esclavos. Ahora bien, *"donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad"*.

A partir de ahora debes pensar que todo lo que te pasa, sea o no importante, te lo envía Dios para ayudarte en la lucha. Sólo él sabe lo que necesitas y lo que te es menester en el momento presente: adversidad o prosperidad, tentación o caída. Nada sucede por casualidad; no hay ningún acontecimiento del que no tengas que aprender algo. Debes comprender bien esto

desde ahora, porque de este modo crecerá tu confianza en el Señor, a quien has elegido seguir (T. Colliander, // *cammino dell'asceta*, Brescia 1987, pp. 8-14, *passim* [edición española: *El sendero de los ascetas*, Monte Carmelo, Burgos 2000]).

Principio del documento*

Día 31

Viernes de la 30ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Romanos 9,1-5:

Desearía ser un proscrito por el bien de mis hermanos.

Hermanos:

¹ Digo la verdad como cristiano, y mi conciencia, guiada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento

² al afirmar que me invade una gran tristeza y es continuo el dolor de mi corazón.

³ Desearía, incluso, verme yo mismo separado de Cristo como algo maldito por el bien de mis hermanos de raza.

⁴ Son descendientes de Israel. Les pertenecen la adopción filial, la presencia gloriosa de Dios, la alianza, las leyes, el culto y las promesas.

⁵ Suyos son los patriarcas y de ellos, en cuanto hombre, procede Cristo, que está sobre todas las cosas y es Dios bendito por siempre. Amén.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*»- Los capítulos 9-11 de la Carta a los Romanos tratan de un solo tema: el drama de Israel en la historia de la salvación. Algunos los consideran como un paréntesis entre la parte dogmática de la carta (capítulos 1-8) y la parte parenético-exhortativa (capítulos 12-16), pero tal vez sería más exacto considerar estos capítulos como una variación sobre el tema de Israel,

que ya fue recordado al comienzo de la carta. Señalemos, en primer lugar, el tono de este comienzo: Pablo se expresa en términos personales y autobiográficos: «*Me invade una gran tristeza y es continuo el dolor de mi corazón*» (9,2). Ésta, aunque no es la única, sí es, ciertamente, una importante clave de lectura de estos tres capítulos.

¿Por qué se expresa Pablo así? La respuesta la encontramos en otra página de su epistolario: «*Y eso que, en lo que a mí respecta, tendría motivos para confiar en mis títulos humanos. Nadie puede hacerlo con más razón que yo. Fui circuncidado a los ocho días de nacer, soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo por los cuatro costados, fariseo en cuanto al modo de entender la ley, ardiente perseguidor de la Iglesia e irreprochable en lo que se refiere al cumplimiento de la ley*» (Flp 3,4-6).

Pablo no puede olvidar sus orígenes, su pertenencia al pueblo elegido, su tradición judía. Ese sentido de pertenencia le lleva a expresar un deseo paradójico, muy iluminador para comprender la personalidad y la espiritualidad de Pablo: «*Desearía, incluso, verme yo mismo separado de Cristo como algo maldito por el bien de mis hermanos de raza*» (Rom 9,3). Como es sabido, el término *erem* implica, en el Antiguo Testamento, la destrucción total de los enemigos de Dios y de sus bienes (*cf* Dt 7,26), mientras que el término *anáthema*, en el Nuevo Testamento, implica la idea de maldición. No es posible pensar algo más grave, y eso demuestra el amor que alimenta Pablo por el pueblo judío.

De este pueblo realiza el mayor elogio al recordar, uno tras otro, todos los privilegios que los israelitas recibieron de su Dios hasta el último, el más importante

aunque también el más escandaloso: que «*de ellos, en cuanto hombre, procede Cristo*» (Rom 9,5). El mismo amor que une a Pablo con su pueblo le une a partir de ahora, de una manera definitiva e inseparable, a Jesucristo, su Señor.

Salmo responsorial

Sa/147, 12-13. 14-15. 19-20. (R.: 12a)

R. Glorifica al Señor, Jerusalén.

V. Glorifica al Señor, Jerusalén;

alaba a tu Dios, Sión.

Que ha reforzado los cerrojos de tus
puertas,

y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. **R.**

V. Ha puesto paz en tus fronteras,

te sacia con flor de harina.

Él envía su mensaje a la tierra,

y su palabra corre veloz. **R.**

V. Anuncia su palabra a Jacob,

sus decretos y mandatos a Israel;

con ninguna nación obró así,

ni les dio a conocer sus mandatos. **R.**

Aleluya

Jn 10, 27

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Mis ovejas escuchan mi voz —dice el
Señor—,

y yo las conozco, y ellas me siguen. **R.**

Evangelio: Lucas 14,1-6: *¿A quién se le
cae al pozo el asno o el buey y no lo saca en
día de sábado?*

†

¹ Un sábado, entró Jesús a comer en casa de uno de los jefes de los fariseos. Ellos estaban al acecho.

² Había allí, frente a él, un hombre enfermo de hidropesía.

³ Jesús preguntó a los maestros de la Ley y a los fariseos: -¿Se puede curar en sábado o no?

⁴ Ellos se quedaron callados. Entonces Jesús tomó de la mano al enfermo, lo curó y lo despidió.

⁵ Después les dijo: -¿Quién de vosotros, si su hijo o su buey cae en un pozo, no lo saca inmediatamente, aunque sea en sábado?

⁶ Y a esto no pudieron replicar.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Lucas inserta, en el marco de un banquete, el relato de un milagro realizado por Jesús y explicita la circunstancia cronológica del sábado. A continuación, refiere algunas enseñanzas de Jesús relativas a la elección de los primeros puestos. Éstas son las dos páginas evangélicas que nos propone la liturgia de la Palabra para hoy y para mañana.

Es la sexta vez, según el testimonio de Lucas, que Jesús acepta una invitación a comer, y eso revela un rasgo simpático de Jesús, siempre atento a los otros y deseoso de la compañía de los demás. Es un modo con el que el evangelista pretende subrayar la humanidad de Jesús, captada en una de sus expresiones más delicadas.

Esta vez, es Jesús quien provoca a los maestros de la Ley y a los fariseos sobre la licitud o no de curar en sábado. Al querer proceder a la curación de un hidrópico, Jesús desea despejar el campo de toda objeción previa. Jesús hace frente a sus adversarios y los derrota: no en el análisis de los artículos de la ley, sobre cuya base hubieran podido responder con un «no» seco, sino en el campo de la observancia práctica de la ley, entendida sobre todo en su espíritu originario. Y a este respecto sus adversarios, sin saber qué responder, permanecen mudos {cf. v. 4a).

Un silencio, a buen seguro, embarazoso, pero tal vez también indicio de un deseo de revancha: por eso lo repite Lucas dos veces. Pero Jesús supera también con elegancia esta situación y lanza un segundo ataque, provocándoles así: *«¿Quién de vosotros, si su hijo o su buey cae en un pozo, no lo saca inmediatamente, aunque sea en sábado?»* (v. 5). De este modo, Jesús, redimensionando el valor del sábado como sábado, ratifica su invitación- mandato a la caridad y a la benevolencia con el prójimo. Derriba así las superestructuras que amenazan la libertad del hombre e invita a todos y cada uno de ellos a encontrar la verdadera libertad en la caridad.

MEDITATIO

La primera lectura de esta liturgia de la Palabra, precisamente por el tema que toca, posee un carácter de extrema actualidad. En efecto, todos nos sentimos fuertemente provocados a considerar las relaciones entre el cristianismo y el judaísmo de un modo tal vez más apremiante que antes. No es, no debe ser, una moda, sino la respuesta a una exigencia profunda, arraigada en nuestro credo y en la historia de la salvación. No se trata tampoco de un tema que debamos considerar de una manera abstracta y académica, sino de una relación vital que interesa a nuestros personas y a nuestras comunidades.

Israel sigue siendo, hoy como siempre, la *"raíz santa"* (Rom 11,16), puesta por Dios de una vez para siempre para llevar a cabo su proyecto de salvación en favor de toda la humanidad. En esta raíz, que también ha conocido un momento de crisis e infidelidad, Dios pretende injertar cualquier otra rama, con el fin de favorecer una mayor abundancia de frutos. Estos frutos son, naturalmente, los dones salvíficos que el mismo Dios, por medio de Cristo Jesús,

quiere asegurar a todos.

En este marco, el estudio, la oración y la pasión de quien cultiva el deseo de una unidad que envuelva no sólo a los cristianos, sino también a Israel, no son más que la respuesta inteligente y activa de cuantos se sienten llamados a vivir la fe cristiana en la escuela del apóstol Pablo. Es él, en efecto, quien remueve nuestras perezas, quien provoca nuestras decisiones, quien orienta nuestro camino hacia esa unidad que está profundamente inscrita en el designio salvífico de Dios y que se llevará a cabo a través de nuestra débil, pero sincera, colaboración.

ORATIO

Señor Jesús, haz que el dolor de Pablo sea también el nuestro. Tú, que puedes presumir de una descendencia directa de David, enséñanos a reconocer, con alegría y gratitud, que en las raíces del cristianismo se encuentra la tradición judía. Ayúdanos a disipar las nubes que todavía nos separan de nuestros hermanos mayores para que en ti podamos encontrarnos en el único redil.

Espíritu Santo, haz que nuestros orígenes comunes venzan toda división. Tú, que eres el Amor y como verdadero amante sabes dar y perdonar, enséñanos a ver en los hermanos cristianos todavía separados a nuestro prójimo más próximo. Haz que sepamos reconocernos como don recíproco y que consigamos aliviar y curar las heridas que nos hemos infligido a lo largo de la historia.

Padre, haz que todos seamos uno. Tú, que eres el creador de todos, ayúdanos a destruir los prejuicios que nos aprisionan y no nos permiten abrirnos a las otras religiones. Haz que todos seamos capaces de escuchar los mensajes de salvación, de fraternidad y de paz que llegan a nosotros desde todas las partes del mundo.

CONTEMPLATIO

No prestamos nuestra adhesión a discursos vacíos ni nos dejamos seducir por pasajeros impulsos del corazón, como tampoco por el encanto de discursos elocuentes, sino que nuestra fe se apoya en las palabras pronunciadas por el poder divino. Dios se las ha ordenado a su Palabra, y la Palabra las ha pronunciado, tratando con ellas de apartar al hombre de la desobediencia, no dominándolo como a un esclavo mediante la violencia que coacciona, sino apelando a su libertad y plena decisión.

Fue el Padre quien envió la Palabra, al fin de los tiempos. Quiso que no siguiera hablando por medio de un profeta, ni que se hiciera adivinar mediante anuncios velados, sino que le dijo que se manifestara a rostro descubierto, para que el mundo, al verla, pudiera salvarse.

Sabemos que esta Palabra tomó un cuerpo de la Virgen y que asumió al hombre viejo, transformándolo. Sabemos que se hizo hombre de nuestra misma condición, porque, si no hubiera sido así, sería inútil que luego nos prescribiera imitarle como maestro. Porque, si este hombre hubiera sido de otra naturaleza, ¿cómo habría de ordenarme las mismas cosas que él hace, a mí, débil por nacimiento, y cómo sería entonces bueno y justo?

Para que nadie pensara que era distinto de nosotros, se sometió a la fatiga, quiso tener hambre y no se negó a pasar sed, tuvo necesidad de descanso y no rechazó el sufrimiento, obedeció hasta la muerte y manifestó su resurrección, ofreciendo en todo esto su humanidad como primicia, para que tú no te descorazones en medio de tus sufrimientos, sino que, aun reconociéndote hombre, aguardes a tu vez lo mismo que Dios dispuso para él.

Cuando contemples al verdadero Dios,

poseerás un cuerpo inmortal e incorruptible, junto con el alma, y obtendrás el Reino de los Cielos, porque, sobre la tierra, habrás reconocido al Rey celestial; serás íntimo de Dios, coheredero de Cristo, y ya no serás más esclavo de los deseos, de los sufrimientos y de las enfermedades, porque habrás llegado a ser dios.

Porque todos los sufrimientos que has soportado, por ser hombre, te los ha dado Dios precisamente porque lo eras, pero Dios ha prometido también otorgarte todos sus atributos, una vez que hayas sido divinizado y te hayas vuelto inmortal. Es decir, *conócete a ti mismo* mediante el conocimiento de Dios, que te ha creado, porque conocerlo y ser conocido por él es la suerte de su elegido. No seáis vuestros propios enemigos, ni os volváis hacia atrás, porque Cristo es *el Dios que está por encima de todo*: él ha ordenado purificar a los hombres del pecado y él es quien renueva al hombre viejo, al que ha llamado desde el comienzo imagen suya, mostrando, por su impronta en ti, el amor que te tiene. Y si tú obedeces sus órdenes y te haces buen imitador de este buen maestro, llegarás a ser semejante a él y recompensado por él, porque Dios no es pobre, y te divinizará para su gloria (Hipólito, *Refutación de todas las herejías*, X, 33ss, en GCS 26, 291-293).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: "*Cristo está sobre todas las cosas y es Dios bendito por siempre*" (cf. Rom 9,5).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

No tendríamos que situarnos frente al importante texto de Rom 9-11 con interrogantes que nos desvíen, como por ejemplo los relacionados con la "predestinación" de cada alma. La cuestión decisiva es, en efecto, ésta: ¿qué papel va a

asignar Dios, en el plan de su historia, a la parte de su pueblo que, en el momento en que Dios realiza cosas nuevas en el mundo y extiende su salvación a toda la multiplicidad de los gentiles, por no ver esta nueva y decisiva orientación, deja de ponerse a disposición de la acción de Dios (aunque esto tenga lugar, precisamente, por celo a la forma en que la acción de Dios se había hecho visible a estos hombres de Israel hasta entonces)? ¿Sale simplemente de la escena o bien todo esto se inserta una vez más en el plan, para nosotros igualmente incomprensible, de Dios sobre la historia?

Pablo está cogido y animado por lo que está exponiendo. Tratándose de su pueblo, todo le afecta hasta lo más íntimo. Se deja arrastrar de un lado a otro, hasta el punto de que al comienzo del capítulo dice que casi quisiera ser él mismo *anáthema*, es decir, excluido de la comunión de los santos, ser separado de Cristo, del que ahora se extiende la salvación a los gentiles, pero estar con sus hermanos que no consiguen ver esto (9,3): tan fuerte es la voz de la sangre. Con todos los medios de reflexión y de argumentación que tiene a su disposición, intenta encontrar, sin embargo, un significado que les ahorre semejante consecuencia. Escrutando así cada vez mejor la Escritura, se le abre el misterio del pensamiento de Dios sobre la historia (cf. 11,33ss) y ve el significado de lo que ahora tiene delante y ve el futuro previsto ya por Dios. Desarrollando ese punto de vista, en la cumbre de su exposición en Rom 11,26ss, recurre de nuevo a la categoría de la "alianza", citando la Escritura (N. Lohfink, *L'alleanza mai revocata*, Brescia 1991, pp. 63ss [edición española: *La alianza nunca derogada*, Editorial Herder, Barcelona 1992]).